



La
PAREJA
RECHAZADA
DEL ALFA

JENNIFER EVE

La pareja rechazada del alfa

Un romance de hombres lobo de recuperar a su pareja
(Guerras Míticas Alfa)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

Capítulo 1

Billie

Estaba a treinta metros del suelo, subido a la rama más alta del enorme álamo. Apreté los dientes mientras la cabeza me daba vueltas, consciente de la distancia que me separaba del suelo.

Comparado con la caída de doscientos metros de Gunnison Point, esto no es nada.

Colt, mi hermano adoptivo, y yo habíamos escalado parte de la pared del cañón hace un par de años. Si había hecho el Point, podría hacer esto, me recordaba a mí mismo.

El sudor me corría por la frente y se deslizaba por mi columna vertebral cuando por fin salí a la copa del árbol. Inspiré profundamente y sentí como si me limpiara por dentro. Utilicé la manga amplia de mi sudadera para limpiarme la frente. Me la había dado mi hermana adoptiva, Catrina, como casi toda mi ropa. Ella era diez centímetros más alta y mucho más atlética, así que la mayoría de mi ropa me quedaba grande.

Me temblaban las rodillas y me dejé caer sobre la gruesa y sólida rama, descansando los músculos doloridos por la subida. Inspiré mientras miraba mis piernas desgarradas por las ramas al subir.

Un gran día para llevar pantalones cortos, Billie.

Pero a pesar de mis rasguños, una sensación de logro me animó. Me recosté contra el grueso tronco, y sentí como si estuviera en presencia de un amigo. Este álamo era uno de mis lugares favoritos de todo el Parque Nacional de Gunnison. Era un árbol hembra. Lo sabía por sus flores verdes. Los árboles macho producían amentos rojos. Aunque las flores habían desaparecido todas en esta época del año, con la llegada de la primavera, el árbol producía mechones algodonosos blancos, su "algodón" le ayudaba a dispersar sus semillas con la brisa.

El trino musical de un pájaro llegó a mis oídos, y mi mirada se desvió hacia una de las ramas más bajas, donde divisé un precioso pájaro azul que llevaba un insecto en el pico. No era habitual ver un pájaro azul de montaña tan abajo del cañón. Las repisas y simas de roca que se alzaban en contrafuertes a lo largo del río Gunnison eran su terreno de caza favorito. El brillante

pájaro levantó el vuelo y la luz del sol se lo tragó. Probablemente tenía bocas hambrientas esperando a ser alimentadas en su nido.

Recordando por qué había subido hasta mi lugar, me anclé contra el árbol y cogí los prismáticos que colgaban de mi cuello. Los ajusté y enfoqué la hilera de pinos y abetos de las afueras del prado. Estiré el cuello para ver más allá de las hojas triangulares del árbol.

Contuve la respiración. Un destello de movimiento captó mi atención detrás de uno de los troncos. Rastreeé la forma negra de la criatura, que desapareció en la penumbra del bosque tan rápidamente que cualquiera habría pensado que era un efecto de luz. Pero sabía que el lobo negro era uno de mis hermanos adoptivos, Colt o Catrina.

Al fijar los objetivos en la zona, volví a ver movimiento en la hierba. Dos lobos negros estaban agazapados, ocultos entre las sombras de los espesos árboles.

Moví los prismáticos hacia la izquierda sobre la pradera, buscando lo que estaban cazando. El movimiento de una cola atrajo mi atención hacia un alce que estaba pastando; una hembra, a juzgar por su constitución ligera. Mordisqueaba la hierba sin dar señales de percibir que los depredadores la seguían. Las flores amarillas del bálsamo y los tonos púrpuras de la espuela de alondra cubrían la hierba, dando la impresión de una calma idílica.

Se me aceleró el pulso cuando volví a concentrarme en los dos lobos. Apreté tanto la mandíbula que me dolieran los dientes, pero la sensación me pareció lejana mientras me quedaba fascinada por las formas negras. Se parecían tanto que podrían haber sido gemelos. Sabía que cuando estaban uno al lado del otro en forma de lobo, Colt era ligeramente más ancho y alto, pero sólo por medio metro. Desde la distancia, la diferencia se perdía. Pero para mí, la diferencia entre ellos era obvia en sus movimientos. Los músculos de Catrina se tensaban con más vigor, mientras que los de Colt mantenían la fuerza sin ser agresivos.

La frustración se apoderó de mí mientras observaba su hábil acecho. Gracias a mi herencia metamorfa, mi visión era mejor que la de un humano y me resultaba fácil distinguir los movimientos de los lobos, pero no *podía* unirlos a ellos. Aún no había conseguido canalizar a mi lobo. Mis hombros se hundieron. A los dieciocho años, no era raro que los metamorfos de la manada Dalesbloom aún no hubieran alcanzado su forma lobuna. Pero Colt había canalizado la suya hacía dos años, cuando tenía diecisiete. Catrina había adquirido sus poderes aún más joven. Los había adquirido hacía cuatro años, cuando cumplió dieciséis.

Nunca serás como ellos.

Mi mirada se fijó en otro lobo que merodeaba más atrás, en el flanco derecho, más cerca de los árboles. Me sentí fuera de lugar cuando identifiqué a Gavin, el alfa de Grandbay, caminando entre los árboles. Su pelaje marrón oscuro brillaba bajo un rayo de sol. Si mis hermanos adoptivos me hacían sentir inservible, Gavin me hacía sentir completamente inútil. Después de todo, Gavin se había convertido en el Alfa de Grandbay hacía cuatro años, con sólo diecisiete. Había heredado la condición de Alfa de Grandbay a una edad aún más temprana que la mía.

Nunca serás suficiente.

Los tonos avellana y castaño de su pelaje brillaban bajo la luz del sol, y cada paso que daba era medido y equilibrado. Intenté imaginar la sensación de seguridad que debía de sentir, pero los latidos de mi corazón se aceleraron al verlos acercarse al alce. Cómo deseaba estar allí abajo con ellos. Intenté imaginarme cómo sería seguir a la hembra, con cada uno de mis músculos enroscados y listos para saltar. Apreté la mandíbula, como si fuera a rompérmela.

Justo en ese momento, el lobo de Gavin rompió la cobertura y su poderoso cuerpo salió disparado hacia los árboles. El corazón se me subió a la garganta. Agarré los prismáticos con más fuerza. Los movimientos de Gavin parecían contradecir la mesurada aproximación de los demás hacia el alce. Pero entonces vi que el alce hembra también se había asustado y corría hacia el bosque. La pantalla de árboles de hoja perenne envolvió a mis hermanos adoptivos mientras corrían tras el alce. Con su desaparición, se me cayeron los hombros. Bajé los prismáticos hasta que colgaron inútilmente de mi cuello. Un mechón de pelo castaño claro me hizo cosquillas en la cara y me lo metí detrás de la oreja; odiaba esta sensación que me corroía por dentro. Catrina, Colt y Gavin estaban fuera con un puñado de otros lobos de la manada Dalesbloom, y aquí estaba yo.

Mi único amigo: un árbol.

Luché contra las lágrimas que amenazaban con salir, secándomelas con la manga de mi camiseta. No era nada nuevo. Intenté calmar mis pensamientos, pero me invadió la horrible sensación de que nunca sería suficiente. ¿Siempre me dejarían fuera de las cacerías de la manada Dalesbloom? ¿Y si *nunca lograba* canalizar a mi lobo? Según las historias de hombres lobo, Vana, nuestra diosa, nos revelaba nuestros lobos durante un Sueño Lunar cuando era el momento adecuado. Pero, ¿por qué había mostrado a mis hermanos adoptivos sus lobos mucho antes que a mí? Apreté las puños, preguntándome si mi destino era ser olvidada para siempre.

Luchando contra el dolor que me oprimía el pecho, cogí los prismáticos y los orienté hacia los árboles con la esperanza de volver a ver a la manada. Contuve la respiración, aguzando el oído en busca de cualquier sonido de la manada. A veces, cuando cazaban algo, sus ladridos y aullidos hostiles resonaban en la pradera. Sin embargo, nada más que el movimiento y el sonido de la brisa y los pájaros perturbaban la tarde.

De pronto... otro ruido me sorprendió. El zumbido del motor de un coche zumbaba en el aire. Mi corazón latía con fuerza. Venía de la otra dirección. Venía de la mansión Hexen.

Mierda.

Me escabullí por el tronco del árbol; no me importaba añadir más cortes y rasguños a mis piernas mientras descendía. Tenía que volver a la mansión.

Ahora.

El sonido del motor era la señal de que mi padre adoptivo, David, había vuelto. Y como solía hacer, me había dicho que *no* saliera de casa. Cuando pisé tierra firme, me lancé a correr, con los brazos bombeando aire y los pulmones ardiendo.

Pero vale la pena... Si puedo volver y colarme por detrás, entonces...

El sonido del motor se apagó cuando derrapé hasta detenerme frente a la impresionante estructura de la mansión Hexen. Levanté una nube de polvo del camino de tierra justo cuando David bajaba de su camioneta negra. No era un hombre especialmente alto, rondaba el metro setenta, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba con sus fríos ojos azules, que lo captaban todo al instante. Su pelo canoso le daba un aspecto distinguido. Por lo demás, su rostro bien afeitado tenía el mismo aspecto que siempre había tenido a lo largo de los años.

Se me aceleró el corazón cuando me enfrenté a la mirada de desaprobación de mi padre adoptivo. Sabía que había desobedecido, pero la tentación de ver a los lobos de Dalesbloom en acción había sido demasiado. Se me revolvió el estómago cuando me obligué a caminar hacia él. Los brazos me colgaban como un peso muerto y sentí lo sonrojada y húmeda que estaba. El estricto comportamiento de David como mi proveedor parecía cernirse sobre mí con tanta seguridad como la sombra de la mansión Hexen tras él.

—Así que has estado eludiendo tus tareas otra vez, ¿eh, Billie? —dijo.

La culpa y el desafío luchaban en mi interior. Me reprendí por haberme quedado fuera de casa, *no* por haberme tomado un descanso muy necesario de la montaña de tareas que siempre recaía sobre mis hombros.

—Lo siento, David —dije, con la cabeza gacha en lo que esperaba pasar por remordimiento. No tenía sentido intentar justificar por qué había estado fuera. Sabía por haber vivido dieciocho años bajo su techo que, cuando se trataba de mí, David esperaba que me creyera sus palabras como la Biblia . No había excusa, especialmente ninguna que tuviera que ver con cómo *me sentía*, que pudiera excusar mi desobediencia.

—Iré a ordenar la cocina —le ofrecí.

Gruñó mientras yo recorría el lateral de la hermosa mansión, sabiendo que no tendría tiempo libre en lo que quedaba de día. David se aseguraría de amontonar más tareas en mi lista, tras ver que claramente tenía tiempo para salir.

Los habituales reproches de David rondaban por mi cabeza: *Así me agradeces que te haya acogido, ¿no? Eres una holgazana, Billie. ¿Sabes la suerte que tienes de que te haya acogido?*

Sentí que hervía de resentimiento. Agradecía que David me hubiera adoptado.

Por Vana, ¿quién sabe dónde estaría si no?

Había oído hablar lo suficiente del sistema de acogida temporal como para contar mi suerte de haber crecido en mi familia adoptiva, pero no podía evitar sentirme maltratada. Yo era la que cocinaba y limpiaba sin ninguna muestra de gratitud o afecto por parte de mi padre adoptivo. Pensaba en el pájaro azul de montaña que lleva comida para sus crías, y me dolía el pecho al preguntarme cómo se sentiría ser *cuidada*.

Pasé junto a los montones de ropa desechada. La manada solía mudarse a la parte de atrás y dejar allí la ropa para cuando volvieran. Sabía que las hembras de la manada se cambiaban y dejaban la ropa junto al cobertizo de taxidermia para tener un poco de intimidad con los chicos. Incluso la visión de los vaqueros arrugados, las camisetas y las zapatillas me hacía sentir menos que el resto. ¿Cómo sería tener esa libertad? ¿Encontrarnos de verdad con la naturaleza salvaje sin nada más que pieles, como Vana había querido que fuéramos todos los metamorfos?

Entré por la puerta trasera. La cocina tenía dos salas, una amplia zona con fregaderos y una enorme mesa de madera en la parte más cercana a la puerta trasera. Entré en la otra habitación,

que albergaba la cocina principal. Estaba equipada con encimeras de madera y una isla, y había espacio de sobra para preparar y cocinar para la familia y los miembros de la manada que estuvieran por allí.

La manada había dejado sus cosas del desayuno en la enorme mesa que ocupaba la mayor parte de la habitación. Realmente *había tenido* la intención de limpiar estas cosas antes, pero cuando había visto a los otros ir de caza, tuve que mirar.

Mientras llenaba el fregadero con agua caliente y jabón de fregar, contemplé boquiabierta el espectáculo por la ventana. Cuatro lobos arrastraban a la hembra de alce hacia la casa. A juzgar por su tamaño, era una presa considerable y pesaba unos treinta kilos.

—¡Por Vana, esa tiene buen tamaño! —exclamó David desde fuera mientras saludaba a la jauría que regresaba.

Agarré el cuenco en el agua caliente y las burbujas mientras mis manos empezaban a temblar.

Dulce madre Vana, si me traes mi lobo, tal vez David me acepte.

Capítulo 2

Gavin

Mis huesos se rompieron y mi pelaje retrocedió al pasar de cuatro patas a dos. Luego, recogí mi par de Levi's y me los puse a rastras.

El lobo negro que estaba cerca pronto también se desvaneció, y Colt tiró de sus vaqueros.

—¿Quieres hablar de ello? —Colt se ofreció mientras se abotonaba la cintura.

Me invadió la vergüenza. Casi le había costado a la manada Dalesbloom su presa. Mi movimiento había asustado a la hembra y la había llevado al bosque, y sólo los rápidos movimientos de Colt y Catrina habían evitado que volviéramos con las manos vacías.

Cerré la boca con fuerza, apreté los dientes, y sacudí la cabeza con rigidez.

Opté por dejarme la camisa de franela mientras iba a examinar al alce como si fuera la cosa más interesante del mundo.

—¿Quieres echarme una mano con esto?

Colt, gracias a Vana, no insistió. Tras ponerse su camiseta negra, se acercó sin decir palabra a ayudar con el cadáver.

Había oído a algunos de la manada de Grandbay decir que los Hexen eran demasiado orgullosos. Con la mansión Hexen imponiéndose sobre nosotros, podía entender que la gente se llevara esa impresión. Con su gran estilo Colonial Revival, se vería mejor en Denver que aquí en el Parque Nacional Gunnison. Algunos de mi manada dijeron que sentían que los Hexen se consideraban mejores que la manada de Grandbay. Pero cualquiera que hablara así no conocía a los diligentes Alfa y hermanos Hexen como yo.

—¿Cabeza o patas? —preguntó Colt en un tono despreocupado que mi mente estresada ansiaba.

—Cabeza —opté yo, poniéndome delante de la hembra y Colt detrás. Colt y yo levantamos el

cadáver del suelo por las patas y nos dirigimos lentamente hacia la puerta trasera.

En ese momento, me invadió la frustración. No podía creer lo que me había ocurrido... otra vez. Se me revolvían las tripas de asco. La sangre del alce aún cubría la parte posterior de mi boca y garganta, pero el sabor de la presa fresca no tenía nada que ver con mis náuseas. Sentía náuseas de mi *lobo*.

Recordé cómo había estado acechando por la hierba antes, sintiendo cómo mis músculos respondían a mis órdenes como un reloj mientras desempeñaba mi papel en la caza de la manada. Nos habíamos acercado al alce hembra como uno solo, cada uno de nuestros movimientos cuidadosamente pensados para que el cepo se tensara alrededor de la hembra sin que ella se diera cuenta.

Pero entonces... mi lobo se había *apoderado de mí*.

Sin previo aviso, había anulado el resto de mí y, de repente, me adentraba en el bosque. Estaba acostumbrado a la fiereza de mi bestia, pero me había dominado por completo, obligándome a correr como si nada más importara. La determinación se había canalizado a través de él, sintiendo los músculos como resortes enrollados y llenos de una ardiente necesidad de liberarse. No fue hasta que el olor de la presa fresca había enturbiado el aire que el imbécil se dirigió finalmente hacia la manada.

Catrina me sacó de mi ensueño cuando se acercó a nosotros. Ella y yo llevábamos saliendo tres meses y, por un momento, me distraje con lo bien que le quedaban las tetas con su escotado top de tirantes. Llevaba el pelo negro y sedoso suelto, y sus ojos azules brillaban. Mi mirada se deslizó por su cuerpo atlético, sus caderas bien formadas y sus muslos musculosos. Se me aceleró el pulso. Quizá había otras formas de distraerme de mis problemas.

Pero entonces, me llamó la atención y me dijo:

—No te preocupes, bombón, la próxima vez estarás en la matanza.

Un gruñido indistinguible salió de mis labios y desvié la mirada. Luego, Colt y yo sacamos el alce muerto por la puerta trasera.

El intento de Catrina por tranquilizarme sólo me recordó que había algo mal en mí... bueno, algo mal en mi lobo. Sus palabras también estaban llenas de significados no intencionados.

No era la *primera* vez que mi lobo se me iba de las manos. Hacía unas semanas, había salido a correr por el bosque en forma de lobo con mi mejor amiga, Aislin. No estábamos haciendo nada especial, sólo desahogándonos por uno de nuestros senderos favoritos del territorio de Grandbay. Sin embargo, de repente, mi lobo percibió el olor a sudor y almizcle en el aire. Rápidamente, salió disparado, rastreándolo a través de la maleza y los arroyos de agua dulce como si estuviera de caza. Mi lobo persiguió el rastro sin descanso durante kilómetros hasta ... toparse con un par de excursionistas.

El corazón me retumbaba en el pecho mientras cargaba el alce por la cocina como si pesara una tonelada. Pero fue el recuerdo de mi instinto lobuno dominándome e instándome a atacar a aquellos inocentes excursionistas lo que lo hizo retumbar.

—Ponlo sobre la mesa —me indicó Colt.

Elevamos al animal hasta la enorme mesa, donde David descuartizaba la carne. La madera tenía un canal alrededor por el que corría la sangre, y un abrevadero debajo recogía el líquido.

—Supongo que esto significa más morcilla —dijo Colt, arrugando la nariz recta y la frente alta.

—Ugh —se quejó Catrina—. Odio esas cosas.

A David le gustaba hacer su propia morcilla. No se desperdiciaba carne, y eso era algo que admiraba de la forma en que David dirigía su manada.

Desde que había llegado a mi condición de Alfa hace cuatro años, había sentido la ausencia de tener a alguien que me guiara en la dirección de mi manada. David Hexen tenía fama de engreído, pero cuanto más conocía al alfa, más sospechaba que era porque era trabajador. Si era orgulloso, era porque quería que a su manada le fuera bien. Siempre estaba ansioso por aprender lo que pudiera de él. Pero ni siquiera él podía enseñarme lo que realmente necesitaba aprender.

Cómo controlar a mi maldito lobo.

El aire era demasiado denso para respirar y, dando la espalda a los hermanos, me acerqué al lavabo para lavarme las manos. Controlé mi expresión mientras abría el grifo y me concentré en el agua fría que corría por mis manos.

Me eché un chorro de jabón del dispensador en la palma de la mano.

Catrina se acercó a mí.

—Dame un poco.

Le obedecí sin mirarla, molesto por la intrusión en mi espacio personal. Desde que había pasado tiempo con la manada de Dalesbloom, aprendiendo de David lo que podía sobre liderazgo, mis caminos y los de Catrina se habían cruzado cada vez más.

La forma en que movía sus largas pestañas oscuras y no dejaba de buscar excusas para pasar el rato me había dicho rápidamente que yo le gustaba. Pero había sido su actitud testaruda, de ir a por todas, lo que me había hecho sucumbir a sus insinuaciones. Cuando me rozó "accidentalmente" con la cadera y la curva del busto, supe que quería que le contara lo que me preocupaba.

Pero un alfa fuerte sabía cuándo tenía que compartir sus problemas y cuándo era mejor guardárselos para sí mismo. Fragmentos de mi carga por el bosque hacia los excursionistas nublaron mi mente y me hicieron fruncir el ceño. Recordé cómo el lobo de Aislin se había abalanzado sobre mí y cómo nos habíamos retorcido y enfrentado entre la maleza. El recuerdo me atravesó como lo habían hecho sus colmillos y garras. Había tenido que emplear toda su fuerza y su furia para impedir que atacara a los humanos, que, por suerte, habían huido de nuestra feroz lucha.

Recordé lo cagado de miedo que había estado cuando finalmente cambié a mi forma humana. Pero, sobre todo, se me había quedado grabada la expresión de mi mejor amiga. Los ojos marrones de Aislin eran siempre tan atrevidos. Pero aquel día, los recordaba oscuros de miedo.

Incluso antes de esta mierda con mi lobo, le daba las gracias a Vana todos los días por que sea mi mejor amiga. Pero ahora, me estremecía pensar en lo que podría haber pasado si Aislin no hubiera estado conmigo ese día. Tendría sangre inocente en mis manos. ¿Cómo habría vivido conmigo mismo? Mis Betas, Oslo y Gretel, los padres de Aislin, también sabían del incidente. Me habían inculcado lo importante que era que supieran de las amenazas externas e internas a la manada.

Sentí que mi ceño se fruncía mientras me limpiaba la espuma del jabón. Odiaba que fuera *mi* inestabilidad —el hecho de que mi propio lobo fuera propenso a estos ataques de hostilidad— lo que significaba que yo era un peligro potencial para la seguridad de la manada Grandbay y su legado.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Yo también había oído el rumor de un grupo de humanos y

metamorfos llamado la Guardia de los Mitos. Se decía que se encargaban de encubrir cualquier incidente causado por nuestra comunidad de metamorfos. Sentí un escalofrío al imaginar lo que podría pasarnos a mí y a mi lobo si volvía a descontrolarse.

¿Y si, como había dicho Catrina, la próxima vez formaba parte de la matanza, pero era la matanza sin sentido de inocentes a la que sucumbía?

Cuando me di la vuelta y me limpié las manos mojadas en los vaqueros, clavé mi mirada en Billie, la hija adoptiva de David, que permanecía en la puerta de la cocina principal. Sus pálidos ojos verdes parecían mirarme profundamente. La intrusión me erizó la piel, y mi temperamento, ya de por sí exacerbado, empezó a hervir.

—¿No tienes nada mejor que hacer que quedarte empanada? —le pregunté.

Catrina se río. Su voz era sarcástica cuando dijo:

—Oh, Billie, esto es demasiado. ¿Estás *mirando* a mi novio?

La pobre chica de pelo rojizo, enfundada en una sudadera ridículamente exagerada, se sonrojó hasta las raíces. Pero con mi humor ya de por sí agrio, no tenía ganas de calmar su vergüenza y meterme en medio de una pelea de hermanas.

En lugar de eso, salí por la puerta y cogí mi camisa. Metí un brazo y luego el otro. La furia hacia mi lobo seguía invadiéndome.

—No tienes que irte por Billie —gimoteó Catrina detrás de mí.

—Te veré pronto —dije, tratando de ocultar lo impaciente que estaba por irme.

Me hizo un mohín y me agarró de la camisa. Róce mis labios con los suyos antes de apresurarme por el camino de tierra que se alejaba de la mansión Hexen.

La verdad era que, aunque hubiera confiado en Catrina, no podía ofrecerme ningún consuelo. Porque el hecho era que no controlaría a mi lobo hasta que encontrara a mi pareja predestinada. Catrina y yo nos estábamos divirtiendo, pero eso era todo. En algún lugar estaba mi verdadera pareja.

Los hombres lobo creíamos que la diosa Vana nos había creado. Era la diosa del bosque, de la caza, de lo salvaje y de la luna. Nuestra gente decía que, al principio, había elegido a sus propios

humanos para caminar junto a ella, inculcándoles un amor por los lugares salvajes tan grande que habían sido bendecidos con formas de bestia para poder correr con la diosa.

Pero sólo con sus almas humanas, no habían sido capaces de domar a su bestia. Así que la diosa les había dado a cada uno una pareja predestinada. Fue sólo cuando encontraron y marcaron a su pareja que su bestia fue domada. Por supuesto, no todos los lobos sufrían esta falta de control antes de encontrar a su pareja predestinada. Pensaba que había sido suerte. Pero algunos hombres lobo con mentalidad más académica habían estudiado la causa. En las últimas semanas, desde que perdí el control de forma tan espectacular, había estado indagando mucho sobre por qué podía estar pasándome esto a mí. Se habían publicado suficientes datos como para confirmar que era cierta hormona presente en los afectados la que provocaba esta inestabilidad en algunos antes de encontrar a nuestras parejas.

Suerte la mía, me había tocado pagar el pato científico.

Esta tradición de encontrar y marcar a la pareja aún perduraba en las manadas de hombres lobo. Se decía que Vana revelaba a la pareja en un Sueño de Luna. Y para mí, ese momento no podía llegar lo suficientemente pronto.

La agitación me invadió de nuevo mientras avanzaba por el prado.

Si vuelves a hacer algo tan odioso, te despellejaré vivo.

Me crují los nudillos mientras intentaba irracionalmente negociar con mi lobo.

¿Cuánto tiempo más iba a hacerme esperar Vana? ¿Y si perdía el control antes de que revelara a mi pareja?

Capítulo 3

Billie

Era de noche cuando me recogí el pelo castaño arenoso en una apretada coleta y me puse a trabajar en el despiece de la carne de alce. Seguí trabajando, mientras el sol del atardecer proyectaba largas sombras sobre la cocina.

Antes, David había despellejado y se había llevado la piel y la cabeza del alce. Al Alfa Dalesbloom le gustaba conservar las cabezas de los mejores animales que mataba la manada y montarlas alrededor de la mansión Hexen. Entre la manada, la mansión era conocida como el Pabellón de Caza Hexen. Sin duda, la hembra de ojos vidriosos pronto estaría mirando desde la pared de la galería. El salón principal estaba decorado con los trofeos más selectos, y los altos techos de la mansión lucían lámparas de araña hechas con cornamentas para completar la estética de caza.

David me había enseñado hacía muchos años a descuartizar la canal para extraer los distintos cortes de carne de la forma más eficaz. Con un cuchillo afilado, retiré los distintos cortes de carne, partiendo las articulaciones más grandes con una cuchilla. Los empaqueté en bolsas de congelación y los metí en el congelador de carga superior. Tal y como había sospechado la primera vez que vi un alce de tamaño decente, era considerable. Esto alimentaría a la manada durante un par de meses.

Al caer la noche, no tardé en encender la dura luz eléctrica. El olor de la sangre y el sudor me llenaba la nariz mientras trabajaba, cortando lo más cerca posible del hueso para no desperdiciar nada. Sabía que David revisaría el cadáver y me regañaría si quedaba algo sustancial. Era muy estricto con estas cosas. Me llevó casi toda la noche cortar y empaquetar la carne.

Pero finalmente, el cadáver quedó desnudo. El sudor me bañaba la frente y la espalda, y tenía las manos y los brazos cubiertos de sangre. Después de lavarme un poco en el fregadero de la cocina, subí sigilosamente las escaleras, ansiosa por no despertar a mi familia adoptiva. Con alivio, me desnudé y me di una muy necesaria ducha. Me sentí decididamente más fresca mientras me secaba con la toalla y me cepillaba los mechones limpios en mi dormitorio. El gel de ducha hacía que mi pelo y mi piel olieran a jengibre y lima. Decididamente mejor que la nube

de hierro y sangre que se me había metido en la piel durante la tarde.

Me puse unos pantalones de pijama y un chaleco. Como de costumbre, al ser ropa usada de Catrina, me quedaba grande. Pero a caballo regalado no se le miran los dientes, y el material desgastado era al menos muy suave. La vieja cama con dosel crujió cuando me metí en ella y los muelles del viejo colchón se clavaron en mí, pero dejé escapar un suspiro al acurrucarme bajo el edredón.

Después de tanto tiempo inclinada sobre el alce, me dolían los hombros y el cuello. Giré los hombros y sacudí la cabeza de un lado a otro para intentar aliviar la tensión. Mis manos se enroscaron en la tela de la sábana, inquietas. Me tapé la cabeza con la manta, tratando de fingir que era una de las ardillas de tierra de manto dorado que se metían en su madriguera para pasar la noche.

Era muy tarde. Necesitaba dormir. Me concentré en mis respiraciones, contándolas. Tensé y relajé los músculos para intentar calmarlos. Daba vueltas en la cama mientras una sensación de expectación se apoderaba de mí. Apreté la mandíbula, recordando cómo esta punzante excitación me había llevado antes a mi puesto de observación en el álamo. Pero incluso cuando comparé esta sensación con mi deseo de ver cazar a la manada, me di cuenta de que *esta* era mucho más fuerte.

Me senté en la cama y las sábanas me rodearon la cintura. Un escalofrío me recorrió la espalda. *Necesitaba* moverme. Salí de la cama de puntillas y saqué del armario unos vaqueros limpios y una sudadera con capucha. Bajé las escaleras a hurtadillas, pasé junto a la galería de alces de ojos saltones y me dirigí a la puerta trasera. Me calcé las zapatillas, me las até y salí a la noche.

La luna estaba alta y había mucha luz para ver. Mientras me alejaba de la mansión, mis ojos se adaptaron rápidamente a la escasa luz de la luna. Vana era la diosa de la luna y, al contemplar su esfera casi llena, sentí como si me bañara con su magia y sabiduría.

Sentí una punzada de expectación. Faltaban pocos días para la luna llena. Aunque los hombres lobo podían transformarse en cualquier momento del ciclo lunar, sus bestias eran mucho más sensibles cuando había luna llena. Mientras deambulaba entre la hierba, me pregunté si era eso lo que estaba sintiendo.

No entendía qué me impulsaba a seguir, pero era como si la noche me llamara. El pálido resplandor de la luna iluminaba las rocas distantes del cañón más allá del bosque. Imaginé el río

Gunnison fluyendo a través de las amplias estructuras de roca antigua. La noche estaba llena de sonidos: insectos, pájaros y mamíferos correteaban. Un escalofrío me recorrió la espalda, encendiendo chispas de expectación en mí.

Había llegado al borde de la pradera. Sabía que el territorio de David se extendía a lo largo de veinte millas por esta zona central del Parque Nacional Gunnison. Al sur estaba el territorio más pequeño, en manos de la manada Grandbay, con quince kilómetros de río y bosques y montañas circundantes. Luego, más al noreste, estaban las tierras de la manada Eastpeak.

Admiré los pétalos lilas del phlox y los lirios blancos brillantes de Gunnison resplandeciendo en la noche. Se decía que Dalesbloom debía su nombre al hermoso valle que Vana había bendecido con sus flores. En esta noche de primavera, con el aire lleno de perfume, parecía como si la diosa sonriera a la tierra... y a mí.

Sólo había sentido esa paz aquí, en las tierras salvajes de Gunnison Park. Eso era lo bueno de haber crecido aquí con los Hexen. Había un lugar, al menos, en la naturaleza, donde me sentía como en casa. Esa sensación caló hondo en mis huesos y me dio la confianza necesaria para adentrarme *en* el bosque.

Una curiosidad insaciable me llevó a adentrarme más. A medida que me adentraba en el bosque, la luz de la luna se filtraba a través de las copas de los árboles y proyectaba un resplandor etéreo sobre el suelo. El susurro de las hojas y el chasquido de las ramitas en la maleza me cortaron la respiración. Las sienes me palpitaban con la loca carrera de mi corazón, pero seguí adelante. *Sabía* que estaba donde tenía que estar esta noche, libre en el bosque como Vana había querido que estuviéramos todos los metamorfos.

Los aromas del bosque llenaron mis pulmones. Reconocí el perfume de pinos, abetos y píceas. Mi mirada distinguió los matices del abeto azul de Colorado, con sus agujas plateadas y brillantes. Las copas de los árboles se hacían más densas, pero, aun así, mis ojos veían lo suficiente como para caminar por la noche con confianza. El lejano sonido del agua llegó a mis oídos, y me di cuenta de que había llegado bastante lejos si oía el río Gunnison.

Entonces, un ruido repentino rompió el silencio. Me detuve de golpe. Inspiré bruscamente y mi corazón se aceleró hasta que mi mente identificó el ulular del búho real. Cazaban ratones y conejos en los bordes del cañón, que se alimentaban de bayas y semillas de los enebros y los pinos. Las mismas rocas en las que antes había visto al pájaro azul eran tomadas por las rapaces más feroces por la noche.

Mis ojos rastrearon la oscuridad, buscando la cara en forma de disco y los ojos brillantes del búho. Mi mirada se clavó en un par de ojos brillantes. Me puse en estado de alerta y se me trabaron los miembros. El búho estaba demasiado cerca del suelo. No estaría allí a menos que acabara de cazar algo. Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que los ojos brillantes eran demasiado *grandes* para pertenecer a cualquier ave, incluso a un ave de presa.

La tensión se apoderó de mi pecho. El corazón me latía desbocado. Mis pulmones se cerraron con más fuerza, el miedo se negaba a dejarme respirar. Colt me había advertido de que había otros cambiaformas en el enorme bosque de Gunnison, además de los hombres lobo. Cuando mi mirada se fijó en los ojos ardientes que tenía delante, algo en lo más profundo de mí me advirtió que no dejara que me descubriera. La escasa luz de la luna que penetraba en el denso dosel aumentó de repente, iluminando la piel... o *las escamas* de la criatura. Tracé la forma de un hocico brillante.

El pánico se apoderó de mí. Me sentí como uno de esos ratones o conejos en la repisa del cañón bajo la brillante mirada de un búho. Me encogí, desesperada por alejarme antes de que aquella cosa me viera.

Corre.

Me di la vuelta y volví a adentrarme en el bosque, impulsada por el sentimiento de supervivencia. Pero... mi pie se enganchó en algo y, de repente, me caí. Agité los brazos para mantener el equilibrio y amortiguar el aterrizaje, pero el suelo se levantó. El dolor me rebotó en la cabeza como si me hubiera abierto el cráneo.

La oscuridad se apoderó de mí, apagando el dolor, y luego la penumbra cayó sobre mí tan densa como si las profundas raíces del bosque me hubieran arrastrado bajo la tierra.

No supe cuánto tiempo me retuvo la oscuridad del bosque, pero un destello de luz de luna me despertó. Esperaba que la luz me hiciera daño en los ojos, dado que me acababa de golpear la cabeza, pero no sentí dolor.

Abrí los ojos de golpe.

Por un momento, sentí miedo, pero entonces me di cuenta de que la luz era más pura que cualquier otra cosa que hubiera experimentado jamás. Respiré hondo y susurré una plegaria silenciosa a Vana para que me mantuviera a salvo.

Como en respuesta, la luz plateada de la luna creció, llenándome de una sensación de calma y claridad.

Una agitación en mi interior se extendió en forma de hormigueo por todo mi cuerpo, hasta las puntas de los dedos de las manos y de los pies. Con cautela, me puse de pie. Estaba en un claro. Los abetos azules brillaban en los alrededores. Delante de mí, unas luces brillantes se esparcían por una extensión aterciopelada. Me acerqué a la zona oscura. Cuando levanté la mirada, vi un cielo despejado, brillante y cubierto de miles de estrellas.

Cuando me tambaleé hasta el borde de la aterciopelada extensión, me di cuenta de que ante mí había un charco de agua. Me incliné, mirando mi reflejo. Pero... no era yo quien me miraba. Quiero decir... lo era, pero... mi *loba* me miraba fijamente. Su pelaje marrón arena parecía tan suave como el algodón de mi álamo, y sus ojos verdes me miraban profundamente.

Sin embargo, eso no era todo. Mi loba no estaba sola. Detrás de ella, mirando desde la piscina, había un hombre moreno y bien afeitado. Reconocí al alfa de Grandbay, Gavin, en un abrir y cerrar de ojos. Sobresaltada, miré detrás de mí, pero no había rastro del alto alfa hasta que volví a mirar dentro del agua.

Mi mirada recorrió su figura alta y musculosa. Al igual que antes en la cocina de la mansión, tenía el pecho desnudo, y mi mirada rozó los definidos músculos de su pecho y sus abdominales. Me ruboricé como cuando me habían sorprendido mirándolo, pero cuando mi mirada se desvió hacia su rostro bien afeitado, se me cortó la respiración. Su expresión no era premonitoria. Su rostro anguloso estaba relajado y sus ojos color avellana me miraban con *ardor*.

Me sentí como si pudiera fundirme en la calidez de su mirada. E incluso mientras sentía lo imposible que era que me estuviera mirando así, vi cómo su mano se posaba en el hombro de mi lobo en un toque protector y posesivo. El corazón me dio un vuelco en el pecho cuando la piscina... cuando la visión se apoderó de mí... y cuando la brillante luz de Vana lo iluminó todo.

Sentí como si no pudiera respirar cuando la revelación me golpeó. Estaba experimentando mi Sueño Lunar y ... Gavin era mi compañero predestinado.

—¿Billie? Billie.

Me quedé mirando los labios de Gavin mientras el sonido de mi nombre resonaba en mis oídos, pero no vi que los labios del Alfa se movieran.

Lo miré confusa, pero entonces sentí que alguien me tocaba los hombros. Empecé a despertarme, el martilleo en mi cabeza regresó con una venganza y la desorientación nadó a través de mí.

—¿Gavin? —murmuré con fuerza, sintiendo la garganta apretada y la voz áspera.

Una risa sonó en mi oído.

—Ah, no, es Colt.

Parpadeé ante la mirada azul y preocupada de Colt, que me miraba desde arriba, y me di cuenta de que estaba tumbada en el frío suelo del bosque.

La expresión de mi hermano adoptivo se tensó de preocupación.

—¿Estás bien, Billie?

Mi memoria se agitó... los ojos brillantes, correr y tropezar...

Inspiré bruscamente cuando la mano de Colt se dirigió al corte de mi sien. Aquello sí que escocía.

Claramente, me golpeé la cabeza entonces.

Miré fijamente a Colt, tratando de entender cómo él también estaba aquí.

—¿Cómo me has encontrado?

—Bajé a por agua y sentí tu olor en la cocina —explicó. Se encogió de hombros y continuó—. Papá siempre cierra la puerta trasera por la noche. Cuando la encontré abierta, seguí tu olor.

Para que mi rastro fuera tan evidente, debió estar en la cocina poco después que yo. No pudo haber estado muy lejos de mí todo este tiempo. Si hubiera sabido que estaba cerca cuando vi al monstruo, no me habría asustado y caído.

La voz de Colt volvió a interrumpir mis aletargados pensamientos:

—¿Qué demonios ha pasado?

El recuerdo del Sueño Lunar, con la piscina bañada en luz, me atrapó... y se me estrechó la garganta.

¿Por dónde demonios empiezo?

Capítulo 4

Gavin

Salí del sueño sobresaltado, tenía el cuerpo bañado en un sudor frío. Sentí un nudo en el estómago. Hacía poco había tenido pesadillas en las que mi lobo perseguía a esos dos excursionistas. Pero eso habría sido un sueño mejor que lo que acababa de vivir.

Tenía la frente y las palmas de las manos húmedas y el corazón aún me latía contra las costillas, conmocionado por lo que había presenciado.

Lo que había presenciado en mi ... Sueño Lunar. La bilis me subió por la garganta al imaginar la luz blanca y brillante que se derramaba sobre la oscura extensión de agua.

Me invadió la confusión. ¿No acababa de rezarle a Vana para que me revelara a mi pareja?

Apreté la mandíbula, rechinando los dientes.

Así no.

Esto no estaba bien. No podía serlo.

Recordé que miré fijamente a la piscina y sentí como si me hubiera zambullido en ella mientras un choque helado recorría mi cuerpo. Miré fijamente a la intrusa mirada verde de la mujer de la piscina. Llevaba el pelo castaño desordenado sobre los hombros, la mayor parte del cual se había escapado de la trenza. Su delgada figura se perdía en la misma sudadera azul que llevaba hoy. Entonces, puso su mano sobre el hombro de mi lobo de pelaje marrón en un apretón íntimo.

Mientras la rabia recorría mi cuerpo, tensando mis músculos, supe que lo que había visto esta noche era el Sueño Lunar de Vana. La luna llena y la piscina habían reflejado mis verdades más profundas.

Y, sin embargo, ni mi cuerpo ni mi mente podían conciliar la revelación. Todo dentro de mí se retorció contra ello. Apreté la mandíbula y me pasé las manos por el pelo, poniéndolo de punta. Pero no me importaba. Lo único que importaba era demostrar que *no era* cierto.

Me vino la inspiración. Si Billie estaba en su cama y no le afectaba tal sueño, no podía ser cierto. Los compañeros predestinados siempre tenían la verdad revelada en la piscina lunar por la diosa al mismo tiempo.

Fácil.

Con esa sencilla solución, me apresuré a salir de la cama, poniéndome la ropa de antes. Opté por llevar mi camioneta a la mansión Hexen. Con lo enfadado que estaba, probablemente no era lo más sensato dar rienda suelta a mi lobo ahora mismo. Vana sabía lo que podría hacer. No, era mucho mejor cerrar el asunto yendo a la fuente del problema. Intenté imaginarme a una Billie aturdida por el sueño mirándome con total confusión, tras lo cual la agitación que me recorría con fuerza sería expulsada. Pero no dejaba de imaginarme sus penetrantes ojos verdes y la forma en que me miraban, como si vieran hasta mi alma.

Tratando de ahogar el recuerdo del sueño, me concentré en mantener la camioneta en el áspero camino de tierra mientras salía del territorio de Grandbay y me adentraba en Dalesbloom. En el horizonte se vislumbraba el amanecer, y la pálida luz gris se posaba sobre los árboles y la hierba, con una suavidad que aliviaba un poco mi tensión.

Pero cuando entré en el camino de entrada de la mansión Hexen, el miedo se instaló en mi estómago como un peso de plomo. La gran mansión se alzaba ante mí, con su imponente fachada proyectando sombras sobre el césped. Aparqué el camión delante y salí a la fresca mañana.

Me paseé por la parte trasera de la casa, sabiendo que David prefería que la manada utilizara la entrada trasera. Empuñé las manos y golpeé la puerta. La mansión era enorme y elevada, y sabía que tenía que armar jaleo para que alguien me oyera.

Un David medio despierto abrió la puerta, con Catrina siguiéndole de cerca.

Cuando alcancé a ver a mi *novia*, me di cuenta de que no había pensado con tanta antelación.

Los brillantes ojos azules de Catrina se abrieron de par en par.

—Bombón, ¿qué pasa?

Me maldije en silencio por no haber considerado siquiera que Catrina estaría aquí. Por alguna razón, lo único que parecía importar era la necesidad de ver a Billie. Ahora, la misma urgencia se apoderó de mí de nuevo, y empujé más allá del temor.

—Nada. ¿Dónde está Billie? —solté.

Al diablo las consecuencias.

Los ojos azules de David se volvieron cautelosos.

—¿De qué se trata?

—¿Qué ha hecho? —preguntó Catrina, su mirada se volvió más acerada mientras se apretaba el cinturón de su bata de seda.

Apreté la mandíbula, sin saber qué decir por un momento, pero mi necesidad de ver a Billie hizo que las palabras salieran de mi boca.

—Por favor, ¿puedes traer a Billie?

David y Catrina intercambiaron una mirada preocupada. Mi novia me miraba como si me hubiera vuelto loco.

Espero haberlo hecho.

Pero permanecí en silencio, con la misma expresión solemne endureciendo mis facciones.

Finalmente, Catrina levantó las manos.

—Bien —dijo—. Iré a por ella.

Cuando se marchó, por fin sentí alivio. En un momento, todo esto demostraría ser un ridículo error. Me pasé las manos por el pelo. Probablemente era sólo un sueño tonto que mi mente estresada había conjurado. Dentro de un momento, Billie bajaría las escaleras con Catrina y estaría tan confundida por mi aparición aquí como lo estaban los demás.

Me di cuenta de que David no me había desviado la mirada. Sabía que se había dado cuenta de mi agitación mientras me balanceaba sobre las puntas de los pies. Volví a apretar las manos. No podía culparle por no invitarme a entrar, dado mi estado de excitación. Los hombres lobo éramos conocidos por nuestro mal genio y, si algo empezaba, probablemente pensaría que era mejor que se quedara fuera.

Sonaron pisadas...

Parecían armonizar con el golpeteo de mi corazón mientras cien y una preguntas inundaban mi cabeza.

¿Habría tenido Billie el mismo sueño? ¿Sentiría algo diferente al verla?

Mientras las preguntas revueltas se agolpaban en mi cabeza, supe que en un momento, la oscuridad y la duda que experimentaba desaparecerían.

Pero nada me preparó para el rostro blanco de Catrina. Su palidez era extrema contra sus mechones negros.

—Ella no está en la cama. Cole tampoco.

El corazón me latía con fuerza mientras la urgencia se apoderaba de mí. Más pensamientos confusos ahogaron toda razón.

Tengo que encontrarla. Tengo que asegurarme de que está a salvo.

Sin decir una palabra más, me alejé de la mansión Hexen, dispuesto a correr hacia los bosques circundantes.

Pero un tipo de pelo negro y cara pálida caminó hacia mí: Colt. Y detrás de él, Billie. Sus hombros se redondearon hacia delante y su cabeza se inclinó un poco hacia abajo, haciéndola parecer aún más ratonil. Aún no se había fijado en mí.

Colt estaba junto a Billie, tan cerca que su brazo tocaba el de ella. Una postura protectora que noté al instante.

—¿Gavin? —me saludó Colt con una sonrisa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sentí el cosquilleo de la atención de los demás detrás de mí mientras ellos también esperaban a saber qué hacía yo aquí.

Pero yo sólo tenía ojos para Billie. Sus ojos se abrieron de par en par, su cara se sonrojó al mirarme. Parecía tan pequeña y frágil. Pero cuando sus brillantes ojos verdes me penetraron, como lo habían hecho esta mañana y ... en el estanque lunar, me di cuenta de que eran de un vibrante tono verde. El color del nuevo crecimiento primaveral. Vi también la elegante columna de su cuello y su esbeltez que albergaba la delicadeza de un nuevo brote.

Ignorando el calor que me invadía, la miré fijamente a los ojos.

—Billie —me temblaba la voz—. Yo... tengo que saberlo. ¿Tú también lo has visto? —conseguí sacar las palabras, con la voz tensa.

Las palabras no dichas parecían interponerse entre nosotros, y el tiempo se detuvo. Mi corazón martilleaba contra mi caja torácica como si quisiera atravesarla.

Los ojos de Billie se abrieron de par en par. Un destello de reconocimiento cruzó sus delicadas facciones y mi esperanza cayó en picado.

—Sí —dijo lentamente—. Vana también me enseñó a ti.

El silencio se hizo pesado detrás de mí, la tensión palpable cuando ella aludió al sueño que me había traído a la puerta del Hexen esta noche. El Sueño Lunar y sus implicaciones estaban profundamente arraigados en nuestra cultura de hombres lobo. Sentí que tanto David como Catrina se daban cuenta de lo que había ocurrido.

La sonrisa de Colt se había apagado y las líneas de sus hombros mostraban la tensión que yo sentía. De repente, todos comprendieron que Billie y yo éramos *compañeros predestinados*. Mi mente daba vueltas de rabia. El cuerpo alto y musculoso de Colt junto a Billie complementaba su delicada complexión. Y me pregunté qué habrían estado haciendo juntos al aire libre.

Mientras los celos asomaban su fea cabeza, la incredulidad se apoderaba de mí.

No estás celoso.

Por supuesto, no estaba celoso. Colt era más bajo y más flaco que yo. No era ni la mitad de lobo que yo. Podía con él. En cuanto a lo que él y Billie habían estado haciendo juntos, me importaba un bledo.

Me invadió la furia y apreté la mandíbula. Di un paso atrás, alejándome de Billie, negando con la cabeza.

—El sueño está mal.

Esto no podía ser. Todo esto estaba *mal*. Mírala: mi voz indignada rugía en mi cabeza. Mi mirada desdeñosa recorrió la gigantesca sudadera con capucha que se tragaba su frágil figura.

Se quedó inmóvil, con una expresión de dolor en el rostro que me decía que sabía que la estaba rechazando. El terror que recorría su cuerpo me recordaba al de un alce presa del miedo cuando se ve rodeado por la manada. ¿Cómo podía una chica así ser *mi* compañera?

Vana cometió un error.

Tenía que ser muy claro al respecto, y dejé caer mi voz con precisión.

—No te quiero —dije, infundiendo a mis palabras todo el desdén que pude.

Pillé la mano de Colt yendo al hombro de Billie. Algo que no debería molestarme.

No es así.

Apreté la mandíbula y los puños mientras me alejaba, dejando a Colt y Billie de lado como si acercarme demasiado a ellos fuera nocivo. Billie ni siquiera trató de detenerme, cosa que yo aproveché para demostrarle que no era... mi compañera.

En su lugar, fue la voz de Catrina la que me llamó.

—Gavin. Espera, espera. Tenemos que hablar de esto.

Eso era lo último que quería hacer. No quería hablar con nadie sobre esto. Ni con Catrina, ni con un Hexen, y sobre todo, ni con Billie. La rebeldía se apoderó de mí. Necesitaba poner la mayor distancia posible entre este lugar y yo. Mientras me alejaba de la mansión Hexen, pasé por alto mi camioneta. Mañana enviaría a alguien de mi manada a buscarlo. El deseo de poner el mayor espacio posible entre la familia y yo me consumía.

Me despojé de mis ropas y de mi forma humana, entregándome a la fiereza de mi bestia. Mis músculos tensos se deleitaron mientras mis cuatro patas golpeaban la tierra. Bajé por el camino de tierra y me adentré en el prado. Mientras el viento rasgaba mi pelaje, corrí hacia el bosque. Mi corazón latía con una mezcla de rabia y confusión, saboreando cada golpe de pata que me alejaba de Billie.

Capítulo 5

Billie

Me ardían las mejillas. La mortificación se apoderó de mí cuando Gavin se marchó furioso. Catrina lo siguió gritando. A lo lejos, sentí el agarre de Colt en mi hombro, pero era como si estuviera bajo el agua. No podía respirar. La piel se me erizaba como si tuviera cien mil insectos diminutos. Me lloraban los ojos. El impulso de perderme de vista se apoderó de mí. Me alejé corriendo junto a David, atravesé la mansión y subí las escaleras.

Mi mente era un torbellino de confusión e incredulidad mientras las hirientes palabras de Gavin me punzaban: "*No te quiero*". Un dolor visceral me desgarró mientras me arrojaba sobre la cama, hundiendo la cara en la almohada. Su rostro altivo pasó por mis pensamientos. Hice una mueca, repitiendo su mirada de asco.

Podía entender que al *Alfa de Grandbay* no le entusiasmara la perspectiva de que yo fuera su compañera predestinada. No era como Catrina, segura de sí *misma* e hija de un alfa, pero... tenía sentimientos.

Me tembló la barbilla y se me arrugó la cara. Me cayeron lágrimas de rabia por las mejillas y sollocé sobre la almohada. Ahogué mis gritos en la tela. Mi familia adoptiva ya había presenciado el rechazo de Gavin hacia mí y no quería que fueran testigos de las horribles consecuencias. Mientras lloraba en silencio, me puse de lado y me hice un ovillo. Mis hombros temblaban y mis entrañas se retorcían como si estuvieran anudadas.

Normalmente, cuando la fría indiferencia de Catrina o David hacia mí me hacía sufrir, rezaba a Vana pidiéndole fuerzas. Pero la imagen de los ojos castaño-avellana de Gavin, llenos de deseo, mirándome fijamente, se me clavó como un cuchillo en las tripas. Sentí como si Vana me hubiera mentido. Si *era* mi compañero predestinado, ¿por qué me había rechazado tan cruelmente?

Conmocionada, recordé también el reflejo de mi loba en la piscina. Recordé el aspecto de su hermoso pelaje arenoso y sus brillantes ojos verdes, la inclinación de su gracioso hocico y de sus orejas atentas. Sabía que Vana me había concedido acceso a mi loba, pero al sentirme como si

me hubieran eviscerado todos los órganos, ni siquiera podía sentir alegría por ello. No tenía la energía ni el interés suficientes para mirar hacia dentro y explorar esa nueva faceta de mí misma.

Vana siempre había sido una fuente de consuelo en momentos así, pero ahora no podía ayudarme. Sollocé hasta no poder más, sintiéndome más sola de lo que nunca me había sentido en mi vida.

El único consuelo que encontré fue que, después de llorar, me invadió el cansancio y me cogió el sueño. Después de haber estado despierta toda la noche, mi sueño era profundo.

Me desperté recién al mediodía cuando oí unos golpes en la puerta de mi habitación. Parpadeé hasta que se me quitó el sueño de los ojos, sentí un hueco en el pecho y, al instante, los acontecimientos de la noche anterior me pulverizaron. Mis hombros se tensaron cuando alguien empujó la puerta. Me pregunté si sería Colt. Sabía que él sería el único que vendría a buscarme y a ofrecerme algún consuelo. Mis pulmones parecían endurecerse como el hormigón, pues no creía poder soportar que Colt fuera amable conmigo. Si era amable conmigo, sabía que iba a derrumbarme de nuevo.

El rostro terso y la cortina negra de pelo sedoso de Catrina asomaron por mi puerta.

—¿Papá quiere saber si vas a quedarte en la cama todo el día o vas a hacer tus tareas?

Me incorporé arrastrando los pies y parpadeé a mi hermana adoptiva.

Bueno, al menos en casa de los Hexen no corro peligro de que me mate la bondad.

—Bajaré pronto —dije, con la voz hueca y apagada por el llanto. Imaginé que mi cara también debía de estar hinchada y roja, pero no me importaba. Me lavaría antes de bajar.

Pensé que Catrina se iría con su mensaje entregado. Sus interacciones conmigo eran sólo transaccionales. La mayor parte del tiempo, no me prestaba atención. Así que, cuando se acercó y se sentó en el extremo de mi cama, contuve la respiración y me topé con su mirada azul. Iba vestida con una camiseta ajustada y unos leggings, y supe que debía de estar haciendo pilates porque olía ligeramente a sudor.

—Billie, no puedo creer que tenga que *decirte* esto, pero no quiero que te hagas ideas descabelladas. —Me miró fijamente, pareciendo esperar como si pensara que yo era una simplona y que tenía que ir despacio—. Como demostró anoche, Gavin nunca te verá como otra

cosa que no sea una niñita tonta. Así que aléjate de él. Es mío.

Me sentí como si me hubieran dejado sin aliento. Su mirada altiva recordó a la del propio Gavin. De nuevo, sus palabras giraron alrededor de mi cabeza como un tortuoso carrusel: *"No te quiero"*.

El porte tranquilo y sereno de Catrina y la seguridad con la que hablaba me hicieron pensar en una reina. Nada la intimidaba y se creía con derecho a todo lo que el mundo podía ofrecerle, Gavin incluido, al parecer. Como de costumbre, mi hermana adoptiva no parecía necesitar una respuesta y, una vez hecha su advertencia, salió de la habitación.

Pronto me lavé y me vestí. También me limpié el poco de sangre seca que tenía en la sien. El recuerdo de cómo me la había hecho al caerme y golpearme la cabeza en el bosque me azotó. Recordé los dos monstruosos ojos brillantes que me habían aterrorizado y me habían hecho huir la noche anterior.

Al darme cuenta de que no era el momento de pensar en ello, enterré las preocupaciones para otro momento y pronto me perdí en la colada que se había acumulado de la familia y la manada. También aspiré la mansión y luego limpié los baños. Pero esto tenía algo de reconfortante. Desaparecer en un segundo plano, donde Catrina y David querían que me mantuviera, era a lo que siempre había estado acostumbrada.

No vi a Colt ni a David en todo el día hasta que oí a mi padre adoptivo volver de su cobertizo. Se estaba lavando en uno de los enormes fregaderos de la zona de servicio, junto a la puerta trasera. En el aire flotaba el olor a productos químicos de la taxidermia que había estado haciendo.

Viniendo de la cocina principal, me acerqué a la puerta, tratando de no sentirme intimidada por su presencia.

Me picaba la piel de inquietud. Ahora que ya había hecho todas mis tareas, me aventuré a pedir lo que sabía que tanto yo como mi loba necesitábamos.

—David, me preguntaba si podría ir al bosque y practicar la canalización de mi lobo.

Los latidos de mi corazón se duplicaron, como si estuviera a punto de pedir la Tierra, pero era natural que cualquier metamorfo que acabara de conocer su poder quisiera aventurarse en la naturaleza y lo salvaje para utilizarlo.

Mi padre adoptivo se tomó su tiempo para lavarse las manos y, sólo entonces, se volvió para clavarme su mirada azul. Sabía que me había convertido en lobo desde que tuve mi Sueño Lunar. Pero lejos de parecer remotamente interesado en que me transformara, sólo se dignó a preguntar:

—¿Has hecho todas tus tareas?

Asentí y añadí:

—Hay un guiso en la olla de cocción lenta para cenar más tarde.

Me hizo un gesto seco con la cabeza.

Estaba acostumbrada a la frialdad de David, pero creía que las cosas serían diferentes después de que me convirtiera en loba. En mi cabeza, había excusado su indiferencia hacia mí porque yo no era realmente uno de la manada sin mi loba.

Contuve la respiración, sin querer hacer nada que pudiera quitarme el poco de libertad que el exterior me prometía.

Finalmente, David dijo:

—Puedes ir al bosque, Billie, pero asegúrate de no ir lejos y mantente alejada de Gavin.

La frustración se apoderó de mí. No había sido *yo* quien había ido a buscar a Gavin después del Sueño Lunar. *Él había* venido *aquí*. Tanto David como Catrina actuaban como si yo tuviera la culpa de lo que había pasado anoche. Pero cuanto más lo pensaba, era el Alfa de Grandbay quien había causado este desastre. Había venido, montado un escándalo y me había destrozado delante de toda mi familia adoptiva.

No eres suficiente.

Pero nada de eso importaba, me recordé a mí misma. El corazón me latía desbocado. David me había dejado salir. Asentí a David en señal de comprensión y me volví rápidamente hacia la puerta, saliendo a toda prisa al fresco atardecer. Me adentré en el prado y me detuve a admirar las espuelas de caballero y los flox, cada vez más perfumados con la primavera. Sumergí la nariz en sus centros y se me levantó un poco el ánimo. Las flores de Vana siempre eran un bálsamo para mi alma.

Pero a pesar de que la tarde estaba despejada, la belleza de la pradera primaveral se nubló. El

anhelo de volver atrás en el tiempo, de retroceder a la seguridad del mundo tal y como había sido ayer, me atrapó. No dejaba de ver el disgusto ribeteando los ojos de color avellana de Gavin. Estaba acostumbrada a que Catrina y David me miraran así, pero... se suponía que Gavin era mi compañero predestinado. Se suponía que debía mirarme como lo había hecho en la piscina lunar: con deseo y consideración.

Me adentré en el bosque, pero en el fondo sabía que no tenía la energía necesaria para desatar a mi loba. La llamé, pero era como si tuviera el rabo entre las piernas. Se escondió dentro de mí, negándose a salir, como si quisiera acurrucarse en su guarida.

Te entiendo.

Estaba tan triste como me sentía yo. Me lo imaginaba. El recuerdo de la mano de Gavin en su hombro color arena me atravesó. Él también *la había* rechazado. En lugar de practicar, me senté en el borde del prado y aspiré el perfume de las flores silvestres en el aire.

Allí me encontró Colt. Caminó hacia mí, sus largas piernas acortaron rápidamente la distancia que nos separaba, y se tiró a mi lado.

—Lo siento, no he estado en todo el día —dijo—. Papá me ha hecho llevar tres pedidos a la gente en Denver.

Asentí con la cabeza y miré las flores espumosas que cubrían la hierba. David vendía parte de su taxidermia al público y, evidentemente, había pensado que Colt era más importante como repartidor que su presencia para consolarme. No me sorprendió. Pero hoy me habría venido bien tener una cara amiga por el lugar.

—¿Cómo estás? —me preguntó. Sentí que me miraba, pero me quedé mirando el prado. Me encogí de hombros, insegura de por dónde empezar a intentar deshacer los enredados nudos de los que estaba hecha en ese momento. Así que me centré en otras personas—. Catrina lleva todo el día mirándome mal, y a David no le interesa lo más mínimo que ahora pueda canalizar a mi lobo.

—Eso es genial... —empezó Colt. Cuando mis ojos lo miraron confundidos, se rio—. No que esos dos sean tan horribles como siempre, sino que tú te has transformado —dijo, y la enorme y despreocupada sonrisa de su rostro me hizo sentir a la vez más ligera y estúpida por lo que había dicho.

Me apresuré a explicar:

—Bueno, en realidad no me he transformado, pero puedo sentir a mi lobo ahí, ahora, ya sabes.

—Mis hombros se hundieron mientras dejaba escapar un suspiro—. Es que hoy no está de humor para salir.

La expresión de Colt se volvió seria.

—Es comprensible, Billie. Pero mañana, o pronto al menos, la conocerás de verdad. Y si necesitas ayuda, aquí estoy, ¿vale?

La amabilidad de Colt me hizo llorar y lo miré con los ojos llorosos, esperando que supiera lo agradecida que le estaba por estar siempre a mi lado. Sólo era un año mayor que yo, pero Colt había sido como un hermano mayor para mí. Recordé que una vez, cuando me caí de un árbol de niña, me cargó en sus brazos con tanta delicadeza y cariño. Me vino a la mente una imagen de él y de mí, tumbados en las rocas de la sima sobre el cañón, observando los halcones peregrinos que anidaban. Durante años, habíamos hecho eso cada primavera. Y me di cuenta de que pronto llegaría el momento de salir de madrugada al cañón a buscarlos.

Colt había sido mi único amigo de verdad a lo largo de los años. Como todos habíamos sido educados en casa, no había tenido la oportunidad de hacer amigos fuera de los Hexen y la manada Dalesbloom. Y como Catrina y el resto de la manada habían dejado muy claro, yo no era un verdadero miembro de la manada.

Cuando se me saltaron las lágrimas, Colt tiró de mí hacia él.

—Oye, oye, está bien. Estoy aquí. —Me apretó contra él y respiré el gel corporal de jengibre y lima y su aroma a aire fresco. Me sentí como si pudiera volver a ser aquella niña de cinco años con el hueso roto, solo que esta vez era el corazón. Pensé en el curandero de la manada y en la rapidez con la que reajustó el hueso y lo colocó en un cabestrillo. ¿Por qué no podía ser la vida más sencilla?

—Ojalá nunca hubiera conseguido mi lobo —le confesé a Colt—. Ojalá pudiera volver a antes del Sueño Lunar.

Colt me pasó la mano por el brazo y luego dijo suavemente:

—Nunca te habría rechazado si hubiéramos sido compañeros predestinados, Billie.

Uno de los nudos de mi pecho se aflojó. ¿Por qué no podía ser todo el mundo tan amable como Colt? Una punzada de calidez me recorrió mientras una parte de mí deseaba que Vana me hubiera simplificado la vida y me hubiera mostrado a Colt en aquel Sueño Lunar.

Pero mientras lo abrazaba y respiraba su reconfortante aroma, supe que en realidad éramos demasiado parecidos como hermano y hermana. Ni Catrina ni David me habían tratado como parte de la familia, pero Colt siempre lo había hecho. Había tenido tiempo de escuchar mis miedos e inseguridades, como estaba haciendo ahora.

Me aparté un poco de él para poder mirarle a los ojos.

—Pero eso significaría que Aislin no podría aparecer en tu Sueño Lunar —dije con una sonrisa sugerente.

Se le subió el color a las mejillas.

—Billie, sabes que no he visto a mi compañera predestinada.

Me encogí de hombros.

—Bueno, le rezo a Vana para que sea Aislin. Con lo que me ha liado la diosa, supongo que me debe una.

Colt se pasó la mano por la parte de atrás de su corto pelo negro, inquieto. Sabía que estaba colado por Aislin, la hija de los Betas de la manada Grandbay, aunque no lo admitiera. Era obvio que siempre quería ir con Catrina y Gavin de paseo cuando Aislin estaba cerca.

Aislin era una pelirroja despampanante, de ojos oscuros y atrevidos y una personalidad franca y sin pelos en la lengua. La había visto correr por el bosque, con el pelaje como las hojas otoñales. Sabía que era la mejor amiga de Gavin. Probablemente esperaba que su compañera predestinada fuera tan fogosa como Aislin o tan decidida como Catrina. En vez de eso, lo habían juntado conmigo.

Pero la ira me invadía. ¿Cómo creía que me sentía? Ni siquiera había tenido novio y me había tocado el arrogante Alfa de Grandbay como compañero. Hubiera preferido a alguien dulce y comprensivo como Cole. Con los confusos sentimientos que me invadían, decidí cambiar de tema y dejar de lado el caos de mi vida interior.

En su lugar, abordé otro tema que me rondaba por la cabeza y que había quedado eclipsado por

todo lo ocurrido con el Sueño Lunar.

—Colt —le dije—, una vez me dijiste que hay otros cambiaformas en el bosque además de nosotros, los hombres lobo.

Me miró fijamente, frunciendo sus negras cejas.

—Ajá, pero ¿por qué quieres saber de ellos?

Pensé en el monstruo que había visto en el bosque, en sus ojos brillantes, su hocico y sus escamas relucientes. Se me erizaron los pelos de la nuca y eché una mirada cautelosa a mis espaldas, entre la maleza y los troncos de los árboles.

—Anoche, antes de caerme —le confié—. Juro que vi una especie de monstruo. Era más grande que un lobo, pero juraría que tenía escamas brillantes y un hocico.

El pánico se apoderó de mí al recordarlo y una punzada de aprensión me recorrió la piel.

Colt frunció el ceño.

—Algunas cosas no están hechas para ser investigadas, Billie. —Hizo una pausa y me pregunté si sabría algo del monstruo que yo había visto. Luego dijo—: Si te hubieran herido, no sé qué habría hecho. Prométeme que no te pondrás aventurera ahora que has conseguido tu lobo, ¿vale?

Me reí a pesar de todo. Yo era la última persona que se pondría en peligro. Eso era lo que podían hacer la terca de Catrina o la fogosa de Aislin.

—Prometo no hacer nada atrevido —concedí de buena gana, sabiendo que, a pesar haber conseguido mi loba, difícilmente era del tipo aventurero... ¿lo era?

Una oleada de calidez me recorrió a pesar de mi decepción de los últimos tiempos cuando Colt me rodeó el hombro con un brazo y nos sentamos a contemplar la puesta de sol en el prado. Puede que no fuéramos compañeros predestinados ni familia de sangre, pero estaría eternamente agradecida por tener a este hombre en mi vida.

Capítulo 6

Gavin

Atravesé los bosques de Dalesbloom a primera hora de la mañana, zigzagueando a través del bosque hasta llegar al borde del valle. El atronador estruendo del río Gunnison, que se abría paso a través de imponentes formaciones rocosas, coincidía con la vehemencia que me invadía.

No fue hasta última hora de la tarde, después de liberar energía persiguiendo animales por el bosque, cuando dirigí mis pasos hacia la parte más meridional del territorio de Dalesbloom. Jadeaba agitado, y el agotamiento que latía en mi cuerpo de lobo me obligó a tomarme un respiro.

En una sección del cañón donde la caída era de sólo tres metros, bajé por las repisas para saciar mi sed. Vadeé un poco la corriente del río y su tacto fresco me alivió los flancos calientes. Ahora que me había detenido, me asaltaban los pensamientos.

Un destello de la cara de Billie, paralizada por el dolor, hizo que se me oprimiera el pecho. Pero racionalmente, sabía que lo que el Sueño Lunar nos había mostrado estaba mal. Para empezar, Billie ni siquiera pertenecía a mi Línea Alfa. En general, las parejas predestinadas provenían de la misma Línea Alfa. Una Línea Alfa era la sangre que corría a través de la sangre de los hombres lobo dentro de una manada.

Mi manada pertenecía al linaje Alfa de Grandbay. Se decía que nuestra manada era originaria de las tierras más meridionales de Gunnison, donde el río se ensanchaba hasta convertirse en una gran bahía. Se decía que Vana había bendecido las tierras de Grandbay con aguas ricas y cristalinas. Las aguas que atravesaban nuestra tierra siempre habían sido abundantes en peces, y aunque nuestra manada era la que tenía menos territorio, lo que poseíamos era rico y exuberante.

Desde que la diosa Vana eligió a los primeros humanos de Grandbay, mis antepasados habían continuado la línea de sangre alfa, tanto a través de los metamorfos que transmitían esa herencia a sus cachorros como, ocasionalmente, ungiendo a humanos en nuestra línea de sangre de Grandbay. Este método ocurría con más frecuencia cuando Vana revelaba a un humano no transformado como compañero predestinado de un miembro de la manada. Con el tiempo, era

habitual que ese humano quisiera pertenecer a la manada y experimentar lo mismo que su pareja predestinada, por lo que se iniciaba en la línea de sangre.

Nunca había transformado a un humano en metamorfo. Pero sabía que era un ritual específico de Vana que implicaba compartir el linaje de la manada con el iniciado. Tenía un vago recuerdo de cuando era niño, de mi madre y mi padre de pie bajo la brillante luna llena en Pine Creek Point y cantando las palabras sagradas mientras daban la bienvenida a Helen, una humana no cambiada, a la manada para que pudiera estar con su compañero predestinado, Matthew.

Mis pensamientos volvieron a oscurecerse.

Podría ser peor. Al menos Bille es un hombre lobo.

El amargo pensamiento contaminó mi mente. ¿Y qué si Billie era de mi clase? Ella no era el tipo de metamorfo que había imaginado como mi pareja. Había una razón por la que la persecución de Catrina había funcionado. Me gustaban las mujeres fuertes. Volví a imaginarme a Billie, con sus hombros encorvados y su mirada tímida. Tenía toda la torpeza de un potro recién nacido.

Siempre había sido tan distante. Nunca parecía involucrarse mucho con los Hexen o la manada Dalesbloom. No podía tener una compañera así, una que no quería tener nada que ver con mi manada. Yo era un Alfa. No quería una alhelí que se desvaneciera en el fondo. Mi compañera tenía que ser lo suficientemente fuerte para estar a mi lado como Luna de Grandbay.

Supuse que, si era sincera, había imaginado que mi pareja predestinada sería alguien como mi mejor amiga, Aislin.

En realidad, *no es mi mejor amiga, Aislin ... ughhhh.*

Habíamos crecido juntos. Estábamos tan unidos como hermanos en muchos aspectos, pero siempre podía contar con Aislin para que me llamara la atención y me diera su opinión, incluso cuando difería de la mía.

Sobre todo, *cuando difería de la mía.*

Cansado de mis pensamientos estancados, bebí otro trago profundo del río y luego volví a subir por las repisas de roca hasta el cañón, tomando el camino que me llevaba hacia Pine Creek Point y a mis tierras. El corazón me dio un vuelco al pensar en pasar tan cerca de Pine Creek Point, pero el único sendero de vuelta hacia mi cabaña me llevaba más allá del punto.

Mi paso volvió a aflojarse mientras mis pensamientos volvían al pasado. Era el lugar donde se celebraban los rituales de nuestra manada, pero hacía tiempo que los había trasladado a Castle Rock. Se me oprimió el pecho al pensar en otros recuerdos que guardaba Pine Creek. Había trasladado los rituales de la manada de allí y no iba mucho porque... allí habían muerto mis padres.

Se me hizo un nudo en la garganta al recordar el fuego que floreció durante la noche. Había sido hacía cuatro años, pero en días como hoy, cuando estaba cansado y emocionalmente agotado, aún lo sentía demasiado fresco. Había visto el fuego encendiendo el bosque en la punta desde nuestra cabaña. Recordé cómo habían llamado a los servicios de emergencia y los helicópteros habían acudido a apagar el incendio forestal que barría el cañón.

Aquel incendio forestal se había cobrado las vidas de mis padres, Martin y Bria. Mi corazón se estrujó ante su ausencia. Esa noche, me había convertido en el Alfa de Grandbay con sólo diecisiete años. Aunque amaba a mi manada y nuestras tierras, el peso de esa responsabilidad recaía sobre mí.

A veces deseaba volver a ser como era *antes de* aquella noche, un niño en la cúspide de la madurez que tenía a sus padres para tomar todas las decisiones difíciles por él. El profundo dolor que rara vez dejaba traslucir me lastimaba el pecho cuando deseaba que mis padres aún estuvieran aquí.

La luz del día empezó a disminuir y me di cuenta de que el sol ya se estaba poniendo. Mi paso serpenteante me había llevado finalmente al límite de las tierras de la manada de Dalesbloom.

Pero entonces, un olor acre golpeó mi nariz: ozono y el acre aroma del fuego.

Por un momento, pensé que el pasado se estaba entrometiendo en el presente y que había conjurado el olor a partir del recuerdo de aquella horrible noche. Pero ese olor era *fuerte* y lo conocía bien. Se había grabado a fuego en mi mente la noche en que murieron mis padres.

El olor de un dragón.

Aceleré el paso y seguí el rastro del olor hasta adentrarme en los bosques que bordeaban el valle del cañón y cruzar al territorio de Grandbay. Aquí, el río Gunnison se abría y el aire de agua dulce limpiaba mis pulmones. En cambio, el olor a ozono y azufre mezclado con humo contaminaba el aire.

Los cambiaformas dragón olían con frecuencia a ozono, ya que montaban las corrientes tan alto en la estratosfera de la Tierra. En cuanto al azufre y el humo, sus formas de respirar fuego, por desgracia, eran demasiado ciertas, como atestiguó el "incendio forestal" en el que murieron mis padres.

La furia me corría por las venas. Porque no había sido un incendio forestal. Había sido causado por dragones. Hacía tiempo que sabía que los cambiaformas dragón habían sido los responsables de la muerte de mis padres. Había pasado meses intentando rastrear a los culpables por las tierras del parque Gunnison, intentando encontrarlos y obtener respuestas sobre la muerte de mis padres. ¿Habían sido víctimas de una violencia sin sentido? ¿O había algo más en sus trágicas muertes? Mis preguntas habían quedado sin respuesta mientras los delincuentes me habían eludido.

Desde entonces, los dragones se habían convertido en mis enemigos acérrimos. La rabia se apoderó de mí mientras corría por la cresta del cañón, siguiendo la pista de aquel intruso. ¿Qué hacía un dragón en territorio de Grandbay? Mi manada no tenía alianzas con ellos. Me negaba a tener alianzas con ellos después del horror que habían desatado en mi vida. El ardiente deseo de venganza que había declarado por la muerte de mis padres rugió en mi interior.

Se decía que los cambiaformas dragón trabajaban bien con nosotros los hombres lobo. Eran nuestros aliados naturales en el Parque Nacional Gunnison. Mientras que el Cañón Negro albergaba algunas de sus guaridas, los lobos teníamos nuestros hogares en los bosques y a lo largo de las riberas del cañón. Pero yo me negaba a tener nada que ver con ellos. No después del temerario incendio que habían desatado de forma insensible y temeraria.

A medida que me adentraba en las tierras de Grandbay y en los bosques de Pine Creek, los signos de aquel incendio, incluso cuatro años después, yacían en los árboles raleados y en el suelo con olor a carbón. Seguí corriendo, pasando junto a los troncos marchitos, sin dejar de rastrear al dragón.

A medida que el olor se intensificaba, la parte más racional de mí llamó a mi lobo.

Regresa a la cabaña. Necesitamos refuerzos para esto.

Si regresábamos a la Cabaña Steele, podríamos reunir más de la manada y cazar a estos dragones.

Pero mientras mi lobo recorría el sendero del cañón, siguiendo el olor a ozono y azufre, se

negaba a abandonar la persecución. La rabia lo dominaba mientras se daba cuenta de que el olor que seguíamos podía pertenecer a la misma criatura que me había robado a mis padres. Mi lobo aporreaba la tierra y mis garras la revolvían mientras me imaginaba desgarrando a mi enemigo. La ferocidad de mi lobo era tan potente como el fuego que había arrasado el arroyo, y me desgarraba, anulando toda razón mientras corríamos instintivamente hacia nuestro enemigo.

No puedo abandonar esta cacería. No lo haré.

El aire crepitaba de tensión mientras me adentraba en las tierras de Grandbay, con los sentidos agudizados y la adrenalina corriendo por mis venas. Los inquietantes recuerdos de aquella noche se arremolinaban a mi alrededor como una espesa niebla.

Entonces, el sonido del batir de las alas captó mi atención, y sólo pude centrarme en ese momento. Un escalofrío me recorrió la espalda, pero de todos modos aceleré el paso y mi lobo me empujó hacia la fuente del olor. El bosque a mi alrededor parecía cerrarse, las sombras proyectaban formas espeluznantes en el suelo del bosque que parecían bailar a la luz del sol mortecino.

Te veo.

Mis ojos de depredador se centraron en el intruso. Un enorme dragón con escamas brillaban a la luz del sol estaba posado sobre un saliente rocoso que dominaba el cañón. Sus alas se desplegaron como si se dispusiera a emprender el vuelo, pero la rabia se desencadenó en mi interior. Entonces, impulsado por la venganza y la adrenalina, salté hacia la bestia.

El dragón, sorprendido, se apartó de mí. Entonces, agitó su enorme cola, dentada con púas de aspecto letal. Su largo y sinuoso cuello se arqueó como el de un cisne cuando se giró para verme y sus brillantes ojos naranjas tenían las pupilas rasgadas de un reptil. Su mirada furiosa se clavó en la mía.

Me agazapé con el pelaje erizado de alerta, los músculos tensos y listos para atacar. El dragón emitió un gruñido retumbante que vibró en el aire como un trueno. Nos rodeamos con cautela, esperando a que el otro diera el primer paso. La tensión era palpable y el bosque contuvo la respiración ante el inminente choque.

Cuando el dragón se lanzó sobre mí con un rugido ensordecedor, salté hacia delante, con las mandíbulas chasqueando su flanco y los dientes enseñados en un gruñido. Hundí los dientes en una parte de la tierna piel bajo su pata delantera y me deleité saboreando la sangre.

La criatura rugió de dolor y sus garras cortaron el aire, pero me aparté de un salto, logrando esquivar el golpe.

En mis años de planear la venganza contra los de su especie, había leído lo suficiente como para conocer sus puntos débiles: las zonas sensibles bajo las piernas y su suave vientre eran el objetivo de mis dientes y garras.

El dragón gruñó y soltó una ráfaga de aliento ardiente. Las llamas lamieron los árboles cercanos, lanzando zarcillos de humo por el aire.

Me invadió la rabia al temer por mis tierras; era mi deber como Alfa de la manda Grandbay protegerlas y proteger a mi gente. Odiaba a estos monstruos imprudentes que escupían fuego, que sabía que quemarían hectáreas de estas tierras sin ningún remordimiento. Tenía que sacar a esta bestia de mis tierras. La urgencia se apoderó de mí y destruir a esta criatura se volvió imperativo.

El dragón se abalanzó de nuevo sobre mí, rastrillando el aire con sus garras, pero lo esquivé, aunque esta vez su garra me alcanzó el hombro. Un dolor punzante me recorrió el hombro y bajó por mi pierna derecha cuando mis patas tocaron el suelo.

Justo entonces, el sonido de *más* batir de alas tamborileando el aire acaparó mi atención. Instintivamente, retrocedí al observar la llegada de otro enorme dragón al borde del cañón. Entonces, como si se desatara una tormenta, el aire se agitó con más movimiento. Mis ojos se encontraron otros dos pares de alas cuando una segunda pareja de dragones descendió hacia el borde del cañón. Uno de ellos lanzó un rugido todopoderoso que resonó a lo largo de los afilados bordes del Cañón Negro.

El pánico retumbó en mi pecho, e incluso mi lobo iracundo, con su sed de venganza y el sabor de la sangre, se dio cuenta de que debía dar media vuelta. Me alejé corriendo de las bestias, odiando el olor acre a sangre y humo que empañaba el aire fresco de los pinos.

Pero, incluso herido, la determinación surgió a través de mí. No se trataba de *una* criatura canalla que se había extraviado en nuestro territorio. Reuniría la fuerza de mi manada y expulsaría a estas viles criaturas de nuestras tierras.

Capítulo 7

Billie

Con la luz ya menguante, Colt y yo volvimos del prado. Serví el estofado que había preparado antes para todos y tuvimos una cena "familiar" bastante discreta. Catrina no paraba de mirar el móvil, sospeché que en busca de mensajes de Gavin. Luego me miró mal cuando se dio cuenta de que la observaba.

—Esto está delicioso, Billie —dijo Colt, bendito sea.

Le ofrecí una sonrisa, medio escuchando mientras David le interrogaba sobre la gente a la que había entregado las cabezas de alce en Denver.

—Dirk Kerby dijo que era la mejor cabeza de toro que había visto nunca —dijo Colt.

Vi los engranajes que giraban en la cabeza de David mientras calculaba si tendría pedidos de seguimiento y cuánto trabajo más podría encajar en su agenda.

Catrina suspiró, con la nariz pegada al teléfono. Luego volvió a mirarme como si el hecho de que Gavin no le mandara mensajes fuera culpa mía.

Vi que tanto David como Colt habían terminado de comer. Y, como yo, Catrina no parecía tener mucho apetito; había empujado su comida alrededor del plato.

Parece que mañana habrá sobras.

Aproveché la oportunidad que me brindaba David terminando su relato.

—Lo aclararé si todo el mundo ha terminado —dije como si no lo hiciera *siempre*.

Catrina murmuró:

—Estaba demasiado soso. —Me puse de pie de un salto. Eso fue un sí suficiente para mí. Con los platos sucios, escapé hacia el fregadero de la cocina.

Colt se ofreció a ayudarme:

—Si tú lavas, yo seco.

Sabía que el resplandor que me calentaba mientras llenaba el lavabo junto a mi amigo era exagerado. Pero tenía que aprovechar cada atisbo de satisfacción que pudiera en la vida. Por un momento, el mero hecho de fregar los platos me pareció algo que celebrar. Pero el momento de paz no duró. Un dolor punzante me atravesó el hombro derecho. Me incliné sobre el fregadero, sujetando el borde de cerámica mientras veía borroso. Jadeé y sentí como si me ardiera el brazo derecho.

Inhalé bruscamente, tragándome un grito.

Mierda, ¿me estaba dando un infarto?

La voz tensa de Colt sonó a mi lado.

—¿Billie? Billie, ¿qué pasa?

El ardiente estallido de dolor desapareció tan rápido como había aparecido y volví a ponerme de pie, soltando el asidero que me sujetaba al lavabo. Parpadeé estúpidamente ante la mirada preocupada de Colt.

—Lo siento —dije. Me froté el esternón y luego el pecho—. Sólo... ardor de estómago, creo —dije sin fuerzas.

—Reina del drama —murmuró Catrina, volviendo a aporrear los botones de su teléfono. Me pregunté si le estaría enviando un mensaje a Gavin. No porque quisiera saber de él por lo que había pasado en el Sueño Lunar, sino porque sospechaba que lo que acababa de sentir tenía algo que ver con él.

Se me erizó el vello de la nuca al darme cuenta de que los penetrantes ojos de David estaban clavados en mí. Reprimí mis preocupaciones y volví a lavarme después de asegurarle a Colt que estaba bien.

Pero en cuanto terminé, subí corriendo a mirarme el hombro y el brazo en el espejo de mi habitación. Me quedé perpleja al no encontrar nada excesivamente malo. Pero sentí como si me hubieran herido de gravedad. Mientras miraba mi reflejo en el espejo, fijándome en mis ojos verdes, un destello de ojos color avellana apareció en mi mente. En el fondo, *sabía* que lo que

había sentido había sido el dolor de Gavin. En la cultura de los hombres lobo, se decía que los compañeros predestinados formaban una conexión telepática que los hacía más poderosos en la manada, ya que podían comunicarse en silencio durante la caza. Se me erizó la piel de asombro al pensar si esto era una señal de que tal conexión existía entre Gavin y yo.

A pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, estuve inquieta el resto de la tarde, incapaz de concentrarme en mi libro o en la pila de remiendos que tenía que hacer en mi cesta de costura. Mantuve la puerta de mi habitación entreabierta, atenta a cualquier sonido procedente de la habitación de Catrina. Al menos, si recibía una llamada o intentaba llamarlo ella misma, lo sabría. Pero a medida que pasaban las horas y no se producía ningún dolor nuevo, me convencí de que ninguna noticia era una buena noticia.

Sin embargo, la experiencia me dejó conmocionada. Durante los días siguientes, pensé con frecuencia en aquel dolor y en nuestra conexión común. No podía evitar pensar en ello y en lo que significaba. Puede que me rechazara, y por Vana no había forma de que nos marcáramos el uno al otro, pero seguíamos vinculados.

Por otro lado, mi entusiasmo por conseguir a mi lobo pronto aligeró mis pesados espíritus. Y si hacer las tareas con Colt me hacía sentir cálida, santa Vana, desplazarme con él me daba vértigo.

Cada nuevo día me sentía como si fuera Navidad. Al amanecer, Colt y yo salíamos a hurtadillas de casa y nos íbamos al bosque. El tiempo era bueno y maravillosamente seco para esta época del año, y lo aprovechábamos al máximo.

En un borrrón de pelaje y colmillos, surgió mi loba. Era una maravilla ver el bosque a través de sus ojos lupinos. Todo parecía más pequeño y detallado, pero al mismo tiempo más grande y con más textura. A través de sus ojos, me sentía aún más cerca de todo: las rocas, los árboles y el cielo. A todo. A través de ella, supe que estaba más cerca de Vana como nunca lo había estado antes.

Cuando Colt y yo corrimos juntos, desgarrando el bosque, con los troncos y las hojas difuminándose en la periferia de mi visión, me sentí tan emocionada como debieron de sentirse aquellos primeros humanos cuando corrían junto a Vana al principio.

Gracias a la guía de Colt, me estaba acostumbrando cada vez más a mi loba. Mientras salíamos con el alba hacia el bosque por tercer día consecutivo, dije:

—Vamos al cañón. También podemos buscar peregrinos.

Pero mi hermano adoptivo negó con la cabeza.

—Es mejor que te mantengas alejada del abismo hasta que tengas más control sobre ella.

—Estoy lista —dije, con el vértigo de correr empezando a recorrerme. Bailaba sobre las puntas de los pies mientras nos deslizábamos bajo el toldo.

—De acuerdo entonces...

Casi me moví de emoción ante sus palabras, pero Colt me agarró del brazo y dijo:

—De acuerdo entonces. Si me enseñas puedes correr hasta Joseph Stump y volver a encontrarnos aquí.

La euforia se apoderó de mí y sonreí.

—Trato hecho. —Habíamos estado usando Joseph Stump como marcador los últimos días para la mayoría de nuestras carreras. Llevaba el nombre de uno de los compañeros de manada de Dalesbloom porque era donde había tenido su Sueño Lunar. Como yo, había perdido el conocimiento una noche en el bosque. Me alegré de no ser la única de la manada de Dalesbloom que se había caído en el bosque.

Sacudiendo la cabeza, me concentré en lo que tenía que hacer.

Resultó que mi loba no se portaba muy bien. Un olor llegó a mi nariz, y en lugar de ir hacia Joseph Stump, se desvió a la izquierda, hacia una madriguera. Traté de alejarla de la madriguera en la que empezó a cavar, pero nada de lo que dije la apartó del olor.

Pensé que íbamos a estar aquí jugando en la tierra todo el día. Entonces Colt, por fin, en su forma de lobo, se acercó sigilosamente por detrás y forcejeó conmigo. Rodamos por la maleza hasta que consiguió inmovilizarme en el suelo. Finalmente, mi loba, dándose cuenta de que había sido vencida por uno de los miembros de su manada, desnudó su cuello, sometiéndose a Cole.

Su orgulloso lobo negro se bajó de mi lobo color arena desde donde me había inmovilizado.

Dejé que el pelaje y los colmillos retrocedieran y Colt también adoptó su forma humana. Me acerqué a uno de los arbustos cubiertos de hojas primaverales mientras Colt desviaba la mirada y se acercaba a un árbol. Nos habíamos acostumbrado a utilizar cualquier cobertura que hubiera cerca cuando cambiábamos a nuestras formas humanas.

—Y esta es la *razón* por la que te mantienes alejada del cañón, vale —dijo en su mejor tono de sabelotodo—. En este momento, tu loba está tan verde, que perseguiría cualquier olor que le llegara hasta el río Gunnison.

—Tiene mucha fuerza —dije, aún sin saber qué olor había cogido allí exactamente y a qué quería llegar en la guarida.

—Ardillas de tierra de manto dorado. Hay una nueva camada. Sentí el olor antes de entrar en el bosque.

—Me has tendido una trampa —argumenté, sin sentirme realmente perjudicada, pero era divertido discutir con Colt.

Se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa.

—Cuando tu loba note un olor tan fuerte en cuanto entres en el bosque, entonces sabremos que estás lista para el cañón.

Sin embargo, aunque la fe de Colt me tranquilizaba, sospechaba que *no sería* tan fácil controlar a mi loba como él creía. En la cultura de los hombres lobo se sabía que la bestia sólo se domaba de verdad cuando uno reclamaba a su pareja predestinada y ambos se marcaban mutuamente. Pensaba en cómo Vana lo había conseguido cuando los primeros humanos con los que había elegido caminar no podían, sólo con sus formas humanas, controlar a sus bestias. Siempre había pensado que había algo hermoso en el hecho de que la pareja predestinada fuera la clave para domar a la bestia. Pero ahora no podía evitar sentirme molesta por esta necesidad. Sentía como si hubiera estado esperando una eternidad para poder canalizar a mi loba, y ahora no podía controlarla, y todo porque Gavin no quería tener nada que ver conmigo.

Esa noche, mi falta de control sobre mi loba se volvió otra vez en mi contra. Estaba en la cocina, tomando un vaso de agua, de repente me había despertado acalorada y sedienta. Medio dormida, engullí el agua cuando me invadió el impulso de abrir la puerta y respirar el aire nocturno. No le di importancia, y no tardé en dejar el vaso y abrir la puerta trasera para hacerlo, cuando, de repente, mi loba saltó dentro de mí, me arrebató el control, y se puso en cuatro patas fuera de golpe.

Se quitó la parte de arriba de mi pijama, gimoteando de irritación y mis pantalones holgados ya estaban tirados en la puerta.

Mi corazón latía en mi pecho peludo de asombro. Se había transformado por su propia voluntad. Con inquietud, me di cuenta de que estaba galopando por el camino de tierra. Tenía que calmarla.

Da media vuelta.

Me imaginé a mí misma, mi piel cubierta de piel de gallina al aire de la noche. La brisa jugaba con mi pelo castaño arenoso, pero, aun así, las patas de mi loba golpeaban el prado, las hierbas le hacían cosquillas en las almohadillas de los pies y la condensación de las hierbas se pegaba a su pelaje.

Mala loba. Mala.

Pensé en cómo, hacía poco, le había prometido a Colt que no haría nada atrevido y me escaparía sola a los profundos y oscuros bosques. Pero mi loba no me prestó atención; en cambio, su alegría me consumió. La idea de cómo había querido correr por el bosque con Colt en mi forma de lobo me atormentaba. Y aquí estaba. Mientras mi lobo y yo corríamos bajo las copas de los árboles y nos adentrábamos en la maleza del bosque por la noche, me sentía más viva que nunca. Esto era exactamente lo que siempre había querido.

Buena chica.

Durante un rato, corrimos, deleitándonos con la espesura de las sombras que cubrían nuestra forma arenosa. La poca luz que atravesaba el dosel desde la luna menguante de Vana hacía que nuestro pelaje no fuera demasiado luminoso. Cada trozo de suelo del bosque parecía albergar un nuevo olor y una nueva historia mientras rastreábamos los movimientos que habían sucedido a lo largo del día.

Cuando mi loba llegó a un área de suelo con huellas de cascos recién marcados, el pelaje de su lomo se erizó. El olor del suelo llenó nuestros sentidos olfativos y creó una historia confusa. No lo reconocía en absoluto. No reconocíamos este nuevo perfume. Lo más parecido con lo que podía compararlo eran los lirios. Pero había algo mucho más delicado. La curiosidad se apoderó de mí, y mi loba, habiendo fijado su vista en el rastro, continuó siguiéndolo.

Rastreamos el olor hasta un claro del bosque. A medida que los pinos y abetos se adelgazaban y dejaban el claro abierto, el cuarto menguante de la luna lo bañaba con mucha más luz. Y allí, en el claro, estaba la fuente del perfume que había rastreado.

Mi mirada lobuna se ensanchó al contemplar la forma escultural de esta criatura. Desde las pezuñas hasta los hombros, debía de medir metro y medio. Fácilmente igualaría a cualquiera de los alces machos de Gunnison Park. Pero su liso pelaje era blanco puro. Pero lo que más destacaba era su cuerno. No creía que ninguno de los alces que había visto, con su impresionante cornamenta aterciopelada, se hubiera acercado nunca a ser tan magnífico como el reluciente cuerno que se proyectaba desde el centro de la frente del unicornio. Miró hacia el final del prado.

Cautivada, seguí observando a la criatura desde las sombras, con una punzada de ansiedad. No quería sobresaltar a la criatura y asustarla. No sabía cómo mi lobo sabía que era una hembra. Pero supuse que algo en su olor le había informado a mi loba porque, de algún modo, sabía que el unicornio era una hembra.

Recorrí con la mirada su brillante cuerno plateado y luego sus pezuñas, que brillaban menos. Me di cuenta de que emanaba una magia tan pura como la de Vana, que yo había sentido en mi Sueño Lunar. Mis sentidos de lobo se agitaron con curiosidad y una pizca de aprensión.

Justo entonces, el unicornio volvió sus ojos plateados hacia *mí*.

En ese momento, se apoderó de mí la sensación de que siempre había sabido que estaba aquí. Sus ojos parecían llenos de una sabiduría ancestral y, por un momento, nos miramos en el claro iluminado por la luna.

Enamorada de su belleza, mi loba dio un paso adelante y mi corazón se hinchó con una mezcla de asombro y anhelo. El unicornio se mantenía tan firme y quieto; yo estaba cerca de ella, a menos de un metro. Sin pensarlo, extendí el cuello y alargué el hocico hacia ella. Para mi sorpresa, la majestuosa criatura se inclinó y bajó el hocico. Su contacto me produjo una oleada de calidez y asombro. Me invadió una sensación de paz, como si todas mis preocupaciones y dudas desaparecieran.

Pero... la calma se vio asaltada de repente. Por un momento, pensé que unos tambores golpeaban el aire. Pero cuando levanté la vista, parpadeé al ver cómo unas formas enormes y escamosas oscurecían el aire, con sus alas golpeando el aire mientras descendían hacia nosotros.

Tan cierto como que el unicornio era puro de corazón, algo en mi loba gruñía que esas bestias, esos dragones, eran todo lo contrario.

En un momento, cuatro enormes y aterradoras bestias nos habían rodeado.

La unicornio se encabritó sobre sus patas traseras y se enfrentó a los dos dragones de su lado del claro, aparentemente asustada también por las criaturas. Uno de los dragones de mi lado rugió y su voz resonó a través de la noche, atrapándose en los estantes del cañón, no muy lejos de allí. El destello de fuego que vi en sus fauces abiertas me produjo un escalofrío.

Sin previo aviso, la dragona más grande de mi lado de la hondonada lanzó su largo cuello hacia mí, chasqueándome los dientes. Una vez más, algo en mis sentidos de lobo me dijo que era hembra, y estúpidamente me pregunté si los más grandes tendían a ser hembras. Le dije a mi cerebro que se callara porque no estábamos observando aves rapaces en el cañón. Esquivé por los pelos el hocico chasqueante de la bestia.

Entonces, la enorme cola del dragón macho se dirigió hacia mí. Su larga y escamosa cola tenía púas en el extremo, y me aparté, intentando no asustarme por el daño que esas cosas podían hacerme.

Los brillantes ojos anaranjados de la hembra ardían con ferocidad mientras sus mandíbulas volvían a chasquear hacia mí.

Una luz brillante detrás de mí me distrajo, y lancé una mirada hacia la unicornio y sorprendí a los dragones de su lado del claro retrocediendo ante su cuerno resplandeciente como si no pudieran soportar su brillo.

Con el corazón acelerado, volví a apartarme de la cola del macho. Los dragones eran criaturas grandes y formidables, y cuando el miedo se apoderó de mí, supe que no tenía ninguna posibilidad de enfrentarme a esas enormes criaturas con colmillos y duras escamas.

Pero mi loba veía las cosas *de otra manera*. Instintivamente, gruñó y saltó, decidida a protegernos a ella y a mí. La necesidad de protección nos invadió a las dos, pues instintivamente sabíamos que también teníamos que proteger a la unicornio. Cuando volví a observar a mi alrededor, la vi golpear con su cuerno a uno de los dragones, asestándole un golpe en el vientre. Cuando lanzó un grito de rabia, me sentí animada.

Tal vez podríamos hacer esto.

El choque de escamas y garras resonó en el bosque cuando mi lobo fue a por el dragón macho justo después de que intentara golpear de nuevo con la cola. A pesar de su tamaño y fuerza, la agilidad y el instinto primario de mi lobo eran impresionantes. Con una serie de rápidos movimientos, consiguió esquivar cada uno de los ataques de los dragones. Me maravillaba su

velocidad y agilidad cada vez que esquivaba a un oponente, preguntándome cómo lo hacía. Siempre parecía ir dos pasos por delante hasta que...

Ella no estaba...

No estábamos...

El dolor me recorrió el costado.

Me sobresalté al sentir un intenso dolor que casi me derribó al suelo. Mi loba emitió un gemido de angustia y el sonido reverberó en el claro mientras yo tropezaba y luchaba por mantenerme en pie.

Sentí el goteo caliente de la sangre que se filtraba por la herida de mi costado, su olor metálico me envolvió y el pánico se apoderó de mí.

Los dragones habían asestado un golpe. No sabía si había sido la cola de púas del macho o los colmillos de la hembra los que habían dejado un profundo corte en el costado de mi loba. Pero mientras retrocedía, con mis fuerzas menguando, mis movimientos empezaron a debilitarse, y... mis patas traseras cedieron por completo.

Capítulo 8

Gavin

Aislin se quitó las zapatillas junto a la puerta de mi camarote. Iba vestida con unos leggings y una camiseta de manga larga, y llevaba el pelo largo de color caoba recogido en una coleta. Se bajó la cremallera de la camiseta y la colgó en el cartel de las normas de la manada, que tenía perchas debajo de cada norma.

—Sabía que olía a filete —dijo, acercándose a donde yo estaba sentado en el sofá.

Acababa de cocinar unos filetes a la plancha. Siempre hacía de más porque, al poco tiempo, el olfato de alguien siempre le llevaba hasta mi puerta. La casa de mis betas estaba a sólo doce metros, así que, la mayoría de las veces, aparecían Aislin, Gretel u Oslo.

—Las sobras están en el horno —dije.

No necesitó que se lo dijeran dos veces y se movió hacia la cocina.

—Tráeme otra cerveza, ¿quieres? —le dije. Por el momento eran cervezas sin alcohol, debido a los medicamentos que me había dado el curandero para mi herida. Aislin volvió con dos botellas frías y un plato lleno de cubiertos. Dejó las cervezas en la mesita y se sentó en uno de los sillones que había junto al fuego para comer el filete.

Me quedé mirando las llamas de la chimenea, disfrutando del calor y el ambiente. Las vigas de madera desgastadas y los ladrillos vistos de mi cabaña siempre hacían que este lugar fuera perfecto. La repisa de madera recuperada sobre la chimenea, que mi madre había restaurado y puesto a punto a partir de un naufragio en el Gunnison, añadía historia y encanto a la habitación.

No había cambiado nada desde que lo heredé de mis padres. No habría cambiado la preciosa repisa de mamá por nada del mundo. Pero el cartel de "Pack Rule" de mi padre siempre me había parecido un poco cursi. Sin embargo, no me atrevía a quitarlo.

Me recosté en el sofá, haciendo un cojín con las manos detrás de la cabeza. Al estirar los brazos, me alegré de que ya no me doliera el hombro.

Algo que no pasó desapercibido para Aislin.

—¿Tu hombro ya está mejor entonces?

Hace unas noches, cuando regresé, había estado prácticamente fuera de combate durante un día. Helen, la curandera de la manada, me había curado la herida y, gracias al poder de nuestras ricas aguas de Grandbay y a las potentes hierbas medicinales que ella misma había preparado, me estaba recuperando. Los hombres lobo sanamos mucho más rápido que los humanos, y la profunda herida del dragón se había convertido en una costra de carne que me recorría desde el hombro derecho hasta el codo.

De mala gana, asentí.

—Me siento mucho mejor, gracias. —Podía ser que me hubiera estado apoyando mucho en el tema de la *curación en los* últimos días.

Aislin tragó un enorme bocado y luego dijo:

—Estupendo, entonces puedes llamar a David, ¿no?

Fruncí el ceño. Sólo quería relajarme con una cerveza y olvidarme de mis problemas. ¿Por qué Aislin tenía que ser tan proactiva?

—No seguirás enfurruñado porque tu lobo perdió con los dragones, ¿verdad?

Les había dicho a mis Betas y a Aislin que no había querido atacar al dragón. Sólo quería investigar, pero les expliqué que su ira me había dominado y que había atacado.

Aislin era como un perro con un hueso. Sabía que debía alertar a David Hexen. Había olfateado por primera vez a los cambiaformas de dragón en las tierras de Dalesbloom, pero no estaba preparado para hablar con David después de lo que había ocurrido en la mansión Hexen hacía unos días. Necesitaba más tiempo antes de hablar con David... y con Catrina. Por lo tanto, había estado posponiendo ponerme en contacto con él. Era algo que Aislin no podía entender.

Volvió a intentar el enfoque directo.

—¿Qué ha pasado entre tú y Catrina?

Aislin me había estado acechando desde el primer día que volví aquí, cuando envié a su padre a

buscar mi camión a la Mansión Hexen en lugar de ir yo mismo. También me había apoyado en lo de la curación.

Desvié la mirada y crují los nudillos.

—Olvídalo, ¿quieres?

Terminando su comida, Aislin cambió de táctica.

—Bueno, no creo que sea prudente que seas el único Alfa en Gunnison que sepa de la presencia de los dragones. Deberías decírselo a Everett.

Cogí la cerveza fresca, deseando que Helen no me hubiera dicho que dejara el alcohol. Me vendría muy bien, dado que en los últimos días no había podido desahogarme cambiando de ropa mientras me curaba. Un rayo de esperanza se encendió cuando volví a flexionar el brazo derecho. Debería ser capaz de moverme cómodamente y salir a correr más tarde. La idea me hizo sentir más proactivo. Estaba seguro de que Aislin también estaría dispuesta a investigar por la noche en el bosque.

Saqué mi teléfono y los ojos color whisky de mi amiga se iluminaron.

Llamé a Everett March.

—Hola Gavin —saludó Everett—. Espero que tú y la manada estéis bien —preguntó amablemente.

—Hey Everett, estamos bien por aquí, gracias.

Everett y yo siempre nos habíamos llevado bien, pero en realidad no nos poníamos en contacto a menos que necesitáramos ayuda con los asuntos de la manada. Era una lástima. Everett siempre me había parecido un buen tipo. Lo había invitado a tomar una cerveza varias veces, pero siempre se negaba. Cortésmente, pero aun así, era un poco solitario. Le gustaba ser reservado y era más probable encontrarlo de excursión por sus montañas en el norte que yendo a nuestro pub local, el Pioneer.

—Te llamaba para decirte que tuve un encontronazo con cuatro dragones en los límites entre las tierras de Dalesbloom y Grandbay, en Pine Creek. —Hice una pausa, no quería admitir que mi lobo había resultado herido porque se me había escapado de las manos. Así que me limité a añadir—: Si pudieras hacerme saber si tú o tu manada los olfateáis en tus tierras, te lo

agradecería.

Sentí un pinchazo de timidez al pensar que Everett estaría pensando en Pine Creek y en lo que les había ocurrido a mis padres. Entonces me había abierto sus tierras en los meses posteriores al ataque de los dragones, y sabía que se compadecía de mi pérdida, pero aun así me hacía sentir expuesto acercarme al tema.

—Por supuesto que lo haré, Gavin, no te preocupes —dijo Everett—. Y gracias por el aviso. Me aseguraré de investigarlo.

El teléfono no tenía altavoz, pero con su sangre metamorfa, Aislin tenía el oído agudizado y había oído a Everett. Cuando Everett dijo "investigarlo", los ojos de Aislin casi se salieron de sus orbitas. La mirada obsesiva que *siempre* tenía cuando perseguía cualquier cosa relacionada con la Guardia de los Mitos se le clavó en la cara. La razón por la que había oído hablar de la Guardia de los Mitos era Aislin. Además de ser testaruda, terca y un dolor de cabeza la mayor parte del tiempo, le gustaba buscar rumores sobre la organización secreta.

Había perdido la cuenta del número de veces que me había convencido para ir en una búsqueda inútil debido a alguna historia que había oído en el Pioneer. Su última teoría era que Everett era parte de la Guardia de los Mitos.

Puse los ojos en blanco y reprimí una sonrisa. Todos los alfas "investigarían" la presencia de metamorfos dragón en Gunnison Park. Eso no significaba que formara parte de la Guardia de los Mitos.

—Gracias, Everett —dije—. Tómatelo con calma.

En cuanto colgó, Aislin exclamó:

—¿Qué te he dicho? ¿No sonaba totalmente oficial?

—Estás obsesionada —le dije.

Aislin se estremeció.

—No lo estoy —dijo a la defensiva, para mi sorpresa.

—Claro, no tienes nada de interés por la Guardia de los Mitos.

Parpadeó y se encogió de hombros, mucho más tranquila.

—Es saludable tener intereses fuera de los deberes de la manada —dijo—. Deberías probarlo.

—Entonces, supongo que quieres esperar a que la Guardia de los Mitos investigue el rastro de los dragones... —empecé.

—¿Y dejar que ellos se diviertan? —interrumpió Aislin—. No lo creo. ¿Qué te parece un paseo nocturno?

Me levanté en un santiamén, con la sangre corriendo por mis venas, ansioso por volver a salir y ser uno con los bosques salvajes.

Aislin corrió hacia sus padres antes de cambiar de forma y les informó de adónde nos dirigíamos, diciéndoles que estuvieran atentos por si los llamábamos a ellos y a la manada. A pesar de disfrutar del cambio a mi forma de bestia, cuando Aislin y yo nos adentramos en el bosque, me invadió una sensación de expectación.

Estábamos de caza. Primero investigamos en Pine Creek, pero el olor de los dragones era rancio y de hacía días. Tomamos el sendero que llevaba a las tierras de Dalesbloom, rastreando un olor más fresco a ozono y azufre. Mientras acechábamos entre los densos árboles de Dalesbloom, tanto mis orejas como las de Aislin se agacharon contra nuestros cráneos, ya que los árboles estaban definitivamente contaminados por el espeso aroma de los dragones.

La expectación se apoderó de mi lobo al intuir que no podíamos estar lejos de las bestias que cazábamos, dado el penetrante aroma. Pero, de repente, el dolor se apoderó de mi flanco izquierdo y estuve a punto de caer al suelo del bosque.

Instintivamente, supe en el fondo de mis huesos que había venido de Billie. Era común que las parejas predestinadas tuvieran una capacidad telepática, que se sellaba cuando se marcaban mutuamente. Y a pesar de haberla rechazado, no podía ignorar su dolor. Estaba en apuros, y del mismo modo que la urgencia por verla después del Sueño Lunar me había invadido, ahora me invadía la urgencia por encontrarla. Atravesé el bosque de Dalesbloom con Aislin pisándome los talones.

Nos precipitamos hacia un claro donde había cuatro dragones, y no fue demasiado pronto. Mis ojos de lobo se fijaron en dos que se acercaban a la loba arenosa, evidentemente herida, en el suelo del bosque. Un gruñido ensordecedor quebró el aire, y no fue hasta que estuve frente a la

loba arenosa que me di cuenta de que retumbaba desde mi garganta. Yo era el doble de grande que la loba arenosa de Billie, y cuando salté entre ella y los dos dragones, mi voluminoso cuerpo hizo resonar el suelo.

Distante, otra sorpresa me golpeó al ver a un *unicornio* luchando al otro lado del claro con los otros dos dragones.

El aullido de Aislin atravesó la noche desde detrás de mí. Estaba convocando a la manada de Grandbay. Gracias a Vana, estábamos en los límites de las tierras de Grandbay y Dalesbloom, lo bastante cerca como para que nuestra manada nos oyera.

En un momento, mi amigo estaba a mi lado. Cada uno de nosotros se enfrentó a uno de los dragones.

Me enfrenté a la enorme dragona. Aislin y yo nos movimos con precisión, apuntando a las tiernas pieles de los dragones bajo sus patas y lanzándonos a morder sus partes inferiores siempre que teníamos la oportunidad.

Ambos nos concentramos en proteger a la loba herida y no a la unicornio, que parecía mantener a raya a los dragones mientras se alzaba sobre sus patas traseras y les mostraba su cuerno. Una luz brillante irradiaba de él, y los dragones retrocedían cada vez que ella les presentaba el cuerno.

Los dragones rugieron con furia contra la unicornio, pero me di cuenta de que no usaron su fuego contra ella. Los dragones de nuestro lado del claro iluminado por la luna tampoco usaron su aliento de fuego contra nosotros. Supuse que no lo harían, ya que no querían herir accidentalmente a la unicornio.

Por un momento, volví a sentir rabia de que Billie se involucrara en una situación tan peligrosa. Pero luego me centré por completo en mi adversario.

La enorme hembra que chasqueaba las mandíbulas contra mí utilizaba sus enormes alas para impulsarse. Su envergadura era tan grande que oscurecía la luz de la luna mientras extendía sus coriáceas alas para impulsarse.

Entonces, aullidos, gruñidos y el golpeteo de docenas de zarpas perforaron el aire cuando la manada de Grandbay irrumpió en el claro. En un momento, sentí la energía eléctrica del ataque recorriendo a mis compañeros de manada mientras mordían y arañaban a los dragones. Cuando esquivé las garras de la dragona, otros tres lobos la rodearon y vinieron en mi ayuda. Con los

refuerzos, ella torció su largo cuello hacia arriba, gruñendo a cada uno de los lobos mientras le tocaba retorcerse y retroceder con cada uno de sus ataques.

Con un último chasquido fútil de sus enormes colmillos en mi dirección, mi adversario emprendió la huida. Unos instantes después de que la manada de Grandbay llenara la hondonada, las cuatro bestias desplegaron sus alas y volaron hacia la noche. El ruido sordo de sus alas golpeando el cielo era como el de las olas contra los acantilados, hasta que subieron tan alto que tanto ellas como el ruido desaparecieron en la estratosfera de la Tierra.

Entonces, mi lobo se acercó al de Billie que yacía en el suelo. El pelaje de mi lomo se erizó de ira al ver el profundo desgarró en su costado. ¿Qué había estado haciendo aquí sola? Casi había conseguido que la mataran. ¿Era tan inexperta que creía que podía enfrentarse a dos dragones?

Pero mi ira se desvaneció cuando sus brillantes ojos verdes, marcados por el dolor, se volvieron hacia mí. Mi pelaje retrocedió y la carne cubrió mis huesos cuando me agaché para examinar la herida. Busqué entre los lobos del claro a Helen, la curandera de la manada, cuando el unicornio se acercó.

La bestia etérea también cambió su pelaje blanco por la piel. En un momento, una mujer se arrodilló al otro lado de la loba de color arena. Su pelo largo y plateado le llegaba hasta la cintura. A juzgar por las líneas de los ojos y la boca, tenía unos cincuenta años.

Su mirada plateada era seria cuando dijo:

—Me queda la magia suficiente para cerrar su herida. Le permitirá caminar. Pero no me queda mucha; necesitará más curación cuando la llevemos a un lugar seguro.

El asombro se apoderó de mí al recordar que los cuernos de unicornio tenían propiedades curativas. ¿Por eso la habían perseguido los dragones? Mi corazón también dio un salto de alivio cuando mi mirada avellana se posó en el lobo de Billie. Yo no era un monstruo. Quería asegurarme de que estuviera a salvo y no sufriera. Aprobé la oferta de esta nueva metamorfa.

—Entonces mi manada las llevará a ambas a salvo a los terrenos de Grandbay, donde el sanador de nuestra manada la atenderá —dijo. Si los dragones habían estado luchando para llegar a esta unicornio, sabía que mi manada y yo teníamos que protegerla.

La mujer me miró fijamente a los ojos y tuve la sensación de que estaba evaluando algo muy dentro de mí.

Después de un momento, dijo:

—Gracias. Me llamo Muriel Vale.

—Soy Gavin Steele —respondí—, Alfa de Grandbay.

Puso una mano sobre el lobo arenoso que tenía delante.

—No sé tu nombre, querida —dijo, sus ojos se volvieron más amables—. Pero gracias por protegerme.

Se me hizo un nudo en la garganta y, por alguna razón, me costó sacar las palabras.

—Ella es Billie —compartí.

Muriel sonrió a la loba de color arena, acariciándole el costado.

—Billie, vamos a hacer que te recuperes.

Muriel volvió a transformarse en su escultural bestia de color blanco puro y acercó su cuerno al costado de Billie. Una luz blanca y pura penetró en la herida de Billie, y su pelaje marrón arena brilló como la luz de la luna. Vi cómo la respiración de la loba se estabilizaba y se hacía más profunda a medida que la magia actuaba en ella.

Parpadeé asombrado mientras la herida se cerraba sola. Cuando Billie empezó a levantarse, no me quedé esperando, sino que, tomando de nuevo mi forma de lobo, convoqué a la manada con un aullido. Guiando a mis lobos, dirigimos nuestro paso hacia el sendero, nuestra manada presidida por el unicornio de Muriel como un centinela. Atravesamos la noche con cuidado debido a la herida de Billie, pero la expectación corría por mis venas mientras me preguntaba qué nueva información podría darme Muriel sobre los dragones que la cazaban.

Capítulo 9

Billie

Sentía el cansancio hasta en mis huesos cuando por fin llegamos al territorio de Grandbay. En el viaje hasta aquí, me había propuesto no ralentizar el paso de la manada, así que no me había detenido en absoluto. El dolor en mi costado había empezado a arder de nuevo, recordándome que, aunque Muriel me había sellado la herida, el tejido profundo seguía desgarrado y necesitaba ser curado. Una oleada de alivio me golpeó cuando vi un grupo de tejados.

A medida que descendíamos hacia ellos, el caudaloso río Gunnison quedaba a la izquierda. Los pinos maduros y los pinos piñoneros enmarcaban las cabañas de madera, y mi primera visión de Grandbay me robó el aliento.

Cientos de pensamientos pasaron por mi cabeza, y la curiosidad me dio un segundo impulso. Las pequeñas y ordenadas cabañas de madera eran modestas comparadas con la Mansión Hexen y las elaboradas viviendas que la manada de David había erigido. Nunca había tenido motivos para entrar en las tierras de la otra manada. Admiraba que las cabañas estuvieran tan cerca del río. En Dalesbloom, Hexen Manor y las casas de los otros compañeros de manada estaban separadas por la pradera y el bosque del cañón y el río.

En Dalesbloom, los escarpados acantilados del cañón dificultaban el descenso hasta la orilla del río. Mientras que aquí, el cañón se veía a sólo tres metros de la orilla al lecho del río. Al instante me imaginé a los lobos de Grandbay disfrutando de las frescas corrientes del río con mucha más frecuencia que los lobos de Dalesbloom. Una punzada me recorrió el pecho al pensar que, en una vida diferente en la que Gavin no me hubiera rechazado, este hermoso lugar podría haber sido mi hogar algún día.

Ahogué el pensamiento. Pensar así no me ayudaba. Me recordé a mí misma que debía estar agradecida por lo que había ocurrido esta noche, sobre todo por haber sido *rescatada* de aquellos dragones. Un escalofrío me recorrió al recordar a aquellas dos bestias aterradoras con sus imponentes alas que venían a por mí mientras me desplomaba. Me invadió el pánico al recordar que *aquel* iba a ser mi último aliento.

Y, sin embargo, no pude evitar preguntarme cómo me había salvado. Por Vana, ¿por qué no había podido venir Colt en su lugar? ¿Por qué mi salvador tenía que ser el último lobo que quería ver? La última vez que Gavin me había visto, me había dicho que yo no era suficiente. Y no le había parecido mal anunciarlo delante de mi familia adoptiva, la mayoría de los cuales parecían haberse propuesto como misión hacer que me sintiera menos que ellos.

Me preocupaba estar en las garras de los lobos de Grandbay. ¿Y si todos me trataban así? Aparte de Gavin, en realidad no había conocido a ninguno de ellos. Sólo había visto a Aislin desde lejos en el territorio de Dalesbloom.

Hablando de ella, cuando llegamos ante la cabaña principal, una loba marrón rojiza volvió de la parte delantera de la manada, y la reconocí como Aislin. Su hocico se inclinó hacia mi hombro y comprendí que quería que la siguiera.

Nos apeamos en la veranda de una de las cabañas, y el resto de las hembras de la manada se congregaron con nosotros. Me di cuenta de que estábamos cambiando por separado de los machos. Al igual que en la manada de Dalesbloom, donde los machos se desplazaban junto a la mansión Hexen, me di cuenta de que los hombres se habían congregado junto a la cabaña principal, a unos doce metros de distancia.

Adopté mi forma humana. Pero mientras mi piel se estremecía con el aire nocturno, mi mirada errante parecía tener voluntad propia. En un segundo, había visto a Gavin en la terraza del camarote principal.

Me di cuenta de que se sujetaba el hombro derecho con cautela. Incluso desde aquella distancia, mi aguda visión captó el profundo corte que apenas empezaba a formarse una costra y que bajaba desde el hombro hasta el codo, exactamente donde me había dolido el otro día. Sentí mariposas en el estómago cuando me pregunté si así era como me había encontrado esta noche. ¿Habría sentido a los dragones desgarrando mi costado? A pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, me invadió una sensación de calidez al pensar en nuestra conexión telepática. La sensación de que había un hilo invisible que salía de mí y se enredaba en torno al hombre moreno y magníficamente musculoso, erguido y orgulloso en el centro de su manada, hizo que se me acelerara el pulso.

—Por Vana, Billie, lo has hecho bien, chica —dijo Aislin. Mi mirada se desvió rápidamente hacia la pelirroja desnuda que tenía delante.

Pero me alegraba que me hubiera distraído, porque ya había notado cómo se me calentaban las mejillas en la fresca noche cuando mi mirada se había paseado por el pecho bien definido y esculpido de Gavin y había bajado hasta sus abdominales. Me obligué a concentrarme en Aislin. Después de todo, Catrina ya me había acusado de mirar a Gavin demasiado. Por no mencionar el hecho de que el alfa de Grandbay había dejado perfectamente claro que *no estaba* interesado en mí de esa manera. Decidí luchar contra cualquier sentimiento irracional que saliera a la superficie.

Parpadeé ante los cálidos ojos marrones de Aislin, confusa por su comentario. Mi pulso volvió a acelerarse. ¿Lo había hecho bien? Había estado admirando a Gavin. ¿Le había dicho que éramos compañeros predestinados? ¿Creía ella que yo le había marcado de alguna manera?

—¿Qué quieres decir? —pregunté confundida.

—Te has enfrentado tú sola a dos dragones. Vaya hazaña —dijo.

Mi corazón acelerado por fin se calmó.

Vale, eso tiene mucho más sentido.

Me dije que dejara de sentirme tan nerviosa. Pero me sorprendió su amabilidad. No había nada de la hostilidad que había percibido en Gavin en el claro cuando su pelaje se había erizado a lo largo de su espalda mientras se enfocaba en mí.

—Vamos —dijo Aislin, haciendo un gesto hacia la cabaña—. Vamos a ponerte algo. —Me di cuenta de que las otras mujeres a nuestro alrededor ya se estaban poniendo la ropa. Aislin había recogido su ropa desechada entre los brazos. Ansiosa por no ser la única mujer desnuda, la seguí.

Mi mirada se clavó en la mujer de pelo plateado, Muriel, que estaba en el porche, y me sonrió amablemente. Una mujer de mediana edad con el mismo pelo color caoba que Aislin le había dado a Muriel una manta con la que se estaba envolviendo. Me invadió la gratitud al recordar cómo Muriel, en su forma de unicornio, había curado mi herida. En el claro, había estado lo bastante consciente como para oír su nombre mientras Gavin le hablaba. La anticipación se apoderó de mí al pensar en hablar con ella.

Primero, la ropa.

Aislin me condujo a una acogedora sala de estar con paredes de madera desnuda, un sofá y

sillones. Una chimenea con brasas aún encendidas era el centro de atención de la estancia.

En un momento habíamos llegado a lo que debía de ser el dormitorio de Aislin. Sacó ropa de un cajón y la tiró sobre la cama.

—¿Qué talla llevas? —dijo mirando los zapatos de su armario.

— 38 —respondí.

—¡Cómo yo! —Sonrió.

—Gracias —dije, cogiéndole las zapatillas.

Me puse las bragas y el sujetador deportivo y luego los leggings. Me quedaban bien y me di cuenta de que Aislin era mucho más parecida a mi talla y altura que Catrina. Me di cuenta de que Aislin era más ancha que yo porque tenía más músculos, pero con los leggings no importaba. La camiseta que me puse era un poco holgada, pero ni la mitad de lo que me quedaba la de Catrina. Miré el símbolo del Ojo que todo lo ve con las palabras *Únete a los Illuminati* garabateadas en la parte delantera.

—Qué diseño más chulo —dije.

Se rio entre dientes.

—Mi familia y mis amigos creen que soy una conspiracionista.

Mientras me ponía la camiseta de manga larga con cremallera que me había dado, me fijé en la camiseta negra ajustada que llevaba, en la que se podía leer *Expediente X y La verdad está ahí fuera*. Sonreí al leerlo y Aislin me devolvió la sonrisa.

Una vez que me había atado las zapatillas, me dijo:

—Vamos, Scully. La verdad no se va a encontrar sola.

Solté una risita, animada por su jovialidad y con muchas ganas de descubrir la verdad sobre lo que había ocurrido para que esos dragones persiguieran a Muriel.

Cuando volvimos a salir, la mujer de mediana edad y pelo caoba, que descubrí que era la madre de Aislin, Gretel, había encendido un montón de linternas alrededor de su porche. Algunos de los

miembros del grupo estaban sentados en los sofás y sillas de mimbre de la terraza de la cabaña principal, mientras que otros se habían acercado a la hoguera que había entre todas las cabañas. La noche estaba llena de humo de hoguera. Aquí, en la veranda, el cálido aroma de las velas de cera de abeja impregnaba el aire. El suave sonido de las charlas disipó gran parte de mi tensión.

Me acerqué a la mujer de pelo plateado, ahora vestida con un bonito vestido suelto, y me senté frente a ella.

—Hola, Muriel —le dije, ofreciéndole la mano—. Gracias por curarme.

Me cogió la mano, sorprendiéndome al apretarla con las dos suyas, y me sonrió dulcemente.

—De nada, Billie. Debería agradecerte que te enfrentaras a esos dragones conmigo.

Apenas había hecho nada por ayudar. Sólo había conseguido que me hirieran, y si no hubiera sido porque había aparecido la Manada de Grandbay, quién sabe lo que nos habría pasado.

Cuando Muriel me soltó la mano, Aislin me salvó de responder al intervenir.

—¿Por qué te perseguían esos dragones?

La mirada plateada de Muriel se oscureció.

—Has sido testigo de la magia curativa de mi cuerno. Por desgracia, el clan Inkscales lleva tiempo cazándome por ese valioso recurso.

—Es horrible —exclamé.

La mirada de Muriel se suavizó de nuevo al mirarme.

—Por desgracia, no todo el mundo es tan puro de corazón como tú.

Me encogí de hombros, insegura de qué decir y poco acostumbrada a que alguien me elogiara. Pero el movimiento hizo que me doliera el costado. Me llevé una mano a la caja torácica.

—Qué tonta he sido. Lo olvidaba, aún necesitas curación —dijo Muriel, sin que mi dolor pasara desapercibido—. La curandera de la manada me acaba de revisar y te está esperando en la cabaña principal —añadió, señalando hacia la principal—. Ve a verla.

La preocupación impregnaba su tono y su expresión era tan abierta y sincera que me recordaba a

su forma animal, como si aún estuviera envuelta en esa luz pura y brillante.

Seguí su consejo y, al darme cuenta de que Gavin estaba junto a la hoguera con la mayoría de la manada, solté un suspiro de alivio mientras seguía el rastro hasta la cabaña principal.

Cuando abrí la puerta, la curandera estaba sentada en el sofá de cuero frente al fuego. Sobre la mesita había un surtido de frascos y hierbas.

—Ven, siéntate, Billie —dijo, señalando a su lado—. Me llamo Helen —añadió.

La mujer era de mediana edad, llevaba el pelo castaño oscuro recogido en un moño y un vestido suelto como Muriel. Tenía unos bonitos ojos color avellana, que llamaban la atención, ya que me había dado cuenta de que la mayoría de los metamorfos de la manada Grandbay, como Aislin y Gavin, tenían los ojos oscuros.

Al sentarme, admiré los enormes maderos de la repisa de la chimenea y los ladrillos de la chimenea. Alguien había encendido el fuego y crepitaba alegremente en el hogar.

—Necesito acceder a tu costado —dijo Helen.

Asentí con la cabeza, bajé la cremallera de la camiseta y me la quité. Puso las manos en mi costado y empezó a cantar:

—Voda, vitr, vatra, terra. Voda, vitr, vatra, terra. Voda, vitr, vatra, terra. Reconocí el antiguo lenguaje de Vana. Estaba invocando a los elementos para que la ayudaran con su hechizo de curación. Recordé cómo el curandero de la manada Dalesbloom había utilizado el mismo conjuro cuando me había roto el brazo. Sentí que la carga eléctrica fluía por la habitación a medida que la energía sagrada se unía a la llamada de la curandera.

Helen abrió una botella que había sobre la mesa y, con un paño, me untó la piel con el líquido.

—Telo kes voda. Telo kes voda —canturreó, repitiendo la frase una y otra vez. Era hipnótico y, mientras miraba las llamas danzantes, sentí que el ungüento que me había untado se extendía hasta lo más profundo de mi cuerpo. La agudeza que había estado padeciendo se atenuaba. En su lugar, una corriente refrescante me recorrió y pareció llevarse por completo el escozor de la herida.

La presión de Helen sobre mi costado disminuyó y sus oscuras cejas se fruncieron.

—Eso es... increíble —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

En lugar de responder, Helen preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, gracias —dije—. El dolor ha desaparecido. ¿Qué hay en tu ungüento? —le pregunté.

—Una variedad de plantas acuáticas, así como agua del Gunnison —explicó Helen. Sus ojos color avellana se encontraron con los míos y preguntó—: ¿Sabías que se decía que Vana había infundido riqueza y abundancia de vida a las aguas de Grandbay?

Sacudí la cabeza.

—Sólo conozco los mitos sobre la manada de Dalesbloom —dije— donde crecí.

Ella asintió.

—Bueno, has tomado bien la magia curativa aquí, Billie. Creo que ya está. Sólo asegúrate de descansar en los próximos días. No te muevas ni corras por lo menos durante tres días, ¿de acuerdo?

Dándole las gracias, me volví a poner la camiseta y salimos juntas de la cabaña. Una extraña ráfaga de algo se acumulaba en mi pecho. Me froté el esternón, preguntándome por aquella sensación. Después de que Aislin se mostrara tan amistosa y Muriel tan amable, y de que Helen me curara y me dijera que respondía a la magia de Grandbay, una tormenta de confusión había empezado a apoderarse de mí.

También sentía un extraño calor en el estómago al pensar en el puñado de personas que había conocido aquí. Un sentimiento de pertenencia parecía calarme hasta los huesos y, una vez más, el desconcierto se apoderó de mí. Porque *aquello* no tenía sentido, ¿verdad? ¿Cómo podía pertenecer a este lugar si Gavin me había abandonado por completo?

Para mi consternación, cuando Helen y yo salíamos de la cabaña, Gavin vino hacia nosotros. Helen se excusó y se dirigió a la cabaña de Aislin. Por un momento, me distrajeran las ondas del pelo castaño oscuro de Gavin y su rostro fuerte y bien afeitado a la luz del fuego. El resplandor

detrás de él acentuaba la fuerza de sus rasgos. Miré su mirada avellana con inquietud, preguntándome por qué se había dignado a fijarse en mí después de haberme descuidado toda la noche.

—He llamado a David —explicó—. Vendrá pronto a recogerte. —Y con eso, se alejó de mí, de vuelta a su cabaña. Como si me hubieran dejado sin aliento, me di cuenta de que no importaba lo que sintiera por la manada de Grandbay... nunca pertenecería aquí por la antipatía que Gavin sentía por mí.

Me pasé las manos por los brazos, sintiendo el frío de la noche en mis brazos desnudos.

Maldita sea.

Me di cuenta de que había dejado el top de Aislin en el salón de Gavin cuando me había vestido después de que Helen me atendiera. David traería su camioneta, y si Catrina y Colt iban con él, significaría que yo saldría al aire libre. Definitivamente iba a necesitar el top que me había prestado Aislin.

Así que, de mala gana y respirando hondo, me acerqué de nuevo a la puerta del camarote de Gavin. Llamé, sin querer asustarle ni tomarme ninguna libertad.

—Adelante —resonó su profunda voz desde el interior.

Estaba en el salón, apoyado en la enorme repisa de madera.

Al cruzar la puerta, parpadeó sorprendido.

—Lo siento, me he dejado el top —expliqué, señalando al sofá, donde yacía el top de running de Aislin. Me acerqué y me lo puse .

—Te queda bien —comentó Gavin.

Fruncí el ceño, preguntándome por qué se molestaba en intentar entablar conversación.

—Sí —dije—, Aislin es más de mi tamaño que Catrina.

Cuando me encontré con su mirada, frunció el ceño y rápidamente le expliqué:

—Toda mi ropa es ropa usada de Catrina, así que me suele quedar enorme porque ella es un

gigante. —Me di cuenta de que acababa de criticar a su novia y decidí no quedarme más e infligir mi compañía a Gavin. Así que me dirigí a la puerta.

Pero mis ojos se clavaron en el cartel con las normas de la manada que había junto a la puerta, repasando las reglas: 1) Colabora con los miembros de tu manada, 2) Límpiase las patas, 3) Respeta a tus mayores, 4) Sigue tu olfato.

Me reí entre dientes, dándome cuenta de que entre cada una de las reglas serias había otras divertidas e irónicas.

—Son geniales —le ofrecí a Gavin, dándome la vuelta para mirarle con una sonrisa.

—La elección de decoración de mi padre —explicó—. Siempre me han parecido un poco cursis.

Genial, ahora estaba llamando mierda a mis gustos.

—Bueno, tu padre tenía sentido del humor —solté antes de poder contenerme.

Parpadeó y soltó una carcajada sorprendida. Sus ojos color avellana pasaron junto a mí, rozando con cariño el cartel de las Reglas de la Manada. La primera sonrisa suave que había visto en su cara.

—Así es.

Una punzada de calor me recorrió el pecho y deseé a la vez no haber hecho sonreír así a Gavin y poder volver a hacerlo sonreír así. Objetivamente hablando, Gavin, con sus rasgos fuertes, la mandíbula bien afeitada y el pelo y los ojos castaño oscuro, era guapo. Pero cuando sonreía, era alucinantemente guapo.

Sus ojos color avellana se posaron en mí y sentí un nudo en la garganta al percibir un destello de calidez en ellos. No era el deseo embriagador que había visto en ellos en el Sueño Lunar. Pero estaba casi segura de que me miraban con diversión y amabilidad.

Justo entonces, sonó un golpe en la puerta. Un mechón de pelo negro y luego un destello de frío azul parecieron congelar el aire de mis pulmones.

—Así que has estado corriendo fuera de control, ¿verdad? —gruñó David al entrar en la cabaña—. Sube al coche —ordenó mientras entraba en la cabaña, su presencia desterrando toda la magia que había jurado que se había estado formando en mí... y, tal vez, en Gavin.

Esa sensación de menos me atravesó el pecho. Como un perro malo, aceché a su lado, despedida. Luché por mantener la calma al pasar junto a los odiosos ojos azules de Catrina, que chispeaban de alegría al ver cómo me rechazaban.

Colt se puso a mi lado, con ojos amables y escrutadores.

—¿Te encuentras bien? Gavin le ha dicho a papá que te habían herido.

Se me revolvió el estómago de culpabilidad al pensar en la promesa que le había hecho a Colt y que había roto al salir sola al bosque esta noche. Pateé el polvo mientras caminábamos hacia la camioneta. Se me desinfló el pecho al preguntarme si Colt también estaría enfadado conmigo.

—No quería salir, Colt, lo juro. —Exhalé pesadamente—. Perdí el control de mi loba. —Suspiré—. Entonces, se fue antes de que pudiera detenerla.

Pero no debí preocuparme porque me levantó la barbilla y me miró a los ojos.

—Nada de eso importa mientras estés bien.

Me abrazó y me dije que todo iría bien porque seguía teniendo al único amigo que había necesitado.

Capítulo 10

Gavin

Cuando Billie salió de la cabaña, David se acercó al fuego, de pie en el otro extremo de la chimenea.

—Siéntate —le ofrecí, señalándole uno de los sillones.

Negó con la cabeza, permaneciendo de pie, por lo que yo también permanecí de pie.

—Siento que Billie te haya estado molestando —dijo, con sus cejas tupidas aún fruncidas. Estaba claro que pensaba que su presencia en el bosque tenía algo que ver conmigo y con el Sueño Lunar que ambos habíamos presenciado.

Me tocó a mí sacudir la cabeza. La rabia que había sentido hacia ella en el claro cuando la había visto desplomarse en el suelo se había disipado por completo, y pude decir con sinceridad:

—No ha sido culpa suya.

Recordé cómo David le había gritado a Billie hacía un momento, despreciándola como si fuera una niña que portándose mal, y se me crispó un músculo de la mandíbula. Ni siquiera había comprobado cómo estaba. Por teléfono, le había informado de que estaba herida, pero le aseguré que estaba siendo tratada por nuestra sanadora. El hecho de que ni siquiera le hubiera preguntado *cómo se* sentía me pareció extraño. Claro que no era su hija biológica, pero David la había adoptado cuando era un bebé y tenía la obligación de cuidarla. Debía tener sentimientos paternales hacia ella, ¿no?

Ahora, sus ojos azules se habían endurecido de sospecha, y me pregunté si pensaría que yo había atraído a Billie.

Podía tranquilizarse en ese frente. Pero mi lobo se erizó de ira ante la idea de que David hipotéticamente interfiriera en mis asuntos si yo hubiera querido hablar con Billie. Después de todo, después de mi Sueño Lunar, con Vana habiéndomela presentado, tenía todo el derecho a querer hablar con ella.

Me sacudí la dominancia que empezaba a aflorar, frenando a mi lobo. Quería abordar el tema de los dragones, me recordé.

Lo miré fijamente.

—He encontrado a Billie en un claro del territorio de Dalesbloom esta noche. La habían herido unos dragones que cazaban un unicornio. Tanto Muriel, la unicornio, como Billie han sido revisadas por Helen, mi sanadora de la manada, y estarán bien.

—¡Un unicornio! —exclamó David, abriendo mucho los ojos. Por un momento, algo brilló en las profundidades de su mirada, pero fue demasiado fugaz como para que yo pudiera captarlo.

—Los unicornios son criaturas raras, Gavin —dijo. Una mirada reflexiva cubrió su rostro—. Sería un honor para la Manada Dalesbloom acoger a Muriel si lo necesita.

Negué con la cabeza.

—Gracias, David, pero no es necesario. Mañana hablaré con Everett sobre Muriel —le expliqué.

Hablando con Muriel, descubrí que había venido a esta zona en busca de Guardia de los Mitos. Ya había decidido que Everett sería el mejor hombre para encontrar un lugar seguro para Muriel. Si Aislin tenía razón en que tenía conexiones con la Guardia de los Mitos, entonces sabría qué hacer. Y si no, tal vez la Manada de Eastpeak y la de Grandbay podrían reunir sus recursos para protegerla.

—Yo no involucraría a Everett —argumentó David.

Parpadeé sorprendido, preguntándome si Dalesbloom y Eastpeak estaban en malos términos. No había oído nada sobre hostilidades últimamente.

—Ya sabes que el líder de los Eastpeak prefiere estar en su propia compañía —justificó—. Estoy seguro de que preferiría que él y su gente se mantuvieran al margen de nuestras preocupaciones. Quizá sea mejor que nos ocupemos de esto juntos —insistió.

Everett prefería mantener las distancias, pero sabía que tanto si formaba parte de la Guardia de los Mitos como si no, querría saber algo tan serio como que un unicornio y ese clan llamado los Inkscales la estaban cazando.

Una cosa era segura: ya dos veces había olfateado o encontrado a los dragones en territorio de

Dalesbloom. No era el lugar para garantizar la seguridad de Muriel. Y el hecho de que David pareciera tan ansioso por ejercer su influencia sobre mí aludiendo a los estrechos lazos entre nuestras manadas no hizo más que profundizar mis sospechas sobre el líder de Dalesbloom.

Algo sobre lo que no me anduve con rodeos ahora, fijando mi mirada en la suya, dije:

—Dalesbloom no sería un lugar especialmente seguro para un unicornio —dije—, dado que es la segunda vez en los últimos días que he olfateado y ahora me he encontrado con dragones en la zona.

David se encogió de hombros, con tono indiferente.

—Los dragones son parte natural de la zona del Cañón Negro —dijo.

Apreté la mandíbula. *Sabía* que, cuatro años atrás, los dragones habían sido los responsables de la muerte de mis padres. Puede que los dragones fueran una parte "natural" del Cañón Negro, pero yo había dejado muy claro que no quería tener nada que ver con ellos. El hecho de que actuara como si su aparición no fuera gran cosa hizo que la desconfianza creciera en mí. Por primera vez, a pesar de mis años de sólida relación y meses de lo que yo habría llamado amistad con el alfa de Dalesbloom, me pareció ver el primer atisbo de lo que había oído susurrar a los demás. En el frío brillo de sus ojos, la orgullosa inclinación de su barbilla y el tono indiferente con el que acababa de hablarme de *dragones*, percibí una arrogancia y una apatía que no había percibido hasta ahora.

Se me erizaron los pelos de la nuca mientras me preparaba para enfrentarme a él por su desprecio hacia mi postura sobre los dragones. El silencio se hizo pesado entre nosotros y sentí el clima cargado mientras nos medíamos uno al otro.

La tensión se rompió cuando sonó un golpe en la puerta. Aún no había contestado, pero Catrina abrió de un empujón.

—Siento interrumpir —dijo—. Pero deberíamos llevar a Billie a casa pronto, papá.

Mi mirada se suavizó al recorrer a Catrina. Al menos había *alguien* en la casa Hexen que había considerado cómo se sentía Billie después de haber sido herida.

—Tienes razón, Cat —dijo David. Su fría mirada encontró brevemente el camino de vuelta hacia mí, y dijo—: Mantenme informado sobre este asunto del unicornio, ¿vale, Gavin?

Asentí, y algo se apretó en mis entrañas y me advirtió del interés de David por Muriel.

Catrina se quedó un momento en el umbral de la puerta cuando su padre pasó junto a ella.

—Me alegro de verte —dijo. Un momento después, añadió—: Te he echado de menos.

A pesar de que me había ablandado cuando mencionó a Billie, no sabía cómo me sentiría al verla. Vestida con un suave jersey de cachemira y unos vaqueros, parecía tan bien arreglada como siempre. Su largo pelo negro caía por sus hombros en una cortina sedosa y me miraba esperanzada. Pero mientras la observaba, me vinieron a la cabeza las palabras de Billie de antes: *"Toda mi ropa es ropa usada de Catrina"*.

Me sacudí el recuerdo. Todo había sido un torbellino desde la noche del Sueño de Luna. Y ahora, después de rescatar a Billie y Muriel en el claro esta noche, lo último que quería era tener una discusión en profundidad con Catrina. Incluso más que eso, sabía que era importante no decir nada que pudiera darle a Catrina falsas esperanzas sobre nosotros. No sabía dónde estábamos ahora. Pero necesitaba tener la cabeza despejada para cuando abordáramos ese tema. Ahora no era el momento.

—Yo también me alegro de verte, Catrina —dije, pero rápidamente añadí—: Aunque tenías razón. Es tarde. Hablaremos en otro momento, ¿vale?

Su mirada azul se ensombreció por un instante y me recordó, en ese momento, el brillo de algo que se había posado antes en los ojos de su padre. Esbozó una sonrisa.

—Claro, Gavin. Hablaremos pronto. Buenas noches. — Habiendo dicho eso, salió por la puerta, agitando su pelo negro.

Entonces, gracias a Vana, por fin mi camarote fue mío.

Cuando el camión de David se alejó, sentí alivio al saber que la primera reunión con todos los Hexen... y Billie había terminado. Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en la mujer de pelo castaño, pero no pude pensar mucho en ello porque otra vez llamaron a mi cabina.

Me acerqué a la puerta, esperando que, fuera quien fuera, pudiera ser breve.

Al abrir la puerta, vi a Helen, nuestra curandera, en el umbral. Ya me había revisado la herida

por la noche cuando habíamos vuelto. Entonces me di cuenta de que su bolso seguía debajo de la mesita.

—Hola Helen, ¿vienes a por tu bolso? —dije, ya yendo a la mesa de café para recuperarlo.

Gracias Vana, todavía hay diálogos sencillos.

Pero me alegré demasiado pronto, porque en cuanto cogí la bolsa y me di la vuelta, me di cuenta de que Helen había entrado y cerrado la puerta. Se frotaba el labio, algo que solía hacer cuando le preocupaba la curación de un compañero de manada.

Pero si alguien merecía desahogarse, ésa era nuestra curandera, que con tanta frecuencia anteponía las necesidades de la manada a las suyas propias.

—¿Te preocupa algo? —le pregunté suavemente.

Sacudió la cabeza y se rio.

—A veces eres tan parecido a Martin, ¿sabes? Tu padre era igual de perspicaz.

Sentí un gran calor y esperé a que me contara lo que pensaba.

—Casi había decidido no decir nada —explicó, un poco nerviosa—. A veces, siento mi falta de experiencia, al no haber nacido en la manada, ¿sabes?

Helen había sido una humana no transformada cuando su compañero Matthew había soñado con ella en su Sueño Lunar. Había sido enfermera en un hospital de Denver donde Matthew había sido tratado. Pero desde que ella y Matthew se habían juntado y él la había introducido en nuestra comunidad y nuestras tierras, había sido la sanadora de nuestra manada. Aprovechó sus conocimientos médicos para aprender la magia de Vana, que se le abrió una vez que fue iniciada como nuestra curandera.

Sabía que siempre había estudiado y practicado mucho con su magia. No había razón para que dudara de sí misma.

—Eres una curandera brillante, Helen —le aseguré—. Sea lo que sea lo que te dice tu instinto, probablemente sea lo correcto.

Sus ojos color avellana se abrieron de par en par, pero asintió.

—Quería decirte que la forma en que la herida de esa chica sanó tan rápido ha sido asombrosa.

Parpadeé y mi corazón se aceleró al darme cuenta de *quién* hablaba.

—Billie —aclaré, probablemente tontamente, ya que no era como si a Muriel se la pudiera llamar niña con su pelo casi completamente plateado y las líneas maduras de su rostro. Y era la única persona, aparte de mí, a la que Helen había revisado esta tarde.

Helen asintió.

—Billie recuperó casi toda su salud después de que usara mi magia curativa con ella. —Hizo una pausa, su mirada buscó la mía mientras añadía—: Algo que sólo debería haber ocurrido si las tierras de Grandbay estuvieran en su sangre.

Fruncí el ceño, preguntándome si era otra forma de Vana de insistir en que Billie pertenecía a este lugar. Entonces, pensé en la magia curativa que Muriel usó con ella en el claro antes de que las trajéramos aquí.

—¿No podría ser la magia del unicornio? —pregunté.

Helen negó con la cabeza.

—Muriel dijo que su magia estaba tan gastada cuando llegó al claro donde atacaron los dragones que sólo tenía magia curativa suficiente para cerrar la herida de Billie. Lo sentí cuando trabajé con Billie esta noche. Su tejido profundo todavía estaba desgarrado. Pero cuando utilicé los cánticos antiguos y lavé su piel con agua de Grandbay, la herida respondió a nuestra magia como si le perteneciera.

Sus palabras parecieron atravesarme con la misma rapidez que los torrentes del Gunnison.

—Como si perteneciera a nuestro linaje alfa —confirmé, sosteniendo su mirada avellana mientras asentía.

Mis cejas se juntaron mientras contemplaba una posibilidad. Pensé en el transcurso de la noche y me di cuenta de que la conexión telepática que me había llevado hasta Billie esta noche al percibir su herida también me había acompañado durante el resto de la noche. Había sentido lo que Helen decía. El momento en que el dolor que Billie sentía también había desaparecido por completo. Estaba de pie junto a la hoguera, y el agudo dolor en el costado que se había intensificado gradualmente en nuestro camino de vuelta se alivió.

Había estado demasiado preocupado después de interrogar a Muriel sobre los dragones como para prestarle mucha atención. Pero ahora me daba cuenta de que Helen tenía razón. La herida de Billie sólo debería haber respondido a la magia de Grandbay si fuera miembro de nuestra línea de sangre alfa.

—Gracias por compartir esto conmigo —dije, recordando por fin que Helen seguía conmigo en mi camarote—. Déjame a mí. Tengo que investigar.

Helen asintió, con aire aliviado, mientras salía.

Bueno, al menos uno de nosotros está más tranquilo.

Volví al salón y avivé el fuego. Mis pensamientos se habían vuelto frenéticos. Puse otro par de troncos de madera. De ninguna manera me iba a acostar pronto.

En lugar de eso, me senté en el sofá y reflexioné sobre acontecimientos del pasado. Me di cuenta de que Billie tendría la misma edad que la hija de mis antiguos Betas, Tobi y Shannon Rathbone. Habían desaparecido misteriosamente durante la época en la que mi padre había sido el Alfa, hacía unos quince años. Mi padre, por supuesto, había investigado su desaparición. Pero sus olores no habían sido descubiertos en ninguno de los senderos o bosques de los alrededores. En cambio, su camioneta había desaparecido una mañana, al igual que ellos y su hija pequeña. El corazón me dio un vuelco al pensar en la niña de pelo rubio. Tenía seis años y mi madre, Bria, me llevaba a menudo con ella a casa de Shannon. El asombro se apoderó de mí al recordar cómo entretenía con juguetes a la niña de pelo arenoso en la alfombra frente a la chimenea. La voz de Shannon puntuaba mi recuerdo:

—*Lizzie, Lizzie* —le había canturreado a la niña.

Elizabeth. Eso era. Su hija se había llamado Elizabeth. ¿Esa chica rubia que recuerdo puedes ser tú, Billie?

El recuerdo de aquella época estaba lleno de pesadez. Recordaba cómo mi padre había estado completamente absorto durante meses porque, por lo que él sabía, Shannon y Tobi Rathbone, junto con su hija, simplemente se habían largado de la ciudad y de la manada, y nunca más se había vuelto a saber de ellos. Había sido un misterio que había sacudido tanto a mi madre como a mi padre y que ahora me ponía nervioso.

¿Puede ser que nunca te hayas ido, Elizabeth?

Mientras mis pensamientos giraban en torno a este misterio, mi mente se vio envuelta por el recuerdo de Billie de pie frente al cartel de las Reglas de la Manada. La risita que se le había escapado mientras las examinaba me había puesto la piel de gallina. Entonces, recordé lo que había dicho: "Bueno, tu padre tenía sentido del humor". La juguetona acusación de que yo carecía de él, incluso ahora, me hizo sonreír. Y cuando fui consciente del movimiento, me di cuenta con incredulidad... de que la echaba de menos.

Capítulo 11

Billie

Cuando David se detuvo junto a la casa, se bajó y dio la vuelta por detrás.

—Colt, ve a reunir a la manada y diles que vengan a la casa en treinta minutos.

Mi hermano adoptivo asintió. Me agarró la rodilla y me la apretó antes de bajarse del camión.

Una sensación ominosa se apoderó de mí, como si la sombra que proyectaba la mansión Hexen me impregnara. *No* era una coincidencia que David estuviera enviando lejos a mi único amigo y aliado, ¿verdad?

Mi corazón latió con fuerza cuando David ordenó:

—Adentro, Billie.

Así que volvemos al tono de perro desobediente. Estupendo.

Siguiendo a David, caminé cansinamente por la parte trasera de la casa hacia la cocina. Observé el suelo alrededor de la puerta, pero no vi el pijama del que me había despojado cuando mi lobo escapó a mi control. Me pregunté quién los habría encontrado. ¿Colt los habría devuelto arriba?

Mi mente parecía luchar por aferrarse a algo, y supe por qué cuando David se dio la vuelta y me clavó su gélida mirada. Ni siquiera habíamos atravesado la zona de servicios cuando David giró sobre sí mismo, sus ojos me rozaron como si yo fuera uno de los alces que habían sido traídos a esta habitación... como si estuviera evaluando la mejor manera de destrozarme.

—Lo que hiciste anoche fue imprudente y podría haberte matado.

Mis hombros se redondearon y mi pecho se desinfló. Lo peor era que no se equivocaba. Pero en realidad no había tenido *elección*. Mi lobo se había liberado.

—Intenté detener a mi loba —le expliqué—, pero no pude controlarla.

La escalofriante mirada de David se clavó en mí.

—Bueno, ahora me dirijo *tanto* a ti como a tu loba. —Sus ojos me penetraron como si viera hasta los huesos—. Tienes prohibido salir de esta casa. ¿He sido claro?

Se me hizo un nudo en la garganta y quise darme la vuelta y salir corriendo. Pero fue entonces cuando fui consciente de la presencia de Catrina, que daba golpecitos en la puerta. Aquel *golpecito* en el suelo de piedra me puso los pelos de punta cuando dejó claro que estaba allí y que estaría encantada de pelear conmigo si le daba la oportunidad.

El sudor me recorría la espalda y las palmas de las manos se me humedecían mientras la sensación de estar acorralada me retorció las entrañas. Mi loba se alzó en mi interior, irritada por la sensación de que nos estaban arrebatando nuestra libertad.

Pero enfrentarse a *David* y *Catrina* sería tan temerario como enfrentarse a dos dragones.

El eco de la voz de Aislin sonó en mi cabeza: "*Por Vana, Billie, lo hiciste bien, chica. Te enfrentaste a dos dragones tú sola. Jeesh, eso fue una hazaña*".

Incluso cuando mi mente me gritaba que había hecho eso y *había sobrevivido*, obligué a mi loba a retroceder. No tenía la excusa de tener que defender a Muriel la unicornio de corazón puro para excusar un comportamiento tan imprudente. No era el momento de pelear. Decidí esperar mi momento. Esta era una situación que requería cerebro, no fuerza.

Así que controlé mis facciones, reprimiendo la ira que me invadía.

—Sí, señor, lo entiendo.

La mirada evaluadora de David recorrió mi rostro y mi expresión aparentemente contrita debió de ser pasable, porque me hizo un gesto brusco con la cabeza antes de despedirme.

—Sube a tu habitación y quédate allí. Tengo que hacer las maletas toda la mañana.

Sentí un gran alivio. La idea de estar en mi propio espacio, donde podía reunirme conmigo misma, era una especie de libertad. Me acerqué a la cama, donde encontré el pijama que mi loba había dejado en la puerta de atrás. Estaba doblado. Los cogí y aspiré los aromas de la tela. Debajo de mi propio perfume, olí un rastro de Colt. La tensión que sentía se relajó un poco y mis hombros se aliviaron. No tardaría en volver. Sin duda, David le haría participar en cualquier asunto de la manada que llevara a cabo esta mañana, pero mientras respiraba profundamente el

aroma de Colt, estaba deseando tener una charla muy necesaria sobre *todo lo que* había sucedido durante la noche.

No llevaba más de un minuto en mi habitación cuando abrieron la puerta de un empujón. Pero no era Colt. Catrina estaba en la puerta. Su mirada de suficiencia me provocó una oleada de ira. Se me erizó el vello y sentí como si fuera a estallar, dependiendo de lo que dijera. Pero ella sólo se acercó al ojo de la cerradura. Agarró la pequeña llave que había en el interior de mi puerta.

El corazón me golpeaba el pecho.

—Papá está de acuerdo conmigo en que estás *más segura* encerrada. Grita si necesitas ir al baño.
—Me dedicó una sonrisa antes de cerrar la puerta de un tirón. El sonido de la cerradura al girar la llave me hizo palpar el corazón.

Sentí un nudo en el estómago al darme cuenta de que *aquello* era mucho peor que la indiferencia habitual de David o la irritabilidad de Catrina. Mi tiempo libre siempre había estado restringido por las tareas domésticas, pero nunca había estado limitada físicamente. El pavor se apoderó de mí cuando me di cuenta de la gravedad de mi situación. Me habían encerrado: era una prisionera.

Las palabras de Catrina resonaron en mí. "*Grita si necesitas ir al baño*". Un calor furioso me recorrió. Encima, estaba disfrutando, intentando humillarme. Apreté los dientes y mantuve la cabeza alta mientras miraba por la ventana. Mi habitación estaba en la parte delantera de la casa y al menos daba al prado. Era el camino habitual que tomaba la manada para adentrarse en el bosque, así que al menos podría vigilar sus movimientos.

Durante los días siguientes, a pesar de estar cada vez más inquieta, permanecí encerrada en mi habitación. Mi carcelera nunca cambiaba, y sólo Catrina me acompañaba al baño, quedándose fuera mientras esperaba a que "*hiciera mis necesidades*", como le encantaba decirme. No cejaba en su empeño de sacarme de quicio, dejando bien claro que no desaprovecharía la oportunidad de atacarme físicamente. Me traía la comida tres veces al día y, cada vez que lo hacía, no podía evitar pensar con amargura que era la primera vez que alguno de las Hexen se molestaba en cocinar para mí.

El lado bueno es que mi pila de remiendos está lista.

Después de un día encerrada y sin ver nada de Colt, me pregunté si David lo habría enviado a algún lugar por asuntos de la manada. Seguramente, no habría permitido que me quedara encerrada si hubiera sabido que su padre y su hermana me habían encarcelado literalmente. Un

torbellino de dudas y confusión me azotó mientras me preguntaba por la ausencia de mi amigo.

Utilicé mis prismáticos para vigilar a la manada de Dalesbloom desde la ventana de mi habitación. Vi a varios compañeros de manada correr por el prado y adentrarse en el bosque. Vi al lobo negro de Catrina unas cuantas veces, pero nunca al de Colt.

El encierro me dio mucho tiempo para reflexionar. Lo que más me rondaba por la cabeza era cómo había llegado a ser adoptada por David. Por supuesto, ya me lo había preguntado en el pasado. Le había preguntado de niña quiénes eran mis verdaderos padres, pero lo único que había accedido a decirme era que habían sido compañeros de manada de Dalesbloom que habían fallecido. Como alfa de la manada, me había acogido en lugar de separarme de ella.

Sin embargo, cuanto más lo meditaba, más dudas tenía sobre su historia. Mientras contemplaba el prado, trazando con la mirada los azules, amarillos y rosas de las flores silvestres, no podía evitar preguntarme si nunca había pertenecido a este lugar. Mientras contemplaba el prado en flor con los árboles más allá, la vista se transponía con un ancho río, con cabañas y árboles maduros enclavados en su orilla: Grandbay.

Desde que había vuelto de las tierras de la manada de Grandbay, me sentía como un pez fuera del agua. La única noche que pasé allí, a pesar de estar herida y dolerme que Gavin me diera la espalda, me sentí más identificada allí que aquí.

Claro que había aspectos de las tierras de Dalesbloom que me habían gustado, como poder trepar a mi álamo. Miré el enorme árbol, algunas de sus altas ramas apenas visibles en la distancia desde mi posición ventajosa. Me quedé mirando el prado primaveral, añorando su fragante perfume. Mis ojos siguieron la línea de árboles y pensé en el Cañón Negro, más allá de ellos, donde había disfrutado tumbada durante horas mientras buscaba en los acantilados los nidos de halcones peregrinos, con la anticipación acelerándome el pulso mientras esperaba a que se lanzaran a las corrientes de aire ascendentes.

Pero a pesar de todo, no pude evitar reflexionar sobre lo instantánea y completa que había sido la sensación de satisfacción en Grandbay. Claro, puede que tuviera mucho que ver con el hecho de que Aislin se hubiera portado tan bien conmigo. Me froté el esternón mientras un dolor de soledad me invadía al pensar en la burbujeante mujer. Se había apresurado a darme la bienvenida. Cómo deseaba tener un móvil y el número de Aislin para contarle lo ocurrido. Estaba segura de que, de haberlo sabido, habría acudido en mi ayuda. Pero un móvil era un gasto indulgente que David nunca me había permitido.

Muriel también me había agradecido mucho mi ayuda y Helen me había mostrado cariño y amabilidad al curarme la herida. Me había sentido abrumada por la amabilidad y la compasión que había recibido en Grandbay, sencillamente porque había experimentado muy poco de eso en mi vida. Además, Colt...

Una punzada de decepción me recorrió al recordar que hacía *tres* días que estaba encerrada aquí y aún no me había visitado.

Pero justo cuando empezaba a desesperar de que mi amigo me hubiera abandonado, el giro de la llave en la cerradura llamó mi atención, y me sobresalté al verle allí de pie.

Me latía el corazón. ¿Significaba eso que había conseguido robar la llave de mi habitación? Era hora de...

Antes de que expresara mis pensamientos, Catrina también entró en la habitación, sonriendo como un demonio.

—Aquí tienes, Billie. Te has portado muy bien; papá dice que puedes socializar un poco. —Me guiñó un ojo antes de cerrar la puerta y volver a cerrarla.

Oí las pisadas de Catrina que disminuían y luego se retiraban escaleras abajo.

Un rubor furioso cubrió mi cara y mi cuello. No podía ocultar el dolor. Peor fue ver la culpabilidad en su boca con gesto tenso.

Le di la espalda, mirando hacia el prado y la linde del bosque, pero sintiendo como si el exterior se hubiera alejado aún más de mí. Después de todo, estaba claro por la expresión de Colt que siempre supo que estaba encerrada. Pero acababa de visitarme después de tres días.

—Billie... —empezó.

—No te molestes —le espeté. Respiraba entrecortadamente, con rabia, y sentí los zarpazos de mi loba bajo la piel cuando reaccionó a mi enfado como si hubiera una amenaza en la habitación.

—Quería venir a verte —soltó Colt—, pero... —Se había acercado, y juré que si murmuraba alguna excusa poco convincente sobre que *David* se lo impedía, yo iba a gruñir.

Pero me sorprendió cuando su voz se redujo a un susurro:

—Pero no sabía qué hacer después de ver algo el día que volvimos.

Mi mirada se desvió hacia él cuando se paró al otro lado de la ventana. Tenía la mirada hacia abajo y se agarraba la otra mano con los dedos; el índice marcaba un ritmo nervioso.

Se me aceleró el pulso. ¿Qué lo había sacudido?

—Dime, Colt —exigí, la actitud defensiva de mi lobo aún evidente en el gruñido de mi voz.

Colt levantó los ojos y se encontró con los míos. Luego, tomó aire y habló.

—La otra noche, volvía de casa de Joseph cuando oí la voz de papá en el bosque. Supuse que estaba hablando con uno de los compañeros de manada. —Tragó saliva—. Pero cuando oí la voz de este tipo, me detuve porque no la reconocí.

El color se deslizó a lo largo de su pálida piel cuando dijo:

—Escuché a escondidas cuando oí a papá mencionar a la manada Grandbay y al unicornio llamado Muriel al tipo ...

—¿Qué más dijeron? —pregunté, con la adrenalina por las nubes al pensar en mi amiga de buen corazón. Si ella estaba en peligro, tenía aún más razones para salir de aquí.

Colt negó con la cabeza.

—No mucho más. Algo sobre que Eastpeak se involucró en la protección del unicornio. —Hizo una pausa—. Luego este tipo dijo que él y su clan estarían listos para moverse cuando recibieran la señal. —Sus ojos se abrieron de par en par cuando añadió—: Y lo peor de todo —confió Colt—, es que estoy casi seguro de que el tipo con el que hablaba papá era un metamorfo dragón. Apestaba a ozono y azufre —explicó, con sus ojos azules llenos de aprensión.

El miedo me asaltó y se me aceleró el pulso. Siempre había sabido que David era distante y frío, pero ¿realmente estaba trabajando con los cambiaformas de dragón que cazaban a Muriel? Se me retorció el estómago con un nudo de tensión y, de nuevo, deseé tener un móvil y el número de Aislin para poder enviarle un mensaje de texto para que estuviera alerta y vigilara a Muriel.

Se me ocurrió que Colt podría avisarles.

—Tienes que alertar a Grandbay. Podrías enviarle un mensaje a Aislin sobre lo que escuchaste

—dije.

Se estremeció.

—No puedo ir en contra de mi padre, Billie.

Apreté la mandíbula y grité:

—¿Y supongo que, como es tu padre, también está bien que me encierre?

Palideció, y la tristeza se reflejó en sus ojos.

—Por supuesto, eso no está bien.

Contuve la respiración por un momento, pero no me sorprendí cuando Colt dijo:

—Vamos a tener que sacarte de aquí para que puedas alertar a Grandbay.

Un atisbo de calidez me recorrió. Lo sabía. Colt era bueno hasta la médula y siempre me ayudaría. Así que, con la luz apagada, empezamos a urdir un plan para sacarme de aquí.

Capítulo 12

Gavin

Apenas había amanecido cuando el Alfa de Eastpeak se detuvo frente a mi cabaña con su camioneta. Incluso a esa hora tan temprana, había indicios de que la manada se estaba moviendo: volutas de humo salían de varias chimeneas en la pálida mañana gris. Reprimí una sonrisa al pensar que más de uno movería las cortinas y la lengua al ver al escurridizo Everett.

Los montañeses. Así es como la gente de aquí llama a los Eastpeakers.

Mientras el hombre salía del coche, mi mirada se posó en Everett, que tenía la misma constitución que la cima de la montaña en la que vivían él y su manada. Con su impresionante metro ochenta y su camisa a cuadros que le cubría el pecho y los hombros, era un hombre de aspecto formidable. Bajé los escalones de mi cabaña para saludarle.

—Everett, gracias por venir.

—No hay problema, Gavin —dijo, estrechando mi mano con un apretón de hierro.

Como era unos cuantos centímetros más alto que yo, su impresionante volumen me hizo sentir que debía ir al gimnasio y ponerme a levantar pesas. Me recordé a mí mismo que ése era el típico efecto que la gente de Eastpeak ejercía sobre uno. Se decía que el aire de montaña con el que Vana había bendecido su manada les daba la fuerza y el arraigo de las montañas.

El Alfa de Eastpeak tenía el pelo rubio oscuro y una cuidada barba bien afeitada. Sus afilados ojos grises eran tan pálidos como el cielo al amanecer. Al igual que la poca luz, parecían ocultar mucho.

Maldición, Gavin. Estás empezando a sonar tan sospechoso como Aislin.

Hablando de quién, mi mejor amiga apareció de su camarote, claramente decidida a unirse a nosotros.

Reprimí una sonrisa y me volví hacia Everett mientras se acercaba.

—¿Te acuerdas de Aislin Mundy, la hija de mi Betas?

—Por supuesto. Me alegro de volver a verte —dijo Everett, estrechando la mano de Aislin entre las suyas.

Aislin sonrió.

—Igualmente, Everett. —Me di cuenta de que mi amiga llevaba una camiseta completamente lisa. Algo que casi nunca ocurría. Me lo guardé para burlarme de ella más tarde. Estaba claro que se había vestido para impresionar.

Mientras acompañaba a Everett al salón, Aislin fue a buscarnos café.

—¿Se nos unirá Muriel? —preguntó Everett mientras se sentaba en el sofá de cuero. Sacudí la cabeza.

—Es más bien noctámbula. Si se levanta más tarde, me aseguraré de presentártela.

Asintió con la cabeza.

—Lo entiendo perfectamente. Es bastante común que los unicornios sean nocturnos.

Cuando Aislin regresó con tazas de café, ella y yo nos acomodamos en las sillas junto al fuego, nuestra atención rápidamente reclamada por el Alfa de Eastpeak.

Lo había llamado al día siguiente de rescatar a Muriel de los dragones. Le conté lo que Muriel me había dicho sobre el Clan Inkscale y cómo había estado huyendo de ellos durante un tiempo y había venido a nuestra zona con la esperanza de encontrar protección de la Guardia de los Mitos. Le comenté que había oído el rumor de que Everett era el hombre que sabía cómo ponerse en contacto con la organización.

No había confirmado por teléfono si los rumores que habíamos oído de que estaba relacionado con la organización secreta eran ciertos. Pero tampoco los había desmentido. En lugar de eso, nos propuso reunirnos en persona.

Aislin había sacado sus conclusiones habituales y me dijo que estaba claro que le preocupaba transmitir información clasificada a través de una línea insegura. Me di cuenta de que mi amiga tenía los nudillos blancos y apretaba con fuerza su taza mientras trataba de contener su excitación por uno de los misteriosos Guardia de los Mitos que se sentaban entre nosotros.

—Quería conocerla en persona —empezó Everett—, ya que lo que voy a contarte es información sensible.

—¿Quieres decir información clasificada? —preguntó Aislin.

Los ojos grises de Everett se posaron en ella, haciendo que mi amiga, habitualmente atrevida, se sonrojara. Mientras él seguía sosteniéndole la mirada como si mantuvieran una conversación fija, ella dijo:

—Lo siento, no quería interrumpir.

Después de tomar un sorbo de café, Everett continuó.

—Por lo que has dicho, Gavin, Muriel cree que esos Inkscales la persiguen porque su cuerno la convierte en un bien valioso para su magia curativa. Pero el hecho es que hay otros usos más diabólicos que se pueden conseguir cosechando el cuerno de un unicornio.

Sus palabras me revolvieron el estómago.

—¿Por cosechar te refieres a matar? —aclaré.

—Sí —afirmó—. Para aprovechar el poder del que hablo, habría que matar al unicornio.

La expresión de Aislin se tensó y supe que, al igual que yo, estaba pensando en la mujer de buen corazón que se había convertido en una bienvenida incorporación a nuestra manada en los últimos días. Siempre estaba dispuesta a echar una mano y cada noche se sentaba a contar historias a los cachorros de la manada.

—Hay libros que hablan de cómo los metamorfos pueden alcanzar otra forma Lycan usando un cuerno de unicornio en un ritual —explicó Everett.

—¿Otra forma de licántropo? —pregunté—. Pero un metamorfo ya tiene su forma de bestia. ¿Por qué necesitarían otra?

—Esta otra forma Lycan es más algo que está entre humano y bestia, de naturaleza monstruosa y capaz de gran destrucción y magia. Mucho más de lo que la propia forma humana o bestia podría lograr individualmente —explicó Everett. Sus ojos grises nos evaluaron a cada uno—. Creo que eso es lo que el Clan Inkscale pretende conseguir con el cuerno de Muriel.

Apreté la mandíbula, más decidido que nunca a mantener a Muriel a salvo y a los dragones fuera de las tierras de Grandbay.

Entonces le pregunté:

—Si Muriel y mi manada necesitaran ayuda de la Guardia de los Mitos, ¿sabrías cómo podríamos contactar con ellos? —le pregunté a Everett, y mis ojos color avellana se concentraron en su mirada pálida.

—Sí, ya les he informado —dijo—. Les mantendré informados de la situación. Así que, si ella o tú necesitáis más protección, sólo tenéis que poneros en contacto conmigo.

Aquella era la mejor confirmación de que formaba parte de la organización secreta que jamás íbamos a oír. Pensé que Aislin se iba a mear de la emoción, pero al mirarla vi que estaba demasiado conmocionada como para reaccionar.

Poco después, agradecí a Everett su información y lo acompañé a la salida. Aislin consiguió murmurarle un adiós mientras se marchaba. Supuse que quedarse muda era mejor que los chillidos que esperaba que soltara al descubrir que Everett estaba vinculado a la Guardia de los Mitos.

Cuando volví con ella, le dije:

—Casi te da un aneurisma.

Me ignoró y dijo:

—Tenía razón. —Sus ojos marrones eran tan grandes como los de un búho—. La Guardia de los Mitos existe.

Sabía que nunca iba a escuchar el final de esto.

Más tarde, ese mismo día, tenía otra reunión, una que me apetecía aún menos. Uno pensaría que una reunión en la que se hablaba de unicornios asesinados para crear monstruosidades humanas sería el bajón del día, pero... tenía que reunirme con Catrina.

Había intentado ser considerado y sugerido que nos reuniéramos en territorio neutral. Conduje hasta Pioneer Point, que no era territorio de Dalesbloom ni de Grandbay. Dado que había bastantes cosas que hablar, pensé que era más prudente que habláramos en un lugar donde no

corriéramos el riesgo de ser interrumpidos por alguien de su familia o de nuestras manadas.

Llegué al Point y aparqué junto a la camioneta de Catrina. Se me revolvió el estómago al ver que Catrina había extendido una alfombra de picnic con vistas al cañón. Estaba sentada en ella, con las largas piernas estiradas y unos vaqueros ajustados. Llevaba un top escotado que dejaba ver su busto y su tonificado vientre.

Cuando salí del coche y me acerqué a ella, sus labios rojos se alzaron en una sonrisa. Sus largas pestañas acentuaban sus brillantes ojos azules y me dijo:

—Hemos pasado muchos buenos ratos aquí, ¿verdad? He pensado que estaría bien aprovechar el buen tiempo.

Éste *había* sido uno de los lugares a los que habíamos acudido la primera vez que nos enrollamos, antes de que decidiéramos compartirlo con nuestras familias y manadas. Un flash de unas cuantas buenas noches en mi camión, de mis manos recorriendo las suaves curvas de Catrina y besando sus labios afelpados, hizo que mi fuerza de voluntad disminuyera durante un nanosegundo.

Sin embargo, reduje mis facciones a una expresión neutra, sin querer revelar a dónde habían ido a parar mis pensamientos.

—Pensaba haber dejado claro que teníamos mucho que hablar, Catrina.

Su expresión se volvió seria, sus ojos me evaluaron mientras se incorporaba:

—Somos adultos. No hay razón por la que no podamos estar cómodos mientras hablamos, ¿verdad? —Me pestañeó con fingida inocencia.

Al sentarme, miré hacia el cañón, obligándome a decir lo que había venido a decir.

—Hemos pasado buenos momentos, Catrina, pero necesito ser sincero contigo sobre cómo me siento. Desde el Sueño Lunar y lo que Vana me mostró, sé que necesito conocer más a Billie.

Desde que descubrí que Billie podría ser la hija de los Betas, Elizabeth, apenas había podido dejar de pensar en el asunto. Sin duda, si Billie era realmente Elizabeth Rathbone, quería llegar al fondo de cómo había llegado a estar al cuidado de David y qué había pasado con sus verdaderos padres, Shannon y Tobi. Pero aparte de eso, desde la noche en que Billie había estado en Grandbay, quería volver a verla.

La mirada azul de Catrina se ensombreció, pero luego soltó una carcajada. Su mirada se calentó y dijo:

—Gavin, ¿no ves el error que sería? Te mereces a alguien mucho mejor que ella. Y, además, no *todas las* sugerencias de Vana están grabadas en piedra, y se sabe que las parejas predestinadas cambian, ¿sabes?

Enarqué las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Levantó un hombro con indiferencia.

—Cuando una pareja predestinada muere, se sabe que Vana presenta una pareja predestinada diferente.

Al oír la palabra "*muere*", mi corazón palpitó con dificultad, pero controlé mi expresión para ocultar el nudo en el estómago que me producía lo que creía que estaba sugiriendo.

—¿Quieres decir que, si Billie muriera, Vana me daría otra compañera predestinada?

El hecho de que mi pregunta provocara una sonrisa en su rostro me produjo un escalofrío, pero ella pareció ignorar mi aversión y continuó.

—Exactamente. Además, hay algo de lo que no te he hablado, un cabo suelto similar que hay que atar. —Sus ojos se volvieron serios mientras explicaba—: Por eso entiendo lo que estás pasando con Billie, créeme. —Su boca se torció y frunció el ceño—. Rechacé a mi pareja predestinada cuando Vana me presentó a Joseph, uno de la manada Dalesbloom.

La sorpresa se apoderó de mí. Ella nunca había mencionado que sabía quién era su compañero predestinado. Nunca me había dicho que su compañero de manada, Joseph, era su destinado. Siempre había pensado que Catrina era abierta y franca y que te dejaba ver todo sobre ella por adelantado. Pero esto me hizo pensar en ocultación y estrategia. Empecé a sospechar. ¿De qué más no me había dado cuenta?

Mantuve mi expresión neutra ya que quería escuchar sus verdades.

—¿Cuándo fue esto? —pregunté.

Enroscó un mechón de su sedoso cabello alrededor del dedo.

—Sólo tenía catorce años cuando me ensillaron con la maravilla sin sentido, Joseph, en mi Sueño Lunar.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? —pregunté, alarmado por el desprecio que veía en su fría expresión, pero necesitando saber qué había pasado.

—Joseph se atrevió a venir a preguntarme si podía marcarme. Declaró que siempre le había gustado y que Vana había respondido a sus plegarias cuando me había mostrado en su Sueño Lunar —se burló—. Que me metieran en el mismo saco que alguien como él era repugnante.

Sus ojos brillaron.

—Así que lo dejé inconsciente en un tocón del bosque. Luego, cuando despertó, le dije que si volvía a acercarse a mí o le contaba a alguien que yo había aparecido en su Sueño Lunar, lo mataría en ese tocón. —Sonrió—. Al día siguiente, le dijo a todo el mundo que había tenido su Sueño Lunar, pero no dijo nada de *mí* —dijo feliz—. Y yo no he dicho ni una palabra sobre él, obviamente, a nadie... hasta ahora. —Su mirada parecía mostrar que sentía que compartir esta confesión era romántico de alguna manera.

—Podríamos ayudarnos mutuamente —dijo—. Tú podrías atar mi cabo suelto, y yo podría atar el tuyo —sugirió con una facilidad escalofriante.

Me invadió la incredulidad. Si uno mataba a su pareja predestinada, no se le concedería otra. Pero ella había calculado que, si eliminábamos a la pareja predestinada del otro, aumentarían las posibilidades de que nos convirtiéramos en la pareja predestinada del otro.

Sacudido hasta la médula por el descubrimiento de lo intrigante que era Catrina en realidad, me invadió la repulsión. De repente, necesitaba estar lo más lejos posible de esos sórdidos planes que estaba urdiendo.

Frunciendo el ceño, declaré:

—Se acabó, Catrina. Lo único que has conseguido con tu proposición es que me cuestione cómo *he podido* estar contigo en primer lugar.

Con cara de haber recibido una bofetada, disimuló rápidamente su dolor y se puso de pie de un salto.

—Créeme, empiezo a preguntarme lo mismo. Después de todo, tal vez te merezcas una compañera tan débil, dado que tienes un gran poder a tu alcance, pero nunca harás la hazaña necesaria para reclamarlo.

¿Gran poder?

Me incorporé, trazando su expresión tensa y preguntándome por el significado del críptico comentario que acababa de lanzarme. Entonces caí en la cuenta. De algún modo, sabía lo del cuerno de Muriel y el poder que podía otorgar.

—¿La hazaña necesaria? —pregunté, mi voz temblando de rabia—. ¿Así que ahora propones un *tercer* asesinato?

Se sonrojó. Calculé que más que vergüenza era rabia. Estaba enfadada consigo misma por haber aludido a cosas que no debía. Había perdido el control y había mostrado sus cartas.

—¿Es eso lo que tu padre quiere hacer, Catrina? —le presioné—. ¿Usar el cuerno de Muriel?

Su rostro palideció como si supiera que había revelado demasiado, y no dijo ni una palabra más mientras levantaba la alfombra de picnic.

Di las gracias a Vana por revelarme que tenía enemigos mucho más cercanos de lo que nunca había imaginado. Mi mente saltaba sobre los hechos mientras veía a Catrina, nerviosa y enfadada, abrir la puerta de un tirón, dar marcha atrás y alejarse, dejándome reflexionando sobre hasta qué punto David podría estar involucrado con los dragones.

Capítulo 13

Billie

La luz del día se marchaba por la pradera y mi pulso latía con fuerza. Era casi la hora. Colt y yo habíamos decidido que el mejor momento para escapar era cuando la manada saliera de caza y habían programado una para esta tarde.

Se me entrecortó la respiración al ver a los lobos salir de la casa y adentrarse en el prado. Conté a los doce. No... ese era Colt en la retaguardia de la manada, y el otro lobo negro al frente era David.

Lo que significaba... que Catrina estaba en paradero desconocido. La alarma se disparó en mi sangre. Colt había dicho que mantendría a David y a la manada distraídos esta noche. Pero ¿por qué no estaba Catrina con ellos? Mi hermana adoptiva había comprobado que estaba bien encerrada en mi habitación antes de desaparecer esta noche.

Se me erizó la piel por el presentimiento. Ayer no me había traído la comida porque, en su lugar, Colt había estado de carcelero. Me había informado de que se había marchado en su camioneta. Cuando regresó ayer, Catrina estaba hosca e inusualmente silenciosa. No se había molestado en lanzarme sus habituales improperios cuando me acompañó al baño. La única vez que logré captar su mirada, estaba llena de ira y... dolor. Sospeché que había visto a Gavin. ¿Habían roto ella y él? A juzgar por su expresión hosca y su silencio, eso parecía.

Una avalancha de preguntas me había arrastrado. ¿Gavin había instigado la ruptura? ¿Qué le había impulsado a hacerlo? Una ráfaga de esperanza me recorrió el pecho. ¿Tendría algo que ver conmigo? Pero había enterrado esas preguntas y no podía permitirme perder de vista mi objetivo actual: escapar.

Mientras miraba la luz que se iba apagando rápidamente, ansiaba ver a mi enfurruñada hermana adoptiva o a su lobo negro desapareciendo en el bosque para reunirse con el resto de la manada. Pero nada se movía más allá del cristal. Los latidos de mi corazón se aceleraron, como una advertencia para que no me aventurara a salir. No saber dónde estaba era una amenaza definitiva, sobre todo teniendo en cuenta la ira y el dolor que había visto en sus ojos. Se me puso la piel de

gallina al saber que toda esa ira iba dirigida hacia mí.

Pero aplacé mis preocupaciones. Esta era la mejor oportunidad que tenía. La mayoría de la manada estaba fuera. Era esta noche, o no sabía cuándo sería mi próxima oportunidad.

Me acerqué a la puerta. Colt y yo habíamos maquinado durante un rato cómo iba a salir. Habíamos hablado de robar la llave que Catrina guardaba en el bolsillo. Pero incluso si la hubiera conseguido, sabíamos que ella comprobaría si mi puerta estaba cerrada antes de salir esta noche.

Al final, Colt se dio cuenta de que había una solución mucho más sencilla. Había recordado que en el tocador de la habitación de su padre había una llave maestra que abría todas las puertas de la casa. El tocador había pertenecido a la madre de Colt y Catrina, Rebecca, que había fallecido cuando Colt sólo tenía cuatro años. Colt me había dicho una vez que tenía un vago recuerdo de aquella triste época. Pero poco después, recordó cómo había venido a vivir con ellos y que mi llegada durante aquella época oscura había sido como el retorno de la luz.

Agradecí a Vana que tener a mi amigo para cuidarme las espaldas esta noche.

De todos modos, había recordado una vez, cuando había estado buscando en el cajón de su madre, que había encontrado la llave y había descubierto que era una llave maestra. Y todavía estaba en la cómoda cuando la registró ayer. Introduje la pequeña llave en el ojo de la cerradura y la abrí.

Sin molestarme en llevar nada, ya que viajaría en forma de lobo, bajé las escaleras y me dirigí hacia la puerta trasera. Tampoco miré a mi alrededor, pues lo único que echaría de menos dentro de la mansión era a mi amigo.

Había trazado la ruta más rápida a Grandbay usando un mapa en el teléfono de Colt. Estaba fresca en mi cabeza. La caricia del aire nocturno en mi cara mientras salía por la parte trasera era celestial, pero no tuve tiempo de disfrutarla. Dejé salir a mi loba, una nueva oleada de alivio nos recorrió cuando el aire fresco nos golpeó la nariz y la brisa nos acarició el pelaje.

Con la idea de la libertad por delante, me concentré en seguir el camino. Por supuesto, había ido a Grandbay la noche en que encontré a Muriel, pero ya nos habíamos adentrado mucho más en territorio de Dalesbloom y casi habíamos llegado a la frontera con Grandbay. Pero después de prever el camino tantas veces, pensé que me las arreglaría para no desviarme.

Mi loba siguió mis indicaciones, apuntando con el hocico hacia donde yo quería, sus patas golpeando con una urgencia que demostraba que comprendía que mantener nuestra ruta era vital. Nos movíamos como una sombra mientras la noche se hacía cada vez más oscura a nuestro alrededor. Mi pulso latía con la idea de que abandonábamos Dalesbloom para siempre.

Había vivido allí la mayor parte de mi vida, pero *nunca* había sido mi hogar. Mi respiración jadeante mientras corría se correspondía con la excitación que me invadía. No podía evitar pensar a dónde me llevaban mis patas: Grandbay. Pensé en esa inexplicable sensación de pertenencia que el lugar había conjurado, y mi paso a lobo se aceleró. Me moría de ganas de volver a ver a Aislin y a Muriel, sobre todo después de haber estado tanto tiempo alejada de todo el mundo excepto de Colt, al que sólo había visto en los últimos días para planear la huida.

Entonces, el corazón me dio un vuelco al pensar en ver a Gavin. Estúpidamente, pensé en el último momento en que lo había mirado cuando estábamos juntos en la cabaña, con la calidez de su sonrisa en sus ojos color avellana.

La esperanza me apretó el pecho. Pero la preocupación no tardó en aparecer. ¿Y si, después de todo el esfuerzo que había hecho esta noche me rechazaba? Pero seguramente, después de explicarle cómo David me había encerrado durante días y me había mantenido prisionera, no me rechazaría. Después de todo, había protegido a Muriel de los dragones. Sabía que era más que capaz de hacer lo correcto cuando se trataba de ejercer su deber como Alfa, parte del cual era proteger a los necesitados en la zona de Gunnison.

Mis veloces piernas me llevaron a través del bosque, ahora virando hacia el cañón. A lo lejos, oí el primer torrente de agua y me emocioné al ver que habíamos avanzado tanto. Pero, justo entonces, un destello de color negro azabache me llamó la atención. Antes de que pudiera hacer algo más que notarlo en la periferia de mi visión, me golpeó.

Se me escapó un gemido sobresaltado cuando la loba de pelaje ébano me dejó sin aliento. En el suelo, con el corazón retumbando en mi caja torácica, me di cuenta de que Catrina me había embestido con tanta fuerza que me había hecho perder el equilibrio.

Me levanté a tiempo, pero se abalanzó sobre mí de nuevo. Los elegantes músculos de Catrina, que ondulaban bajo su abrigo negro, siempre parecían poderosos, pero ahora, rebosante de furia, tenían un aspecto letal. Sus mandíbulas chasquearon hacia mí, lanzándose a por mi garganta.

La esquivé, con el pánico corriendo por mis venas. No me había atacado el hombro ni el costado,

sino la parte más tierna y débil de mí. Cuando me asaltó la incredulidad, se abalanzó sobre mi garganta por segunda vez.

Me aparté de ella, porque mi instinto me decía que me mantuviera alejada de sus garras cuando era tan feroz. El corazón me palpitaba en el pecho, tanto por la conmoción como por el cansancio. Mi energía ya estaba decayendo. Había recorrido el sendero con tanta fuerza que me quedaba poca energía de reserva.

La loba negra volvió a abalanzarse sobre mí, con los ojos desorbitados de rabia y la boca llena de saliva. Me aparté de sus mandíbulas, pero sus garras se clavaron en mi costado y me cortaron la carne.

El dolor parecía alimentar mi terror. Luché por recuperar el aliento mientras el pinchazo me desconcentraba, y Catrina saltó hacia mí una vez más. No cejaba en su empeño. Sus feroces gruñidos y sus mandíbulas chasqueantes parecían decir lo mismo: *"Voy a destrozarte igual me has destrozado el corazón"*. Mientras me alejaba de ella, superando el escozor de mi herida, estaba segura de que su furia había aumentado tanto por la ruptura entre Gavin y ella.

A medida que mi energía disminuía, sabía que no podía quedarme fuera de sus garras. De lo contrario, iba a cansarme hasta que consiguiera asestarme un golpe mortal. Cuando me di cuenta de que Catrina me quería muerta, me invadió la furia. Entonces, mi loba arrancó un gruñido visceral de mi pecho. Tenía que contraatacar.

Me abalancé sobre el hombro de Catrina, pero mis dientes chasquearon en el aire, sin conseguir acertar. Catrina, por su lado, aprovechó la oportunidad que le había brindado mi acercamiento. Sin dudarlo, se lanzó hacia mi cuello expuesto. El terror se apoderó de mí, y pensé que la sombra que caía sobre mí era la muerte.

Pero algo golpeó a Catrina en su lugar. Cuando dejé de moverme, vi al majestuoso lobo marrón oscuro de Gavin de pie sobre Catrina. Ella se levantó sobre sus cuatro patas, enderezándose. Las líneas del hocico de Gavin se endurecieron y sus orejas se echaron hacia atrás. Un gruñido amenazador salió de su garganta. Mi atonador corazón *por fin* empezó a calmarse en mis propios oídos, y fui consciente de las respiraciones agitadas que mi loba estaba aspirando. Mis flancos estaban bañados de sudor por la carrera y la pelea que acababa de soportar.

Me pregunté si Gavin habría sentido mi dolor del mismo modo que sospechaba que él lo había sentido la noche en que los dragones me habían atacado. Mientras recuperaba el aliento, me di

cuenta de que el Alfa de Grandbay no estaba solo. La loba de pelaje caoba que caminó a mi lado, golpeando mi hombro con el suyo, hizo que mi corazón también tartamudara de alivio. *Aislin* también había venido a por mí. Parpadeé detrás de mí y me di cuenta de que muchos de los otros compañeros de manada de Grandbay, que habían estado presentes en el claro conmigo y Muriel, estaban de pie detrás de nosotros. La esperanza se me hinchó en el pecho. No estaba sola.

El pelaje de mi espalda se erizó cuando el aullido de Gavin penetró en la noche. La adrenalina me recorrió las venas cuando supe que estaba convocando a los demás lobos de la zona: la manada Dalesbloom y su alfa. Clavó los ojos en Catrina, su lobo negro resoplaba humeante en la fría noche. El alfa de Grandbay iba a pedir cuentas a Catrina, y una sensación de reivindicación me recorrió. Iba a responder por el hecho de que acababa de intentar *matarme*.

Capítulo 14

Gavin

Mi lobo miró fijamente al de Catrina. Su pelaje negro aún estaba lleno de rabia. Su mirada azul me hundió. La indignación y la conmoción se apoderaron de mí. Cuando entré en el sendero, las mandíbulas de Catrina intentaron alcanzar la *garganta* del lobo marrón arena. Los colmillos de Catrina sólo habían estado a unos centímetros del cuello de Billie antes de que me abalanzara sobre ella. Había ido a por la yugular.

Desde la discusión que Catrina y yo tuvimos ayer, había estado en alerta máxima. Las sugerencias que había hecho en Pioneer Point sobre *matar a* nuestros compañeros predestinados me habían hecho vigilar la frontera entre Grandbay y Dalesbloom.

Y había sido esta noche cuando el dolor que resonaba en mis profundidades me había hecho convocar a mi manada y correr hasta aquí. A medida que me acercaba, la conexión telepática entre Billie y yo se había fortalecido. Juraba que había *sentido* el agotamiento de Billie retumbando en mis profundidades y sabía que debía alcanzarla. Había atravesado el bosque como nunca antes, sabiendo que, si no llegaba a tiempo, Catrina mataría a Billie.

Después de lo de ayer, no debería sorprenderme. Pero las palabras eran una cosa. Aunque la proposición de mi ex me había helado, actuar en consecuencia era algo totalmente distinto. Que Catrina fuera tan despiadada como para matar a su hermana adoptiva por la teórica esperanza de que ella y yo pudiéramos presentarnos como la pareja predestinada del otro me ponía enfermo hasta la médula. Me hizo estar aún más seguro de que nunca había conocido realmente a la mujer con la que había estado saliendo estos últimos meses.

Cuando mi lobo se plantó ante ella, mis músculos se retorcieron de indignación y me dolían los dientes de querer desgarrarla. Pero contuve la sed de sangre de mi lobo.

El intento de Catrina de matar a Billie no quedaría sin respuesta. Había lanzado un aullido al cielo nocturno, y los primeros golpes de zarpas sobre la tierra resonaron en el aire y a través del suelo. Un par de lobos negros se fundieron en la noche. Colt y David aparecieron. A juzgar por el olor a sangre fresca en el hocico del más delgado, debían de venir de cazar. Con toda

seguridad, el resto de su manada se materializó entre los árboles, permaneciendo en las sombras al igual que mis compañeros detrás de mí.

Cambié mi forma de bestia por la más civilizada de humano. Aunque, de pie, con la mandíbula aún apretada, las manos cerradas en puños y el pecho agitado, apenas me sentía más civilizado que mi lobo.

En ese momento, vi cómo el Alfa y su hijo se transformaban también en sus formas humanas.

Fijé mis ojos en David.

—Exijo que cuestiones a Catrina. Mi manada y yo acabamos de presenciar cómo intentaba matar a Billie.

Los ojos de David se desviaron hacia el lobo marrón arenoso que tenía detrás y luego hacia el lobo negro de Catrina, que seguía mirándome fijamente.

—Catrina. Billie —llamó David, su voz llena de autoridad—. ¡Cambiad!

La influencia del Alfa de la manada hizo que las dos mujeres obedecieran. Los ojos de Catrina estaban llenos de desafío. Billie estaba detrás de mí, desde donde me había interpuesto entre ella y Catrina, pero percibí su movimiento cuando también adoptó su forma humana.

Catrina dio un paso atrás y luego otro, acercándose a su padre y a su hermano. El movimiento parecía confabulado. Entrecerré los ojos, con un tic muscular en la mandíbula. ¿Se estaba reagrupando ya con su manada? Como si se estuviera preparando para otra pelea.

Mientras tanto, Billie aprovechó para acercarse unos pasos a mí. La tensión de mis músculos se relajó un poco cuando ella se acercó. En la periferia de mi campo de visión, noté que jugueteaba con su pelo castaño, que se echaba sobre los hombros como si quisiera ocultar sus pechos.

Los metamorfos nos acostumbrábamos a estar desnudos los unos ante los otros, pero noté que para ella era algo nuevo. Por primera vez, me pregunté si acababa de ser capaz de cambiar cuando tuvo el Sueño Lunar. Tenía dieciocho años, un poco más que la mayoría de los lobos, pero no era algo inaudito.

Al pensarlo, me invadió un sentimiento de protección aún mayor. Si sólo había sido capaz de cambiar en las últimas semanas, ya había luchado más que la mayoría de los lobos en años. Se había enfrentado a dos dragones y ahora a Catrina. Ahora mismo, me inclinaba a creer que el

adversario más feroz y astuto era esta última.

Mi mirada recorrió el cuerpo de Billie hasta la herida bajo su caja torácica. Aún sangraba demasiado rápido para mi gusto. En su forma humana, las heridas de Billie cicatrizaban más lentamente, pero yo sabía que necesitaba permanecer en esta forma para hablar en contra de Catrina.

—Aislin, Helen —llamé a mis compañeros de manada—. Cambiad.

Mi mejor amiga y la curandera de la manada, ahora también en sus pieles humanas, se acercaron a mí.

—Buscad unas hojas de catappa para la herida de Billie —les indiqué. Por todos los bosques de Gunnison, las manadas habían cultivado hacía tiempo plantas buenas por sus propiedades curativas que, en un apuro como éste, podían servir de vendas por su cualidad absorbente.

Las mujeres no tardaron en regresar con las hojas y, mientras Aislin curaba las heridas de Billie, noté la mirada acalorada de Colt sobre mi amiga. Pero, para honra del joven, desapareció al asimilar lo que ella estaba haciendo. A juzgar por el parpadeo sincero de dolor al ver la mueca de dolor en la cara de Billie, él no estaba en el plan de Catrina para acabar con su hermana adoptiva. Creía que su afecto por Billie era real.

Helen y Aislin dejaron a Billie para que sujetara la catappa de las heridas, y luego volvieron a sus formas lupinas y al resto de la manada detrás de nosotros.

La voz de David cortó el aire.

—¿Qué tienes para decir a tu favor, Catrina? —Su atención se dirigió a su hija.

—Sólo intentaba herirla —dijo Catrina—. Le ordenaste a Billie que no saliera de la casa y ella desobedeció. Sólo seguía órdenes.

El odio corría por mis venas ante la facilidad con la que mentía.

Una vez más, la indiferencia de David hacia el bienestar de su hija adoptiva se hizo evidente cuando sus fríos ojos se clavaron en Billie.

—Te ordené que te quedaras en la casa, ¿no es así, Billie?

Una vez más, mi mirada evaluadora se dirigió a Colt. Sus cejas se habían fruncido.

—Colt, quiero que acompañes a Billie de vuelta a la casa —dijo David.

Me hervía la sangre de que David realmente pensara que esa era toda la "justicia" que había que impartir después de lo que acababa de presenciar.

El hombre más joven, de pie junto a su padre, hizo ademán de moverse, pero deseoso de demostrarle a Billie que no tenía por qué conformarse con la orden de David, hablé:

—No lo creo, David. Billie parecía muy ansiosa por irse de tu casa. Creo que iba a ir a Grandbay antes de que Catrina intentara *matarla* esta noche. Y no voy a permitir que te la lleves cuando está claro que aquí no está segura.

Mis palabras parecieron darle a Billie la fuerza que necesitaba para hablar. Su voz atravesó la noche con decisión.

—Iba a Grandbay. No pertenezco a Dalesbloom. Nunca lo he hecho, y no voy a ser encerrada y retenida aquí contra mi voluntad.

La adrenalina me recorrió cuando habló de "*pertenecer*" a Grandbay. Me pregunté si había sentido que tenía una conexión más profunda con el lugar cuando estaba allí. O si, en comparación con el trato que había recibido aquí, le había parecido un lugar mejor. La ira me recorrió las venas al oír sus palabras sobre el encierro, y me pregunté qué le habrían hecho el Alfa de Dalesbloom y Catrina a Billie desde la última vez que la había visto. Después de ver a Catrina ir a por Billie, ya nada me sorprendería.

—Billie —gritó David, con su fría mirada clavada en el rostro de ella—. No tienes sitio en Grandbay. Estás bajo mi cuidado.

Quería reírme con desprecio de los "cuidados" que le había estado dando, pero esperé a que terminara.

Continuó:

—Así que sólo voy a decir esto una vez. Vuelve a la casa. —Una vena le palpitó en la frente—. Ahora —gritó.

Pero Billie no se movió.

Me acerqué a Billie y le puse una mano en la nuca. Noté la suavidad de su piel bajo mi palma callosa. Su pulso se aceleró, pero luego se calmó, al igual que la tensión de sus hombros. Sentí calor al pensar que mi tacto la reconfortaba.

—No, David. Reclamo a Billie como parte de la manada Grandbay —dije con decisión.

Incluso en la penumbra de la noche, noté las manchas de rojo furioso que coloreaban la cara y el pecho de David.

—Si tomas lo que es mío, Gavin —advirtió, su voz retumbando a un decibelio más bajo—, entonces la alianza que existe entre Dalesbloom y Grandbay ha terminado.

Nuestro territorio y nuestra fuerza eran menores que los de Dalesbloom, pero me negué a dejarme arrinconar por este hombre despreciable. David había mostrado su verdadero ser esta noche. Había demostrado que era injusto y cruel. Endurecí mi mirada mientras pasaba de él a Catrina. Y su hija era igual que el líder corrupto.

Pensé en cómo había transmitido ayer a Aislin y a mis Betas todas mis sospechas sobre la identidad de Billie. Después de volver de ver a Catrina, les conté todo sobre su proposición acerca de Billie. También les conté lo que se le había escapado sobre Muriel.

Por supuesto, había tenido que contarles a todos lo del Sueño Lunar y lo que Vana me había revelado sobre Billie como mi compañera predestinada. Pero me había aligerado la carga y me sentí bien al saber que los miembros de la manada más cercanos a mí lo sabían todo. Para ellos, lo que estaba a punto de anunciar no iba a ser una revelación. Pero para el resto de la manada de Grandbay, sabía que iba a ser una conmoción.

Respirando hondo y sabiendo que todos los vínculos de mi manada con Dalesbloom quedarían totalmente destruidos, lancé mi última acusación contra David, deseando ver su cara cuando cayera.

—Puedo asegurarte —dije—, que no quiero tener nada que ver con la manada Dalesbloom ni contigo. No cuando eres responsable de robar a la hija de Shannon y Tobi Rathbone y desplazarla de su verdadera manada.

Los ojos de David se abrieron de par en par y se posaron en Billie, que miraba con intensidad a su padre adoptivo, con el corazón latiéndole con fuerza en la caja torácica, audible para mi oído con mi sensible herencia metamorfa.

La voz del Alfa de Dalesbloom sonó.

—Con una acusación tan salvaje y vacía, debería echarte de mis tierras. —Su fingido tono de despreocupación sólo aumentó mi ira.

Grité:

—¿Acusación vacía? ¿No significa nada que la profunda herida que sufrió fuera curada con magia Grandbay? Algo que prueba que es de nuestro linaje Alfa.

Sentí el escalofrío de la tensión recorrer a los lobos detrás y delante de mí. La magia curativa que Vana había imbuido en cada una de nuestras tierras, diseñada únicamente para los miembros de nuestra manada, era un sacramento común a todas las manadas.

Le pedí a David que intentara negar algo tan intrínseco a nuestra cultura, pero no pudo. La frialdad se apoderó de sus facciones, pero permaneció en silencio, incapaz de negar una prueba tan contundente de que Billie nos pertenecía a nosotros, no a Dalesbloom.

Sentí la congregación de lobos detrás de mí, respondiendo a esta revelación sobre el verdadero linaje de Billie. Algunas orejas se agudizaron, y un gruñido de unos pocos retumbó en el aire. La lealtad de la manada estaba profundamente arraigada, y una acusación de arrebatarles a uno de los suyos era algo serio. La tensión en el aire se espesó cuando cada uno de los lobos del bosque supo que los aliados que antes habían descansado frente a ellos eran ahora sus enemigos.

Pero, en medio de aquella tensión, los brillantes ojos verdes de Billie parpadearon hacia mí, llenos de un sentimiento de gratitud y esperanza. Su mirada me hizo sentir calor en el pecho y mis ojos se ablandaron por un momento.

Disfruté viendo los hombros y la mandíbula trabados de David mientras la furia se apoderaba de él. Catrina, tan llena de desafío antes, ahora se quedó quieta, su atención pasó de mí y Billie a su padre. Estaba claro que no era un engaño que ella conociera. Reflexioné sobre cómo su plan para eliminar a Billie, su hermana adoptiva, había fracasado espectacularmente esta noche. Colt también parecía confuso. Al menos había algo de justicia en el universo, ya que esto trastocaría sus vidas.

Con una última mirada furiosa, David me dijo:

—Vivirás para lamentarlo, Gavin. —Pero no se quedó para cumplir su amenaza. En su lugar,

giró la cola, llamando a sus lobos a él, y se retiró en la otra dirección hacia Hexen Manor.

Mis lobos y yo permanecemos en alerta durante un rato hasta que tuve la certeza de que la manada de Dalesbloom se había retirado. La oleada de fuerza que recorrió la manada nos envolvió a todos y supe que todos moveríamos cielo y tierra para proteger a Billie, que ahora era una de los nuestros.

Capítulo 15

Billie

Cuando Gavin llamó a los lobos de Grandbay para que salieran, fue un alivio volver a tomar mi piel de loba. Mi forma de lobo era mucho más eficiente en la curación, y el dolor en mi costado definitivamente disminuyó a medida que avanzábamos lentamente hacia Grandbay.

Una sensación de déjà vu me recorrió al recordar la última vez que había viajado por estas vías. La sensación de mareo y el escozor de una herida me resultaban extrañamente familiares. Dado que ésta era sólo mi segunda semana de poder canalizar a mi loba, empezaba a pensar que debía de ser propensa a los accidentes, dado el número de heridas que habíamos sufrido.

Refunfuñó mientras yo la culpaba en broma de lo que había pasado últimamente. Así que le envié ondas de gratitud al recordar lo bien que había luchado contra Catrina a pesar de su agotamiento. Se animó, y nuestros pasos se hicieron más ligeros mientras caminábamos por el sendero con los otros lobos.

La loba de pelaje caoba de Aislin estaba a mi lado, y su mera presencia me animaba. Luchaba un poco con la herida del costado, pero cada vez que mis pasos se ralentizaban, ella estaba allí, presionando su flanco contra el mío y animándome a seguir. Las propiedades medicinales de las hojas que Helen y ella me habían aplicado antes habían ayudado a curar la herida. Ya no sangraba. En cambio, el pinchazo de la carne abierta en el aire frío era lo que me punzaba. Pero sabía que, a pesar del dolor, la herida sanaría más rápido en mi forma de lobo que en mi forma humana.

Mientras mis piernas me llevaban hacia delante y la rítmica marcha de los golpes de zarpa me animaba, mis pensamientos volvían a lo que acababa de ocurrir. La acusación que Gavin le había lanzado a David seguía latiendo en mi cerebro: "eres responsable de robar a la hija de Shannon y Tobi Rathbone, y de desplazarla de su verdadera manada".

Gavin sabía quiénes eran mis *verdaderos* padres. El shock me había sacudido y, por encima de cualquier otra cosa, había querido preguntarle dónde estaban mis padres.

Shannon y Tobi Rathbone.

Conocía sus nombres. Les daba vueltas en la cabeza como si estuviera puliendo piedras preciosas. Me había preguntado si aún formaban parte de la manada Grandbay. Pero incluso mientras lo pensaba, la salvaje esperanza había disminuido. Si lo hubieran sido, ¿no se habrían presentado ante mí en ese mismo momento? Así que dejé a un lado el dolor por la familia y me centré en los Hexen. Cuando miré a Colt durante aquella sorprendente revelación, no observé ningún signo de reconocimiento o conocimiento en su mirada. Sólo conmoción... y tristeza.

Una punzada de culpabilidad me recorrió al pensar en cómo le estaba dejando allí solo, en la fría compañía de Catrina y David. Pero sabía que no podía quedarme. Después de convertirme en prisionera, no podía volver a la casa de los Hexen.

Sentí un escalofrío al preguntarme si no había sido siempre una prisionera. David no había negado *haberme apartado de* mi verdadera familia y de mi manada. El deseo de respuestas ardía con fuerza. Cuando los tejados de las cabañas de Grandbay se hicieron visibles, la visión fue aún más dulce que la primera vez. Porque esta vez, sabía que este era mi lugar. Era donde siempre debí estar.

En casa.

Al igual que los nombres Shannon y Tobi, la palabra se arremolinó en mis pensamientos, y un dolor que siempre había estado enterrado en mi pecho se alivió un poco.

Estoy en casa.

Cuando volví al porche de la cabaña de los Mundy, me sentí como en casa cuando Aislin me llevó a su habitación y me sacó una camiseta con una enorme sonrisa.

—Esta noche llevas mi favorita. —Levantó una camiseta negra con Bigfoot y las palabras *Don't Stop Believing* (*No dejes de creer*) debajo de la criatura.

Negué con la cabeza, pero una sonrisa cruzó mi cara a pesar de todo lo que había pasado antes.

—No puede ser. La mancharé de sangre —argumenté. Mi herida aún estaba muy ensangrentada y necesitaba tratamiento.

Ella frunció el ceño.

—Está bien. Pero mañana te la pones. —Me dio una camiseta negra lisa.

Inspiré bruscamente al intentar agacharme para ponerme los vaqueros y, en un instante, Aislin estaba allí. Se me hizo un nudo en la garganta de la emoción cuando me ayudó a ponérmelos. Una punzada me atravesó el pecho.

—Siéntate —me dijo.

Me senté en el borde de su cama y Aislin me puso los calcetines y me calzó un par de zapatillas antes de atármelas.

—Ya puedes irte. —Y añadió—: Me pondré algunas cosas y te veré fuera, ¿vale?

Parpadeé y me di cuenta de que seguía completamente desnuda. Esto de estar desnuda empezaba a resultarme familiar. Sonreí agradecida.

—Gracias, Aislin.

Sus ojos marrones se suavizaron.

—Cuando quieras, Billie. —Había dulzura en su expresión, y sentí que había muchas cosas que quería decir, pero que se estaba conteniendo para no abrumarme.

Entonces, me levanté y salí al porche.

Sólo estaban Gretel, la madre de Aislin, y Muriel. Muriel fue la primera en ponerse en pie. Se acercó y abrió sus delgados brazos, envolviéndome en un tierno abrazo.

—¿Puedo? —preguntó, señalando a mi lado.

Me levanté la camiseta, pero el movimiento me hizo estremecer y Muriel tomó el mando. Puso sus frías palmas sobre mi costado, y la misma magia refrescante y purificadora que me había invadido la noche en que me curó en el claro me sacudió ahora.

Jadeé cuando me soltó con una sonrisa. Me agaché, examiné la piel intacta y suave, y mis manos recorrieron mi costado con asombro. Ni siquiera tenía una marca.

—¡Ni siquiera te has transformado! —exclamé.

Muriel sonrió.

—Es increíble lo que hacen unos días de descanso, ¿verdad? —dijo modestamente.

En un momento, Gretel había insistido en que me sentara y descansara en el sofá de mimbre. Nos trajo infusiones a mí y a los demás, y me alegré de poder respirar tranquila. Gretel se puso un jersey de lana y tomó asiento en otra silla.

Chasqueó la lengua y sus ojos marrones recorrieron mis brazos desnudos, y luego me echó una manta de tartán alrededor de los hombros como si fuera un chal. Aislin apareció y se acomodó a mi lado. Muriel ocupó la silla de mimbre que estaba a mi otro lado, y la satisfacción me invadió.

Gretel había encendido las lanternas alrededor del balcón. El resto de la manada no se había reunido aquí ni junto a la hoguera, y sospeché que todos me estaban dando espacio y tiempo para procesar lo que había ocurrido esta noche. Sentada y respirando el relajante aroma del té de menta caliente, la consideración de toda la manada me conmovió.

Fue Aislin quien primero abordó los acontecimientos de antes.

—Quiero asesinar a esa traidora de Catrina.

—No combatas el fuego con fuego, Aislin. Esa chica lleva la oscuridad dentro y harías bien en no invitarla a entrar —le aconsejó seriamente a su hija.

Muriel asintió, sus ojos plateados y su pelo captaban la suave luz y le daban un aspecto etéreo, incluso en su forma humana. Me fijé en que llevaba un vestido verde salvia que complementaba su color.

Con el sabio consejo de Gretel y los ojos bondadosos de Muriel, recordé que *había* un Hexen al que estaba agradecida.

—Cuando fui encerrada por David y mantenida prisionera por Catrina, nunca habría salido de no ser por Colt. Él me consiguió la llave y distrajo a la manada para que pudiera escapar — compartí.

Pero Aislin negó con la cabeza.

—Él sólo se quedó allí en el claro esta noche. No habló en contra de Catrina ni te defendió.

Una sensación de vacío me recorrió cuando ella señaló eso. Quería explicarle que no podía ir en contra de su padre y Alfa y que era comprensible que su lealtad estuviera dividida entre mí, su

hermana adoptiva, y sus parientes consanguíneos.

Pero antes de que pudiera expresar mis pensamientos, Muriel me agarró la rodilla y me la apretó.

—Si crees en él, Billie, quizá tenga una oportunidad de librarse de la influencia de su padre y su hermana.

Aislin resopló en su té.

—Bueno, creo que es mejor deshacernos de todos los Dalesbloom.

Me di cuenta de que el atisbo de suavidad que había captado antes en los ojos y la expresión de Aislin era algo muy raro.

Sabiendo que había más respuestas que necesitaba encontrar esta noche, y sintiendo que la pesadez de todo lo que había pasado amenazaba con alcanzarme, les dije a todas:

—Tengo que ir a hablar con Gavin.

—Por supuesto, querida —dijo Muriel.

Gretel cogió mi taza e insistió en que me envolviera con la manta de tartán mientras iba a casa de Gavin. Antes de irme, me dijo:

—Tenemos un dormitorio de invitados, cariño. Así que ven cuando termines y podrás dormir allí.

—Gracias —dije mientras se me apretaba el corazón ante su consideración.

Me quedé un momento en el umbral, pero luego, con la respiración tranquila, llamé a la puerta. Reprimí mi pulso acelerado. Después de todo lo que había pasado esta noche, ¿en serio podía estar nerviosa por ver a Gavin?

Sólo unos segundos después, abrió la puerta. Y mientras el alto y musculoso Alfa, esta vez vestido, afortunadamente, se quedaba enmarcado en la puerta, admití que sí, que todavía podía estar nerviosa por ver a este hombre ridículamente guapo.

Las ondas de su pelo castaño oscuro estaban ligeramente húmedas y, por el olor a jabón, supe que se había duchado recientemente. Una vez más, se trataba de otra visión que no necesitaba en

ese momento, pero mi caprichosa imaginación estaba corriendo, ya que tenía *mucho* material con el que trabajar desde el bosque de antes.

Afortunadamente, el recuerdo del bosque me hizo expresar por qué había venido a hablar.

—¿Podemos hablar de mis padres?

Sus profundos ojos color avellana se ablandaron y sentí que me flaqueaban las piernas. Me dije que era por todo lo que había pasado esta noche.

—Claro que podemos —dijo—. Adelante. Por favor, siéntate —dijo cerrando la puerta del camarote.

Me acerqué al sofá, disfrutando de la suavidad del cuero desgastado y respirando el suave aroma del fuego de leña que ardía en la chimenea.

—¿Te traigo algo? ¿Té, café? —preguntó Gavin.

Sacudí la cabeza.

—Gretel me acaba de hacer té.

Asintió y tomó asiento en el sillón junto al fuego.

Cuando se sentó frente a mí, mis ojos se clavaron en los suyos. En su mirada había una mezcla de compasión y determinación. Me asombró que aquel hombre tuviera las respuestas a las preguntas que me habían perseguido desde que tenía memoria.

Con la respiración agitada, empecé:

—Dijiste que Shannon y Tobi Rathbone son mis padres. —Asintió con la cabeza—. ¿Qué les ha pasado? —Se me aceleró el pulso al preguntar.

—Desaparecieron —explicó, frunciendo el ceño—. Yo sólo tenía seis años cuando ocurrió, pero recuerdo a mis padres conmocionados por no saber dónde estaban Shannon y Tobi... y tú —añadió, mirándome—. Su hija de tres años, Elizabeth, también había desaparecido.

El shock me sacudió. Incluso me habían quitado mi verdadero nombre. Amenacé con enfadarme con David, pero lo reprimí mientras Gavin continuaba.

—Sé que mi padre intentó localizarlos. Pero al final, tras meses de búsqueda, llegó a la conclusión de que se habían largado.

Mi corazón martilleaba contra mi caja torácica. Pero si yo seguía aquí, eso significaba que ellos no, ¿verdad? A menos que... me hubieran abandonado. Sentí un dolor en el pecho, pero lo superé y pregunté:

—¿Crees que tal vez no me querían?

De repente, Gavin estaba a mi lado, con una expresión resuelta que endurecía sus facciones, y recordé sus movimientos de lobo mientras miraba fijamente a Catrina.

—De ninguna manera. Sólo tenía seis años cuando los Rathbone desaparecieron, pero recuerdo a Shannon jugando contigo. —Su expresión se relajó—. Vivíais en lo que ahora es la casa de los Mundy, y recuerdo ir a menudo con mi madre a vuestra casa. También recuerdo lo encantada que estaba Shannon de ser madre.

Puse los ojos en blanco y me sorprendí cuando me dijo que se acordaba de mi *madre...* y de *mí*.

Todo lo que me había contado en un breve espacio de tiempo cayó sobre mí, y la cabeza me daba vueltas por la confusión de todo aquello. Pensar que ahora estaba en casa de los Mundy, que una vez había sido la casa de mis verdaderos padres. El dormitorio que Gretel me estaba preparando podría haber sido el mío o el de mis padres.

Cuando me di cuenta de que estaba donde debía estar, volví a sentir rabia hacia la persona que me había sacado de aquí. Fruncí el ceño.

—¿Por qué me llevó David a su casa? —me pregunté en voz alta.

La voz de Gavin retumbó profundamente con la presencia de su lobo.

—No lo sé, pero seguro que lo averiguaremos. Te lo prometo.

Capítulo 16

Gavin

Una extraña sensación de alivio me golpeó ahora que tenía a Billie. El momento en que me planté en el claro y anuncié: *"Reclamo a Billie como parte de la manada de Grandbay"*, me había quitado un peso de encima.

Pero lo que más me sorprendió fue lo a gusto que me sentía con ella aquí, ahora. Era como tener a Aislin en la cabaña, pero... una más suave, sin ninguno de sus bordes afilados. Bueno, tal vez no *ninguno*. La ira en la expresión de Billie, mientras miraba fijamente las llamas y pensaba en David Hexen, había endurecido su rostro. Sus pómulos altos y la suave curva femenina de su mandíbula parecían feroces a la luz del fuego mientras miraba fijamente las llamas.

Hablando de eso, el fuego empezaba a apagarse y necesitaba otro tronco. Me levanté, me acerqué a la cesta que había junto al hogar y cogí uno. Al arrojarlo al fuego, el movimiento me hizo estremecer, ya que me había olvidado de mi hombro, que aún se estaba curando.

Sonó la voz de Billie:

—¿Te sigue doliendo la herida?

Me encogí de hombros.

—No me duele cuando estoy en forma de lobo —dije. La noche en que mi lobo se había escapado de mi control y había ido a por aquel dragón, la herida había sido profunda. Tardaba en curarse del todo.

Cuando mi mirada se posó en ella y vi la compasión en sus suaves ojos, me conmoví, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que tenía en la cabeza y lo malherida que había estado esta noche. Sentí una presión detrás del esternón y, de repente, el pecho se me llenó demasiado. Sentí que me protegía y se me encogió el corazón al pensar en lo que David y Catrina le habían hecho pasar.

El recuerdo de su piel de seda bajo mi palma en el claro esta noche y lo bien que me había sentido al poner mi mano sobre ella de una forma tan dominante me invadió. Mi lobo se levantó,

con la tentación de reclamar lo que era suyo erizándose sobre él. El calor se agitó en mi mirada al pensar en lo guapa que había estado también esta noche en el claro. Puede que estuviera absorto defendiendo a Billie y reclamándola como parte de mi manada, pero tendría que haber estado ciego para no haberme fijado en su grácil y esbelta figura. Pasándome los dedos por el pelo, aparté la mirada de ella e ignoré el calor que se agitaba en mi polla.

—Tengo algunos documentos sobre la desaparición de los Rathbone —dije bruscamente, volviendo al sillón junto al fuego. Volví a mirar sus ojos verdes, llenos de energía—. Voy a revisarlos de nuevo a ver si encuentro nuevas pistas que seguir.

Ella asintió.

—Gracias, Gavin.

Mi mirada se desvió hacia su boca al darme cuenta de que era la primera vez que la oía decir mi nombre. Mis revoltosos pensamientos volvieron a imaginármela diciéndolo más veces. Excepto que su tono era necesitado y deseoso mientras mis labios y mi lengua recorrían aquel cuello suave y sedoso, y ella suplicaba más.

Al darme cuenta de que era hora de cambiar mi atención al trabajo, dije:

—Deberías descansar. —Entonces, la preocupación me invadió. ¿Tenía que alojarla? En una de las habitaciones de invitados, por supuesto.

Pero una vez más, mis pensamientos se desviaron hacia cosas sucias, imaginando lo bien que quedaría su cuerpo terso y desnudo sobre mi cama. Otra oleada de calor me llegó directamente a la ingle.

Afortunadamente, Billie dijo:

—Tienes razón, estoy hecha polvo. He estado fantaseando con la cama de invitados de Gretel desde que lo mencionó.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras agradecía a Vana que no supiera dónde habían estado mis fantasías en los últimos minutos. La acompañé a la puerta, le deseé que durmiera bien y la vigilé hasta que llegó a casa de los Mundy antes de cerrar la puerta.

Opté por ignorar lo que fuera que hubiera estado ocurriendo con mis emociones caóticas y, en su lugar, centré mi atención en los problemas de mi manada. Volví a revisar las pruebas reunidas

cuando asesinaron a mis padres, así como las de los recientes ataques de dragones.

Mientras estudiaba las pruebas, busqué cualquier vínculo que pudiera relacionar a los Rathbone con los Dalesbloom. Quería encontrar un vínculo entre la desaparición de los Rathbone y David. Pero a medida que pasaba el tiempo y mi búsqueda no arrojaba nuevas pistas, cambié frustradamente mi enfoque para examinar los relatos de la noche en que murieron mis padres.

Además de los informes de la manada de aquella noche, leí mis propios relatos y los de la manada sobre las peleas con dragones que habíamos tenido recientemente. Leí los relatos escritos por mis compañeros de manada sobre la noche en que rescatamos a Muriel y Billie, así como mi propio resumen de la noche en que me encontré por primera vez con los dragones en Pine Creek.

Al menos, mientras me perdía en los archivos, mis pensamientos estaban tan absortos en la tarea que tenía entre manos que los ojos verdes y las suaves curvas de Billie no invadieron mis pensamientos. Finalmente, el único éxito que tuve fue encontrar un enlace. Una descripción de dos de los dragones en los informes de la manada de la noche de la muerte de mis padres coincidía con mi propia descripción de la hembra y el macho con los que había luchado en el claro la noche que protegimos a Billie y Muriel.

El triunfo me invadió al leer el informe de un testigo ocular, Oslo, mi Beta, de la noche en que murieron mis padres. Detalló haber visto a tres dragones huyendo de la escena. Una punzada de confianza se apoderó de mí al leer sobre la gran hembra con escamas de color lila rosado y un macho con escamas verdes. Mi corazón empezó a latir con fuerza al intuir que este clan que ahora estaba en la zona de Gunnison, al que Muriel había identificado como los Inkscales, era el mismo que había estado aquí hacía cuatro años... y el responsable de la muerte de mis padres.

La esperanza latía en mí. Si habían vuelto a la zona y estaban cazando a Muriel, nuestros caminos no tardarían en volver a cruzarse. Por el bien de mi manada, no quería volver a enfrentarme a los Inkscales, pero la idea de obtener respuestas sobre la muerte de mis padres, que hasta ahora me habían sido negadas, me hacía desear volver a ver a aquellos dragones.

Finalmente, cuando el cansancio se apoderó de mí, me desplomé para pasar la noche. Pero las descripciones de los dragones hicieron que mis sueños fueran inquietantes y llenos de alas batientes y fuego cegador.

Parecía que acababa de dormirme, pero me desperté al ver la luz que entraba por la ventana de

mi habitación. Alguien golpeaba la puerta de mi camarote. Me levanté de la cama y abrí la puerta.

Parpadeé bajo la intensa luz y me di cuenta de que me había acostado mucho más tarde de lo habitual. Por otra parte, había estado leyendo informes hasta quién sabía qué hora intempestiva.

Aislin estaba allí, vestida con ropa de correr. Tenía la mandíbula apretada y los ojos color whisky.

—¿Qué ha pasado? —Mis pensamientos se precipitaron hacia Billie—. ¿Billie está bien? —pregunté, con el pulso acelerado.

Arqueó una ceja, pero me aseguró:

—Está bien. Sigue en la cama.

Y sin más, mi mente se llenó de pensamientos febriles, imaginándola de nuevo tumbada en mi cama.

Pero Aislin me devolvió al presente cuando anunció:

—Papá quería que te dijera que le habían informado de la muerte de un compañero de manada de Dalesbloom esta mañana. —Fijó su mirada en la mía—. Joseph apareció muerto en el bosque.

La sádica voz de Catrina resonó en mi cabeza. *"Le dije que si volvía a acercarse a mí o le contaba a alguien que yo había aparecido en su Sueño Lunar, lo mataría en ese tocón"*.

La conmoción se apoderó de mí. Había cumplido su amenaza. Catrina le había quitado la vida a su compañero predestinado. Se me desencajó la mandíbula de rabia. Pero pensar en Billie en la cabaña de los Mundy me tranquilizó. La tensión se disipaba al pensar en ella tan cerca, y una oleada de necesidad se apoderó de mí: mantenerla a salvo y... cerca de mí.

Capítulo 17

Billie

El sol se colaba por las cortinas de mi habitación, iluminando las paredes de color amarillo balsámico y haciéndome sentir como si estuviera tumbada en un prado de flores silvestres, una imaginación que mi cuerpo aturdido por el sueño disfrutaba mientras me estiraba en mi cómoda cama matrimonial.

Llevaba un rato despierta, pero aún no me había levantado. Había dormido profundamente, y mi cuerpo tenía esa deliciosa sensación de pesadez que solo se consigue tras una buena noche de sueño.

Aunque el olor a café recién hecho me llegó a la nariz, los profundos sentidos olfativos de mi loba me alertaron de ello incluso a través de la puerta cerrada, estaba debatiéndome seriamente la posibilidad de levantarme.

Entonces, llamaron a mi puerta.

Me incorporé en la cama y grité:

—Pasa.

Aislin apareció, llevando un par de tazas.

—No sabía si tomabas leche, así que he traído una jarra —dijo, dejando también una jarrita sobre mi mesilla de noche.

Sonreí.

—Wow. Café en la cama. Me está encantando la experiencia Mundy BnB.

—Queremos agradar —dijo, con ojos cálidos. Luego, cogió su propia taza—. ¿Te importa si me uno? —preguntó.

—Por supuesto —dijo, animada. Estar cerca de Aislin me animaba tanto como estar en esta

luminosa habitación. No podías evitar sentirte más animada a su lado.

Cerró la puerta antes de sentarse en el extremo de mi cama.

Vertí un poco de leche, agradeciendo su amabilidad. Prefería el café con leche.

Aislin parecía preocupada mientras sorbía el suyo, y se me hizo un nudo en el estómago al notar que no se trataba sólo de una visita social.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Levantó las cejas como si le sorprendiera que me hubiera dado cuenta de su preocupación. Luego explicó:

—Tenemos noticias de la manada Dalesbloom.

El pánico se apoderó de mí.

—¿Le ha pasado algo a Colt? —solté, con la preocupación enroscándose en mí.

Aislin negó con la cabeza.

—No, supongo que Colt está bien —dijo, con la mandíbula tensa. Sabía que seguía creyendo firmemente que mi hermano adoptivo tenía tanta culpa de lo que yo había sufrido en la casa Hexen con su silencio como David y Catrina por su opresión. Pero su seguridad alivió mi tensión.

—Tanto mi madre como mi padre son Betas de Gavin —explicó—. Mi padre estuvo vigilando los límites de Dalesbloom anoche. Además, mantiene vínculos con el resto de la comunidad para estar informado de lo que ocurre en la zona. El enterrador de la ciudad de Dalesbloom le avisó esta mañana de que había habido una muerte en Hexen Manor. Aparentemente, un compañero de manada, Joseph, ha sido encontrado muerto en el bosque esta madrugada.

El shock me golpeó. Me imaginé al joven de pelo rubio. Era despreocupado por naturaleza y siempre me había recordado mucho a Colt. Sólo era unos años mayor que mi hermano adoptivo. Colt había sido buen amigo suyo.

Lo había sido.

El tiempo pasado parecía cargado de significado. La cabeza me daba vueltas.

—¿Lo conocías bien? —preguntó Aislin amablemente.

Sacudí la cabeza.

—Pero parecía un buen tipo. Colt salía mucho con él. —La preocupación me revolvió el estómago. Colt estaría destrozado por la muerte de su amigo. Respiré hondo antes de preguntar —: Tienes el número de Colt en el móvil, ¿verdad?

Ella asintió.

—Debería intentar hablar con él y ver si está bien. —Esperaba que, a pesar de lo que sentía por él, Aislin me dejara tomar mi propia decisión.

—Por supuesto —dijo. Sacó el teléfono del bolsillo de los leggings—. La contraseña es 1947.

Aislin recuperó su expresión de preocupación.

—¿Te habló Catrina alguna vez de Joseph? —preguntó.

Parpadeé confundida.

—Colt era amigo de Joseph —aclaré—. Además, Lady Catrina no hablaba mucho conmigo. Teníamos una relación más de tirano/sirviente, ¿sabes?

Aislin torció los labios, pero insistió.

—¿Pero Joseph y Catrina alguna vez parecieron cercanos? ¿Como cuando eran jóvenes, antes de que Catrina tuviera catorce años?

Me quedé perpleja por la dirección de las preguntas de Aislin, y sus preguntas tan específicas. Era como si estuviera elaborando una teoría de la conspiración en relación con la manada Dalesbloom.

Me devané los sesos, intentando pensar en cómo era Catrina cuando tenía catorce años. Yo tendría doce.

—Catrina fue educada en casa como Colt y yo —dije—. Así que sólo se juntaba con sus compañeros de manada. Supongo que cuando era más joven, salía mucho más con Joseph y Colt

que en años posteriores.

Aislin exhaló pesadamente.

—El caso es que hay algo que deberías saber sobre la muerte de Joseph antes de llamar a Colt. El otro día, cuando Gavin rompió con Catrina, ella le dijo que era la pareja predestinada de Joseph.

El asombro se apoderó de mí.

Catrina y Joseph habían sido compañeros predestinados.

Me estremecí de incredulidad. Sacudí la cabeza y me eché a reír. No podía imaginarme a mi estirada y testaruda hermana adoptiva con un compañero tan despreocupado.

—Es verdad —dijo Aislin—, pero hay más.

Me preparé, su tono inquieto me puso los pelos de punta.

—Catrina le confesó a Gavin que la noche en que ella y Joseph tuvieron su Sueño Lunar, cuando ella tenía catorce años, se habían encontrado en el bosque. Había dejado inconsciente a Joseph —explicó—. Y cuando él despertó, amenazó con matarlo si alguna vez le decía a alguien que eran compañeros predestinados.

Sentí que se me iba la sangre de la cara. Joseph le había dicho a la manada que se había desmayado en el bosque, golpeándose la cabeza contra el tocón y que fue entonces cuando tuvo su Sueño Lunar. De ahí el nombre del tocón.

—La manada lo apodó el tocón de Joseph —dije, con la voz apagada al pensar en cómo, hacía sólo una semana, Colt y yo lo habíamos utilizado como marcador durante mi entrenamiento como metamorfo.

—Es donde se encontró el cuerpo de Joseph —dijo Aislin con firmeza.

El malestar me invadió. Catrina había cumplido su amenaza. Mi mente daba vueltas ante el salvajismo de mi hermana adoptiva. Las palabras de Gretel de la noche anterior resonaron en mi cabeza: *"Esa chica lleva la oscuridad dentro..."*. Me quedé mirando a Aislin, como si me hubiera adentrado en un mundo peligroso y despiadado que apenas reconocía. La pesadez me oprimía. Se me aceleró el pulso mientras intentaba hacerme a la idea. La confusión enturbiaba mis pensamientos. ¿Por qué había asesinado Catrina a Joseph?

Aislin me dio un apretón en el hombro.

—Voy a hacer tortitas. ¿Te aviso cuando estén listas?

Asentí con la cabeza, mirando el móvil de Aislin en mis manos mientras cerraba la puerta tras de sí. La inquietud me carcomía mientras me preguntaba cómo podía haber momentos tan normales, como hablar con los amigos y cocinar tortitas, cuando se permitía que ocurrieran cosas tan terribles como la muerte injusta de un joven.

Sin saber qué iba a decirle a Colt, pero con la necesidad de oír su voz y comprobar que estaba bien, intenté llamarle. Pero sonaba. Una y otra vez. Me pregunté si no lo cogía porque aparecía el número de Aislin. Pero él *sabía que* yo estaba con Grandbay. Seguramente sabría que era yo. La preocupación me retorció el estómago y deseaba saber que estaba bien y que no le dolía demasiado.

Aislin consiguió alegrarme un poco el mundo con tortitas y sirope. Después de desayunar, miré por la ventana del salón y vi a Muriel sentada en la orilla. Busqué consuelo en la compañía de mi otra amiga y en estar al aire libre. Cuando me acerqué a ella, la mirada de Muriel recorrió mi camiseta de Bigfoot, y le arrancó una dulce sonrisa. Muriel llevaba puesto otro vestido largo y bohemio, que se había subido hasta justo por encima de las rodillas mientras arremolinaba las piernas en el río.

Con el sol dándonos de lleno, me remangué los vaqueros y me uní a ella.

—Helen me contó que el río de la zona de Grandbay tiene propiedades curativas —le dije. Inspiré profundamente mientras disfrutaba del frescor del agua que me acariciaba los pies y me subía por las pantorrillas—. Realmente lo parece —le confié al sentir que el río se llevaba parte de mi tensión.

Muriel asintió con un gesto distraído, pero su expresión, habitualmente dulce, parecía pensativa. ¿Sería por las noticias sobre Joseph?

—¿Te has enterado de la muerte de Joseph? —le pregunté.

—Sí, lo siento mucho —me dijo, ofreciéndome una mirada tierna.

Aunque cualquier muerte era trágica, me di cuenta de que no era eso lo que la agobiaba.

—¿Estás bien, Muriel? —le pregunté.

Exhaló un suspiro.

—Lo siento, querida, tengo muchas cosas en la cabeza. Gavin me explicó que el representante de la Guardia de los Mitos que me está cuidando con estos dragones cree que quieren mi cuerno para un ritual.

Se me erizó la piel.

—¿Qué clase de ritual? —pregunté, la idea de esos dragones cazando a mi amiga por su cuerno me repugnaba.

—Un ritual que desbloquearía otra forma Lycan. Aparentemente, les daría una forma que es algo monstruosa, una que está entre humana y bestia y les da aún más poder que el que se tiene en su forma humana o bestia sola.

El pavor me apretó el estómago. Y la preocupación que la noticia de la muerte de Joseph había despertado creció ante esta noticia. Pero la reprimí.

—Tienes a Guardia de los Mitos protegiéndote a ti y a todos los lobos de Grandbay, Muriel. — Me acerqué y apreté su mano—. No dejaremos que te pase nada malo, te lo prometo.

Muriel necesitaba mi apoyo, e intenté infundir confianza a mi voz.

Muriel volvió a sonreír más plenamente, apretando mi mano hacia atrás.

—Me recuerdas a mi Kiara. —Cuando sus ojos se encontraron con mi mirada interrogante, añadió—. Mi hija.

—¿Dónde está? —pregunté, con la curiosidad latiéndome por dentro.

Muriel negó con la cabeza.

—No lo sé. Nos separamos cuando los Inkscales nos estaban cazando.

De nuevo volvió la expresión preocupada de Muriel, y supe que harían falta todos los torrentes del Gunnison para curar la angustia que le producía no saber dónde estaba su hija. Al fin y al cabo, era un dolor que compartíamos. Mis pensamientos se dirigieron a mis padres, Shannon y Tobi, preguntándome si también estarían por ahí. Pero eso me llevó a pensar en lo que Gavin había dicho anoche sobre que Shannon estaba encantada de ser madre, y esa esperanza se

desvaneció. En el oscuro mundo en el que me encontraba, me conformaría con saber qué les había pasado.

Mientras estaba allí sentada, mis pensamientos volvieron a la noticia de la muerte que me había hecho sentir tan sombría. De nuevo, me pregunté por qué Catrina había asesinado a Joseph. ¿Habría amenazado finalmente Joseph con contarle a todo el mundo lo del Sueño Lunar y quién era Catrina para él? Pero entonces pensé en lo empeñada que había estado en matarme a mí también.

Al pensarlo, me di cuenta de lo que había estado deseando. Mi corazón se aceleró con seguridad. Sospeché que la muerte de Joseph era el intento de Catrina de conseguir una nueva pareja predestinada. El conocimiento me invadió y me puse de pie de un salto, poniéndome los calcetines y metiendo los pies en las zapatillas. Gavin necesitaba saber qué intentaba hacer Catrina.

Subí corriendo los escalones, llamé a su puerta y, cuando me abrió, entré a grandes zancadas. La energía agitada hizo imposible no lanzarme directamente a lo que se me acababa de ocurrir.

—Lo hizo porque está intentando conseguir una nueva pareja predestinada —dije.

Gavin cerró la puerta y se dio la vuelta, parpadeándome como si le sorprendiera verme aquí y no hubiera oído ni una palabra de lo que le había dicho.

Para ser justos, me di cuenta de que había irrumpido y no le había dado ningún contexto antes de empezar a divagar.

Fijando mis ojos en él, empecé de nuevo.

—Acabo de darme cuenta de por qué Catrina...

—No quiero hablar de ella —gruñó, con voz ronca, como si su lobo estuviera a punto de salir a la superficie. Apretó la boca y frunció el ceño.

La sorpresa me invadió. ¿Estaba enfadado conmigo por haberla mencionado?

Entonces, me puse en su lugar. Acababa de enterarse de que la mujer con la que había estado saliendo los últimos meses había *matado a* alguien. Se me secó la garganta. ¿Era realmente tan sorprendente que no quisiera hablar de ella? Guardé mi corazonada sobre Catrina y decidí que la compartiría con Aislin más tarde.

A juzgar por el pecho agitado de Gavin y el ceño fruncido, no estaba de humor para hablar de ella.

Buscando una distracción, mi mirada dio con el "cursi" cartel de las normas de la manada que teníamos cerca. No había leído más allá del número 4).

—5) Enseñar a los jóvenes —leí en voz alta—, 6) Aullar a la luna. —Mis labios se crisparon y mi mirada admiró el pequeño grabado de la luna creciente al final de las palabras—. 7) Respeta a tus mayores. Supongo que mantener este cartel cursi demuestra que incluso respetas su memoria.

Gavin se acercó a la pared, lo suficiente como para que sintiera el calor de su cuerpo. La sensación me erizó la piel.

Su mirada color avellana rozó el cartel y noté con alivio que el resplandor que había estado en su rostro había desaparecido. En su lugar, la misma suavidad que se había apoderado de él la última vez que hablamos de su padre impregnó su expresión.

—Después de que lo mencionaras el otro día —dijo—, en realidad tenía un recuerdo de mi padre tallando esto. Pasaba horas haciendo todas estas pequeñas tallas.

Extendió la mano hacia la luna creciente, su gran mano trazó suavemente la obra de arte. Cuando sus fuertes dedos acariciaron el arco de la luna, un cosquilleo me recorrió la espalda y se me secó la boca. Algo en la ternura de su voz y su expresión, junto con la fuerza que irradiaba su cuerpo alto y musculoso, me produjo una oleada de calor y deseo. No pude evitar imaginarme sus hábiles dedos acariciando la obra de arte con tanto cuidado, recorriéndola.

Algo estúpido de imaginar, ya que mi corazón traidor reaccionó instantáneamente a la idea y se volvió loco en mi pecho. Estaba a punto de soltar algo sobre la necesidad de volver con los Mundy cuando Gavin se volvió hacia mí. En sus ojos brillaba el calor, tanto que pensé que me había extraviado en mi Sueño Lunar.

La mirada embriagadora que me dirigía ahora era igual a la que me había dirigido en mi sueño. Tenía las pupilas dilatadas por el deseo y juraría que, con mis sentidos de metamorfo intensificados, su corazón latía a la misma velocidad que el mío. Mi respiración se entrecortó mientras esperaba a que estallara el momento cargado que se estaba produciendo entre nosotros.

Capítulo 18

Gavin

Olí su excitación en el aire. Cuando Billie había irrumpido antes en mi camarote, mi lobo había salido a la superficie, enloquecido al sacar el tema de Catrina, lo que no era de extrañar, dado que hoy no me había centrado en otra cosa. Pero con la misma rapidez, Billie calmó a mi bestia mientras recitaba las reglas de la manada, suavizando de alguna manera los bordes dentados en mí con su tono tranquilo y suave.

Ahora, su perfume salvaje llamaba a mi lobo por una razón diferente. Su excitación despertó el deseo de mi bestia, y sentí como si Billie fuera la luna convocándome hacia ella. Dirigí mi acalorada mirada hacia ella, y mi pulso se aceleró al ver cómo se calmaba, como si sintiera la dominancia que me invadía.

Noté como un pinchazo en el pecho cuando sus ojos llenos de lujuria se clavaron en los míos. La parte lógica de mí pensó en lo que había leído sobre compañeros predestinados que se dejaban llevar por sus bestias el uno hacia el otro. Pero el resto de mí se sintió como si me hubieran prendido fuego. La necesidad se apoderó de mí y me fijé en su boca.

Sus ojos se entrecerraron. No pude contenerme más. Mis labios recorrieron el borde de su boca. Mi beso siguió siendo un toque ligero mientras ella parecía insegura. Pero entonces respondió. Su vacilación no era reticencia, me di cuenta, sino inexperiencia. Parecía que era su primer beso de verdad. Ese pensamiento me hizo sentir posesivo. Mi lobo se deleitó al sentir su boca junto a la mía y su suave piel bajo mis dedos, como si trazara caminos que nunca nadie había recorrido antes.

Llevé mi mano a lo largo de su mandíbula mientras la besaba lánguidamente.

Cuando nos separamos, dejó escapar un suspiro y dijo:

—Eso ha sido...

—¿Qué? —pregunté, sintiendo un pinchazo de curiosidad al preguntarme cómo describiría nuestro primer beso.

—Mejor que las tortitas con sirope de Aislin —terminó, con los ojos brillantes.

Solté una carcajada y me incliné para besar de nuevo aquella boca deliciosa.

—No se lo diré a Aislin —prometí, entre divertido y áspero, mientras su dulzura me resultaba encantadora. Aspiré su aroma, una mezcla de bálsamo y agua fresca de río, pensando en cómo deseaba lamer y chupar cada parte de ella como si fuera un plato bañado en almíbar.

—Más te vale que no —dijo mientras me golpeaba el pecho juguetonamente. Su cuello y sus mejillas se sonrojaron, ya fuera por la idea de que le contara a Aislin lo que estábamos haciendo o por el tacto de mi pecho, donde, me di cuenta, sus palmas aún permanecían como si disfrutara de la dureza del músculo bajo mi camiseta.

No pude evitar maravillarme por lo natural que me parecía. Una sensación de calidez me recorrió el pecho mientras sostenía su delicada figura entre mis brazos. Era tan esbelta y grácil como un hada, e imaginé su esbelta figura vagando por el bosque. El deseo se apoderó de mí al pensar en ella desnuda en el bosque la otra noche y darme cuenta de que ese era exactamente su aspecto: una princesa hada.

Pasé los dedos por su pelo arenoso. Al igual que su piel, disfruté de su suavidad. Me invadió una mezcla de incredulidad y arrepentimiento. Había rechazado a esta mujer. No podía creer que la hubiera comparado con un alce o que pensara que era tímida.

La forma en que irrumpió en mi camarote, la determinación que impregnaba sus rasgos y su tono antes incluso de saludarme había sido todo lo contrario de la primera impresión que tuve de ella. Pero, dicho esto, había algo de ternura en ella. Como la noche anterior, cuando nos sentamos juntos junto al fuego y se preocupó por mi herida, y antes, cuando me tranquilizó admirando de nuevo la obra de mi padre. Miré fijamente sus brillantes ojos verdes, llenos de calidez y esperanza.

Pero la realidad se me vino encima cuando me sonó el móvil en el bolsillo. Solté a Billie y saqué el móvil del bolsillo trasero. En el identificador de llamadas apareció el nombre de Douglas. Y sin más, la muerte de Joseph y el repugnante crimen de Catrina oscurecieron mis pensamientos.

—Maldita sea, tengo que cogerlo. — dije y la miré a Billie, realmente apenado por perder este momento con ella.

Ella asintió en señal de comprensión.

—Te veré más tarde.

Mi lobo retumbó en mi interior cuando se dirigió a la puerta, como si no quisiera dejarla salir de nuestra presencia.

Pero los negocios me llamaban. Al contestar, mi expresión se endureció:

—¿Qué tienes para mí, Douglas?

Douglas era un científico vampiro de Denver. En general, los vampiros eran enemigos naturales de los hombres lobo. Pero no había ninguna regla rígida. Al fin y al cabo, los dragones eran los aliados naturales de los hombres lobo, pero mi experiencia personal me decía que nunca me plantearía una alianza con los de su especie.

Además, Douglas era un profesional que alquilaba sus habilidades vampíricas, que compaginaba con su trabajo como científico forense. Él había sido quien me había señalado los artículos científicos que identificaban la hormona responsable de la pérdida de control con mi lobo últimamente.

La voz firme de Douglas sonó al otro lado de la línea:

—Recogí ADN tanto del pelaje como de la saliva de las heridas de la garganta del sujeto y bajo su caja torácica.

Douglas había ido a la funeraria de Dalesbloom esta mañana. Había sido capaz de encantar al enterrador humano, así como a los hombres lobo de guardia, para que no se percataran de su presencia. Había visto a Douglas utilizar su habilidad cuando lo contraté por primera vez para un trabajo hace unos años. Su forma y su presencia se habían desvanecido no sólo de mi vista, sino del resto de mis sentidos, como si fuera un espectro. Había sido espeluznante y muy útil.

Sólo era el dominio de los vampiros muy poderosos y, por lo general, mayores que podían encandilar a otros sobrenaturales, una habilidad muy codiciada y, por lo tanto, que costaba una bomba. Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en la factura, pero volví a decirme que descubrir la verdad sobre el crimen de Catrina no tenía precio.

Había obtenido muestras del cadáver, que esperaba que con las pruebas de ADN demostraran quién había cometido el asesinato de Joseph.

Por supuesto, Douglas necesitaba algún tipo de fibra que contuviera el ADN de Catrina para

confirmar si el encontrado en el cadáver coincidía. Por suerte, esta mañana, cuando recibí la noticia sobre Joseph, me di cuenta de que aún tenía el cepillo de pelo de Catrina que se había dejado en un cajón la última vez que se había quedado a dormir. Había embolsado algunos pelos de las cerdas para que Douglas pudiera analizar su secuencia de ADN y ver si las dos muestras coincidían.

—Coincide —confirmó.

El corazón me dio un vuelco en el pecho y apreté la mandíbula cuando una nueva oleada de ira me golpeó con esta confirmación.

—Gracias, Douglas. —Con la resignación agobiándome, añadí—: Envíale a Oslo tu factura y él se encargará del pago.

—Gracias. Nos vemos, Gavin.

Cuando colgué, la idea de que la mujer con la que había estado saliendo los últimos meses era una asesina despiadada seguía provocándome náuseas. Caminé de un lado a otro hasta el salón, sin apenas mirar a mi alrededor mientras contemplaba la noticia.

Cuando Billie había corrido aquí antes para hablar de *por qué* Catrina había matado a Joseph, ella había creído que era para que le concedieran a otra persona como su pareja predestinada.

Pero cómo Catrina había matado a Joseph ella misma, nunca tendría tal poder. Vana no le concedería otra pareja. Había habido otros sórdidos incidentes a lo largo de la historia de los hombres lobo donde habían ocurrido crímenes similares. Siempre que había sucedido, la diosa no había concedido al hombre lobo una nueva pareja.

Pensé en la ferocidad del lobo de Catrina y en la forma en que había saltado sobre Billie en el bosque, yendo a por su yugular. No me sorprendió que ella misma hubiera asesinado a Joseph. Quería quitarle la vida a Billie y, en el fondo de mis huesos, después de oír su desprecio al hablar de Joseph, sabía que quería ver cómo se le escapaba la vida.

Pero la conexión telepática que podría haber tenido si hubiera aceptado su relación ya nunca sería posible para ella. Un par de compañeros predestinados con tal conexión eran los más poderosos en cualquier cacería, ya que eran capaces de trabajar a distancia como si estuvieran uno al lado del otro.

Pero mientras rumiaba el hecho de que ella nunca tendría ese poder, supe que no era ése al que iba. Su voz despectiva volvió a invadir mi memoria. *"...tienes un gran poder a tu alcance, pero nunca harás el acto necesario para reclamarlo"*.

El poder que Catrina buscaba era del tipo más oscuro. Del tipo que convenía a una mujer que había asesinado a su pareja predestinada, que había intentado acabar con la vida de su hermana adoptiva y que no pensaría en matar y cosechar el cuerno de un unicornio. En el fondo sabía que eso era lo que Catrina estaba tramando. Planeaba llevar a cabo el ritual con el cuerno para aprovechar su forma Lycin.

Las paredes parecían apretarse a mi alrededor mientras se me helaba la sangre de pensarlo. Era sólo cuestión de tiempo que Catrina viniera a por Muriel. El recuerdo del rostro frío y furioso de David cuando me amenazó la noche en que le acusé de robar a Billie de Grandbay también se agitó en mi mente. Me puse muy alerta al darme cuenta de que nuestros enemigos nos rodeaban y de que la red se estaba estrechando a nuestro alrededor.

Capítulo 19

Billie

Durante los días siguientes, al amanecer, Aislin y yo "salíamos con los lobos", como a ella le gustaba decir. Ansiosa por acostumbrarme más a mi forma de loba, me llevaba al bosque cada mañana y me proponía retos de rastreo de distintos animales. Poco a poco, mi control sobre mi loba se fortaleció. Y a diferencia de la vez que me arrebató las riendas y salió corriendo tras la ardilla de manto dorado del bosque de Dalesbloom, ahora escuchaba mis instrucciones y seguía cualquier rastro que yo le indicara.

El resto del tiempo, Aislin me guio por el territorio de Grandbay, familiarizándome con sus diferentes senderos y puntos que tenían un significado especial para la manada, como Castle Rock, donde la manada llevaba a cabo sus rituales. Serpenteamos por el bosque y a lo largo de la sima hasta el límite de Pioneer Point, en el norte, hasta Sandbank Creek, en el sur.

A medida que pasaban los días, Aislin y yo estrechábamos nuestros lazos, que se reforzaban con cada carrera de lobos compartida y cada visita guiada a la que me llevaba. Era un espíritu salvaje, indomable y feroz, con un brillo travieso en los ojos que nunca dejaba de levantarme el ánimo, y llegué a valorar nuestras mañanas del mismo modo que las que solía disfrutar con Colt.

Hablando de él, seguía sin tener noticias suyas. Pero había renunciado a intentar llamarle por teléfono. Estaba claro que no estaba preparado para hablar de todo lo que había pasado últimamente. Tenía que creer que me llamaría cuando estuviera preparado.

Una mañana, después de correr, Aislin y yo encontramos la ropa que habíamos dejado junto al río. Acabábamos de regresar de una carrera a la parte más meridional de las fronteras de Grandbay. Así que, con nuestras lobas sedientas y cansadas, ambas nos dimos un chapuzón en el río. La primavera estaba a punto de convertirse en verano con la llegada de mayo. La temperatura del aire rondaba los veinte grados y, aún acaloradas en nuestras formas lupinas, Aislin y yo nos transformamos en nuestras formas humanas y disfrutamos de un baño en la orilla del río. Tuvimos cuidado de no alejarnos mucho de la orilla, ya que las corrientes del río nos arrastraban con rapidez.

Sintiéndonos gloriosamente refrescadas, regresamos a la orilla, donde nos sacudimos para secarnos como si aún estuviéramos vestidas con pieles de lobo. Tras algunas risitas y carcajadas, tomamos nuestras formas lupinas, y procedimos a sacudirnos y secarnos el pelaje de una forma mucho más eficaz antes de volver a tomar nuestra forma humana.

Mientras nos vestíamos, me di cuenta de que Aislin llevaba, una vez más, su camiseta del Yeti. Tenía que ser la segunda vez esta semana que la llevaba puesta.

—¿Por qué es tu favorita? —le pregunté.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Has oído que a los de la manada Eastpeak se les suele llamar montañeses?

Asentí con la cabeza. Había oído a David y a algunos Dalesbloomers utilizar el término cuando hablaban de la Manada Eastpeak, que vivía en las montañas del noreste de Gunnison Park.

—El yeti me hace pensar en el superior de los hombres de montaña —explicó.

—¿El Alfa de Eastpeak? —pregunté. Ella asintió.

—Everett March. —Hizo una pausa y miró a su alrededor como para comprobar que no había nadie. Pero nuestros sentidos de cambiaformas nos habrían alertado si hubiéramos tenido compañía—. Es el representante de la Guardia de los Mitos que vigila a Muriel —explicó, subiéndose los leggings por las caderas.

Había oído hablar de Guardia de los Mitos a Muriel y tenía entendido que era una organización que protegía a los metamorfos de otros metamorfos, como el caso de Muriel con el Clan Inkscale.

Me sorprendió que el Alfa de Eastpeak fuera el representante del que había hablado Muriel. Nunca había visto a Everett ni había tenido nada que ver con la manada de Eastpeak.

Aislin continuó:

—Ni Gavin ni mis padres creían que Guardia de los Mitos existiera hasta que Everett reveló hace poco que era uno de sus representantes. —Sus ojos marrones se iluminaron—. Pero yo siempre estuve segura de que existía. Su organización es tan buena en lo que hace que sólo hay una pequeña pista aquí y allá, rumores y susurros que perseguir, pero están ahí. Y yo siempre he

perseguido esas migas de pan y estaba segura de que no tardaría en localizar a la Guardia de los Mitos.

Me di cuenta de que la organización secreta de la Guardia de los Mitos era la razón por la que Aislin llevaba todas esas camisetas de conspiraciones, como la del Yeti. Había estado persiguiendo la leyenda de la Guardia de los Mitos durante años.

—¿Por qué? —pregunté con curiosidad, sacándome el pelo de la camiseta que me había puesto —. ¿Por qué te interesan tanto?

Su expresión se volvió más acerada.

—Creo en su causa. Protegen a los metamorfos vulnerables de otros sobrenaturales que les harían daño, como Muriel con los Inkscales. Y protegen a la comunidad humana y sobrenatural de los metamorfos que dañarían a los humanos o nos pondrían en peligro con demasiado escrutinio.

—Los admiras —le dije.

Ella asintió, su mirada se volvió más atrevida.

—Me gustaría unirme a ellos —admitió.

En los últimos días, había comprobado lo bien que controlaba a su loba y lo buena rastreadora que era Aislin. Y aunque no la había visto de primera mano, por las historias de la manada que había oído alrededor de la hoguera la mayoría de las noches, sabía que también era una buena luchadora.

—Seguro que tendrían suerte de tenerte —dije sinceramente.

Sus ojos color whisky se calentaron.

—Gracias, Billie.

Nunca había tenido una amiga... o mejor dicho, una amiga que fuera una chica. Por supuesto, la afición de Aislin por todo lo relacionado con la teoría de la conspiración no era la charla estereotipada que yo había imaginado que tendrías con tus amigas. Pero había un claro elemento femenino. No pude evitar darme cuenta de que la forma en que había hablado del "mejor montañés" y la forma en que había dicho "Everett" habían sido muy cálidas.

Así que, con una sonrisa, añadí:

—Y es una ventaja que *Everett* forme parte de Guardia de los Mitos.

Se rio entre dientes.

—No es así —argumentó—. Quiero decir, es indudablemente guapo, pero es distante... un hombre de hielo total.

—Tal vez sólo necesite a la persona adecuada para descongelarlo —ofrecí, sonriendo satisfecha al pensar que Aislin era la persona perfecta para el trabajo.

Ella sacudió la cabeza y contraatacó.

—De todos modos, eres de las que hablan. ¿Qué está pasando entre tú y cierto otro Alfa?

Mi corazón latía cohibido mientras me preguntaba cuánto sabía Aislin. No le había dicho que Gavin me había besado hacía unos días. Pero tampoco le había confiado cómo nos habíamos visto en nuestro Sueño Lunar.

Como si Aislin supiera adónde habían ido a parar mis pensamientos, confesó:

—Gavin nos contó a mis padres y a mí que Vana os mostró el uno al otro en vuestro Sueño Lunar.

Por supuesto, Aislin lo sabía. Gavin se lo habría contado a sus Betas y a su mejor amiga sobre algo tan importante. Un poco esperaba que ya supieran lo que Gavin y yo debíamos ser el uno para el otro. Y antes de hace unos días, me habría sentido incómoda en este tipo de charlas por lo que había pasado semanas atrás entre Gavin y yo, cuando había venido a Hexen Manor y me había rechazado.

Pero ahora... el rubor que me invadía la cara se debía a lo que había pasado hacía unos días, cuando me había besado. Sólo de pensarlo, el calor se apoderaba de mí. Me había rozado los labios con una delicadeza inesperada. Pero la forma en que los separó, su lengua hundiéndose en mi boca con tanta hambre, había sido... divina. Había querido balancear mi cuerpo contra el suyo, pero no me había atrevido. Pensar también en el calor y la dureza de su pecho musculoso me hizo desear de nuevo que aquel momento de intimidad no hubiera terminado tan abruptamente. ¿Qué más podría haber pasado entre nosotros si no hubiera entrado aquella llamada?

No fue hasta que Aislin dijo:

—Eh, por Vana, ¿qué es esto? —señalando mi mirada adicta al placer. Me sonrojé, sin hacer nada para contrarrestar sus sospechas—. Ha pasado algo —exclamó.

—Nos besamos —confesé.

Ella sonrió.

—Lo sabía.

Pero entonces mi corazón dio un vuelco. Gavin *no* me había buscado desde entonces. Lo había visto ir y venir de su cabaña mientras yo me sentaba alrededor de la hoguera con el resto de la manada. Me gustaba pasar el rato junto al fuego cuando Muriel contaba historias a los niños. Era una narradora nata, y había sido realmente encantador ver cómo los cachorros de Grandbay se habían encariñado con mi amiga.

Del mismo modo, Gavin no había venido a la cabaña de los Mundy a visitarme. Admití:

—Gavin está un poco frío desde que nos besamos. No estoy segura de que vaya a repetirse, la verdad. —Mi humor decayó al pensar que el beso que había sacudido mi mundo era algo de lo que él, en cambio, se arrepentía.

—Gavin está de mal humor por todo lo que pasó con Catrina y Joseph —dijo Aislin—. Se preocupa demasiado por lo que pueda pasar con los Inkscales. No creo que haya dormido mucho ni haya hecho gran cosa, salvo obsesionarse con viejos informes sobre ellos y otros ataques de dragones en la zona.

Asentí, dándome cuenta de lo injusto que era por mi parte esperar que, en medio de todo lo que estaba ocurriendo, tuviera tiempo para mí. Me até los zapatos y me puse de pie, diciéndome a mí misma que dejaría que las cosas siguieran su curso.

—¿Has hablado con él de esto? —le pregunté.

—Por supuesto, pero eso sólo alimenta sus preocupaciones. No necesita hablar. Lo que necesita es una buena distracción. —Ella sonrió, claramente conspirando mientras se ponía su camiseta de correr.

Cuando salimos del bosque y las cabañas de Grandbay aparecieron entre los árboles, mi corazón

rebosaba felicidad. Este lugar me hacía sentir como en casa. La libertad que tenía para ir adonde quisiera y canalizar a mi loba era algo que nunca habría tenido en Dalesbloom. En cuanto a vivir con Aislin y sus padres, no sólo eran todos tan amables y cariñosos, sino que era reconfortante que su casa fuera aquella en la que yo había nacido. Había compartido todas las circunstancias que Gavin y yo conocíamos sobre la desaparición de mis padres con Aislin y sus padres, y eso había fortalecido nuestra relación. Sabía que era realmente bienvenida con ellos.

Con un codazo en el costado, Aislin me animó a dar el paso que de otro modo probablemente no habría dado: detenerme en la cabaña de Gavin.

Cuando abrió la puerta, me di cuenta de que llevaba unos pantalones y una camiseta, y los pies descalzos. La tela de la camiseta se tensaba contra su pecho bien definido, y mi pulso se aceleró al contemplarlo. También tenía un poco de barba en la mandíbula y me di cuenta de que aún no se había afeitado. Su aspecto ligeramente desaliñado me estremeció al pensar que aquello era una muestra de lo que sería despertarme a su lado, con la diferencia de que tendría que contemplar su pecho desnudo y esculpido. Ahogando esos pensamientos de distracción, dije:

—Buenos días, Gavin.

Sus ojos color avellana me miraron con sorpresa, pero chispearon de calidez.

—Billie, pasa. Estaba preparando otro café. ¿Quieres uno?

—Claro —dije, fijándome en las sombras bajo sus ojos. El resto de su rostro bronceado era tan saludable como siempre y, por un momento, me pregunté cómo podía tener tan buen aspecto sin dormir. Pero, sobre todo, me preocupaba que estuviera leyendo los informes sobre los ataques de los dragones a todas horas.

Entramos en la cocina. Era más luminosa y clara que todos los tonos cálidos de madera y piedra del salón. Los muebles de cocina eran de color verde salvia y las encimeras de mármol gris le daban un aire moderno. Los tonos cálidos de las paredes y el suelo de madera seguían dando la sensación de una cabaña en el bosque, pero con un acabado más rústico y elegante.

—¿Cómo va todo? —pregunté sin ganas.

Gavin exhaló un suspiro de cansancio mientras servía el café.

—Lo siento, no he conseguido encontrar ninguna pista sobre la desaparición de tus padres. —

Fue como si pudiera sentir su frustración ondulando a través de mí. Pensaba que había venido a ver lo que había averiguado por mí.

—Sabes, a veces la gente se pasa por aquí para hacer vida social —le dije.

Soltó una carcajada.

—¿Leche y azúcar?

—Sólo leche —respondí.

Sacó la leche y dejó que la añadiera yo misma. Era muy consciente de su mirada rozándome. Él bebió un trago de su café solo y yo tomé un sorbo del mío, más por gusto que por otra cosa.

El nerviosismo me invadió y me pregunté si el café había sido una mala idea. Pero me obligué a dejar de darle vueltas. Le había dicho que había venido para una visita social. Necesitaba hablar con él, ¿no?

—Aislin acaba de llevarme a Sandbank Bay —le dije—. Es precioso allá arriba.

La tensión alrededor de su boca se relajó y preguntó:

—¿Habéis parado en Ridge Bay?

Negué con la cabeza.

—No, no hemos parado hasta que hemos vuelto. Luego hemos ido a nadar. Asintió, pero noté cómo sus ojos se desviaban hacia abajo, patinando sobre mi figura y creando un remolino de calor a través de mí.

Ay, sólo por su mirada.

Recordé las palabras de Aislin de antes: "...necesita una distracción". Eso, unido a la forma en que acababa de mirarme, me dio valor para dejar el café y acercarme a él. El corazón me latía con fuerza, como siempre que estaba cerca de él. Levantó la vista, con la alerta recorriendo cada línea de su cuerpo, cuando le dije:

—Deberías venir conmigo la próxima vez. —Clavé mis ojos en los suyos con decisión—. He venido a verte, Gavin —le dije—. No a conseguir más información.

Su mirada avellana se clavó en mí. Me fijé en las motas doradas y verdes en su interior. Los colores me hacían pensar en la luz moteando las hojas del bosque. Gavin se lamió los labios y, cuando mis ojos se centraron en su boca, sentí un zumbido de calor entre las piernas.

Hipnotizada, me balanceaba ante él, sin querer salir *nunca* de su esfera.

Y, dulce Vana, respondió a mis plegarias cuando levantó mi barbilla y su boca chocó con la mía. Esta vez, su beso fue más fuerte. El hambre que sentía en él era igual a la que yo sentía. Sabía a café, profundo, oscuro y sensual. Sentí que el corazón se me salía del pecho. No, mejor dicho, quería quedarse aquí, cerca de él. Con cada uno de sus besos, mi cuerpo zumbaba de satisfacción y calor.

La fuerte mano de Gavin me rodeó la nuca. Su agarre posesivo me hizo recordar a cómo me había tocado la noche en el claro cuando me había reclamado como parte de la manada de Grandbay. Excepto que esta vez, estaba encantada de que me reclamara como suya.

Su otra mano cayó hasta mi cintura, acercándome más a él. Mis manos se maravillaban ante los músculos tensos de sus omóplatos y su espalda. Gemí mientras me derretía contra la dura pared de su pecho, sintiendo cómo me enderezaban los pezones al desear más de él. Quería llegar más lejos de lo que habíamos llegado. La excitación me recorría por dentro. Me preguntaba si me llevaría al dormitorio, segura, por el fervor de sus besos, de que las cosas iban por ahí. *Esperaba que así fuera.*

Un golpe apresurado sonó en la puerta de la cabaña. Mi corazón se desplomó.

Cuando Gavin se apartó, con los labios hinchados, mi cerebro, sediento de placer, sólo podía pensar en lo atractivo que parecía. La satisfacción se apoderó de mí al verle tan reacio a separarse de mí. Pero sus manos se apartaron, dejándome necesitada y deseosa por segunda vez.

Le seguí hasta el salón. Abrió la puerta.

Oslo, dijo con su voz de Beta:

—Acaba de llegar una carta de Dalesbloom. Es oficial. Han terminado nuestra alianza.

Capítulo 20

Gavin

El anuncio de Oslo me golpeó como un mazo. El fin de la alianza significaba una cosa: la guerra llegaba a Grandbay.

Tomé la carta de mi Beta, apenas capaz de asimilar las pocas y cortas líneas de la escritura de David sobre la página.

No me arrepentía de lo que había ocurrido entre mi manada y los Dalesbloom. ¿Cómo podría hacerlo si cualquier otra alternativa significaría que la hermosa mujer que estaba a mi lado, a la que *deseaba* seguir besando, sería su prisionera?

Pero aparte de eso, esto seguía siendo un golpe duro. A pesar de lo que había pasado en el claro la noche que reclamé a Billie como parte de Grandbay, esperaba que David no se apresurara tanto a poner fin oficialmente a nuestra alianza.

Por supuesto, era lo que mi instinto me había estado diciendo. Es lo que había estado temiendo desde que las pruebas forenses confirmaron que Catrina había acabado con la vida de Joseph, lo que apuntaba a que iba a por el cuerno de Muriel. Una terminación oficial de la alianza con Dalesbloom era inevitable.

Miré la expresión firme de mi Beta. Sus ojos marrones tenían el mismo tono que los de su hija Aislin, pero tendían a la seriedad. Su recortada barba castaña oscura estaba salpicada de las primeras canas, igual que su pelo.

Aplacando mi abatimiento, me recompuse y dije:

—Oslo, pon dos centinelas en las fronteras de Pine Creek. Quiero que lo programes de modo que tengamos dos lobos patrullando la frontera en todo momento. Tenemos que estar prevenidos ante cualquier ataque.

—Sí, Alfa —dijo, saliendo y cerrando la puerta tras de sí.

Se me oprimió el pecho. Me pasé las manos por el pelo y me di la vuelta para dejar la carta sobre la mesa.

Los ojos verde esmeralda de Billie estaban llenos de incertidumbre. Pero bebí su color como brotes primaverales, brillando tras la lluvia. Mientras estaba allí de pie, tras haber recibido la noticia de que la posición de mi manada era peligrosa, me maravillé de que sólo su mirada me aliviara.

No pude evitar admirar pequeños detalles en los que no me había fijado al principio, como el hecho de que su nariz estuviera un poco respingona al final. La cualidad de pequeña elfa le daba aún más aire de hada. Volví a conmoverme por la forma en que sus rasgos habían estado marcados por la preocupación cuando me miró. Pero sus palabras habían sido decisivas. "*He venido a verte, Gavin, no a buscar información*". Tuve la sensación de que me quería a mí y no a mi posición. No buscaba mi riqueza, ni siquiera mis recursos, para averiguar la verdad sobre lo que les había ocurrido a sus padres. Había dicho que venía a verme. La incredulidad y la confusión se apoderaron de mí.

Sin embargo, sabía que tenía que anteponer mi manada a lo que estuviera pasando entre Billie y yo. Así que, una vez más, puse mis sentimientos en un segundo plano.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó preocupada. Sus ojos brillantes rebosaban compasión.

Mi mente frenética se fijó en su boca. Me di cuenta de que su labio superior era un arco de cupido perfecto. Cuanto más tiempo estaba cerca de ella, más tentado me sentía de subirme a la ola de euforia que me habían provocado sus labios, su lengua y su suave piel. Así que mantuve la distancia entre nosotras y mi expresión se tornó solemne.

—Necesito que te quedes cerca de Aislin. No te quedes sola —le dije.

Se ruborizó ante mis palabras.

—Por supuesto —aceptó.

La resolución endureció mis facciones al darme cuenta de que Billie era una vulnerabilidad de la que tenía que ser consciente.

—Tengo que ocuparme de unas cosas —dije.

Una sensación de déjà vu me recorrió cuando se marchó, nuestro momento de intimidad se vio

truncado por la forma en que nuestro mundo se desmoronaba a nuestro alrededor.

Fui a darme una ducha y me vestí para el día, reflexionando sobre los problemas que tenía ante mí. Nuestro territorio más pequeño significaba que no teníamos tanta riqueza como Dalesbloom, que se mantenía de la caza de sus prados y bosques. También se beneficiaban de sus bosques ricos en madera. Pero Vana nos había bendecido con abundantes aguas, y aunque el menor tamaño de los bosques significaba que no podíamos mantenernos sólo de la caza en ellos, nuestro río era rico en peces. Oslo y Gretel se asegurarían de que hubiera vigilancia las veinticuatro horas del día. Mientras estuviéramos en guerra con Dalesbloom, no podríamos abandonar nuestras tierras. Pero podríamos atrincherarnos, me dije. Mi manada era leal y haría lo que fuera necesario para proteger nuestras tierras.

Sin embargo, sabía que lo más sensato sería fortificar la posición de Grandbay. Si David y Catrina estaban empeñados en apoderarse del cuerno de unicornio para que ella pudiera alcanzar su forma Lycan, buscarían cualquier debilidad u oportunidad para atacar. Lo mejor que podíamos hacer era conseguir más lobos para que Grandbay vigilara sus perímetros y disminuyera la presión sobre mi manada.

En vaqueros y camisa limpia, me sentía preparado para afrontar lo que me deparara el día. Sabía que mi difícil situación requería ayuda externa.

Se me revolió el estómago ante la idea de tener que pedir ayuda. Mis hombros se anudaron con tensión al contemplar que la única opción que me quedaba por delante parecía ser tender la mano para formar una alianza con la Manada de Eastpeak.

Sabía por todo lo que había tenido que ver con Everett y su manada que le gustaba mantenerse alejado de las otras dos manadas aquí en Gunnison. Crujiéndome los nudillos, me recordé que me había dicho que lo llamara si Grandbay o Muriel necesitaban más protección. Esa era la opción más sensata. Tenía que hacerlo.

Finalmente, mentalizándome, saqué mi móvil. No quería incomodar a Everett llamándole de nuevo desde la montaña, pero tampoco podía arriesgarme a viajar lejos de las tierras de mi manada mientras las cosas estaban tan precarias con Dalesbloom. Sería táctico que David me atacara si dejaba mi manada vulnerable, así que por el momento no me movería de allí.

Teléfono es.

Al menos, hablar con Everett de este modo significaba que Aislin no se abalanzaría sobre él y lo

molestaría con preguntas sobre la Guardia de los Mitos.

La tensión se apoderó de mí y sentí los hombros contraerse mientras me paseaba por el salón y sonaba el teléfono.

Al descolgar, preguntó:

—Gavin, ¿va todo bien? —Me recorrió el presentimiento de que el montañés ya conocía el estado de las cosas entre Grandbay y Dalesbloom, como si pudiera verlo todo desde lo alto de su cima.

—En realidad no —le confié—. David ha puesto fin a la alianza entre Grandbay y Dalesbloom.

Por supuesto, mi presentimiento fue acertado cuando el tono rudo de Everett dijo:

—He oído que te llevaste a su pupila. —Por supuesto, era deber de todo alfa mantenerse informado de lo que ocurría en su zona. No me sorprendió que Everett conociera las circunstancias que habían llevado a la ruptura de la alianza entre las manadas.

Pero tenía que asegurarme de que conocía todas esas circunstancias si Grandbay quería tener alguna posibilidad de formar una alianza con los Eastpeakers. Everett era distante, pero todo lo que había oído de él era que era justo.

Decidido a apelar a su sentido de la justicia, hablé con el Alfa de Eastpeak sobre la injusticia que habían cometido los lobos de Dalesbloom.

—David mantuvo encerrada a Billie, su pupila e hija adoptiva, en contra de su voluntad. También hemos descubierto que Billie es en realidad Elizabeth Rathbone, la hija de los antiguos Betas de Grandbay que desaparecieron de aquí hace quince años —expliqué—. Cómo llegó David a tener a Billie bajo su custodia y qué pasó con sus verdaderos padres es algo que el Alfa de Dalesbloom aún no ha respondido. Pero estoy decidido a que pronto responda por sus crímenes.

—Lo comprendo —dijo Everett, suavizando su voz—. Si Billie pertenece a Grandbay, era justo que la recuperaras.

Algo se alivió en mi pecho ante la concesión de Everett.

Decidido a pintar el cuadro completo de lo peligrosa que era la manada Dalesbloom, continué:

—La hija de David, Catrina, es tan amenazadora como su padre. Cuando mi manada y yo rescatamos a Billie, Catrina iba a por todas. Si no hubiera sido por nuestra intervención, habría matado a su hermana adoptiva. Y no sólo es culpable de intento de asesinato. Su compañero de manada, Joseph, fue encontrado muerto la semana pasada. Usé uno de mis contactos de Denver, un científico forense, Douglas Ferris, para verificar que ella era la asesina. Confirmó que su ADN estaba en el hombre, que resultó ser su compañero predestinado.

Por primera vez, la voz de Everett sonó con sorpresa.

—¿Mató a su compañero?

Agarré el teléfono con más fuerza y gruñí:

—Sí. Me confesó que quería hacerlo antes de llevarlo a cabo. Quería que Vana le concediera otro compañero. —Hice una pausa antes de añadir—: Aunque desde que ella misma lo ejecutó, creo que sus ambiciones han cambiado de dirección.

Dejé que mi afirmación quedara en el aire, preguntándome si Everett entendería a dónde quería llegar. La astuta voz del alfa retumbó:

—¿Crees que Catrina aspira a conseguir su forma Lycan?

—No me cabe duda de que eso es exactamente lo que se ha propuesto —dije.

Hubo silencio al otro lado durante un rato, y yo sabía que era mucho que digerir, así que le di tiempo a Everett. Finalmente, dijo:

—Me gustaría ofrecer la protección de Eastpeak para mantener a salvo a Muriel. Podría ir a recogerla hoy más tarde.

Mis pulmones parecieron encogerse ya que esa fue la única oferta de ayuda que hizo.

—Tenía la esperanza —dije—, dada la amenaza que representa la Manada de Dalesbloom, que tú y Eastpeak podríais considerar aliaros con Grandbay para aunar nuestros recursos y ayudarnos a defender nuestro hogar. —Hice una pausa y añadí—: Me dijiste que me pusiera en contacto contigo si Grandbay o Muriel necesitaban más protección de la Guardia de los Mitos. —No pude evitar reprocharle lo que había dicho, sintiendo como si lo que había ofrecido no fuera suficiente ni mucho menos.

—Como sabes, Gavin —dijo—. Tengo responsabilidades fuera de mi manada, y no puedo permitirme ponerla en una posición que podría llevar a la guerra con Dalesbloom. —El filo decisivo y recortado de cada una de sus palabras no me dejó ninguna duda de que no ayudaría a Grandbay.

Había calculado que la guerra era probable entre Grandbay y Dalesbloom. Él no iba a interferir. Y lejos de que su posición con la Guardia de los Mitos fuera una fortaleza, implicaba que le quitaba tiempo y recursos a su propia manada.

La frustración se apoderó de mí. Su decisión me hizo sentir náuseas.

—Siento no poder ayudar más —dijo Everett—, pero como he dicho, puedo recoger a Muriel más tarde para...

—Muriel se quedará aquí. Si podemos cuidar de los nuestros, también podemos cuidar de ella. Gracias por tu tiempo, Everett —dije, terminando la llamada.

Me invadió la ira. De repente sentí como si el alfa al que había tendido la mano se hubiera ensañado con mi manada. Me di cuenta de que la protección que sentía hacia Muriel era *exactamente* como si fuera uno de los miembros de Grandbay. Se había convertido en una parte valiosa de nuestra comunidad en el tiempo que llevaba con nosotros. Era muy buena con los cachorros, siempre tenía un cuento para ellos. Sabía que Billie y ella también se habían hecho muy amigas. La idea de asignarla al cuidado de Everett y de la Guardia de los Mitos no me gustó. Pero mis reflexiones fueron rápidamente olvidadas, sin embargo, cuando algo como tambores sonando llegó a mis oídos: aletazos.

El pánico se apoderó de mí y, en un instante, me quité la camisa y me desabroché los vaqueros, despojándome de ellos junto con mi forma humana mientras salía por la puerta de la cabaña. Mis patas chocaron con el suelo, como si intentaran superar el batir de las alas que resonaban en el aire.

Mis ojos lupinos divisaron *tres* enormes dragones orbitando sobre el bosque. Mientras corría, los lobos de Oslo y Gretel, uno marrón oscuro como yo y el otro marrón rojizo, me flanqueaban. Los aullidos de Oslo y Gretel convocaron al resto de la manada, y el sonido de las patas de nuestros hermanos y hermanas vibró a través de la tierra mientras se agrupaban detrás de nosotros.

Por un momento, me pregunté en qué momento. ¿Por qué atacaban los dragones el mismo día en que Dalesbloom había disuelto su alianza con nuestra manada? Otra parte de mí, mientras

contemplaba el lila rosado de un dragón y las escamas verdes de otro, se inundó de expectación. ¿Eran estos Inkscales los mismos dragones que huyeron de Grandbay la noche en que murieron mis padres? El deseo de obtener respuestas se apoderó de mí. Pero luego acallé todas mis dudas, pues sabía que tenía que prepararme para esos dragones.

Pero... sus alas los llevaron al otro lado del río, donde aterrizaron en lo alto del acantilado.

Los tres dragones se colocaron a cierta distancia, y poco a poco comprendí que no se trataba de un ataque. Pero era una especie de mensaje... o amenaza. La distancia dejó claro que no era un ataque. Mis Betas, claramente, llegaron a la misma conclusión porque el lobo pardo de Oslo se dio la vuelta, y con unos cuantos estruendos y aullidos, calmó a la manada que venía hacia nosotros, diciéndoles que se quedaran donde estaban, a cierta distancia detrás de nosotros.

Mis betas y yo solos nos acercamos a la orilla del río Gunnison. Mi mirada se desvió hacia los dos machos y la hembra que se posaban en lo alto de la roca.

Por fin, el macho de cola espinosa y relucientes escamas de obsidiana se elevó en el aire, dando vueltas con su enorme figura hasta posarse en la orilla de nuestro lado del río.

Entonces, se movió.

Delante de nosotros había un hombre alto, de piel bronceada.

Yo también cambié a mi forma humana, al igual que mis Betas.

Vimos cómo se acercaba a nosotros este metamorfo dragón de dos metros y medio, que crecía más y más a medida que se acercaba. Era tan alto como Everett. Definitivamente parecía que podía con cualquiera de los montañeses de la manada de Eastpeak. A su amenaza se sumaba la forma en que sus ojos marrón oscuro brillaban como el ónice. Su pelo negro azabache caía en ondas sobre su alta frente.

Se detuvo a tres metros de nosotros. Su voz ondulaba con tranquila autoridad.

—Pensé que era hora de pasar y presentarme. Soy Lothair, Alfa del clan de dragones Inkscale.

Mi mirada se entrecerró al pensar que se trataba del bastardo que cazaba a Muriel. También era el líder de los dos dragones de la roca, que coincidían con la descripción de los dos vistos la noche en que murieron mis padres. Un hecho que infundió aún más agresividad a mis palabras cuando dije:

—No eres bienvenido aquí.

Sonrió y dijo:

—Tal vez sea mejor, entonces, que haya formado oficialmente una alianza con Dalesbloom.

Así que esto era lo que el bastardo estaba haciendo aquí. Se había "*dejado caer*" para restregarme en la cara que se habían aliado con los Dalesbloom, y el número de nuestros enemigos había crecido oficialmente.

—Sal de mi territorio o mis lobos te despedazarán —amenacé, apretando los puños y medio esperando que no retrocediera. Si conseguíamos presionarle para que atacara sin los lobos de Dalesbloom, acabaríamos con nuestros enemigos antes de que pudieran unirse como él amenazaba.

Se rio entre dientes.

—Entendido, seguiremos nuestro camino. —Se dio la vuelta y luego lanzó como de improviso —: Se siente bien estar de vuelta en la zona.

Mi mirada rozó su poderosa espalda y sus hombros mientras se alejaba. Mi mente se fijó en la palabra "*vuelta*". Era la confirmación de que su clan había estado antes en la zona.

La furia corría por mis venas mientras el conocimiento me devoraba, mientras le retaba a confirmar lo que en el fondo ya sabía.

Mis ojos se posaron en los otros dos dragones de la punta. Las escamas lilas y rosadas de la hembra captaban la luz del sol y brillaban como un faro en lo alto del acantilado. La bestia de escamas verdes del acantilado también aparecía en el relato de los testigos de la noche en que murieron mis padres.

Lothair se dio la vuelta para asestar el golpe final.

—Creo que recuerdas la pequeña hoguera que hicimos en Pine Creek hace cuatro años.

Me invadió una rabia cegadora. La necesidad de venganza me arañaba el pecho. Mi lobo quería sangre ahora. Pero el agarre de Oslo y Gretel me contuvo cuando fui a lanzarme contra el alfa de Inkscales.

Mientras hervía de furia, mi mente se llenaba de recuerdos de Pine Creek envuelto en llamas. Cada latido de mi corazón me recordaba la forma en que mis patas habían golpeado el suelo, corriendo hacia el infierno donde sabía que habían estado mis padres. Luego, el sabor a humo y ceniza se me quedó en la boca, evocando el recuerdo de la fría luz del amanecer cuando había identificado los cuerpos calcinados de mis padres entre los árboles carbonizados.

Luché contra el agarre de mis Betas, sin querer otra cosa que desgarrar miembro a miembro al metamorfo dragón, pero incapaz de lanzarme contra él, grité:

—¿Por qué?

Los ojos de ónice de Lothair me rozaron, y el brillo de sus ojos y su cara de suficiencia me dijeron que sabía exactamente lo que le estaba preguntando.

—Porque cuando tus padres nos encontraron en su territorio, en lugar de acogernos como sus aliados naturales, como estamos destinados a ser los dragones y los lobos, nos dijeron que nos fuéramos.

Sus palabras me atravesaron. Su tono despreocupado me hizo sentir una fría conmoción. Me estaba diciendo que simplemente había asesinado a mis padres porque ellos, como Alfas de Grandbay, desconfiaban de él y de su clan. Y no les faltaba razón, dada la indiferencia con la que había recurrido a la violencia, así como su desagradable comportamiento en la caza de Muriel. Mientras mi mirada resentida recorría al metamorfo, sentí cuánta razón habían tenido mis padres al desconfiar de Lothair y su clan.

Sin embargo, el hecho de que hubieran sido recompensados por defender sus tierras y su manada de la vil presencia de Lothair y su clan con su muerte, una vez más, me dejó un empalagoso sabor a ceniza en la boca.

La sonrisa de Lothair era de suficiencia cuando se alejó de nosotros. Una vez transmitido su mensaje, se ocultó tras sus escamas de obsidiana como la víbora de gran tamaño que era. Sus enormes alas coriáceas se extendieron, llevándolo hacia las corrientes de aire y hacia el resto de su clan asesino, que surcó el cielo como buitres dispuestos a despedazarnos.

Capítulo 21

Billie

Casi toda la manada se había reunido en la cabaña de Gavin esta noche. El único adulto ausente era Harper. Estaba cuidando a sus dos hijos y a los de Shane, así como a los de Helen y Matthew. Conocía a todos los de la manada por su nombre, pero aún había un puñado de los reunidos con los que no había pasado mucho tiempo. Después de que los dragones abandonaran el territorio de Grandbay, Gavin había dispuesto que todos nos reuniéramos aquí esta noche para una reunión de la manada.

La expectación se apoderó de mí mientras me preguntaba qué era lo que quería anunciar.

Hoy temprano, nos habían alertado en la orilla del Gunnison cuando las enormes formas de tres dragones habían oscurecido la luz como nubes de tormenta que se cernían sobre nuestras tierras. Los aullidos de Gretel y Oslo habían despertado a toda la manada. La tensión se había disparado a través de todos hasta que todos los miembros adultos de la manada, vestidos con pieles de lobo, colmillos y garras, se habían reunido. La carga que nos recorría había sido electrizante. Nos mantuvimos firmes y alerta, listos para avanzar en defensa de nuestro Alfa y Betas si nos llamaban para atacar a los dragones encaramados en el abismo.

Sentí que el aliento se me estancaba en los pulmones y apenas respiraba mientras observaba al enorme dragón metamorfo transformarse en su forma humana. El alfa de los Inkscales era un hombre gigantesco, alto y musculoso. Incluso sobresalía por encima de Gavin.

Una potente mezcla de miedo e ira se apoderó de mí al ver al metamorfo dragón acercarse a Gavin. Había deseado estar a su lado. No es que pensara que mi fuerza pudiera hacer mucho contra un oponente tan formidable, pero la necesidad de estar junto a Gavin me había atrapado. Había observado con aún más inquietud cómo Gretel y Oslo sujetaban a Gavin. ¿Qué le había dicho el metamorfo de dragón que lo había enfurecido? Habíamos estado demasiado lejos como para oír lo que había dicho Lothair, pero todos habíamos oído el grito de Gavin: "*¿Por qué?*". La crudeza de su voz me había retumbado entonces. Poco después del grito de Gavin, el dragón metamorfo alzó el vuelo, y Gavin nos ordenó a todos que volviéramos a nuestras casas.

La anticipación se apoderó de mí mientras mi atención se erizaba sobre el rostro pensativo de Gavin y las tensas líneas de su cuerpo.

Gavin estaba apoyado en la enorme repisa de la chimenea, y su Beta, Oslo, le hacía de espejo en el otro extremo de la enorme pieza de madera recuperada. Aislin había ocupado el sillón más cercano a Gavin junto al fuego, mientras que yo me había acurrucado en el opuesto. Así tenía una buena vista de nuestro alfa. Mientras esperaba a que toda la manada se reuniera, no pude evitar echar miradas furtivas a su rostro apuesto y bien afeitado, iluminado por la cálida luz del fuego.

Helen, la curandera de la manada, estaba en el sofá junto a Muriel. Resultó que Helen era la persona a la que Muriel le había pedido prestados todos los preciosos y vaporosos vestidos bohemios. Parecían hermanas sentadas una al lado de la otra. Hablando de ropa, yo llevaba mis propios vaqueros y un chaleco que me sentaba como un guante por primera vez en mi vida. Gretel me había sorprendido al volver con un par de conjuntos de ropa de mi talla. Había parpadeado asombrada en el espejo de cuerpo entero antes de venir esta tarde. Con el chaleco ceñido, mis pechos no se perdían, y mi cintura y caderas delgadas se veían favorecidas con los vaqueros de corte recto.

Matthew, el compañero de Helen, que estaba apoyando los codos en el sofá detrás de la curandera, dijo:

—Entonces, ¿quién más necesita una cerveza? —Matthew era un tipo fornido con el pelo castaño y pecas en el puente de la nariz.

Un par de los reunidos en la gran mesa donde se habían sentado ocho de la manada aceptaron.

—Niko, Kai —les señaló Matthew, mirando al resto, pero todos los demás parecían demasiado tensos como para hacer algo más que sacudir la cabeza. El puñado de compañeros de manada que había llegado en último lugar se apoyó contra la pared bajo el cartel de las Reglas de la Manada.

Cuando Matthew regresó con cervezas para los compañeros de manada que podían soportarlo, Gavin se volvió y anunció:

—El Alfa que ha pisado hoy nuestras tierras es Lothair, el líder de los Inkscales. —Gavin apretó la boca—. Ha venido a informarme de que él y Dalesbloom han formado una alianza.

El acero de su voz vibró por toda la habitación y me pregunté qué amenazas le habría hecho el metamorfo dragón a Gavin para que lo presionara. Desde la distancia, parecía que Gavin estaba a punto de cambiar de forma y atacar a Lothair.

Oslo dijo:

—Creemos que Catrina y David deben haber hecho este trato con Lothair para ayudarla a hacerse con tu cuerno, Muriel.

Muriel no parecía sorprendida. Su mirada plateada era estoica mientras recibía la noticia. Oslo frunció los labios como si quisiera poder tranquilizarla. Pero a estas alturas, suponía que cualquier seguridad que le diéramos sería vacía. Con Dalesbloom aliándose ahora con los cambiaformas dragón, nuestra posición era definitivamente sombría.

No era un secreto para toda la manada que los dragones habían estado cazando a Muriel. Ella había sido muy abierta con la información que Everett había compartido con Gavin sobre el ritual y el potencial de ganar otra forma Lycan a través de él, también. Y todos los aquí reunidos sabían lo que Catrina y David buscaban al ir por Muriel.

Todo el mundo sabía, también, que Catrina había matado a Joseph y su intento de matarme a mí. Toda la manada había oído hablar de las pruebas que el científico forense vampiro había adquirido. Catrina era personalmente culpable del asesinato de su compañero predestinado.

Pero la sorpresa de los compañeros de manada fue incluso mayor ante la noticia de esta nueva alianza surgida entre los dragones y la manada Dalesbloom.

—¿Sabemos cuántos dragones hay en el Clan Inkscales? —preguntó Shane. La mayoría miramos a Gavin, pero Muriel respondió primero:

—Hay otros cuatro además de los cuatro dragones con los que luchasteis en el claro la noche que nos ayudasteis a Billie y a mí.

El silencio se apoderó de la sala mientras todos digerían esto. La manada Dalesbloom era ligeramente mayor que la nuestra. Así que, antes de esta nueva alianza, las dos manadas habían estado relativamente igualadas en número. Pero ahora que los Inkscales apoyaban a Dalesbloom, su amenaza había aumentado considerablemente. Además de los lobos de Dalesbloom, nos enfrentábamos a ocho dragones.

Todos permanecemos en vilo mientras considerábamos lo que estaba ocurriendo con estas amenazas que se acumulaban a nuestro alrededor.

La voz de Gavin volvió a sonar:

—Aún no sé cómo, pero defenderemos nuestras tierras contra Dalesbloom. Y, lo juro, ante todos vosotros ahora, destruiremos a los Inkscales.

La determinación de su voz me puso la piel de gallina, e intuí que lo que fuera con lo que Lothair le había amenazado hoy estaba a punto de salir a la luz.

La mirada avellana de Gavin recorrió la sala, marcada por la ira... y algo más que no pude descifrar hasta que anunció:

—Lothair confirmó que fueron él y su clan quienes causaron la muerte de mis padres. —Su mandíbula se tensó, y luego añadió—: Dijo que no fue por otra razón que porque no les dieron la bienvenida a él y a su clan al territorio de Grandbay.

El corazón me latía con tanta fuerza que amenazaba con salir de mi pecho y juraba que *sentía* el dolor de Gavin rebotando en mí. Unas ondas de choque sacudieron la manada.

Obviamente, los betas de Gavin habían estado presentes cuando Lothair se lo contó, y estaba claro por la expresión acerada de Aislin que ya había oído la noticia. Pero la energía de todos los demás palpitaba de ira y conmoción.

—¡Ese cabrón! —exclamó Matthew.

—Los mataremos —gruñó Shane.

Después de que se disipara la primera oleada de sorpresa y comentarios, Gavin dijo:

—Quiero que todos estéis en alerta máxima y sigáis al pie de la letra las instrucciones de Oslo y Gretel. Estad listos para defender a nuestra manada y conseguiremos venganza para Martin y Bria.

—Por Bria y Martin —dijo la manada, uniendo sus voces con firmeza y determinación.

En un momento, los compañeros de manada se dispersaron. Me di cuenta de que había parado de prestar atención cuando Oslo dio por terminada la reunión. Vi aturdida cómo Gretel y Aislin

salían de la cabina cogidas del brazo, seguidas por Muriel y Helen. Los demás de la mesa ya se habían escabullido. Gavin había vuelto la espalda a la habitación, perdido mientras se apoyaba en la chimenea y miraba fijamente al fuego.

Por un momento, el fuego del hogar me pareció feroz al pensar en cómo había sido el fuego el que le arrebató a Gavin su familia. El silencio se apoderó de mí al darme cuenta de que sólo estábamos Gavin y yo en la habitación.

Una parte de mí sabía que debía marcharme, pero se me encogía el corazón al pensar en dejarlo solo con su pena y su dolor.

—¿Quieres hablar de ello? —le ofrecí, sabiendo lo mucho que había necesitado hablar las cosas con Colt cada vez que me enfadaba.

—¡No! —gritó, sin molestarse siquiera en apartarse del fuego.

Me puse de pie, sintiéndome incómoda por forzar mi compañía cuando, claramente, él no la quería.

Debería irme.

Entonces recordé lo que Aislin había dicho antes sobre que no necesitaba hablar. Tal vez era mi tacto lo que necesitaba.

Así que, en lugar de ir hacia la puerta, me acerqué a él y le toqué suavemente el brazo. Mi palma recorrió su antebrazo hasta llegar al bíceps. Pude ver cómo sus hombros se tensaban. Fui a deslizar la mano hasta su omóplato, pero en lugar de relajarse como esperaba, se tensó y se apartó de mí.

Sus ojos se oscurecieron al mirarme.

—¿Qué parte de podéis iros no entiendes?

Me estremecí. Se me retorció el estómago cuando me devolvió su mirada altiva. Era tan parecida a la que me había dirigido semanas atrás cuando me había rechazado. Sus palabras de entonces volvieron a mí: *"No te quiero"*. Eso es lo que me decían ahora sus furiosos ojos color avellana.

El dolor se apoderó de mí. Me parecía imposible que el hombre que tenía delante me hubiera besado con tantas *ganas* esta misma mañana. Me asaltaron la duda y la inseguridad. Me pregunté

si no sería yo la que quería explorar lo que había entre nosotros. Quizá la atracción que sentía por Gavin *no era* mutua. Había hambre y calor en sus ojos, y la forma en que su boca había explorado la mía había sido embriagadora, pero... tal vez sólo se estaba desahogando.

Con una profunda sensación de decepción arremolinándose en mi interior, salí de la cabaña de Gavin. Mientras vagaba por la noche, me invadió el vacío. Me dije a mí misma que tenía que construir un muro alrededor de mi tonto y tierno corazón porque aún le dolía el alfa fruncido que había dejado atrás.

Capítulo 22

Gavin

Salí a hurtadillas por la puerta de mi camarote, desnudándome y abandonando mi ropa en un montón desordenado. Mi lobo se erizó de necesidad mientras inspiraba una profunda bocanada de aire. Mis huesos crujieron y surgió mi bestia. Mis músculos faciales se tensaron contra el dolor hasta que asomaron mi hocico y mis colmillos. A cuatro patas, avancé por el sendero, deleitándome con la velocidad mientras mi forma se difuminaba entre los árboles que se extendían a lo largo del camino. El sendero ascendente me llevó bajo el dosel de grandes pinos y pieles, cuyas amplias ramas parecían manos que se extendían hacia mí.

El recuerdo de la tierna mano de Billie en mi brazo me estremeció. El recuerdo de mi propia voz sonó con dureza. *"¿Qué parte de podéis iros no entiendes?"*

Soy un gilipollas.

No había querido ser tan duro. Pero había tenido que negarme el alivio que sabía que me proporcionaría su reconfortante tacto. Un escalofrío primitivo me recorrió el cuerpo al pensar en la mujer que había dejado atrás. Imaginé el rostro de Billie, con sus rasgos de elfo y sus brillantes ojos esmeralda.

Los besos de Billie también jugaban en mi mente, y la idea de perderme en su forma sedosa y ágil había sido demasiado tentadora. Sus suaves caricias en mi brazo me habían tranquilizado tanto como las frescas corrientes del río Gunnison después de una agotadora carrera. Pero sabía que no debía distraerme. La guerra se acercaba a Grandbay y no podía permitirme que nada ni nadie me distrajera.

Ahogué mis pensamientos sobre ella. Era muy probable que mi lobo hubiera reaccionado exageradamente a la cercanía de Billie porque yo estaba reprimido. Eso es lo que me había llevado a besarla las dos veces que había sucedido. Eso era todo. Empujé a mi lobo, estableciendo un ritmo más agotador mientras nos fundíamos en la oscuridad.

Oslo había programado dos centinelas las veinticuatro horas del día en los límites de Pine Creek,

pero pensé que mi patrulla por el bosque era un complemento útil.

Además, *realmente* necesitaba una liberación. Hacía días que no salía a correr. En lugar de eso, había estado estudiando los informes de la noche de la muerte de mis padres y cotejándolos con los de los recientes avistamientos de dragones. Todo ello había resultado inútil, dado que me había enterado de que los Inkscales *eran* los que habían matado a mis padres directamente de su boca. La cara de Lothair apareció en mi mente. Quería borrar esa expresión de suficiencia de su rostro y golpearlo hasta romperle la nariz... y todos los demás huesos de su cuerpo.

Sin embargo, a cada paso que daba, el bosque obraba su magia, dando un poco de calma al salvajismo que latía en mí. Sentía como si los pensamientos sombríos que Lothair había conjurado en mí hoy fueran un poco más manejables aquí fuera. No desaparecían, pero se hacían más llevaderos, ya que parecían fundirse con la penumbra del bosque y la noche.

Había que admitir que salir de mi camarote tuvo mucho que ver con la tranquilidad que me invadía. La habitación había estado impregnada de un aroma de tensión y miedo tras mi anuncio sobre la alianza entre Inkscales y Dalesbloom. Las palabras de mi manada habían sido fieles e incondicionales: "*Por Bria y Martin*". Sentí calor por mi manada. Pero, incluso con la fuerza de sus bestias, eran en parte humanos, y comprendía el miedo que los invadía al pensar en la guerra y la violencia que se avecinaban. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando el recuerdo de lo que había perdido en una noche volvía a estar brutalmente crudo? El infierno que había asolado estos bosques años atrás aún centelleaba en mis pensamientos. Y con cada golpe de mis patas, intentaba desterrar el olor y el sabor del humo y la ceniza que me ahogaban la garganta.

Se me llenó el pecho de culpa al pensar en lo que *podría* pasarle a mi manada. Sabía que podía contar con todos y cada uno de ellos para estar a mi lado como su Alfa y defender su manada y sus tierras y vengar la muerte de mis padres. Pero la ansiedad se apoderó de mí al pensar en perder a *alguno de ellos* en esta lucha que se estaba gestando.

Una brisa azotó mi nariz con un almizcle inesperado. Se me aceleró el pulso: otro metamorfo. Conocía el olor de todos los lobos de mi manada, incluida Billie. Su dulce aroma, como a bálsamo, se me había metido hasta el tuétano y estaba seguro de que este almizcle no pertenecía a ella ni a ninguno de la manada. Además, el olor me decía que era de un macho.

Un intruso.

Un gruñido salió de mi garganta. La furia se apoderó de mí, igualando mis pasos frenéticos

mientras rastreaba el olor. El pelaje de mi espalda se erizó y mis orejas se volvieron puntiagudas.

Otro gruñido grave se acumuló en mi pecho, brotando a lo largo de mi garganta cuando clavé los ojos en el intruso. Un lobo negro con el hocico pegado al suelo estaba delante de mí. Golpeé la tierra hacia él. Una neblina roja me envolvió y me abalancé sobre él. Lo reconocí cuando su olor llenó mi nariz.

Era Colt. Pero una rabia cegadora me destripó mientras giraba y le daba un golpe con la pata. Se apartó. ¿Cómo *se atrevía* a invadir mi territorio? El mismo día que sus aliados me habían informado de que eran responsables de la muerte de mis padres.

La sangre me hervía en las venas, mi lobo asaltaba a Colt una y otra vez mientras él se alejaba de mí gruñendo y chasqueando las mandíbulas. Finalmente, mis garras dieron en el blanco y le desgarraron el hombro.

Colt gimió, apartándose de un tirón. Su gruñido estaba impregnado de dolor.

La satisfacción me invadió mientras me deleitaba en haber herido a mi *enemigo*. Mi lobo rugía sediento de más sangre.

Pero, aparentemente temerario, Colt volvió a su forma humana. Levantó las manos y me miró con ojos muy abiertos.

—Gavin, por favor, espera.

La furia vibró en mí, y sólo volví a mi forma humana para poder decirle a la cara que iba a destruirle. Mi mirada era letal, mi voz sonaba feroz a mis propios oídos.

—Cualquier lobo que se alíe con los asesinos de mis padres merece morir —amenacé.

Dio un paso atrás, el chasquido de las ramas bajo sus pies humanos sonó como un disparo en la tranquilidad de la noche, y apreté los puños, luchando contra el impulso de cambiar de nuevo.

—Yo no quería —soltó Colt—. ¡Intenté oponerme a la alianza! —exclamó, todavía con las manos en alto como si yo le estuviera apuntando con una pistola. Sus ojos recorrieron mi cuerpo vibrante, y supuse que en cierto modo lo era. Estaba a un pelo de transformarme y acabar con él. Cada latido de mi corazón parecía incitarme a terminar esto, bombeando mi ira a través de mi sangre.

—Desde que Joseph apareció muerto —se apresuró a decir—, supe que algo no iba bien. Algunos compañeros de manada y yo intentamos impedir que los demás se aliaran con los Inkscales.

Le fulminé con la mirada. No me creía ni una palabra de las gilipolleces que soltaba. Pero lo que sí quería saber era qué hacía aquí. Podía sentir a mi lobo gruñendo justo debajo de la superficie, instándome a eliminar esta amenaza para nuestra manada. Pero preguntarme qué estaba haciendo aquí me contuvo.

Aprovechando mi silencio, Colt soltó desesperado:

—Sólo he venido a Grandbay a ver a Billie. Necesito saber que está bien. —Por primera vez su mirada se volvió más clara, el pensamiento de su hermana adoptiva calmó claramente su pánico temeroso mientras intentaba razonar conmigo.

Mi mente bullía de emociones contradictorias. La pregunta de Colt fue lo primero que atravesó la furia cegadora que invadía mi mente. Su preocupación por Billie coincidía con lo que yo sabía que ella sentía por él. Sabía por Aislin que Billie había intentado llamar a Colt en varias ocasiones durante la última semana. Por lo que Aislin había descrito, Colt y Billie eran íntimos.

Pero casi tan pronto como el pensamiento había dejado entrever una pizca de razón, los celos la borrarón cuando mi lobo rugió de posesividad por Billie. Se volvió loco al pensar que su mirada suave y su tacto delicado se los daba a otra persona. Se los entregaba a *este invasor* delante de mí.

—Ya no tienes nada que hacer con Billie —gruñí, mi voz sonaba rasposa y salvaje—. Pertenecéis a manadas enemigas.

Fue satisfactorio ver cómo sus ojos azules se encendían de dolor, y vi que mis palabras habían dado en el blanco. La reivindicación se apoderó de mí. Quería provocarle de nuevo.

Recordé lo obvio que había sido que a Colt le gustara mi mejor amiga. Recordando su mirada acalorada sobre Aislin aquella noche en el claro, decidí recalcarle que no tenía nada que hacer con *nadie* de mi manada.

—Y tampoco vengas a husmear cerca de *Aislin* —añadí, mirándolo con asco, como si fuera un insecto al que hubiera que aplastar.

El rostro de Colt se tensó de rabia y por un momento pensé que iba a cambiar de posición y atacarme. Apreté los puños, deseando en silencio que viniera a por mí, deseando la satisfacción de desgarrarlo de nuevo con mis garras. Su sangre seguía perfumando el aire de la herida que le había desgarrado en el hombro y, mientras me invadía la rabia, juré que la sangre del enemigo que tenía enfrente era lo *único* que enfriaría el fuego que Lothair había encendido en mí con su confesión. Mientras mi cuerpo ardía en ira, apenas veía ya a Colt. Lo único que importaba era que ese hombre se había aliado con el cambiaformas dragón.

Pero Colt dio media vuelta y su forma pálida y musculosa pareció disolverse al transformarse en su forma de bestia. Su lobo negro desapareció en la oscuridad. Inspiré profundamente por primera vez, sorprendido por su retirada, y el aire claro de la noche pareció tener un efecto tranquilizador. Se calmaron los fuertes latidos de mi corazón y sacudí la tensión de mis puños. Por un momento, estuve a punto de seguirle. Pero cuando se me aclaró la cabeza, me quedé quieto.

La adrenalina que me había estado recorriendo se desvaneció y... la inquietud se instaló en la boca de mi estómago. Mi satisfacción disminuyó y crují los nudillos cuando el olor de Colt desapareció. Mientras su lobo conseguía poner una distancia insalvable entre nosotros, me pregunté si yo no acababa de hacer lo mismo. ¿Habría cometido un grave error al alejar al único Hexen que podría haber estado de mi lado?

Capítulo 23

Billie

Muriel y yo navegábamos en canoa por el río. La franja de agua a lo largo de la orilla oriental estaba en general muy tranquila por las corrientes que bajaban por la orilla occidental, y pudimos remar hacia arriba y hacia abajo con relativa facilidad, nuestros golpes de remo largos y lánguidos.

Helen y Matthew tenían un hijo de diez años y una hija de ocho, que generalmente utilizaban esta canoa. Había otra canoa que pertenecía a los dos hijos de Harper y Shane, uno de los cuales estaba revolcándose en ella ahora, más cerca de la orilla.

Últimamente, Muriel había estado diciendo lo mucho que echaba de menos el agua en el Bosque Nacional Kootenai, donde estaba su casa. Me había contado que había cascadas y lagos sagrados en las Montañas Rocosas que ella y Kiara visitaban semanalmente. Me había enterado de que las peregrinaciones y los chapuzones que hacían eran importantes rituales que seguían y una forma de venerar a su diosa del cielo, Selene.

Le había sugerido que las aguas sagradas de nuestro río, deslizándose en canoa, podrían ser un sustituto adecuado mientras tanto. A Muriel le encantó la idea. No me sorprendió que los cachorros de la manada, que adoraban a Muriel como narradora residente, quisieran participar. Dos de los niños empujaban la otra canoa y venían hacia nosotros. Sus risas sonaban desde la orilla, tan maravillosas como el sol que volvía a adornarnos esta mañana.

Muriel se sentó en la canoa y contempló el gran cielo azul. Apenas había una nube que lo ocultara.

—Gracias por esta mañana, Billie —dijo—. Lllaman al Montana El país del gran cielo, y casi me he sentido como si estuviera allí esta mañana. Arriba en las Rocosas bajo este gran azul, siempre siento el poder de Selene.

Pensé en cómo mi loba se sentía cerca de Vana cuando corría por el bosque. Entendí perfectamente lo que Muriel quería decir con que un entorno concreto propiciaba la comunión

con su diosa.

Muriel y yo habíamos pasado las dos últimas horas charlando sobre las creencias de los unicornios y disfrutando de nuestro entorno. El agua desempeñaba un papel sagrado en las creencias de los unicornios de forma similar a como el río lo hacía para la manada Grandbay. El agua sagrada estaba profundamente conectada con su diosa del cielo, Selene.

Mientras Muriel seguía echando la cabeza hacia atrás y admirando el gran cielo azul, yo sumergía las manos en las frías aguas del Gunnison. Muriel y yo estábamos en comunión, y tuve la sensación de que nos estábamos conociendo aún mejor.

Somos almas gemelas.

Me encantaba tener a Muriel aquí, en Grandbay, pero esperaba que, en poco tiempo, consiguiera volver al lugar al que pertenecía.

—Volverás a Montana con Kiara dentro de poco, estoy segura —le dije, sabiendo lo mucho que echaba de menos a su hija—. Hasta entonces, eres bienvenida a compartir nuestro río sagrado como cualquiera de la manada.

—Gracias, querida. —Sus ojos plateados me miraron con afecto. Sentí lo afortunada que había sido de pasar la mañana así con mi amiga.

Pero... la preocupación tiraba de mí. Como una de esas corrientes ocultas en las profundidades del río, se apoderó de mí y supe que, por muy bonito que hubiera sido, no podría distraerme para siempre.

Así que pregunté:

—¿Puedes dejarme en la orilla?

—Por supuesto, cariño —dijo. Intenté concentrarme en el tranquilo sonido de nuestros remos acariciando el agua mientras nos deslizábamos de vuelta hacia la orilla, añorando ya la tranquilidad que había encontrado.

Nos acercamos por la orilla cubierta de hierba, y Piper, la hija de Harper y Shane, exclamó:

—Awww, no te vas a bajar, ¿verdad?

—Necesito hacerlo, pero Muriel se queda —dije—. ¿Qué tal si ocupas mi lugar?

Piper gritó y casi me arrebató el remo. Sonreí a la niña mientras Muriel mantenía quieta la canoa mientras ella subía.

Subí por la orilla.

La preocupación que me invadía era por Gavin. *Aún no* lo había visto desde que se había ido corriendo anoche. Había oído la puerta de su cabaña poco después de salir de su casa. Me había asomado para ver a su lobo desaparecer en el bosque. ¿Y si le había pasado algo?

Intenté sofocar mi alarma por enésima vez, recordándome a mí misma que si le hubieran herido, lo habría sentido. Con la conexión telepática que había funcionado entre nosotros siempre que uno de los dos estaba en peligro hasta ahora, estaba segura de que sabría si él estaba en peligro.

Pero hacía horas que había salido el sol y aún no había regresado. ¿Por qué había estado fuera toda la noche? Le pregunté a Oslo si había estado de centinela en las fronteras y me dijo que no.

Pero había ido a patrullar el bosque de todos modos. Me paré al comienzo del sendero que se adentraba en el bosque. No habría abandonado las tierras de la manada. No con la amenaza que nos rodeaba de Dalesbloom y los Inkscales. Sabía que nuestro territorio necesitaba a todos sus miembros aquí para defenderlo. Pero esa aprensión se negaba a desaparecer.

Me quité la camisa de cuadros y decidí ir a buscarlo cuando el lobo marrón oscuro de Gavin salió de entre los árboles. Parpadeé al verlo, boquiabierto, como si mis pensamientos lo hubieran conjurado. Por un momento, me asaltaron pensamientos sobre la conexión telepática que habíamos establecido. ¿Habría percibido mi inquietud? Pero su paso despreocupado mientras descendía por el sendero me hizo pensar que no.

Un aroma almizclado, con un toque de jengibre y lima, se apoderó de mis fosas nasales. Un aroma que me evocó al instante el cuarto de baño de la casa Hexen, con su bañera de patas de garra y sus azulejos blancos y limpios. Pero, bajo el jengibre y la lima estaba el tono fuerte y almizclado, que envió otros recuerdos a través de mí, brazos fuertes, ojos azules atentos y siempre un tono comprensivo: El aroma de Colt.

Mi corazón latía como si fuera a salirse de mi pecho.

Pero Gavin no pareció darse cuenta y se apresuró a pasar a mi lado como si el olor de Colt no

estuviera *por todas partes*.

Me arrastré detrás de su lobo, exigiendo:

—¿Has visto a Colt?

El lobo pardo subió a la veranda. Gavin se transformó en su forma humana. Mi corazón se estremeció al distraerme con su culo prieto, sus muslos fuertes y su ancha espalda, todo a la vista de repente.

Me obligué a apartar la mirada mientras cambiaba, exigiendo de nuevo:

—¿Qué ha pasado entre Colt y tú?

Esperé a saber cómo estaba mi amigo, con una gran expectación.

Pero la voz de Gavin retumbó con agresividad:

—Lo he echado de nuestro bosque, en el que entró sin permiso.

El miedo y la incredulidad me invadieron al darme cuenta de que Colt *por fin* había venido a verme... Sabía que eso era lo único que podía haberle motivado a adentrarse en lo que ahora su padre consideraba territorio enemigo, solo para que Gavin lo echara.

Mi voz se ahuecó:

—No. Por favor, dime que no...

Gavin se dio la vuelta sólo con los vaqueros puestos. Le tembló un músculo de la mandíbula cuando me miró.

—Hice exactamente lo que haría cualquier alfa cuando un enemigo se adentra en sus tierras. Lo atacué.

El corazón me dio un puñetazo en la caja torácica porque, ahora que lo buscaba, detecté un matiz de sangre en Gavin. Se me revolvió el estómago. Tenía sangre de Colt. El pánico se apoderó de mí. ¿Y si estaba malherido?

Lo único que había querido durante la última semana era saber que mi amigo estaba bien, y ahora Gavin no sólo había anulado mis posibilidades de volver a verlo, sino que, peor aún,

podría haberle hecho mucho daño.

Me alarmé al pensar que yo tampoco tenía forma de saber si estaba bien.

—No tenías derecho a hacer eso —le acusé.

Gavin cerró las manos en puños.

—Como Alfa de estas tierras, tenía todo el derecho —replicó.

Mi pecho se desinfló.

—No me refería a eso. —La decepción me revolvió el estómago—. Sólo intentaba ver cómo estaba... y ahora... no le veré.

Por un momento, Gavin guardó silencio, sus ojos me rozaron como si considerara mis palabras. Pero sólo dijo:

—Se metió en territorio enemigo. Debería estar agradecido de que no lo matara.

Retrocedí, con la incredulidad golpeándome como una tonelada de ladrillos. El deber de Gavin como Alfa parecía ser lo único que le importaba. Estaba manchando a todo Dalesbloom con la misma brocha. Sabía que estábamos en guerra con ellos, pero la incredulidad se retorció a través de mí... Él sabía que Colt era importante para mí, y aun así lo atacó. Y no vi ni una pizca de remordimiento en su expresión o en su voz.

La tensión era densa en el aire, palpable como la presión antes de un chaparrón. Gavin seguía vibrando con aire de rectitud. Parecía no darse cuenta de que me había causado dolor. No pude evitar comparar este intercambio con la tranquila mañana que había pasado con Muriel esta mañana. Me invadió la inquietud. ¿Siempre iba a ser así entre nosotros?

Los breves momentos de intimidad que habíamos vivido parecían un sueño lejano. Mientras contemplaba las tensas líneas de las facciones de Gavin, pensé en la conexión telepática que existía entre nosotros como pareja predestinada. Se suponía que debía hacernos más fuertes, pero el vínculo que nos unía sólo parecía debilitarnos.

El sol continuaba su arco perezoso, proyectando un cálido resplandor sobre el río y el bosque circundante, impasible ante la desolación que me invadía. La conexión que había sentido crecer entre Gavin y yo durante los últimos días se sentía deshilachada. La esencia misma de nuestro

vínculo parecía pender de un hilo, frágil y en peligro de romperse, mientras nos mirábamos fijamente.

Me aparté de Gavin, que seguía rígido por la ira no resuelta. Me apresuré a llegar a la cabaña de los Mundy y agradecí no encontrarme con ninguno de ellos en el salón ni en la cocina. La soledad de mi luminoso dormitorio era lo que necesitaba. Pero cuando me tumbé en la cama, apretando contra mi pecho uno de los brillantes cojines con estampado de panal, el lugar no me ofrecía ninguna alegría. Y, por primera vez desde que había llegado a Grandbay, deseé estar de vuelta en Dalesbloom porque entonces podría resolverse la preocupación que pesaba sobre mi corazón por Colt.

Capítulo 24

Gavin

La culpa me carcomió durante todo el día. La forma en que Billie había retrocedido cuando dije tontamente las palabras "*matar*" en relación con Colt me atormentaba. Y nada de lo que hiciera podría sacar de mi mente la mirada devastada que Billie me había lanzado antes de darme la espalda.

He metido la pata hasta el fondo.

La humildad no era algo que se me diera especialmente bien. Pero al ver en su cara el dolor que *le había causado*, supe que tenía que solucionarlo.

Así que esa noche, respirando hondo, llamé al camarote de los Mundy. Tanto Gretel como Oslo estaban de patrulla. Aislin también estaba fuera. La había reclutado como parte de mi plan para hacer las paces con Billie. El corazón me latía en el pecho mientras esperaba a que Billie respondiera.

Cuando lo hizo, la sorpresa centelleó en su rostro, pero su expresión se apagó. La expresión neutra que se dibujó en sus rasgos élficos me retorció las entrañas.

—Aislin ha salido —me informó, como si esa fuera la única razón por la que podía haber llamado.

Se me estrujó el corazón cuando sus palabras confirmaron que ya había empezado a levantar un muro entre nosotros. Pero lo peor era que sabía que me lo merecía.

Sofocando mi orgullo, hice lo que había venido a hacer.

—Siento lo de antes, Billie —dije sinceramente—. No quería lastimarte.

Observé su cara de asombro. Mis labios se crisparon al tener la clara impresión de que ella no creía que yo fuera capaz de admitir que había metido la pata.

Es justo.

No muchas cosas me inducían a admitir que estaba equivocado. Pero... hacerle daño a ella me hizo admitirlo. Mi pulso se aceleró y mi expresión se volvió seria de nuevo. Quería conseguir su perdón. Pero sabía que haría falta algo más que palabras, así que le pregunté:

—¿Quieres venir a correr conmigo? Quiero enseñarte Ridge Bay. —Me di cuenta de que estaba boquiabierta, pero sus labios se apretaron y vaciló—. Por favor —dije, con el corazón latiéndome a toda velocidad y sosteniendo su mirada con lo que esperaba que le dijera *lo mucho* que quería arreglar las cosas.

—De acuerdo —aceptó finalmente.

Aquella palabra a regañadientes me llenó de alegría. Cerró la puerta de un tirón y yo subí a mi cabaña, me quité la camisa y me sentí eufórico por haber conseguido que aceptara venir conmigo. En un momento, mi lobo estaba abajo junto a la loba de color arena, sintiéndome aún más emocionado mientras emprendíamos el camino juntos.

El sol se ponía y su luz brillaba a través de los árboles, resaltando sus troncos. Nuestras patas golpeaban el sendero mientras pasábamos a toda velocidad entre los árboles. La conduje por el sendero, guiándola hacia donde había planeado. Pero dejé que el lobo de Billie marcara el ritmo. Cada vez que ella aminoraba la marcha, yo acompasaba mi paso al suyo.

La parte del bosque a la que la conduje era hermosa y estaba llena de árboles maduros y majestuosos que imaginé que podrían haber estado en pie cuando la propia Vana corría con los primeros humanos que habían iniciado nuestro linaje.

Cuando llegamos a Ridge Bay, llevé al lobo de Billie hasta un enorme álamo junto a la orilla del Gunnison. El cañón descendía a nuestro lado del río, lo que ofrecía una vista impresionante de la cresta más alta del otro lado, de donde el lugar había tomado su nombre. El agua era profunda aquí y no retumbaba sobre piedras irregulares. En cambio, su zumbido era un suave telón de fondo.

Cuando llegamos al enorme tronco, me moví. Con alivio, mi mirada se clavó en la cesta de picnic que había al pie del árbol. Aislin había llegado.

—Es igual que ella. —Billie también había cambiado a su forma humana. Pensé que se refería a Aislin como si supiera que había dejado la cesta. Pero entonces me di cuenta de que estaba

mirando hacia el árbol.

Parpadeé cuando ella levantó la mirada.

—¿Ella? —pregunté con curiosidad.

Billie pareció turbada por un momento, luego explicó:

—Hay un álamo cerca del prado de Hexen parecido a éste. —Puso una mano sobre el enorme tronco del árbol, su mano y su brazo parecían aún más delicados sobre el enorme árbol—. Me encantaba trepar a ese árbol. Es el más alto en kilómetros a la redonda. Sus ramas siempre me daban una gran vista de la pradera desde la que observar la manada de Dalesbloom.

—¿Ella? —pregunté, con una sonrisa en la voz.

Billie se encogió de hombros.

—Los árboles hembra tienen flores verdes, mientras que los machos las tienen rojas. —Intentaba restar importancia a la ternura con la que había hablado del árbol. Pero yo había captado la calidez de su voz. El árbol del que hablaba ocupaba un lugar especial en su corazón.

Recordé cómo había confundido el distanciamiento de Billie de la manada Dalesbloom con algo que ella había elegido. Me sentí culpable por haberme equivocado. Ahora sabía por qué buenas razones se había sentido tan desconectada de los Hexen y de los otros compañeros de la manada Dalesbloom. Esa manada nunca había sido suya. Nunca había pertenecido a ella. Y, sin embargo, podía imaginarme con demasiada claridad a la niña y luego a la joven que se había subido a su árbol, ansiosa por espiar a los lobos de los que anhelaba formar parte por la *necesidad* profundamente arraigada de pertenecer.

La protección me invadió cuando quise compensar todo lo que le había faltado en Dalesbloom. Luchando contra los sentimientos que me hacían querer estrecharla entre mis brazos y alejarla de todo y de todos los que pudieran hacerle daño, centré mi atención en la cesta.

Saqué unos vaqueros y una camiseta de Billie. No me habría importado quedarme sin ropa, pero había tenido en cuenta que los cambios eran algo nuevo para Billie, así que le había pedido a Aislin que nos preparara algo de ropa para las dos.

—¿Cómo...? —Billie comenzó.

—Lo guardé antes. —Estaba seguro de que a Aislin no le importaría que me atribuyera el mérito. Necesitaba tantos puntos como pudiera para compensar a Billie.

Una sonrisa asomó a los labios de Billie, pero sus ojos verdes seguían teniendo esa mirada preocupada, como las hojas del dosel del bosque en un día gris. Se me estrujó el corazón al darme cuenta de cuánto deseaba verlos brillar, llenos de esa luz maravillosa que ella me había obsequiado antes.

Una vez me hube puesto los vaqueros y la camiseta del cesto, saqué una alfombra de picnic. La alisé y le dije:

—Siéntate.

Vestida, se tumbó en la manta y contempló el río y la cresta del cañón.

Nos serví dos vasos de zumo de uva con gas y saqué las fresas que había hecho empaquetar a Aislin. Me había dado cuenta en las dos últimas semanas de que Billie nunca tomaba cerveza ni vino cuando se lo ofrecían, así que opté por el zumo con gas.

Luché contra el desasosiego que me invadía mientras reinaba el silencio. Sólo se oía la suave corriente del río. Sin embargo, la había traído aquí para disculparme como era debido y, recompuesto, me esforcé por expresarlo.

Forzando mi obstinada naturaleza y la terca energía que mi lobo le añadía, admití:

—Siento haber perdido el control en el bosque con Colt. —Solté un suspiro—. Estaba tan furioso por lo que había dicho Lothair que apenas sabía con quién estaba luchando anoche. Mi lobo tomó las riendas y nubló mi juicio.

Billie tragó saliva, con los ojos serios mientras preguntaba:

—¿Cuán herido estaba Colt?

—No está mal —dije—. Le arañé el hombro, pero aun así pudo huir. —Me obligué a mirarla solemnemente para que viera la verdad en mis ojos—. Pero siento haberlo hecho. Siento haberte hecho daño.

Los ojos verdes de Billie brillaron y dijo:

—Dijiste que tenía suerte de que no le hubieras matado.

Agaché la cabeza y exhalé con fuerza.

—Estaba enfadado... y... —Tragué saliva por la opresión en la garganta—, celoso. —le confesé—. De la cercanía entre vosotros dos.

—Colt es como un hermano para mí —explicó.

Asentí, con la vergüenza recubriéndome las entrañas por permitir que mi lobo sacara lo mejor de mí y lastimara a la única familia que había tenido.

—Prometo que, si Colt vuelve solo a mi territorio e intenta volver a verte, no le haré daño. —Mi mirada era solemne mientras hacía la promesa—. Y me aseguraré de que toda la manada lo trate igual.

Se me aceleró el corazón al darme cuenta de lo que estaba prometiendo. ¿Se daba cuenta de lo dura que era esta concesión? Mi lobo tenía serias ganas de destripar a *cualquiera* que estuviera trabajando con los asesinos de mis padres. Y aunque la parte lógica de mí, ahora que había tenido tiempo de calmarme, sabía que Colt no tenía muchas opciones a la hora de seguir las instrucciones de su alfa, el resto de mí quería tratarlo igual que al resto de mis enemigos.

Mientras contemplaba a la hermosa mujer, cuyos ojos volvían a brillar de emoción, supe que podía hacer esto por ella. Porque Colt era indudablemente familia para Billie. Mi corazón pareció crecer al saber que frenaría a mi lobo si Colt se aventuraba en nuestro territorio la próxima vez.

Porque seré mejor para ella.

—Gracias —dijo. Frunció el ceño y se me revolvió el estómago al ver que seguía preocupada. Su mirada se deslizó vacilante hacia mí—. ¿Dónde le has visto? —preguntó—. ¿Habrás vuelto bien?

Se me oprimió el pecho al ver que había puesto ese pliegue entre sus hermosas cejas.

—Estaba cerca de Pine Creek. Habrá vuelto a Dalesbloom sin problemas. Estoy seguro —le aseguré. Ella asintió.

—Tienes razón. Colt es fuerte. Seguro que se pondrá bien. —Me di cuenta de que intentaba restar importancia a su preocupación, pero sus ojos nublados me decían que seguía preocupada. Sin embargo, aprecié su esfuerzo por poner buena cara. Una dulzura apareció en su rostro

cuando se inclinó hacia delante y me acarició la mejilla—. Gracias por decir que le dejarás entrar la próxima vez.

Mi mandíbula se aflojó cuando su suave tacto y sus palabras fueron exactamente lo que necesitaba. Una vez más, me consolaba cuando ella sufría. Sentí gratitud por su consideración y juré que, en lo que respecta a Billie, lo haría mejor a partir de ahora.

Deseoso de aligerar el ambiente y desechar nuestras preocupaciones por un rato, pregunté:

—¿Tienes hambre?

Ella sonrió.

—Podría comer.

Dejé mi vaso en uno de los recovecos de las raíces del árbol y Billie hizo lo mismo. Abrí las fresas, saqué una y se la tendí. Por un momento, pareció que no iba a comérsela de mi mano. Pero entonces se inclinó hacia delante y sus labios rodearon la fruta. El jugo se derramó sobre sus labios y mi pulso se aceleró al ver su lengua rosada lamer el jugo.

Bajo el deseo que me invadía, mi lobo rugía con una satisfacción primitiva, pues algo en alimentarla saciaba a mi bestia. Cogió una fresa y me correspondió. Observó mi boca mientras cogía la fruta y me lamía los labios. Sus pupilas se dilataron y ya olía su excitación en el aire.

Yo tampoco había comido esta noche, pero en cuanto me tragué la fruta, sólo tenía hambre de ella. Entonces, me acerqué y su cabeza se inclinó hacia mí mientras devoraba su deliciosa boca, lamiendo y chupando el dulce sabor de las fresas. No era suficiente. Estaba hambriento de ella.

La sujeté por la nuca, manteniéndola donde quería mientras mi boca recorría la columna de su garganta. Sus manos se deslizaron por mi pecho mientras gemía. Una oleada tangible de instinto me recorrió, diciéndome que la reclamara mientras inclinaba el cuello. Mi corazón palpitó con fuerza cuando su cuello desnudo despertó a mi lobo, que lo interpretó como que se sometía por completo a mí. El impulso de marcarla resonó en mí como si todas las aguas del río Gunnison rugieran en mi interior.

Pero mientras besaba su tierna garganta, me obligué a contenerme, recordando lo que me había prometido a mí mismo esta noche: que sería mejor *para ella*. Dejé que la fría tierra bajo la manta se filtrara en mí. Escuché el movimiento de las hojas del álamo que parecían susurrar con la

sabiduría del pasado. Respiré el aire fresco de la noche, y mi sangre caliente y mi deseo se enfriaron, permitiéndome ver más allá de mis deseos de bestia desenfrenada.

Estaba seguro de que Billie y yo éramos el uno para el otro, pero sabía que no debía precipitarme. Había dejado que mi instinto me dominara cuando luché contra Colt y lastimé a Billie al hacerlo. Así que, con todo el autocontrol que pude reunir, aparté la boca de su piel de seda. Esperaría hasta que ella deseara lo mismo que yo. Cuando estuviéramos listos para estar lo más cerca posible el uno del otro, sería el momento de eliminar cualquier límite entre nosotros.

Sentí una profunda satisfacción al contemplar los brillantes tonos verdes de la cariñosa mirada de Billie.

Le devolví su vaso y cogí el mío.

—Gracias por salir conmigo esta noche.

Brindé con su copa y ella dijo:

—Gracias por traerme aquí. —Sus ojos recorrieron la cresta y las primeras estrellas que iluminaban la noche sobre nosotros—. Es nuestra primera cita, ¿no? —añadió con una sonrisa.

La atraje contra mi pecho y le besé la coronilla, prometiéndole:

—La primera de muchas.

Capítulo 25

Billie

—Buenas noches, Billie —entonó Gavin desde la veranda de su camarote, donde había vuelto a su forma humana. El calor de su mirada no me dejó ninguna duda de que estaba disfrutando del destello de mi cuerpo desnudo a través de la penumbra tanto como yo del suyo.

—Buenas noches, Gavin —dije sin aliento. Mi corazón se aceleraba mientras mi mirada patinaba sobre su pecho esculpido y bajaba por su estómago musculoso, deseando seguir la línea de pelo a lo largo de su rastro de tesoros...

Me relamí los labios de la misma forma que lo había hecho al lamer el jugo de las fresas que Gavin me había dado antes. El calor me manchó las mejillas al pensar en lo sensual que había sido *aquella* experiencia.

—Dulces sueños —dijo con una sonrisa malvada. Con la ropa en los brazos, entró en su camarote.

Solté un suspiro ahogado. Sabía que yo también debía entrar. Pero me quedé en la veranda, tomándome un momento para calmar mi mente después de todo lo que había pasado esta noche.

Gavin se había disculpado conmigo, mostrando vulnerabilidad. Nuestro vínculo, que había parecido tan precario al principio del día, no sólo se había reparado, sino que se había reforzado. Una emoción me recorrió al darme cuenta de lo cerca que me sentía de él. Esta noche había surgido entre nosotros un entendimiento más fuerte y profundo.

Había admitido que había perdido el control con Colt y que su lobo había dominado su juicio. Recordé que yo no había tenido elección alguna cuando mi lobo se había desplazado y había salido corriendo la noche en que había olido a Muriel en Dalesbloom. Había sido capaz de empatizar con Gavin por algo así.

Esta noche parecía estar a un millón de kilómetros del orgulloso alfa que yo creía que era hace

unas semanas. Y el hecho de que admitiera que estaba *celoso* de la cercanía entre Colt y yo había sido otra confesión sorprendente. Incluso había aceptado que, si Colt volvía a Grandbay, no volvería a hacerle daño. También iba a dar al resto de la manada las mismas instrucciones sobre Colt.

Mientras estaba en la veranda, sin vestirme todavía, la idea de Colt me seguía inquietando. Gavin me había dicho que le había arañado el hombro. Y cuando le pregunté si creía que estaba bien, me aseguró que habría vuelto a Dalesbloom.

Pero... ¿y si no lo ha hecho?

Se me retorció el estómago al imaginar a mi amigo desangrándose y solo en el bosque. Me asaltó la conciencia de que no tendría otra oportunidad como la que tenía ahora. Normalmente, Gretel u Oslo estaban en casa y me controlaban. Aislin también estaba siempre al tanto de mi paradero. Pero, si me fuera ahora, no me echaría de menos porque seguiría pensando que había salido con Gavin.

Me di cuenta de que, si iba a ir a ver a Colt, tenía que ser ahora. Entonces, la determinación floreció en mí. Me dirigí hacia la frontera entre Grandbay y Dalesbloom, en busca de su olor. Gavin había dicho que lo había visto en Pine Creek. Sólo me llevaría unas horas ir y volver. Colt sólo había pasado por Pine Creek anoche. Su rastro aún estaría fresco. Y si había estado sangrando, sería fácil encontrarlo. Una vez que encontrara su olor, podría rastrearlo fácilmente y asegurarme de que no se había desmayado en algún lugar de nuestro bosque. Lo más probable era que hubiera salido bien de Grandbay, y yo regresaría aquí antes de que alguien me echara de menos.

Con la idea de poder dejar de preocuparme, en lugar de volver a vestirme, cambié de nuevo a mi forma lobuna. Mi loba arenosa estaba encantada de que la dejara salir de nuevo al bosque, pero controlé su atención fácilmente centrando de nuevo mis solemnes pensamientos en Colt. La idea de que pudiera necesitarnos impulsó a mi loba a subir sigilosamente por la ladera hacia Pine Creek.

También tuvimos cuidado de olfatear el aire en busca de cualquier señal de Gretel u Oslo. Esta noche eran los centinelas de la frontera de Grandbay. No quería que me pillaran husmeando en los límites de nuestro bosque esta noche y tener que darles explicaciones. Por suerte, conocía bien sus olores y sabía que mi loba los detectaría rápidamente si se acercaban.

Con alivio, al llegar a la zona de Pine Creek, mi olfato lupino encontró un rastro del aroma de Colt, el sabor del hierro afilado en el suelo del bosque. Mi andar se alargó al pensar en él acechándome.

Cuanto más rastreaba el olor, más espeso se volvía, lo que me indicaba que había ido perdiendo más y más sangre a medida que avanzaba por este camino. Mi corazón rugía en mis oídos mientras continuaba a través del oscuro bosque, rastreando el olor a sangre en la tierra. Temía que mis ojos encontraran en cualquier momento a un lobo negro inerte entre la maleza.

Había llegado a la sección de Pine Creek donde el fuego del dragón aún era evidente en el suelo y en la delgadez de la arboleda. A pesar de la punzada de inquietud que me producía aquel lugar, continué. Incapaz de ignorar el rastro ensangrentado, obligué a mis miembros tensos y agitados a seguir caminando. Mi respiración se hizo más superficial ya que, a pesar de necesitar el aire fresco en mis pulmones, algo me instaba a estar más tranquila.

Intenté tranquilizarme: cuando llegara a la frontera de Dalesbloom, daría la vuelta. Tenía que saber que Colt había llegado a Dalesbloom, donde lo encontrarían y tratarían sus heridas.

Un chillido procedente de lo alto me dejó helado. Me encogí contra el pino más cercano, diciéndome a mí misma que estaba escondida, que la bestia de arriba no me veía. Pero mis ojos se dispararon hacia arriba y mi nariz se elevó en el aire cuando el olor a azufre y ozono se hizo más fuerte.

La silueta de un dragón volando en círculos en lo alto era perceptible para mis ojos de lobo. Mi corazón latía con fuerza, ordenándome que saliera de aquí. Di media vuelta, diciéndole a mi loba que corriera tan rápido como pudiera. Teníamos que huir. Pero más aleteos sobrevolaron el dosel. Corrí a toda velocidad y mis cuatro extremidades golpearon la tierra como nunca antes lo habían hecho.

Pero, delante de mí, surgió uno de mis depredadores. Su forma colosal se deslizó por un grupo de árboles, agrietando sus espinas.

Esparciendo una nube de tierra y agujas de pino, me detuve. A través de la penumbra, mis ojos de lobo distinguieron las relucientes escamas de obsidiana del dragón, y mis latidos se dispararon. El miedo se apoderó de mí al reconocer a la bestia como Lothair, el mismísimo Alfa de los Inkscales.

Mierda. Estoy en problemas.

Me lancé hacia la izquierda, todo en mí gritaba para alejarme del dragón.

Pero un dragón de escamas verdes descendió, sin importarle la devastación que causó en los árboles al romperlos, aplastando la zona del bosque mientras bloqueaba mi paso. El crujido de los árboles resonó en mi interior cuando el dragón alzó su sinuoso cuello por encima de mí. Me invadió el pánico y no pude evitar pensar en lo fácil que sería que un golpe de esta bestia me destrozara los huesos como a los árboles.

Me desvié a la derecha, sabiendo que tenía que escapar en la dirección que pudiera. Este camino me llevaría al territorio de Dalesbloom, pero me dije que no importaba. Podría regresar cuando perdiera a esos dragones. Pero entonces la cola negra y espinosa tronó frente a mí cuando la bestia de escamas de obsidiana volvió a bloquearme el paso. La conmoción y el miedo me recorrieron cuando su cuello negro azabache se arqueó sobre mí. Me miró fijamente, con sus pupilas negras brillando en sus ojos anaranjados.

La desesperación se apoderó de mí. Aterrorizada, di media vuelta y traté de huir, pero entonces la enorme hembra de escamas lilas y rosas cayó al suelo delante de mí. Su enorme tamaño se llevó por delante incluso más árboles que los dos machos, y los agudos crujidos que destrozaron la noche me helaron la sangre.

Mi lobo miró fijamente a la enorme bestia, pero cuando un gruñido se elevó en mi garganta, supe que mi lucha era inútil. El recuerdo de intentar enfrentarme a *dos* de esas bestias no había acabado bien para mí.

El pavor me invadió cuando el sonido de la voz de Lothair se alzó detrás de mí:

—Te insto a que te cambies, loba de Grandbay, o nos veremos obligados a utilizar métodos más violentos para someterte.

Con horror, supe que tenía que obedecer. Volví a mi forma humana, me levanté y me giré para encontrarme con su mirada negra como el carbón.

Me sonrió con satisfacción.

—¿Qué estás haciendo aquí, tan lejos de Grandbay?

Apreté la mandíbula, sabiendo que no había nada que pudiera decir que me sacara de esta.

Se encogió de hombros.

—No importa. Estoy seguro de que David Hexen sabrá qué hacer contigo.

—Sibylle —dijo Lothair. El dragón de escamas rosa lila también se movió. Me giré para ver cómo el enorme dragón se transformaba en una mujer alta, escultural, de casi dos metros. Tenía el pelo largo y castaño hasta la cintura. El tamaño de su dragón también tenía sentido ahora, cuando me di cuenta de que estaba muy embarazada. Su vientre distendido mostraba que estaba muy avanzada. No podía faltarle más de un mes o dos para dar a luz, calculé.

—Querida, ¿podrías llevar a nuestra invitada con David?

Sonrió a Lothair:

—El placer es mío, amor. —Así que, me di cuenta, esta era la compañera de Lothair.

La metamorfa me agarró del brazo y tiró de mí a través del bosque. Sentí su aroma a ozono y quise alejarme de ella, pero me agarró con más fuerza mientras caminábamos.

Me di cuenta de que el dragón verde también se había transformado en otro hombre de gran tamaño y se cernía a nuestra derecha, acompañando nuestras pisadas con el sonido de las ramas que crujían y el roce de las agujas de los pinos. Los pesados pasos de Lothair provenían de detrás de nosotros, y se me erizó la piel con la certeza de que estaba acorralada.

La alarma me recorrió cuando Sibylle y yo cruzamos el territorio de Dalesbloom. La culpa también me golpeó con fuerza. Me había dejado capturar. Pensé en cómo Gavin y yo habíamos conseguido arreglar las cosas entre nosotros esta noche y se me estrujó el corazón. Me imaginé su cara cuando se enterara de que me habían capturado. La expresión de ardor y deseo que hubo en su rostro esta noche había sido sustituida por la conmoción y la traición. Me dolía el corazón de pensar que descubriera que me había ido sola después de nuestra charla.

Pero mientras nos adentrábamos en los bosques de Dalesbloom, intenté tranquilizarme. También íbamos hacia Colt. *Él* era la razón por la que había venido al bosque en primer lugar. Al menos sabría que estaba bien. Mientras Sibylle me agarraba el brazo con fuerza suficiente para hacerme moratones, pensé con ternura en mi hermano adoptivo. Ya me había ayudado a escapar del cautiverio de David. Me invadió la fe. Él me ayudaría.

Cuando llegamos a la pradera de Dalesbloom, me retumbó el pulso de lo surrealista que me parecía volver a caminar por estos pastos. Mi visión apenas distinguía las ramas superiores de mi álamo a través de la noche. Pero al verla, el arrepentimiento me retorció las entrañas al pensar en

su álamo hermano de Grandbay, bajo el cual Gavin y yo habíamos merendado antes.

Demasiado pronto, la imponente estructura de Hexen Manor se cernió sobre nosotros. Subimos por el camino principal y nos detuvimos bajo el porche con columnas. Sibyelle golpeó la aldaba de las puertas dobles.

Se me cortó la respiración y se me oprimió el pecho cuando apareció la oscura cortina de pelo de Catrina. Sus ojos azules me miraron y una sonrisa astuta se dibujó en su rostro.

—Pasa —le dijo a Sibyelle, prácticamente ronroneando mientras apartaba la puerta para dejar entrar a la metamorfa, que me atrajo a mí también al vestíbulo.

Entrar en el vestíbulo principal, con sus azulejos pulidos en blanco y negro y sus paredes con paneles de madera, resultaba extraño. David siempre había hecho que la manada utilizara la puerta trasera de la cocina. Pero me recordé a mí misma que yo no pertenecía a la manada. De hecho, nunca había sido el caso. Siempre había sido mi enemiga. Me había robado de Grandbay cuando era una niña. Todo mi deseo de respuestas sobre lo que les había ocurrido a mis verdaderos padres y cómo me había atrapado este hombre cruel se despertó mientras esperaba a que apareciera el Alfa de Dalesbloom. Cuando el corazón me golpeó el pecho, una tormenta de emociones me sacudió, dominándome una potente mezcla de ira y miedo.

Lothair, que se había acercado a la sala para colocarse al otro lado de mí, dijo:

—Encontramos a esta loba de Grandbay en el bosque mientras patrullábamos las fronteras.

David entró en el vestíbulo y se detuvo bruscamente cuando me miró fijamente. Su fría mirada azul estaba llena de codicia.

—Vaya, vaya, qué sorpresa. Bienvenida, Billie.

Se me erizó la piel al sentir también la mirada de Catrina sobre mí, y supe sin mirarla que era tan codiciosa y calculada como la de David.

La rabia se apoderó de mí cuando supe que los dos Hexen habían empezado a maquinar cómo iban a usarme como moneda de cambio contra Gavin y mi manada.

Sibyelle me había soltado el brazo, y yo apreté las manos en puños mientras arremetía contra el hombre que había sido mi padre adoptivo.

—Me debes respuestas, David. ¿Qué les hiciste a mis verdaderos padres?

La risa de Catrina sonó detrás de mí y pasó entre los cambiaformas y yo para ponerse al lado de su padre.

—Oh, Billie, ¿en serio me estás diciendo que has vuelto aquí en busca de respuestas?

Me miraba con fingida lástima, su tono condescendiente me decía que me consideraba una simplona.

—Merezco saber la verdad —espeté, con los ojos fijos en David, que me observaba con la misma indiferencia que siempre había reservado para mí.

Luego dijo:

—Pronto sabremos lo que vales, Billie. Tal vez si es un buen intercambio, entonces te complaceré con respuestas. —Sus palabras y el tono distante con que las pronunció me tenían aterrorizada sobre lo que iban a pedir a Gavin y Grandbay.

El pánico se apoderó de mí al pensar en Muriel. Sabía que David y Catrina buscaban el cuerno de mi amiga. El asco me azotó cuando miré a mi familia adoptiva, odiando estar de nuevo aquí con ellos y haber sido tan tonta como para darles poder contra mi amigo.

Justo entonces, Colt entró en el pasillo. Mis ojos se abrieron de sorpresa al ver su suave movimiento, sus brazos colgaban perfectamente a sus costados. Mi mirada recorrió su torso y sus hombros, cuya definición era evidente bajo la ajustada camiseta negra que llevaba. No había signos de lesión o dolor en su forma de sostenerse.

Sentí un gran alivio. Colt estaba bien. La presencia de mi amigo me dio esperanza. Pero, al encontrar sus ojos, apenas los reconocí.

Cuando se acercó a su padre, sentí como si me hubieran dejado sin aliento. La mirada azul de Colt era un reflejo de la de su padre: distante e inflexible.

Capítulo 26

Gavin

Unos golpes penetraron en mi sueño. Abrí los ojos y salí disparado de la cama. Lo primero que pensé fue que nos estaban atacando. Pero cuando abrí de un tirón la puerta principal, preparándome para cambiar de sitio, vi las formas desnudas de Oslo y Gretel dando grandes bocanadas de aire.

—¿Por qué no estáis en las fronteras? —pregunté. Los dos estaban de centinelas, pero a juzgar por su respiración agitada, acababan de llegar corriendo desde Pine Creek.

Oslo sacó un rollo de papel.

Accioné un interruptor en la pared, inundando el porche de luz, y luego desenrollé el papel. La escritura de David ensuciaba la página, y me pregunté qué amenaza podría haber enviado a mis Betas para que *ambos* corrieran hacia aquí y abandonaran su vigilancia de nuestros límites.

Leí el mensaje y reconocí la letra de David. "*Tu compañera predestinada vuelve a estar bajo mi custodia*". Se me cortó la respiración y agarré con fuerza la carta. "*Entrega a Muriel esta noche, o Billie morirá*". Los garabatos de David parecían garras abriéndome el pecho.

Mientras arrugaba el borde de la carta, mi primer pensamiento fue que David Hexen era un maldito mentiroso. Mi mirada se dirigió a la puerta principal de los Mundy. Había visto a Billie volver sana y salva esta noche. David no podía habérsela llevado de la cabaña que estaba a sólo doce metros de mi puerta.

Pero mi corazón se desplomó. Sabía lo suficiente sobre la compasión y el tierno corazón de Billie por el hecho de que *me había* perdonado esta noche, y todavía estaba preocupada por Colt. Con una sensación de hundimiento, me di cuenta de que debía de haber vuelto a salir esta noche después de que regresáramos, para comprobar si su hermano adoptivo había regresado a Dalesbloom.

Con repentina claridad, recordé que me había preguntado dónde había visto a Colt. Le dije que en Pine Creek. El arrepentimiento se apoderó de mi corazón. ¿Por qué no me había ofrecido a ir

yo mismo a ver cómo estaba? La angustia me punzó el pecho al pensar que Billie volvía a estar en las odiosas manos de David.

Mis betas habían recuperado el aliento, y Oslo fue el primero en explicar:

—Un lobo de Dalesbloom trajo esa carta a la frontera en Pine Creek hace dos horas. El lobo anunció su presencia desde lejos, claramente queriendo ser visto.

Gretel añadió:

—Yo estaba en el otro extremo de la frontera, pero cuando el explorador se dio la vuelta y desapareció, Oslo se desplazó y leyó el mensaje. Cuando oí el aullido de Oslo llamándome, acudí a él. Ambos decidimos volver aquí lo antes posible. —El rostro de Gretel se tensó—. Dado el ultimátum de David.

Levanté la vista hacia el profundo manto de la noche que me cubría y me alarmé al preguntarme cuántas horas tenía para llegar hasta Billie.

Hice un gesto enérgico con la cabeza a mis Betas y les ordené:

—Despertad a Aislin y Muriel, y volved aquí. —Entré en mi camarote y cada uno de mis pasos parecía un tamborileo mientras me apresuraba a ir a la cocina a mirar el reloj de pared. Las manecillas negras sobre la esfera blanca marcaban las dos de la madrugada.

Me invadió el alivio. Aún teníamos tiempo. Pasándome las manos por el pelo, intenté deshacerme de la imagen de la delicada figura de Billie en las frías e insensibles manos de David. Me invadió la ira al pensar en que aquel hombre ya la había robado de su manada cuando era una niña. David ya había privado a Billie del lugar que le correspondía con su manada durante la mayor parte de su vida. El hecho de que volviera a estar bajo su custodia me hizo arder la sangre.

La furia me recorrió y sentí que mi lobo se erizaba en mi interior, queriendo abrirse paso. La amenaza que se cernía sobre Billie hizo que mi bestia quisiera sacar las garras y lanzarse al bosque de inmediato. La tentación de mi lobo de salirse de mi piel y correr hacia Billie tan rápido como pudiera rebotó en mi cuerpo, y necesité todo mi autocontrol para refrenarlo.

Me invadió la frialdad al pensar en la decisión que tenía ante mí. La amenaza de David me golpeó con fuerza: matarla si no entregaba a Muriel esta noche. El malestar se apoderó de mí y

me invadió una frialdad helada. Me habría gustado poder decir que aquel hombre no cumpliría semejante amenaza, pero Catrina ya había demostrado que era capaz de asesinar a sangre fría al matar a Joseph. Con lo que sabíamos sobre la desaparición de los padres de Billie, sospeché que la manzana no había caído lejos del árbol.

Un momento después, se oyeron pasos y tanto Aislin como Muriel llegaron corriendo a la cabaña. Volví a entrar en la habitación. El pavor se me agolpó en el pecho y me recordó la sensación que me había invadido la noche en que murieron mis padres. Volví a sentir un nudo en la garganta y mi mente frenética daba vueltas a la idea de que aquella sensación era una especie de premonición.

¿Y si mi destino en la vida es perder siempre a las personas más cercanas a mí?

El rostro de Aislin estaba rígido por la tensión, sus ojos marrones brillaban de ira. Se acercó a mí y me quitó la carta de la mano. Había olvidado que aún la tenía en la mano. Examinó las líneas y su rostro se contrajo con más ira a medida que leía. Recorrí con la mirada su desordenado pelo castaño y sus pantalones cortos de pijama y su camiseta. Debía de estar tan profundamente dormida como yo cuando sus padres la habían despertado.

Mi mirada se dirigió a Muriel, que se abrazaba a sí misma. Llevaba el pelo plateado recogido en una trenza sobre el hombro y una bata de seda. Su expresión, por lo general tan cálida, también estaba tensa por la angustia.

Claramente, mis Betas les habían explicado todo a ambas.

Oslo y Gretel, ya vestidos, también habían regresado. Un sentimiento de absoluto pavor amenazaba con paralizarme, y me parecía que no podía pensar más allá de las amenazadoras palabras de David. *"Entrega a Muriel, o Billie está muerta"*.

Esas tres últimas palabras se retorcieron en mis entrañas, haciéndome sentir como si mis intestinos se anudaran entre sí. Mientras las náuseas se agitaban, esas palabras se repetían una y otra vez: *"Billie ha muerto, Billie ha muerto, Billie ha muerto"*. Un cántico nauseabundo que iba cobrando fuerza a medida que daba vueltas en mi cabeza, negándose a detenerse.

Fue la grave voz de Oslo la que finalmente cortó el terror en el que me ahogaba.

—Llama a Everett y pídele ayuda a Eastpeak —me aconsejó, con sus serios ojos marrones clavados en mí.

—Necesitamos su ayuda —asintió Gretel.

Aislin alzó la voz:

—Pero sólo tenemos hasta mañana. ¿Podemos permitirnos esperar a Everett, que puede que baje de su montaña o puede que no?

Una mezcla de ira y pánico se apoderó de mí al oír sus palabras. Everett ya se había negado a ayudar cuando le pedí ayuda a Eastpeak contra Dalesbloom. ¿Qué iba a impedir que volviera a hacerlo? Mi pulso se aceleró, llenando mi cuerpo de adrenalina y diciéndome que tenía que actuar ya. Billie era *mi* compañera predestinada. Tenía que salvarla.

—Aislin tiene razón —dije—. Everett tuvo su oportunidad de ayudar a nuestra manada antes de esto. No puedo poner en peligro la vida de Billie retrasando las cosas.

Se me estrujó el corazón al pensar en cómo Billie no era nada para Everett, pero *lo era todo* para mí. El recuerdo de esa dulce sensación de conocimiento que me invadió esta noche mientras estábamos sentados en la bahía de Ridge, mirando las estrellas parpadear hacia nosotros, era potente. Vana me había dado a Billie como mi compañera predestinada, y no iba a perderla.

Ni esta noche ni nunca.

—Nosotros, toda la manada —aclaré, con la mirada recorriendo a mis Betas y a Aislin para que no tuvieran ninguna duda de mis instrucciones—, salvaremos a Billie esta noche.

—Y de todos modos tendrás lo que Dalesbloom quiere contigo —dijo Muriel, su mirada plateada como una cuchilla mientras su voz se llenaba de una garra que nunca antes había oído en ella.

El shock me invadió.

—Muriel. No puedes... —empecé, con el estómago revuelto ante la idea de llevar a la persona que habíamos jurado proteger a la Mansión Hexen, donde ellos y los Inkscales la estaban acechando.

—Puedo, Gavin —afirmó Muriel con decisión—. Me has protegido, al igual que Billie, desde la noche en que la conocí. Y no me acobardaré aquí, permitiendo que se ponga en peligro la vida de mi amiga cuando es a *mí* a quien quieren los Inkscales y los Hexens.

Mi mirada se calentó al mirar a la mujer de mediana edad, admirando su preocupación cuando se

trataba de Billie. Sabía que Muriel y Billie se habían hecho íntimas desde que Muriel se había instalado aquí con Grandbay. No me sorprendió que este ser, con un corazón tan puro, reconociera la valía de Billie.

Mis ojos se encontraron con la mirada decidida de Muriel, y con la emoción engrosando mi voz, dije:

—Gracias, Muriel. Sé que Billie querría que estuvieras a un millón de kilómetros de los Hexen y los Inkscales, pero necesito hacer todo lo posible para recuperarla. Así que, gracias por estar con nosotros.

Ella inclinó la cabeza en señal de reconocimiento, y yo me volví hacia mis Betas, con el corazón acelerado por la urgencia.

—Despertad a todos. Y decidles que su Alfa los llama para que lo ayuden a salvar a Billie. Vamos a Dalesbloom.

Con la necesidad guiando nuestros movimientos, todos salimos de la habitación. El estado de alerta se apoderó de mí y mi lobo brotó de mi piel. La determinación se apoderó de mí mientras pasaba por delante de las casas de mi manada, cada luz encendida me decía que mi manada se estaba despertando, que mis lobos estaban a punto de unirse y correr conmigo.

Nada me impediría recuperar a mi compañera y traerla a casa para que estuviera a mi lado, donde pertenecía.

Capítulo 27

Billie

Una especie de mareo se apoderó de mí a medida que pasaban las horas y permanecía en la sala de estar de los Hexen. El mareo provenía del pesado medallón de plata que colgaba de mi cuello. El metal contra mi piel desnuda minaba mi poder de lobo. La plata era venenosa para los hombres lobo si entraba en nuestro torrente sanguíneo. Aunque la plata sólo tocaba mi piel, me había debilitado lo suficiente como para impedirme cambiar de forma. Y con las manos atadas detrás de mí, no tenía modo de quitármela. Al no poder transformarme, mi loba se agitaba en mi interior y me picaba la piel al sentirme tan atrapada.

Me retiré a un rincón de la habitación, con la piel erizada por lo expuesta que estaba. No me sorprendió que David y Catrina me trataran como a una mercancía. Pocos minutos después de mi llegada, Catrina me había atado con una cuerda, que David solía utilizar para la taxidermia, y me había colocado el medallón de plata en el cuello. David había escrito una nota en silencio antes de enviarla con uno de sus compañeros de manada, a quien ordenó que la entregara a los centinelas de Grandbay que patrullaban la frontera.

Se me encendió la cara de vergüenza al pensar en Oslo o Gretel leyendo la carta, diciéndoles que David me tenía. El hecho de que me hubiera acercado tanto a la frontera de Dalesbloom por mi propia voluntad, evitando a Gretel y Oslo, también me parecía una traición hacia ellos. Los dos betas me habían acogido en su casa como a una segunda hija, y ésta era la forma en que les había devuelto su amabilidad.

Había puesto a toda mi manada y a Muriel en peligro porque estaba preocupada por Colt. Una preocupación que había estado totalmente fuera de lugar. Porque no sólo estaba bien, sino que me había tratado con frialdad.

De hecho, el trato que Colt me daba me daba arcadas. Después de mirarme con una mirada pétrea igual a la de su padre, había observado a su padre escribir una nota a Gavin con indiferencia. No había visto ni un destello de emoción en su rostro, ni uno.

Una vez que David hubo enviado la nota a Grandbay, tanto Lothair como Sibylla volvieron al

exterior. Presumiblemente, estaban de vuelta en sus formas de dragón, listos para defender la Mansión Hexen en caso de que Gavin y la Manada Grandbay intentaran atacar. Catrina se había colocado en el arco doble, apoyada en el marco, como si estuviera ansiosa por ser la primera en ver a quienquiera que llegara a la puerta.

Se me puso la piel de gallina al pensar que Gavin y mi manada saldrían heridos por *mi culpa*. Me invadieron oleadas de culpa y vergüenza. Sentí como si me hubiera enquistado en remordimientos, como la rigidez que se había instalado en mis miembros mientras permanecía de pie, tensa y esperando.

Me restregué las manos por los brazos, intentando recuperar la sensibilidad en las manos y los pies, que hacía tiempo que estaban entumecidos por el frío. Un dolor me recorrió el esternón cuando mi mirada se dirigió a Colt, que estaba sentado en uno de los sillones reclinables a sólo tres metros de mí. Dentro de la habitación, era el más cercano en proximidad. Pero parecía más un guardia insensible que la persona a la que había estado más unida la mayor parte de mi vida.

Ni siquiera me ha dado ropa.

Me sentí expuesta y vulnerable, que era exactamente lo que David quería que sintiera. Mi mirada se desvió hacia el Alfa de Dalesbloom, que se paseaba por el borde de la habitación, con los ojos fijos en la pared más alejada, donde la mayor parte de su colección de taxidermia estaba montada sobre la gran escalera.

Siempre había odiado esta sala principal. La Galería era como la llamaba la Manada Dalesbloom, donde David exhibía con orgullo las presas de la manada. Esta habitación era la razón por la que Hexen Manor encajaba con el nombre de Pabellón de Caza que la Manada Dalesbloom le había dado. Las paredes estaban adornadas con un patrón de damasco brocado que habría hecho que la mayoría de las habitaciones se sintieran estrechas, pero el vasto espacio aún se sentía enorme con su alto techo.

Me quedé mirando los alces de ojos vidriosos y saltones de la pared. La mayoría eran machos con cornamenta, pero aquí y allá, una hembra bien proporcionada había llegado hasta la pared. Una enorme lámpara de araña hecha de astas adornaba el centro de la habitación. Una vez más, mi mirada se desvió hacia Colt, que en realidad estaba mirando su teléfono como si se tratara de una noche como cualquier otra. Mi decepción se enturbió de ira cuanto más impasible se mostraba.

¿Cómo puede sentarse ahí y no decirme nada?

Mis ojos se desviaron de nuevo hacia David. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando vi que me miraba. También había dejado de caminar. Un escalofrío me recorrió la espalda. Tener el escrutinio de ese hombre sobre ti *nunca era* bueno.

El Alfa de Dalesbloom exhaló pesadamente.

—Tal vez, Billie, no seas tan importante como creía. —Su mirada considerada hizo que se me retorciera el estómago.

Cuando sus palabras me golpearon, me di cuenta de que esperaba que Gavin hubiera escrito ya o, tal vez, incluso que hubiera venido aquí. Se me oprimió el pecho, pero me dije que me alegraba. Gavin *no podía* poner en peligro su seguridad o la de la manada por la mía.

Catrina se rio, su risita gutural rechinó contra mí.

—No me sorprende, papá. Puede que pertenezca a Grandbay, pero es imposible que Gavin la haya mirado siquiera. ¿No es cierto, Billie?

Me invadió la ira. Quería decirle que se equivocaba, que esta misma noche Gavin y yo habíamos compartido un momento de deseo y afecto más profundo que cualquiera que ella pudiera llegar a experimentar. Pero me mordí la lengua, obligándome a tragarme mi desprecio. Además, el recuerdo de aquel momento me hizo sentir otra oleada de arrepentimiento. ¿Cómo había podido tirar por la borda toda la esperanza y la alegría que había sentido crecer entre Gavin y yo?

Los ojos azules de mi hermana adoptiva brillaban con malicia. Siempre le había gustado jugar conmigo, pero su expresión y su tono eran crueles cuando se centraba en mí. Algo en la forma en que me miraba me recordaba a su lobo negro, con los ojos desorbitados y la boca espumosa cuando me apuntaba a la garganta.

Algo que tenía sentido cuando Catrina dijo:

—¿Puedo ejecutar la sentencia?

—Gavin todavía tiene otra hora hasta el amanecer —respondió David—, pero si no aparece, entonces ella no tiene ningún valor para mí, y puedes llevarla a cabo en ese momento.

Los ojos de Catrina brillaron y mi corazón palpitó al comprender lo que querían decir. Iban a

matarme. Catrina iba a matarme si Gavin no venía. Se me subió el corazón a la garganta mientras miraba por una de las enormes ventanas. Vi que el brillo de la luna había menguado; la promesa del amanecer envolvía el aire.

Mi respiración se entrecortó al darme cuenta de que ésta podría ser mi última hora. A pesar de sentir frío, no podía mover los dedos de las manos y los pies como antes. Me pesaba el corazón al saber que mis actos me habían puesto aquí. Luché contra el calor que me punzaba detrás de los ojos. Pero cuando mi mirada se dirigió a Colt y él *seguía* sin levantar la vista de su teléfono, no pude evitar que una lágrima resbalara silenciosamente por mi rostro.

Mientras intentaba armarme de valor y prepararme para el destino que me deparara mi propia insensatez, un repentino alboroto estalló fuera de la mansión. El gruñido de los lobos y el batir de las alas rompieron el silencio.

Otra tormenta de emociones me golpeó al oír el ruido. Me invadieron la esperanza y el miedo. Deseaba y temía a la vez que Gavin cruzara esas puertas. Mientras la mitad de mí palpitaba de esperanza y la otra mitad de miedo, no sabía a qué temía más.

En una ráfaga de movimientos, las grandes puertas de roble de la mansión Hexen se abrieron de golpe, revelando a Gavin. Entró en su forma humana, con el sudor brillando en su frente y su cincelado pecho, mostrando la velocidad con la que había viajado hasta aquí. Dos lobos lo flanqueaban a su izquierda y uno a su derecha. Podía oír por los gruñidos y aullidos que seguían perforando la quietud del exterior que el resto de la manada debía de estar reunida y probablemente ocupada con Sibyelle y Lothair y el resto de la manada de Dalesbloom.

Sorprendida, Catrina retrocedió hasta la sala principal y Colt se levantó de la silla. Los dos hermanos Hexen estaban ahora alertas mientras observaban cómo el Alfa de Grandbay y sus lobos se agolpaban en el vestíbulo.

La mirada color avellana de Gavin daba a su ya tenso cuerpo un aire de amenaza. El oro de sus ojos parecía fundido por la furia de la justicia. Pero cuando su mirada me encontró, me pareció ver que se suavizaba. Fue una mirada fugaz, y sus ojos encontraron rápidamente a David.

—Hexen, libera a Billie, ahora —la voz de Gavin retumbó con autoridad, el dominio de su condición de Alfa irradiando de él en oleadas.

El rostro de David se contorsionó de ira, pero antes de que pudiera responder, una luz blanca emanó detrás de Gavin, y mi corazón latió como loco al reconocer su pureza.

La incredulidad me invadió cuando una mujer de mediana edad, con un suave cabello plateado que le caía por los hombros e irradiaba una luz etérea, emergió de las sombras del vestíbulo detrás de Gavin.

—Libera a Billie y, a cambio, yo me entregaré a ti —la voz de Muriel reafirmó la orden de Gavin. La mirada abierta de mi amiga no se dirigió a mí, sino que permaneció clavada en David.

—¡No! —grité. Se me aceleró el pulso. Aunque la presencia de Muriel me parecía un bálsamo curativo, me negaba a dejar que el antiguo zumbido de la magia que irradiaba de ella cayera en manos de David. El pavor se apoderó de mí cuando la expresión de David recorrió a mi amiga con avidez. Pero la atención de Muriel no se desvió del Alfa de Dalesbloom, y vi que estaba decidida a sacrificarse por mí.

La voz llena de codicia de David rasgó el aire:

—Cuando hayas venido aquí, Muriel, liberaré a Billie.

Negué con la cabeza, con el miedo atravesándome. Volví a mirar a Gavin con los ojos muy abiertos.

—Por favor, Gavin —le pedí—. Tienes que mantener a Muriel a salvo. —Mi mirada se desvió hacia Catrina—. Si no la defiendes, Catrina y los Inkscale tendrán todo lo que necesitan para apoderarse de Grandbay.

La mandíbula de Gavin se tensó cuando mis palabras lo inundaron. Pero capté la suavidad de su mirada cuando volvió a posarse en mí y supe que no iba a escuchar mi súplica.

Contuve la respiración mientras mi amiga de corazón puro se entregaba a David. Mi pánico aumentó cuando David sacó un cuchillo de su cintura. ¿Qué estaba haciendo? Necesitaba a Muriel para el ritual.... Seguramente, ¿no le haría daño todavía?

Pero él le hizo un corte en el brazo con su espada. Jadeé, deseando más que nunca que mi lobo pudiera arremeter y defender a mi amiga.

Muriel se tambaleó y de repente se desplomó en el suelo.

—¡Muriel! —grité, con el pecho agitado al ver la respiración frenética de mi amiga.

La voz de Muriel tembló:

—Tu espada ha visto asesinatos.

El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que el cuchillo de David era lo que la había debilitado. Del mismo modo que a los hombres lobo les debilitaba la plata, a los unicornios les debilitaban los objetos que se habían utilizado para matar. Se me heló la sangre al pensar a quién había matado David con el arma que tenía en la mano.

La voz decidida de Gavin retumbó en la habitación una vez más:

—Ya tienes lo que pediste. Ahora libera a Billie.

David miró a Colt, a sólo tres metros de mí, y en lugar de ordenarle que me soltara, le ordenó:

—¡Marca a Billie, ahora!

El shock me sacudió y se me hizo un nudo en la garganta. Colt no lo haría. Mi mejor amigo no me marcaría en contra de mi voluntad. Pero cuando Colt se dio la vuelta, sus ojos azules se endurecieron como el hielo. Sentí su magia de lobo vibrar en el aire mientras sus dientes empezaban a transformarse. Los caninos alargados de su lobo brillaron. Entonces, se abalanzó sobre mí.

Capítulo 28

Gavin

Mi corazón rebotó en un latido frenético cuando David lanzó su orden a Colt:

—¡Marca a Billie, ahora!

El Alfa de Dalesbloom buscaba mantener a Billie como parte de la manada Dalesbloom, probablemente en un intento de debilitarme. Si nunca me unía a mi compañera, mi lobo nunca se fortalecería.

El joven se había vuelto hacia su hermana adoptiva, que estaba cerca... demasiado cerca. Incrédulo, sentí cómo el lobo de Colt le desgarraba la piel mientras trataba de *ejecutar* la orden de David.

Mi propia bestia pareció salir de mí cuando Colt se acercó a Billie. Mi lobo estaba enloquecido y feroz mientras me destrozaba la piel, me retorció la columna vertebral y saltaba hacia el hombre que *se atrevía* a robarme a mi compañera.

El miedo se apoderó de mí al pensar en los dientes de Colt marcando la sedosa piel de Billie. Billie tenía las manos atadas a la espalda y un pesado medallón de plata le impedía cambiar de forma. Si Colt la marcaba mientras estaba cambiando de forma y Billie estaba en forma humana, me la arrancaría y la ataría a sí mismo para siempre.

Me invadió el pavor al pensar en lo cerca que había estado de marcar a Billie y hacerla mía para siempre. Pero en lugar de dejar que el arrepentimiento me aplastara, me centré en la fe que había tenido antes. El recuerdo del zumbido del río sagrado y el susurro ancestral de los árboles sobre nosotros me decían que Billie y yo estábamos hechos el uno para el otro.

Con una fe absoluta y una necesidad que tensaba cada músculo, dirigí mi cuerpo hacia mi compañera, que se encogió contra la pared mientras intentaba alejarse de Colt todo lo que podía. Mi lobo se abalanzó sobre Colt justo antes de que la alcanzara.

Furiosa, mis garras se clavaron en la piel de Colt. No tardó en desplazarse por completo, y

mientras rodábamos hacia delante, forcejeando, mi oponente pronto tuvo garras que utilizó para romper la superficie de mi carne.

Lo empujé con las patas. El lobo negro de Colt se enderezó y cargó contra mí, chasqueando furiosamente. Me aparté y luego le mordí el flanco derecho, pero me pasé. Mis colmillos se hundieron en la carne de su pata trasera y saboreé su sangre mientras gemía.

Volvió a abalanzarse sobre mí, pero me aparté de su alcance. Me deleitaba con cada oportunidad que tenía de clavarle las garras y los dientes a aquel bastardo. Rage continuó cabalgándome con fuerza mientras yo me enfurecía por haber intentado reclamar lo que era *mío*.

Pero no era sólo ese pensamiento el que impulsaba mi salvajismo, sino la idea de que estaba seguro de que mi intuición era correcta. Billie sólo había venido a Dalesbloom porque estaba preocupada por Colt. Este imbécil le había devuelto su compasión tratando de marcarla en contra de su voluntad.

Sin embargo, mientras luchaba contra Colt, un pensamiento me dominaba: tenía que herirlo lo suficiente como para que se retirara y así poder liberar a Billie de sus ataduras. La necesidad de asegurarla para que *nadie* más que yo pudiera marcarla me obligó a seguir adelante.

Mis Betas y Aislin habían entrado en la habitación conmigo. Me di cuenta de que sus gruñidos llenaban la sala mientras se enfrentaban a David y Catrina. Pero estaba demasiado ocupado con mi propio oponente para saber quién estaba con quién.

Sólo Lothair y la hembra de escamas lila rosado habían estado fuera. Los otros quince adultos de mi manada estaban ocupados con ellos y con el resto de la manada de Dalesbloom, pero no sabía si otro dragón o más podría unirse a ellos y abrumar a la manada. Con la conciencia del tiempo demasiado aguda, forcé mis reflejos para ser más rápido y contundente, logrando asestar un profundo mordisco en el flanco de Colt. Aulló de dolor y, en lugar de esquivarme e ir a por mí de nuevo, retrocedió hacia la chimenea, entre los dos sillones reclinables, como si estuviera entrando en una guarida.

Aproveché la oportunidad para retroceder hacia Billie hasta que estuve justo a su lado. Todavía en mi forma de lobo, roí las cuerdas que rodeaban su muñeca, mordiendo sus ataduras. Luego, desabrochó el cierre del collar de plata que llevaba al cuello y tiró de la cadena. Cuando el colgante cayó al suelo, sentí que la respiración de Billie se hacía más profunda y oí cómo se aceleraba su débil ritmo cardíaco. Sentí un gran alivio cuando el lobo de Billie se materializó y

de repente se puso a mi lado. Su loba arenosa apretó el flanco contra mi lobo marrón, su calor y su fuerza a mi lado hicieron que mi corazón se disparara.

Me invadió una oleada de afecto. Quería lamerle el hocico de esa forma o que los dos nos moviéramos para que pudiera estrecharla entre mis brazos. Pero, mientras observaba la habitación, me di cuenta de que, si bien Oslo y Gretel mantenían a raya al lobo negro de David, Aislin flaqueaba y se alejaba de la violenta embestida de Catrina.

Colt permaneció junto a la chimenea, agazapado y lamiéndose el costado. Una oleada de reivindicación me recorrió el cuerpo. Me di cuenta de que Muriel había intentado alejarse de David. Pero con el corte en el brazo provocado por la hoja profanada, sólo había conseguido desplazarse hasta el borde de la habitación, donde se había apoyado en la pata de un elegante sofá junto a la pared. Sentí afecto y preocupación por ella. Llevaría a Muriel con Helen, la sanadora de la manada, pero primero teníamos que someter a esos Hexen.

Empujé a Billie hacia la puerta, flanqueándola por detrás mientras la conducía por la habitación. La necesitaba lejos de los Hexen. Pero mientras avanzábamos, Catrina vio al lobo de Billie y de repente se abalanzó sobre ella.

Me lancé hacia delante, justo a tiempo para placar a Catrina. Aislin flanqueó a Billie, y ambas se acercaron para unirse a Muriel. Con Billie y Aislin a una distancia segura de Catrina, estaba más que feliz de enfrentarme a su ira. Ahora que me había interpuesto entre ella y su presa, la dirigió totalmente hacia mí.

Su lobo de pelaje ébano se abalanzó sobre mi costado, pero salté. Implacable, volvió a atacarme. Bajo su liso pelaje, sus músculos ondulantes rebotaban tensión. Se escabulló, pero cuando me acerqué a ella, se agachó con tanta rapidez que apenas vi el movimiento, y luego se abalanzó sobre mí para clavarme los colmillos en la garganta.

Rápidamente, me aparté, pero su movimiento me provocó un estallido de furia. Sus tácticas eran las mismas letales que había empleado con Billie en el claro. Su lobo no tenía piedad. Cuando giró de nuevo, intentando la misma maniobra enérgica, supe que no cedería. No iba a rendirse hasta que me hubiera tirado al suelo y me hubiera arrancado la garganta.

El brillo de sus fríos ojos azules era tan intenso como el centro de una llama. Me indicaron que su furia no tenía límites. Cuando cargó contra mí, fingí una caída. Con razón, previne que ella clavaría sus mandíbulas en mi garganta. En el mismo momento, levanté las mandíbulas y se las

clavé en la yugular.

Catrina forcejeó, intentando zafarse de mi agarre, pero yo sólo mordí más hondo, haciendo que mi agarre fuera férreo. Levantó las patas delanteras y hundió sus garras en mi pecho peludo, rastrillándolas a través de mi carne mientras intentaba escapar. Aun así, me aferré. El espeso sabor a hierro de su sangre inundó mi boca y cubrió la parte posterior de mi garganta. Dejé que bajara por mi garganta, mientras mi bestia saboreaba la esencia de su enemiga.

A medida que mis dientes se hundían más, cortando músculos y tendones, mi lobo mordía con más fuerza. Las garras del lobo negro que me cortaban el pecho se detuvieron de repente al morder, y un torrente de calor y hierro se derramó por mi garganta. Sabía que le había cortado la arteria carótida mientras clavaba mis colmillos en la parte más tierna de su cuello. Mi bestia estaba saciada mientras me decía a mí mismo que ésta había sido la única forma de mantener a salvo a mi *manada* y a mi *compañera*.

Finalmente, desencajé las mandíbulas de la garganta destrozada de la loba negra y la dejé caer sobre el suelo de madera. El ruido de su cuerpo al caer al suelo resonó en toda la habitación.

Al momento siguiente, el grito de Colt rasgó el aire:

—¡No!

Mis ojos lobunos se dirigieron hacia él y lo contemplaron, aún agazapado en el suelo, con la mano pegada al costado ensangrentado. Pero la agonía que deformaba su rostro era toda para el lobo negro cuyo corazón se había aquietado.

El grito de Colt alertó a los demás, y David cambió repentinamente a su forma humana.

Mis Betas se apartaron de David cuando éste se concentró en la loba negra que tenía a mis pies. Me quedé de pie junto al cadáver, con el pecho agitado y el pelaje enmarañado de carmesí, mientras el charco de sangre se deslizaba alrededor de mis patas.

Capítulo 29

Billie

El peso de lo que acababa de ocurrir me caló hasta los huesos, asentándose con una pesadez similar a la que me había producido el medallón de plata. El medallón que *Catrina* me había puesto en el cuello. Vi tan claramente la sonrisa insensible en su rostro, como si acabara de colgármelo del cuello, que me pareció imposible que aquella mujer yaciera sin vida en el suelo.

Había cambiado a mi forma humana para poder sacar un cojín de la tumbona por detrás de Muriel. Quité la funda del cojín y envolví con ella el brazo sangrante de Muriel. No sabía si serviría de algo, ya que Muriel estaba pálida y respiraba entrecortadamente debido al tipo de arma que le habían clavado. Pero era mejor hacer *algo* por ella hasta que pudiéramos llevarla a Helen.

Con pasos pesados, David se acercó al cuerpo de Catrina. Recorrí con la mirada su perfil, observando su rostro angustiado.

Sus palabras cortaron el aire tenso mientras sus ojos azules volaban hacia el lobo color chocolate de Gavin.

—¿Qué has hecho? —Su voz temblaba de emoción.

Gavin cambió a su forma humana. Su forma alta y musculosa se mantenía firme sobre la loba negra. Tenía la cara, el cuello y el pecho de color carmesí, igual que su lobo. Parecía un guerrero que volvía del campo de batalla. Lo miré y percibí un destello de tormento en sus ojos color avellana, un reflejo de mi propia confusión interior.

—Ella me habría matado —dijo Gavin con seriedad—. Me obligó a hacerlo. Los dos lo hicisteis.

Pero David no pareció oír ninguna de las palabras de Gavin mientras caía de rodillas, con las manos temblorosas sobre la loba negra. Un grito gutural salió de su garganta. Mi corazón casi se saltó un latido cuando el grito de David reverberó en el alto techo.

El hecho de que el Alfa de Dalesbloom estuviera de rodillas con la cabeza gacha parecía

surrealista. Volví a sentirme como si estuviera soñando, ya que nunca habría imaginado al orgulloso Alfa de Dalesbloom sobre el suelo de madera del Pabellón de Caza Hexen.

Pero entonces... nunca había imaginado a Catrina *muerta*. Se me hizo un nudo en la garganta. Me quedé mirando, sintiéndome hueca al ver las manos de David temblando sobre el cuerpo destrozado de su hija. Su cuerpo seguía en su forma lobuna. Catrina había muerto en su forma lobuna y así permanecería.

Desde el exterior, los gruñidos y los golpes de los combates también cesaron de repente. Un escalofrío me recorrió la espalda al oír el eco de las pisadas en el vestíbulo de baldosas.

Lothair, el Alfa de Inkscale, apareció en la puerta, su mirada obsidiana observando a David afligido por el cuerpo mutilado de Catrina.

—David —pronunció Lothair, su expresión y tono serios llamaron la atención del Alfa—. Lloras a tu hija más tarde. Después de todo, no queremos el cuerno para Catrina.

Los ojos de Lothair se dispararon hacia Muriel, sentada entre Aislin y yo. Apreté con fuerza el brazo de mi amiga cuando los ojos de ónice del metamorfo de dragón parecieron desprovistos de sentimiento. Apreté la mandíbula y estreché la mirada hacia él, odiando la forma en que reducía a Muriel a su cuerno, como si no fuera una persona por derecho propio.

Aislin también se puso nerviosa. Se había quedado en su forma lobuna para curarse del profundo corte que Catrina le había hecho en la pierna y el hombro. Todavía olía a sangre fresca, lo que significaba que su herida debía ser profunda.

Gavin se había girado hacia el metamorfo dragón, con el cuerpo en ángulo entre David y Lothair, listo para cambiar si surgía la necesidad desde cualquier dirección.

Pero al registrar las palabras de Lothair, la sorpresa se apoderó de mí. Dijo que *no era* Catrina que había querido conseguir el cuerno de Muriel. Pero con el asesinato de su compañero predestinado, Joseph, y su renuncia al poder que habría obtenido de abrazar su conexión, había apuntado a que ella quería su forma Lycan.

La resolución de David endureció su expresión mientras su atención se dirigía a Muriel.

—Tienes razón, Lothair. —El frío acero sonó en su voz—. Además, Catrina habría querido que asumiera el poder que esperaba compartir conmigo. —El ansia en su tono me hizo querer

encogerme, pero la necesidad de respuestas sonó más fuerte.

Me levanté de al lado de Muriel, poniéndome en posición de alerta yforcé la atención de David hacia mí.

—Me prometiste que si era un buen intercambio me darías respuestas —le recordé. No tenía intención de entregar a Muriel, pero él no necesitaba saberlo—. Dime qué les pasó a mis padres o no pasarás de mí.

David sonrió satisfecho y Lothair amenazó con acercarse a mí.

Pero la voz grave de Gavin retumbó:

—No muevas un músculo, Lothair, o te clavaré los dientes en el cuello.

Los ojos de ónice de Lothair miraron a Gavin, que apretó los puños, pero permaneció quieto.

La mirada de David se clavó en la mía. Contuve la respiración mientras me preguntaba si por fin iba a darme respuestas. Sus ojos nublados se posaron de nuevo en Muriel y en el corte de su brazo.

—La primera sangre que probó esa hoja fue la de Rebeca.

El susto me recorrió. David estaba hablando de la cuchilla con la que había cortado a Muriel. Cuando David la había cortado antes, Muriel había dicho que la hoja había "visto asesinatos".

Al mirar fijamente los ojos nublados de David, me di cuenta de que se había sumido en un ensueño. Tal vez fuera la conmoción por la muerte de Catrina, pero mi exigencia de respuestas sobre mis padres le había evocado pensamientos del pasado. Sin embargo, la confusión se apoderó de mí. No le había preguntado por Rebecca.

Rebecca había sido la madre de Colt y Catrina. Había fallecido poco antes de que yo viniera a vivir con los Hexen. Pero supuse que su muerte había sido por enfermedad. De hecho, recordaba perfectamente que Colt me había dicho que había estado enferma. Dirigí la mirada hacia mi hermano adoptivo, cuyo cuerpo se había paralizado y seguía arrodillado junto a la chimenea. Las líneas de su rostro estaban rígidas de asombro mientras escuchaba absorto a David. Colt tampoco había oído esta verdad de su padre. La conmoción que enraizaba su cuerpo vibraba a través de mí. Colt no tenía ni idea de que su padre había *matado a* su madre.

Pero mientras me preguntaba por qué David había cometido semejante crimen, me asaltó un atisbo de intuición. El malestar me recorrió al mismo tiempo que la intuición se agitaba. Rebecca no había sido la *única* asesinada con la hoja asesina que David había usado con Muriel. Había dicho que la primera sangre que había probado la hoja había sido la de Rebecca. Mi garganta amenazaba con cerrarse cuando de repente no quise oír a quién más había matado con esa hoja.

Pero el corazón me golpeaba el pecho, obligándome a obtener respuestas.

—¿Mataste también a mis padres con ese cuchillo?

A David le brillaron los ojos.

—Sí.

Se me quebró la voz al preguntarle:

—¿Por qué? ¿Qué te han hecho?

David dejó escapar una risa hueca.

—Tu madre nunca hizo nada

Cuando admitió que era inocente y que, aun así, la había matado, sentí que me destrozaba el pecho.

Su fría voz continuó:

—Sabía que Rebecca había quedado con alguien. —La expresión de David se retorció de resentimiento—. Así que, una noche, la seguí. Condujo hasta Pioneer's Creek. Allí, la vi a ella y a tu padre. Los pillé en el coche de tu padre, charlando como dos adolescentes. —La amargura cubrió su rostro y añadió—: Los destripé a los dos allí mismo.

El horror me punzó. Mi padre había tenido una aventura con la mujer de David. Sentí un terror glacial al imaginarme a David siguiendo a su mujer como el cazador que era. Las presas montadas en las paredes de la galería parecían trofeos aún más enfermizos cuando comprendí por primera vez lo depredador verdaderamente letal que era aquel hombre.

Asimilé al dragón alfa de ojos de obsidiana, dándome cuenta de que ahí era donde entraba él en este plan. Lothair debía de haber ofrecido a David la oportunidad de recuperar el poder que había

perdido al matar a su compañera predestinada, compartiendo con él el ritual Lycan. Esa era la razón por la que David codiciaba el cuerno de Muriel y hacía tiempo que deseaba participar en el ritual.

Pero aún había una parte que no entendía.

—¿Qué le pasó a mi madre? —pregunté, con el corazón oprimido.

La expresión de David se nubló de ira:

—Necesitaba que pareciera que tu padre había huido. Así que fui a buscar su pasaporte a tu casa, pero te despertaste por la noche, y cuando tu madre se despertó, se fijó en mí.

El asombro se apoderó de mí al imaginarme a una mujer levantándose en la cabaña de los Mundy, con su bebé llorando, para encontrarse con un intruso en su casa.

Se me oprimió el pecho al pensar en mi pobre madre. En un instante, imaginé su miedo y su feroz necesidad de protegerme. La repugnancia me invadió al odiar que aquel hombre hubiera acabado con su vida por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Había acabado con su inocente vida para mantener en secreto sus propios crímenes.

Necesitando entenderlo todo, dije:

—Así es como me acogiste. ¿No sabías de qué otra forma cubrir tus huellas?

El rostro de David se agrió.

—Sí —gruñó—. Eras mi castigo. Eras un recordatorio diario de la traición de mi mujer. Un recordatorio del hombre con el que me había traicionado. —Me miró fríamente y añadió—: Debería haberte asfixiado mientras dormías antes de darte un hogar.

¿Un hogar?

Me invadió la furia. ¿Cómo se atrevía a llamar así a lo que me había dado? Me había dado cobijo y comida, pero nada más. Había vivido la mayor parte de mi vida privada de cualquier afecto debido a la rabia celosa que le había llevado a quitarle la vida a su compañera y a mi padre. Y no sólo a ellos, sino a robarle la vida a mi inocente madre y luego robarme mi manada y el lugar al que pertenecían mi cuerpo, mi alma y mi lobo.

Temblando de rabia, mi loba no pudo contenerse. Se abalanzó por el aire, una neblina roja lo coloreaba todo. El único pensamiento que me recorría era que tenía que acabar con David igual que él había acabado con la vida de mis padres.

Pero antes de que lo alcanzara, los tonos chocolate del lobo de Gavin se abalanzaron sobre mí, y su cuerpo mucho más grande me hizo retroceder hasta que caímos al suelo, al borde de la habitación.

Me latía el corazón mientras me levantaba sobre mis cuatro patas. El enorme lobo marrón ya estaba bloqueando mi camino. Las aletas de mi hocico se echaron hacia atrás mientras enseñaba los dientes, tratando de pasar entre el lobo de Gavin y llegar a mi presa.

Pero mientras mis ojos buscaban a David, Colt captó mi atención. En un movimiento borroso, su piel se vistió de pelaje negro y se lanzó hacia nosotros. Por un momento, pensé que también venía a por su padre. Pero me di cuenta de que su atención se centraba en el lobo marrón oscuro que tenía delante. Me invadió la necesidad de defender a Gavin, y mi loba soltó un gruñido, mi cuerpo se tensó mientras me preparaba para saltar sobre él.

Pero la loba marrón rojizo, al otro lado de Muriel, en un movimiento rápido como el rayo, saltó hacia el lobo negro de Colt. En un choque de garras y mandíbulas, los dos lobos se encontraron, girando en un montón mientras luchaban juntos.

Fuera, también se oyó el estruendo de nuevos combates. El corazón me latía con fuerza en mi pecho de loba al pensar que los dragones y los lobos de fuera debían de haber reanudado la lucha al oír nuestra refriega desde dentro.

Pero los estruendosos sonidos de la batalla aumentaron y olí *nuevos* lobos. Su olor era como el aire fresco de la montaña, y la esperanza se estremeció en mí. Eastpeak había bajado de la montaña. La comprensión de que teníamos refuerzos pareció despejar mi mente de la niebla roja de ira que me había cegado. Mi mirada se dirigió a Muriel mientras pensaba en Everett y en su pertenencia a la Guardia de los Mitos. Mi amiga iba a estar a salvo.

De pie, flanco con flanco con el lobo pardo de Gavin, que pareció darse cuenta de que había controlado la necesidad de venganza de mi bestia, nos volvimos hacia nuestros oponentes. Lothair corría hacia las grandes puertas dobles y, en un abrir y cerrar de ojos, su dragón salió despedido de él mientras se impulsaba hacia el aire del amanecer.

Mi loba gruñó de satisfacción. Con Everett y la manada de Eastpeak, íbamos a *aplantar* a

nuestros enemigos. El lobo negro de David salió corriendo por la puerta mientras el de Colt lo seguía. El lobo de Gavin y yo saltamos también por las puertas dobles de la Mansión Hexen. Mi lobo seguía ansioso por enfrentarse a David después de oír su confesión. Al instante, la visión y los sonidos de los lobos saltando, arañando y chasqueando me asaltaron. El chillido de los dragones y el batir de sus alas retumbaron como un trueno. Por un momento se me cortó la respiración. Pero el calor del lobo pardo a mi lado me llenó de fuerza. Con cada músculo tenso, me lancé a la refriega, y mis garras y dientes pronto se tiñeron de carmesí con la sangre de Dalesbloom.

Capítulo 30

Gavin

Al amanecer en la mansión Hexen, la fuerza combinada de las manadas de Eastpeak y Grandbay mató a cuatro lobos de Dalesbloom. Con los lobos de las montañas nevadas de Eastpeak, incluso derribamos a uno de los Inkscales. Nuestras manadas persiguieron a los lobos de Dalesbloom, incluidos David y Colt, hasta el bosque. También el clan Inkscale les hizo sombra sobre las copas de los árboles hasta que desaparecieron en el amanecer. Teníamos lobos heridos, y Muriel necesitaba curación. Tanto Billie como yo teníamos ganas de perseguir a nuestros enemigos. Pero nuestro deseo de venganza contra David y Lothair se vio superado por nuestra necesidad de llevar a los heridos de vuelta a las aguas curativas del Gunnison.

Durante los días siguientes, lloré con Billie todas las muertes innecesarias que habían ocurrido, tanto recientemente como en el pasado. A pesar de conocer el espíritu vengativo de Catrina, lloramos su muerte. Después de todo, gran parte de su cruel comportamiento se debía a la influencia del hombre brutal que la había criado.

Afortunadamente, nuestra manada no había sufrido ninguna muerte en la pelea. Hubo lobos que necesitaron tratamiento de Helen, pero todos se recuperarían. La curandera había estado entrenando recientemente a otro miembro de la manada, Riley, para que la ayudara en sus tareas curativas, y ambas estaban muy ocupadas. La herida de Muriel era la más grave y requería tres tratamientos diarios. Sin embargo, los tratamientos con agua sagrada del Gunnison y el uso de las invocaciones de Vana estaban haciendo su magia gradualmente. El veneno que había entrado en la sangre de Muriel a través del arma homicida tardaría en desaparecer, algo que parecía ser cierto para todos nosotros mientras nos recuperábamos lentamente de la lucha contra Dalesbloom y los Inkscales.

La revelación del atroz crimen de David me afectó mucho a mí, pero sobre todo a Billie. Una de las cosas que más le costaba de volver a Grandbay era que la cabaña de los Mundy había quedado arruinada para ella. Ahora, sabiendo que David había asesinado allí a su madre, Billie no se atrevía a volver a pisarla.

Esto se resolvió cuando Billie se mudó conmigo. Además, tanto mi lobo como yo la queríamos lo más cerca posible, y era un alivio que su necesidad coincidiera con los deseos de mi corazón de forma tan perfecta. Si ella no hubiera estado a mi lado, probablemente no habría pegado ojo en las noches siguientes. Mi lobo estaba en alerta máxima y actuaba como su perro guardián personal, no se sentía a gusto a menos que estuviera a mi lado.

El primer día que regresé, abracé a Billie y la consolé mientras lloraba la muerte de su madre y su padre y toda la esperanza que había perdido al saber con certeza que ambos habían muerto. Como conocía el dolor de ser huérfano, me dolía la pérdida que estaba sufriendo.

Billie también pasaba tiempo con Aislin, que se estaba curando poco a poco de la profunda herida que Catrina le había infligido en la pierna y el hombro. Sin embargo, cuando no estaba con ella, prefería pasar el tiempo conmigo, sobre todo en el bosque o a orillas del Gunnison.

Se me apretó el pecho de alegría al ver que ella deseaba mi compañía, y la segunda noche nos encontramos de nuevo en Grandbay, en la orilla de la bahía de Ridge, bajo lo que ahora llamaba el álamo *de Billie*. Aquel pensamiento me llenó de profunda satisfacción. Quería regalarle todo lo que había en mis tierras. El pensamiento obsesivo que había tenido durante los dos últimos días volvió a aparecer: la fantasía de Billie y yo gobernando Grandbay como Alfas, codo con codo.

Bajo el enorme árbol, saqué de la cesta la manta de picnic que aún estaba aquí desde nuestra primera cita. Fui a pasarle la ropa, pero ella negó con la cabeza.

—Quiero sentir el aire del atardecer en mi piel —dijo.

Levanté los labios cuando sus palabras me animaron. Se había acostumbrado a cambiar y se sentía cómoda en su propia piel, tanto la humana como la de loba. Se me aceleró el pulso al oír sus palabras y sentí celos del maldito viento que acariciaba la piel impecable de Billie. Mi lobo retumbó posesivamente como si quisiera tomar el cálido viento del sur que soplaba a lo largo de la orilla. Mi mirada se posó en sus hermosos pechos, que hacía tiempo que me parecían unos puñados perfectos, pero que, por alguna razón, aún no había tocado.

Sí, voy a encontrar todo el asunto mucho más difícil que ella.

Desde la batalla en Hexen Manor, había evitado acercarme demasiado a ella físicamente. Diablos, lo había deseado más que nada. Después de todo, el impulso de marcarla desde aquella horrible noche en la que Colt casi la había marcado me había hecho desear hacerla mía con una

necesidad que me consumía. Pero consciente del trauma que había sufrido durante aquel momento y con todo lo demás que había ocurrido aquella noche, había guardado silencio sobre mi deseo y mi necesidad de hacerla mía.

—Sigo intentando imaginármela —dijo—. Pero ni siquiera sé de qué color tenía el pelo o los ojos.

Una vez más, me recordé que por eso le había dado espacio a Billie. Sabía que estaba hablando de su madre, Shannon. La mayoría de las conversaciones que habíamos tenido en los dos últimos días habían versado sobre los padres de Billie y el crimen a sangre fría de David.

Mis cejas se fruncieron mientras, una vez más, intentaba recordar los días en que mi madre me llevaba a casa de los Rathbone. Cerré los ojos, imaginando el recuerdo que tenía de Billie cuando era niña; esa niña de pelo arenoso y piernas regordetas se metía en la boca un anillo de una pila de aros multicolores y empezaba a roerlo. Vi que la mujer que la arrullaba tenía el pelo castaño, largo y rizado, pero cuando intenté centrarme en la madre de Billie, se oscureció y el recuerdo se desvaneció.

—Shannon tenía el pelo castaño, largo y rizado —le dije con dulzura. Me fijé en sus ojos verdes. Brillaron de emoción antes de volver a mirar la cresta del cañón de enfrente. El sol se estaba ocultando y los últimos rayos bañaban la roca negra de la cresta.

Una vez más, la incertidumbre se apoderó de mí. No sabía si debería haber compartido ese fragmento con ella o no. Pensé en cómo, indirectamente, le había fallado a Billie. Puede que sólo tuviera seis años cuando David asesinó a su madre en Grandbay, pero había ocurrido justo al lado de la casa de mis padres, la casa de los Alfas de Billie.

El sentimiento de culpabilidad pesaba sobre mí.

—Siento que te hayamos fallado, Billie. Siento que mi padre y mi madre, tus Alfas, te fallaran. Y siento mucho no haber descubierto el crimen de David. —Me dolía el corazón por el abandono que Billie había sufrido en Dalesbloom. Y lo que más agradecí en los últimos días fue la intercesión de Vana. Si ella no me hubiera mostrado a Billie en el Sueño Lunar, todos los crímenes de David podrían haber pasado desapercibidos, y yo no habría tenido la oportunidad de tener a mi lado a esa mujer increíble en mi vida.

La sorpresa brilló en sus ojos cuando volvieron a verme.

—Ninguno de vosotros podía saberlo —dijo sinceramente, mostrándome la misma dulce compasión de siempre—. Cubrió bien sus huellas —añadió, con la amargura nublándole los ojos por el hombre que se lo había arrebatado todo.

El sentimiento de protección se apoderó de mí. Ese anhelo de compensar todo lo que ella había hecho sin obligarme a expresar mis sentimientos.

—Te prometo que tendrás el hogar que siempre has merecido aquí en Grandbay.

Antes de darme cuenta, me incliné hacia ella y acaricié su hermosa mandíbula. Acaricié su mejilla con ternura, disfrutando del tacto de su piel sedosa mientras la miraba con sincera devoción.

—Me preguntaba cuándo volverías a tocarme —susurró. El brillo de sus ojos brillantes me inundó de calor. Así que *no era* sólo el aire del atardecer lo que quería sentir en su piel. La expectación se apoderó de mí y mi polla se puso semidura sólo con sus palabras y el rubor de sus mejillas blancas.

Su mirada se clavó en mi boca y sentí una necesidad sin precedentes. El peso de nuestro dolor compartido pareció disiparse a medida que nuestra profunda conexión lo eclipsaba. Los ojos de Billie volvieron a clavarse en los míos y detecté una vulnerabilidad bajo el deseo. Sentí que el espíritu de Vana nos unía en aquel momento bajo las ramas del álamo de Billie y la melodía de los tonos sagrados del Gunnison.

Mi voz se hundió en un rumor bajo cuando supe que era el momento adecuado para pedirle que lo fuera *todo* para mí.

—¿Me harías el lobo más feliz del mundo y me dejarías marcarme?

Sus ojos verdes se llenaron de amor y no dudó ni un segundo:

—Sí. —Su sonrisa creció—. Mil veces, sí.

Mi corazón se hinchó y los colmillos de mi lobo llenaron mi boca. Mis labios se posaron en los suyos, tiernos y curiosos. Cuando se abrió para mí, tuve cuidado de no rozarla con mis colmillos. Mis besos recorrieron la elegante columna de su cuello. Su aroma floral llenó mis sentidos mientras la expectación se apoderaba de mí. Ella gimió mientras la besaba y chupaba su cuello, dándole pequeños pellizcos. De vez en cuando, mis dientes rozaban la superficie de su piel

sedosa. Con cada roce, sentía que su pulso se aceleraba con la misma emoción que me recorría a mí, y ella se arqueaba ante mis caricias, anhelando mi marca tanto como yo deseaba concedérsela.

Cuando mis besos se hicieron más profundos, Billie gimió:

—Gavin, por favor.

El deseo que palpitaba en su voz hizo que mis colmillos descendieran hasta su cuello, y me deleité con la sensación de hundirlos en su suave piel mientras ella jadeaba. Mi lengua lamió su sangre mientras goteaba de mi mordisco, el férreo sabor de la esencia de mi compañera saciando el hambre de mi bestia. Billie gimió con más fuerza mientras yo chupaba mi mordisco reivindicativo. Preocupado por si mi marca le había dolido más de lo que esperaba, retrocedí. Los caninos de mi lobo retrocedieron mientras le acariciaba la mandíbula.

Pero ella se quejó rápidamente:

—No pares, Gavin. *No pares nunca*. —Sus ojos bañados en placer eran lo más sexy que había visto nunca. Y la forma en que dijo mi nombre hizo que una sonrisa malvada se dibujara en mi cara mientras deseaba oírle gritarlo.

Tanto yo como mi lobo rugimos de posesividad mientras tratábamos de seguir su orden. Sin embargo, en lugar de seguir besándola en los labios, le acuné la nuca y utilicé la pared de mi cuerpo para empujarla hacia la alfombra. Luego, seguí un camino de besos y pellizcos por su cuello.

Antes de que mi boca viajara más al sur, chupé el lóbulo de su oreja y fui recompensado por un grito ahogado.

—Eres tan deliciosa —gruñí contra su oreja—. Mejor que las tortitas.

Soltó una risita, y el sonido hizo que mi corazón se desbordara. Mis labios y mi lengua rozaron su cuello, un estremecimiento primitivo me recorrió al ver las marcas de mis *dientes* en su piel. Me endurecí por completo al contemplar el hermoso cuerpo, alma y loba que era *todo* mío.

Mía.

Mi bestia retumbó de placer ante la sensación de plenitud al marcar a nuestra compañera. Pero el hombre que había en mí necesitaba más mientras lamía el cuerpo de Billie, eufórico porque

estaba a punto de conquistarla en todos los sentidos. Como esperaba, cada uno de sus pechos era un puñado perfecto. Los acaricié, y mi boca también necesitaba saborearlos. Su pezón se estremeció en mi boca y ella se arqueó contra mi cuerpo, sus caderas se balancearon instintivamente contra mí. Vi cómo su otro pezón se tensaba bajo mi mirada.

Su respiración se había entrecortado y suplicó:

—Por favor.

—¿Qué quieres, amor? —murmuré, decidido a sonsacarle exactamente lo que quería. Dejé que mi aliento caliente rozara su piel mientras besaba el plano de su vientre, deseando provocarla hasta que me lo suplicara.

—Te quiero... a ti —susurró, con voz dolorosamente sincera.

Una vez más, me sentí desatado sólo por sus palabras, y la necesidad me hizo arder la sangre. La acaricié entre las piernas hasta encontrar su raja y gemí al ver la humedad que me recibía. Introduje un dedo y la acaricié hasta que quedó resbaladiza.

Echó la cabeza hacia atrás y se entregó al placer. Los gritos que salían de sus labios entreabiertos hicieron que mi polla se tensara y, con la otra mano, le di una caricia. Seguí bombeando dos dedos dentro de ella hasta que sus caderas se despegaron de la alfombra, tratando de cabalgar mis dedos, y mientras tanto, me tocaba a mí mismo. La necesidad me recorría. No podía esperar más.

Cuando saqué los dedos de sus pliegues, gimió, y estaba seguro de que iba a quejarse de que hubiera parado hasta que sus ojos, medio aturdidos, encontraron mi polla. Se abrieron de deseo, separé sus muslos y me senté en su entrada. De un empujón, la penetré. Ella se abrió para mí y yo me deleité sintiendo cómo sus paredes internas se estiraban a mi alrededor y me permitían penetrar más profundamente con cada embestida.

La brisa del atardecer me acariciaba el culo y la espalda mientras bombeaba dentro de Billie, deleitándome con cada grito sensual que le arrancaba. Me di cuenta de que mi enemistad con el viento del sur había desaparecido. En su lugar, la brisa refrescante se sentía acogedora a lo largo de mi piel caliente. Mientras movía las caderas, llenando a mi compañera, la plenitud me sacudía. Estar dentro de ella me hacía sentir tan bien. Me sentía más satisfecho y pleno que nunca.

Bueno, casi satisfecho.

Mi boca capturó los labios de Billie, mi lengua invadió su boca mientras yo golpeaba más rápido, persiguiendo mi liberación y necesitando llenar a mi compañera en todos los sentidos. Cuando el sexo de Billie se agitó alrededor de mi polla, se corrió con un gemido delicioso. Y, mientras ella palpitaba a mi alrededor, un rugido salió de mi boca al encontrar mi propia liberación.

Capítulo 31

Billie

Convertimos la alfombra de picnic en una manta mientras caía la noche. El frescor de la hierba de la orilla era bienvenido en mi piel acalorada. Gavin me atrajo hacia sí y me rodeó con el brazo mientras nos tumbábamos y mirábamos las estrellas que parpadeaban. Apoyé la mejilla en su pecho, adorando la sensación de la dura pared muscular. Mi rodilla se enganchó en su poderoso muslo mientras mi cuerpo seguía queriendo estar lo más cerca posible de él.

Quiero quedarme envuelta en él para siempre.

Su aroma picante era embriagador. Hundí la nariz en su pecho mientras escuchaba nuestros corazones latir juntos y volver a un ritmo uniforme mientras bajábamos de nuestro subidón sexual. El que acababa de experimentar por *primera vez*.

Exhalé un suspiro de satisfacción.

—Wow, eso ha sido...

—¿Cómo las tortitas? —sugirió Gavin con un tono travieso.

Solté una carcajada contra su pecho.

—Alucinante.

Me besó la coronilla.

—Lo fue, mi amor —asintió con un profundo rugido que hizo que mi núcleo se tensara de nuevo. De algún modo, oírle llamarme "*amor*" ahora era incluso mejor que en el calor del momento.

Sonreí como una tonta enamorada. Porque... eso era *exactamente* lo que sentía. Estaba profunda y locamente enamorada de *mi compañero*. La marca de Gavin me escocía un poco en el cuello, pero era una especie de dolor-placer que me recordaba que era la mujer —y la loba— más

afortunada de todo el mundo.

Porque Gavin es mi primero y mío para siempre.

Tenía ganas de pellizcarme. El hecho de que acabara de perder mi virginidad con este delicioso Alfa parecía sacado de un sueño. Otra sonrisa bobalicona se dibujó en mi cara al pensar en cómo nunca habría creído posible este futuro cuando mi Sueño Lunar me lo había mostrado.

Tuve mucha suerte en el juego del destino.

Por supuesto, no *siempre* había tenido suerte. Las sombras de mi pasado se cernían sobre mí, sobre todo porque la verdad sobre el brutal asesinato de mis padres aún estaba muy viva. Pero, mientras miraba a través de las ramas del álamo, observando el brillo de las estrellas y acurrucándome en los fuertes brazos de mi compañero, sentí que una profunda satisfacción se instalaba en mis huesos.

Con Gavin, sentí como si *todas* las cosas que había echado de menos mientras crecía —un hogar, amigos y formar parte de una familia— fueran a ser mías. Aquí en Grandbay, con Aislin y el resto de la manada, además de Muriel, por supuesto, había experimentado lo que era tener amigos y pertenecer a una comunidad. Pero, cuando los brazos de mi compañero me rodearon, *por fin* supe lo que significaba ser amada de verdad.

Mi vida en Dalesbloom había sido una sombra de existencia. Mientras que aquí, al igual que el caudal del Gunnison y las brisas que se agitaban en los álamos, lo que teníamos era real y palpable, llenaba mis sentidos y me hacía desear más. Este hombre a mi lado me hacía querer vivir al máximo: cuerpo, alma y loba hasta que no pudiera más.

Un poco como... cuando su polla me había llenado, y su lengua había acariciado la mía, y su mano había amasado mi pecho, y aquella sensación estremecedora había sacudido todo mi cuerpo.

—¿A qué viene ese rubor tan impresionante? —preguntó Gavin pícaramente al sentir el calor que irradiaban mis mejillas. De repente sentí la cara como un calefactor a toda potencia.

—Sólo de pensar en lo que me provoca tu cuerpo —dije con la garganta en alto, mirándole.

—Ah, ¿sí? —Arqueó una ceja oscura. Se me aceleró el pulso al ver su mirada cómplice—. ¿Hay alguna parte en particular que te guste?

Me mordí los labios mientras mis pensamientos se centraban en *una* parte concreta de su anatomía que me gustaba mucho y que había desempeñado el papel central en el orgasmo alucinante y estremecedor que acababa de tener.

Los ojos de Gavin se clavaron en mi boca, el calor ya los empañaba. Sentí que su polla se endurecía contra mi muslo, como si pudiera sentir lo intensamente que pensaba en ella.

Mis ojos se abrieron de par en par. No habían pasado más de cinco minutos desde que llegamos al clímax y Gavin estaba listo para hacerlo de nuevo. La humedad empezó a resbalar por mis muslos mientras mi cuerpo respondía. Sus fosas nasales se encendieron y supe que había olido lo excitada que estaba.

—¿Estás listo para ir de nuevo? —pregunté con asombro.

—Para *mi compañera*, siempre estoy preparado —gruñó, tirando de mí hacia él para que me sentara a horcajadas sobre sus caderas.

Acarició la marca de mi cuello y sus ojos se desorbitaron cuando las yemas de sus dedos se detuvieron sobre ella. Luego sus manos recorrieron mi torso, acariciando uno de mis pechos. Jadeé, porque estaban muy sensibles después de que él los hubiera chupado y masajeado tanto.

—Eres como una princesa hada a la luz de la luna —susurró.

¿Princesa? No, la adoración en su mirada avellana me hizo sentir como una reina. Sentí como si me derritiera en el calor de su mirada.

—Hay algo tan primitivo en follarte fuera ... —pronunció mientras pasaba uno de sus dedos por mis pliegues húmedos y dejaba escapar un gemido apreciativo al notar lo resbaloso que estaba—. A mi lobo le encanta. Me encanta este coñito —añadió mientras me penetraba con los dedos y golpeaba mi clítoris, de modo que ya sentía los primeros estremecimientos agitándose en mi interior.

Mis ojos bañados en placer recorrieron los rasgos cincelados de Gavin, perfilados a la luz de la luna como si incluso Vana, diosa de la luna, no pudiera evitar acariciar su hermoso rostro. No la culpaba. Sabía que el hecho de que la diosa me hubiera dado a este hombre y a este lobo me convertiría siempre en su fiel discípulo.

—Te quiero, Gavin —pronuncié, con el corazón rebosante de devoción mientras mis ojos

sostenían los suyos.

En un momento, la cabeza de su polla coronó mi entrada, y grité cuando volvió a enterrarse dentro de mí. Me estremecí a su alrededor, amando la forma en que me llenaba por completo. Se incorporó, cambiando el ángulo de su polla, y yo jadeé.

Me besó en el cuello y me chupó la oreja hasta que me balanceé y empecé a cabalgar sobre él.

—Yo también te quiero, Billie —murmuró contra mi oído. No estaba segura de si era su tono ardiente o el hecho de que estuviera tan dentro de mí, pero al momento siguiente, me estaba corriendo otra vez, con esos deliciosos temblores sacudiendo mi cuerpo mientras me desgarraba en los brazos de Gavin. Más tarde, esa misma noche, llegamos a casa y me sumí en el sueño más placentero de mi vida.

Pero, al despertarme con un martillazo en la puerta de nuestro camarote, recordé que la compañera de Gavin tenía otras obligaciones además de darle placer. Aunque, había decidido que *ese* era definitivamente mi deber favorito.

Tambaleante, Gavin se levantó y se puso unos vaqueros antes de ir a la puerta.

—Creía que ya estaríais planeándolo —cantó desde el salón la voz demasiado risueña de Aislin.

Al oír la palabra "*planificación*", mi corazón se aceleró. Gruñí contra la almohada antes de subirme la sábana alrededor del pecho y sentarme. Aislin estaba hablando de planificar la próxima reunión de la manada. Debía de estar aquí para enterarse de lo que pasaba antes de la reunión.

La reunión de hoy.

Los pensamientos sobre la asamblea que se acercaba rápidamente y todas las incertidumbres que se agolpaban hacia nosotros empezaron a pulular. Pero entonces, Gavin apareció en la puerta.

—¿Quieres un café?

Una sonrisa tonta se dibujó en mi rostro mientras lo contemplaba en *toda* su exquisitez. Mi mirada codiciosa se fijó en su pelo despeinado, la ligera barba incipiente de su mandíbula y sus pectorales y abdominales definidos.

¿Cómo demonios voy a planear algo con él cerca?

Habíamos hecho el amor tres veces la noche anterior en la cresta antes de volver a casa. Recordé que cuando volvimos, Gavin había dicho que teníamos que bautizar todas las habitaciones de nuestra casa. Anoche estábamos demasiado cansados, nos acurrucamos en la cama y pronto caímos rendidos.

Pero, a juzgar por la mirada carnal que me dirigía, nos habríamos puesto a ello de no ser porque teníamos compañía en la habitación de al lado.

Un hecho que nos recordó Aislin al intervenir:

—¿Y qué pensáis decirles a los Eastpeakers?

Sólo asentí con un sí retardado en respuesta a la pregunta de Gavin sobre el café, sin confiar en que mi voz funcionara. Salvo quizás para rogarle algo completamente distinto.

Se le movieron las alas de la nariz y salió de la puerta con evidente desgana. Cogió su camiseta del suelo y se la puso antes de salir sin mirar atrás, como si aquello fuera demasiada tentación.

Me levanté y me puse el chaleco y los pantalones de pijama. El conjunto pequeño tenía un diseño floral sobre el suave algodón blanco. Fue un regalo de Gavin que me encantó, junto con un montón de ropa de mi talla. Mientras me miraba en el espejo de nuestro armario, admiré cómo el conjunto realzaba las curvas de mi pecho, mis caderas y mis nalgas.

Aislin estaba en la cocina con Gavin, hablando de la reunión cuando me uní a ellos.

—Tendremos que hablar con Everett hoy —dijo Gavin, hablando de la Manada de Eastpeak.

Después de que Everett y la manada de Eastpeak acudieran en nuestra ayuda en Hexen Manor, el Alfa de Eastpeak había querido llevarse a Muriel. Pero como nuestras fronteras estaban más cerca de Dalesbloom que de Eastpeak, accedió a que Muriel regresara a Grandbay. Pudo curarse más rápido de la herida que le causó la espada profanada de David.

Se me estrujó el corazón al pensar en mi amiga, cuya salud seguía siendo frágil tras su lesión. Le había preguntado qué quería, si se sentiría más segura con Everett y Eastpeak. Me había confiado que se sentía más segura aquí. Confiaba en mí y en Gavin para mantenerla a salvo. Algo que me comprometí a hacer de todo corazón y por lo que lucharía, incluso contra la manada de Eastpeak si era necesario.

Sin embargo, el problema era que Everett sólo había accedido a que Muriel se quedara aquí

como medida temporal. Nos había dado tres días de gracia, diciendo que esperaba saber de nosotros después de eso. El tiempo asignado había terminado.

Ese mismo día más tarde, Gavin, yo, Muriel y el resto de la manada nos reuníamos para discutir cómo íbamos a avanzar. Tanto con el lugar de residencia de Muriel como con nuestros planes contra los Inkscales y David.

Cuando entré en la cocina, ansiosa por tomar café, los ojos marrones como el whisky de Aislin se redondearon. Estaba pálida. Sabía que su herida de la pelea que había tenido con Catrina aún estaba cicatrizando y, por un momento, me preocupó que le doliera. Llevaba ropa de correr y el pelo recogido en una coleta. Había estado tomando mucho la forma de lobo para ayudar con el proceso de curación y calculé que había salido temprano con ese propósito.

Pero entonces, ella chilló excitada:

—¡Gah! —Se adelantó y fue a por mi cuello.

Me sonrojé al darme cuenta de que había visto la marca de Gavin.

—¡Por Vana! Por fin —dijo, poniendo los ojos en blanco ante Gavin.

Gavin lucía una mirada orgullosa, y ni siquiera la expresión sarcástica de Aislin pudo molestarle.

—Sí, Aislin, estás viendo a la nueva Luna de Grandbay y a *mi compañera*.

La forma en que gruñía esas palabras me producía un cosquilleo que me recorría la espalda, y no creía que me cansaría nunca de que me llamara así.

Aislin me envolvió en un abrazo, apretándome con fuerza.

—Me alegro mucho por vosotros. —La curiosidad brilló en los ojos de Aislin mientras miraba entre Gavin y yo—. ¿Habéis cambiado los dos desde que le diste tu marca a Billie?

Negué con la cabeza, con las mejillas encendidas mientras admitía:

—Estábamos demasiado ocupados.

Aislin soltó una risita y luego dijo:

—Estoy deseando ver cómo os sienta vuestra conexión telepática en la caza.

La excitación me recorrió de arriba a abajo porque yo tampoco podía esperar a experimentar esta nueva emoción. Mi mirada se desvió hacia Gavin y vi mi emoción reflejada en sus ojos. Por todo lo que había oído sobre las parejas predestinadas y la conexión telepática entre ellos una vez que se habían unido, nuestra fuerza y destreza en la caza serían incomparables.

Al pensarlo, sentí una gran determinación.

—Una cosa es segura: Gavin y yo perfeccionaremos nuestra habilidad antes de enfrentarnos a David y a los Inkscales, y juro que les venceremos la próxima vez.

Un susurro de arrepentimiento aún me recorría al saber que yo era el culpable de que la manada se enfrentara a ellos desprevenida la última vez. Me habían capturado a mí. Pero mi remordimiento se disipó cuando me invadió una ardiente determinación, y los rasgos de mi compañero brillaron con la misma fortaleza.

El reloj de la cocina me llamó la atención y me sorprendió que ya fueran las once. Por otra parte, Gavin y yo no nos habíamos acostado hasta primera hora de la mañana. Gavin nos sirvió café a todos y nos sentamos en el salón para charlar sobre la próxima reunión de la manada. Me senté en una de las sillas acurrucadas junto al fuego. Gavin apiló leña, encendió el fuego y se sentó en el sofá. Cuando Aislin se desplomó en el sillón frente al mío, no dejé de notar su respiración agitada. Fruncí el ceño. La herida seguía molestándole.

Mientras el calor del fuego empezaba a invadir la habitación, mis pensamientos se deslizaron hacia la batalla en Hexen Manor. El mayor remordimiento que aún albergaba afloró a la superficie: cómo habían acabado las cosas con Colt. Sin embargo, me callé mientras bebía. Sabía que era demasiado pronto para que Gavin perdonara a Colt por lo que casi había hecho al marcarme. Pero confiaba en que, a medida que el vínculo entre Gavin y yo se estrechara, él tendría la capacidad de perdonar.

Recordé cómo el lobo de Aislin había volado hacia Colt con fría furia también en Hexen Manor, cuando había atacado a Gavin. Sabía que Colt tenía *mucho que compensar*, pero sabía que, como amiga mía, Aislin entraría en razón cuando viera lo importante que era Colt para mí.

Había hablado con Muriel de mis esperanzas secretas respecto a Colt. Con su naturaleza compasiva, estuvo de acuerdo en que era demasiado pronto para renunciar a Colt. Él no podía evitar la influencia hambrienta de poder con la que tanto su padre como Catrina lo habían corrompido. Sabía que, en el fondo, por debajo de lo que su padre le había presionado a hacer,

era un alma buena. Ahora, sin Catrina y una vez que hubiéramos derrotado a David y a los Inkscales, albergaba la secreta esperanza de que mi amigo pudiera volver conmigo.

La voz firme de Aislin cortó mis reflexiones:

—Es probable que Everett juegue la carta de la Guardia de los Mitos, ¿sabes?

Mis pensamientos volvieron a la situación que teníamos delante: la reunión de la manada en un par de horas.

Tomando un sorbo de café con leche, dije:

—Entonces Everett y la Guardia de los Mitos encontrarán a los dos Alfas de Grandbay más que felices de luchar para mantener a salvo a nuestro amigo.

Los ojos marrones de Aislin brillaron y, con su tenacidad habitual, secundó.

—Siempre he pensado que podría con un montañés. Adelante.

Me reí de la osadía de mi amiga, pero fue la embriagadora mezcla de orgullo y amor en el rostro de Gavin lo que reclamó mi atención. Sabía con certeza que me cubriría las espaldas en lo que viniera, igual que yo le cubriría las suyas.

Incluso en medio de los desafíos a los que nos enfrentábamos, mi cuerpo vibraba de emoción al pensar en lo mucho que nos esperaba. La perspectiva de correr juntos por el bosque como lobos y de probar nuestra conexión telepática me hacía desear cambiar ahora mismo para poder estar aún más cerca de mi compañero. Pero en lugar de eso, saboreé otro sorbo de café. Teníamos todo el tiempo del mundo para eso.

Me invadió la idea de que todos los días después de éste, los iba a pasar en compañía de mi pareja. Una vez más, una sonrisa de amor se dibujó en mi cara, una sonrisa que hizo que Gavin me lanzara una mirada ardiente que me llegó directamente entre las piernas. Mi mente concentrada volvía a pensar en cómo iba a amar a mi compañero con ternura y pasión en todas estas habitaciones. Entonces, como si la propia Vana me hubiera dado una visión del futuro, mi corazón se sintió lleno porque, dentro de este maravilloso hogar, sabía que nuestro amor, nuestra familia y nuestra manada crecerían y se fortalecerían.

